

## YOBBO 98

M. Mariano



Image not found.

# Capítulo 1

## **YOBBO 98**

### **MARIANO M.**

*Este libro es pura ficción. Todos los personajes y situaciones narradas en él son inventados. Cualquier parecido de estos con hechos o personas reales es mera coincidencia.*

*Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio.*

© 2008 Mariano M.

12/RTPI-009738/2007

12/077238.7/07

© 2015 Mariano M.

Safe Creative 1506184359761

Para Paloma

## **PRESENTACIÓN**

### **DE MADRID AL CIELO ENTRIPAO**

### **LOS BAJOS**

### **MALASAÑA**

### **LA MANIFA**

### **LUNA**

**MORATALAZ**

**PLAZA DE CASTILLA**

**PARQUE DEL OESTE**

**SELECTIVIDAD**

**INGLATERRA**

**DANETREE**

**FARAH**

**ORANGE**

**REGRESO A MADRID**

*Un poco de inglés:*

*Yobbo. Yobbo or yob is a slang term for an uncouth or thuggish blue collar person. The word derives from a backslang reading of the word "boy" (boy or boyo reversed becomes yob or —slightly modified— yobbo). In Britain, as the word yob came out of the London back-slang and into more general English usage, it and latterly, yobbo have meant 'working class, adolescent, male person'.*

*En español:*

*Yobbo o Yob (ing). Gamberro, macarra. Joven o adolescente de clase baja, con poca educación y peores modales.*

## **PRESENTACIÓN**

Hola, chavales, permitid que me presente. Mi nombre es Chencho y tengo dieciocho años. Estamos en Madrid, a principios de 1998, ocho meses después de la trágica muerte de Lady Di y unos tres años antes de que el mundo entero se cagase con la brutal destrucción de las Torres Gemelas. Mi vida como tal no tiene nada de particular, no leo, no voy al cine, no hago deporte, no soy músico ni tengo talento para nada en concreto. Cuando quiero pasármelo bien, me compro litros y litros de alcohol y me voy a una plaza con mis colegas a ponerme hasta arriba de kalimocho,

cerveza y whisky del malo, y así me paso los findes, en la calle, borracho, fumando canutos y metiéndome en problemas. El molesto intervalo de tiempo que existe entre finde y finde voy a clase a dormir, me toco los huevos y espero impacientemente a que llegue el siguiente viernes para volver a empezar otra vez.

Me enorgullece pensar que mis compis y yo seremos conocidos algún día como la generación del botellón, una generación de pasotas a los que nos lo han dado todo hecho y en la que nuestras vidas giran en torno al ocio, y este en torno al alcohol y otras drogas recreativas consumidas en la vía pública. Nuestros padres, progres y tolerantes, son nuestros cómplices y nuestros benefactores, permitiéndonos cualquier tontería con el pretexto de que podamos disfrutar de una libertad que ellos no tuvieron y con la condición de que nos centremos un mínimo en nuestros estudios para labrarnos un porvenir.

Estudiar de lunes a jueves y chuzarme de viernes a domingo es mi vida y la de la mayoría de mis colegas. ¿Por cuánto tiempo? No lo sé, únicamente estoy seguro de que hoy es viernes y que en cuanto acabe de escribir esta chorrada, me voy a preparar para salir de fiesta y pillarme un ciego de la hostia. Después de todo estoy en la edad, ¿no?

## **DE MADRID AL CIELO ENTRIPAO**

Aquel viernes había quedado con mis amigos a las ocho en el Café Comercial para ir a Malasaña. Los exámenes de la segunda evaluación acababan de terminar, y todos los chavales de la clase de COU de mi colegio estábamos deseosos de celebrar el fin de la tortura con un monstruoso botellón en la Plaza del Dos de Mayo. Desde hacía un par de años nos solíamos reunir allí para beber, no solo la gente de mi clase, sino la mayoría de la peña de bachillerato del colegio privado donde estudiábamos.

En 1998 todavía estaba permitido consumir alcohol en las calles de Madrid sin exponerse a recibir un multazo por parte de los agentes del orden público, así que nuestro principal pasatiempo de fin de semana era irnos quince o veinte personas al barrio de Malasaña, comprarnos unos cuantos litros de vinacho peleón y Coca Cola, mezclarlo en los propios bricks del vino y bebérmolo sentados en una plaza. Este proceso se llamaba botellón y estaba de puta madre, porque con tres libras te ponías hasta arriba de kalimocho y, además, no tenías que aguantar las estrecheces y los ruidos propios de un bar. La contrapartida era que dejábamos el barrio hecho una puta mierda, con todas las esquinas llenas de meados, las calles

hasta arriba de basura y a los pobres vecinos les daban las tantas sin poder dormir. Sobre todo, porque no éramos solo nosotros, sino que la zona se había puesto de moda últimamente y medio Madrid hacía botellón allí.

Ese día en concreto no nos sentamos en la plaza porque estaba hasta arriba de gente, sino que nos quedamos al final de Velarde, que es una de las calles que desembocan en ella. Rápidamente formamos una especie de corro, con la mitad de la gente apoyada contra la pared y la otra mitad enfrente, todos sentados en la acera. Todo el barrio estaba así ocupado por grupos de jóvenes sentados en las calles, por lo que para andar por ellas había que hacerlo por la calzada. Por fortuna, había poca gente que se atreviese a meter el coche en fin de semana por las estrechas calles de Malasaña, por temor a quedarse allí atascado o sufrir algún desperfecto, así que se podía circular con cierta facilidad. Dentro del centro de Madrid, Malasaña era el territorio de los punkis, los sharperos y, en general, de todos los que les gustaba el rollo alternativo, en contraposición a los nazis que en teoría estaban en la zona de Bilbao. Así cada tribu urbana solía tener su zona, los bakalas se reunían en los bajos de Argüelles, los pijos en Alonso Martínez y Castellana, los gays en Chueca, los guiris en Huertas y los moros en Lavapiés. Nosotros, que no éramos ni pijos ni bakalas, ni por supuesto nazis, nos sentíamos más identificados con los rojeras de Malasaña y por eso hacíamos el botellón allí. Aunque íbamos parcialmente disfrazados de tribu urbana, en realidad solo éramos «niños bien» de colegio de pago jugando a ser rebeldes de fin de semana.

Una vez sentados en la acera, algunos de mis colegas se pusieron a liarse porros mientras el resto decidía quién subiría a comprar el kalimocho a los chinos que estaban un poco más arriba, casi en la esquina con la calle de la Corredera Alta.

—Déjame liarme un peta —le pedí a mi colega Davo que se sentaba a mi lado. El Davo era todo un entusiasta de la marihuana, el hachís y, en general, de todas las drogas, aparte de un borracho, pero ya me tenía calado.

—No, Chencho —me respondió—. Tú nunca pillas costo y siempre estás fumando de los demás.

—Vale, lo lío yo, pero te lo fumas tú —insistí de nuevo sabiendo que según una norma no escrita, el que se lo lía tiene derecho al menos a la primera calada.

No tuve éxito y el tío me contestó—: No, que se lo lée el Guti, que los hace mejor. —Mientras, le pasaba un trozo de chocolate a él. El Guti cogió el tema y se lió un canuto en dos segundos, el cual se fumaron entre él y el Davo sin ofrecerme nada—. Ya os chuzaréis y me daréis de fumar sin daros cuenta, cabrones —pensé lleno de rencor. Por suerte, los dos que

habían subido a por la priva ya bajaban con un montón de bricks de vino y todo lo necesario para empezar el botellón. Visto que no tenía canutos que fumar, me cogí, para consolarme, un vaso de mini y lo llené a partes iguales de vinacho y Coca Cola después de ponerle tres hielos.

A partir de entonces empezamos a beber mientras hablábamos de nuestras cosas, los estudios, la vida y otros muchos temas. Mientras bebíamos y hablábamos había una serie de rituales que se repetían casi todos los fines de semana. El primero era pedir un cigarro a todo Dios que pasase por la calle, aunque nunca llegué a entender por qué. Si todos los que pedíamos tabaco pusiésemos cinco pavos, seguramente nos habría dado para comprar dos cajetillas de Fortuna; pero no, había que pedirlo, porque así era más entretenido. En esto también el Guti era un maestro, pues no sé cómo lo hacía, pero su cosecha de cigarros siempre era la más abultada, con diferencia.

Una vez que conseguíamos algún piti, el siguiente tema era liar canutos y negociar cómo estos debían de ser fumados. En nuestro grupo había algunos como el Davo o el Diego que siempre tenían costo, y otros como el Guti o como yo que nunca compraban. El juego consistía en que los que no tenían hachís querían fumar y los que lo tenían, también, pero sin que los gorroneasen demasiado. El problema era que estaba mal visto que una persona se fumase un porro solo ella, puesto que la costumbre era irlo pasando a los compañeros. Debido a esto, era fácil encontrar a los gorriones como el Guti o como yo sentados al lado de los que siempre tenían para ver si caía algo. En este tema el mejor era el Davo, pues como además de fumar también se emborrachaba a lo bestia, al final tenía que pedirle a alguien que le liase los porros. Yo, por eso, siempre estaba cerca de él, pero el cabrón del Guti se me adelantaba y solía ser él el elegido.

Yo personalmente era mendigo de porros por dos razones. Una era porque no me gustaba mucho fumar hachís, pues prefería con mucho el alcohol. La otra, más importante, porque en realidad lo pasábamos muy bien tanto los mendigos como los que tenían costo. Nosotros intentando fumar sin comprar y ellos dejándose gorronear y sintiéndose importantes. Yo, si hubiese querido, me hubiese comprado hachís todos los fines, pero así era más divertido. De hecho, con el tiempo nos habíamos ido inventando multitud de leyes y normas acerca de todo esto, como «Quien lo lía lo peta», «El porro no se pide, se pasa» y muchas más que repetíamos sin cesar como loros hasta que nos pasaban por fin un canuto.

Otra cosa que hacíamos mientras estábamos allí era vigilar la calle para ver si pasaba alguien conocido, para saludarlo y que se sentase con nosotros a beber un rato. Como ya llevábamos varios años saliendo por esa zona, conocíamos a un montón de peña; también estaban los chavales de otras clases de nuestro cole y los antiguos alumnos que ahora eran universitarios. Esto estaba de puta madre, pues nunca te aburrías, pero también tenía un lado malo. Como te chuzases demasiado y la

montases parda, se enteraba todo el colegio rápidamente, y esto podía afectar a tu popularidad, sobre todo con las pibas más formalitas.

A partir de que nos sentábamos en Velarde o el Dosde, todas las noches de viernes solían seguir un guión parecido. Empezábamos a beber kalimocho y litronas empalmando un botellón con otro mientras el Davo invitaba a costo a todo Dios, y el Diego y el Pedro se pinchaban los canutos ellos solos. De todos nuestros amigos, cada uno tenía una manera característica de seguir la noche. El Davo generalmente se ponía malo, rababa y se quedaba dormido. El Guti hacía sus payasadas y se convertía en el centro de atención, y el Diego dirigía el cotarro decidiendo cuándo había que subir a por más alcohol. Otros como el Gabo y el Floro a veces ligaban con alguna pibilla, y el Pedro se embarcaba en interminables conversaciones con todos los conocidos que aparecían por allí, siendo como era, un tipo muy sociable.

Me resulta imposible decir lo que hacían cada uno de mis amigos, pues eran tantos los chavales que estábamos allí esa noche. Yo, en general, hacía un poco de todo y no destacaba por nada en particular, aunque me chuzaba a muerte, fumaba si podía e intentaba ser majete si veía a alguien conocido. Cuando me entraban ganas de hacer pis, me iba al final de la Plaza del Dosde a mear en una esquina y si quería comer algo, me compraba un bocata en alguno de los bares de viejos que hacían la competencia a los garitos de copas de la zona.

A las doce de la noche ya estaba bastante borracho, pero me lo estaba pasando muy bien allí en Malasaña, rodeado de todos mis colegas. Algunos de nosotros habíamos estado planeando ir a no sé qué bar o a este otro sitio cuando acabásemos el enésimo botellón que estábamos empezando. Tanto alcohol me estaba poniendo loco y ya tenía ganas de acción y de salir por Madrid a algún sitio con la esperanza de conocer a algunas pibas.

Pero todavía no podía ser, pues nos quedaba mazo de alcohol y además teníamos que vigilar la calle Velarde, no fuese que se pasase por ahí alguien conocido y no le invitásemos a sentarse con nosotros y echar unos tragos de Kali. En uno de estos encuentros apareció bajando la calle un chaval del colegio, al que llamábamos el Troya, acompañado de más gente. El Troya era uno de los tíos más macarras del cole, pintaba grafitis y pilotaba mucho en el tema de las drogas. Sin embargo, el Troya era un macarra simpático y gracioso. Toda la peña del colegio lo quería mogollón porque no se pasaba con los más pringadetes y siempre estaba de cachondeo en las clases. Yo era muy amigo del Troya porque al principio él me ayudó mazo a integrarme en el colegio. Cuando llegué en primero de BUP era repetidor, tenía un ojo morado y cara de pocos amigos. Me acababan de expulsar de un instituto público por mala conducta y pocos de los niños del cole querían tener ningún trato conmigo. Durante los dos primeros años allí, el Troya fue mi único amigo y quien me fue

introduciendo poco a poco al resto de la gente. Si no hubiese sido por su protección, lo hubiese pasado aún peor de lo que lo pasé y por eso le estaba sinceramente agradecido.

Nada más verlo lo saludé y lo invité a sentarse y a tomar algo de kalimocho con nosotros. El Troya accedió, pero más por mí que por otra cosa, pues él no se llevaba demasiado bien con mis otros colegas. Con él venía otro tío que se llamaba Abel, era mayor que nosotros, y tres chicas también mayores. Ellos se sentaron un rato a nuestro lado, aunque guardando cierta distancia con los demás, y se pusieron a liar porros. El Troya y su banda no bebían mucho, pero nunca les faltaba costo y, de hecho, siempre andaban metidos en algún otro tipo de droga además del hachís. Ese día en concreto tocaba tripis, la semana pasada había sido speed y la próxima serían pirulas, farlopa, MDMA, setas o vaya usted a saber.

Mientras el Troya se liaba un peta tras otro y me los pasaba sin los racaneos propios de mis otros amigos, me iba contando lo que tenían planeado hacer ellos aquella noche. Una de las chicas que iba con él tenía su casa libre, es decir, sus viejos no estaban. Para aprovechar esto habían decidido quedarse todos a dormir allí, pero eso sería ya casi por la mañana, después de irse de fiesta a un garito-discoteca cercano.

No tenía mal plan el Troya, de tripis hasta las mil y luego a casa de de las pibas, donde seguramente acabaría follando con alguna. El grupo del Troya era mazo de endogámico y siempre estaban liados todos con todas, aunque se iban rulando cada cierto tiempo. Además de invitarme a fumar a machete, el Troya me intentaba convencer para que me fuese con ellos. Yo no estaba muy seguro de lo que quería hacer, pues aunque con el Troya sí tenía mucha confianza y me lo pasaba muy bien, con el resto de sus amigos ya no era lo mismo. Ellos tenían un grupo bastante hermético y aunque eran amables conmigo por deferencia hacia el Troya, siempre que estaba con ellos podía notar cierta distancia.

Mientras dudaba lo que iba a hacer, seguía fumando sin cesar, pues nada más pasaba un porro cuando otro llegaba a mis manos por arte de magia. Como no estaba acostumbrado a tanta generosidad, no quise desperdiciar la ocasión de fumar de gorra, así que no dije que no a nada, ni a los canutos ni al medio tripi que el Troya me metió en la boca en un momento de entusiasmo.

—¡Prueba esto, lechón, ya veras qué viaje! —me dijo, y yo empecé a chupar la pequeña pieza de cartón, al principio con mucha cautela y dispuesto a escupirla a la menor aparición de dragones alados o elefantes rosas volando. Aquella era mi primera experiencia con LSD y había oído muchas historias acerca de alucinaciones y efectos psicotrópicos brutales.

Como no pasaba nada, seguí chupando un buen rato sin notar ningún efecto. «Vaya mierda esto de los tripis», pensé justo antes de empezar a encontrarme muy raro. Todo comenzó con un ligero mareo y una extraña sensación de angustia irracional, aunque esto quizá se podía achacar más a los canutos que a lo otro que me había comido. Alarmado, sentí cómo los mareos aumentaban su intensidad, y al rato sentía la misma sensación que cuando uno se monta en una montaña rusa, pero dentro de mi cabeza. A esto se añadía un gran sentimiento de debilidad, como si me hubiesen puesto un peso encima del pecho y no pudiese moverme.

«Seguro que se me pasa en seguida», pensé, pues lo más importante era intentar seguir con la fiesta y no dar un espectáculo patético delante de todos mis amigos. Durante un rato más me quedé sentado allí en el círculo sin decir nada. A mi alrededor la gente hablaba a toda velocidad, pero yo no podía seguir sus conversaciones y me esforzaba por mantener una apariencia normal. El malestar fue aumentando poco a poco, hasta que llegó un momento en el que decidí que lo estaba pasando mal y quería irme a casa, pero no me atrevía a moverme para no llamar la atención. Estaba seguro de que si me levantaba o hacía ademán de irme, el resto de la peña me empezaría a hacer preguntas y hasta era posible que no me dejaran irme. La situación era complicada, pues estaba rodeado de gente en la que no confiaba plenamente, y a la que no me atrevía a pedir ayuda. Por un lado, los amigos del Troya se reirían de mí y me despreciarían si me ponía malo. Por el otro, podía sentir cómo la hostilidad de mis otros colegas hacia mí había aumentado desde que me había puesto con el Troya y su peña dejándolos a ellos de lado. Incluso el Troya, mi primer amigo del colegio, me estaba empezando a resultar cínico y vagamente amenazador.

La cosa empeoró cuando una de las chicas, que se llamaba Cristina, comenzó a hablarme y yo no sabía qué responderle.

—¿Chencho, te encuentras bien? —me dijo—. Estás muy pálido. —Yo no le contesté, porque no pude y porque tenía miedo, pero eso fue aún peor, pues ella se lo dijo a las otras chicas y pronto las tres empezaron a acosarme con sus preguntas y a rallarme con sus comentarios.

—¿Te encuentras bien?

—Estás muy pálido.

—Estás blancucho, translucido.

—Pareces un vampiro.

Poco a poco me empecé a convertir en el centro de atención momentáneo gracias a la poca discreción de aquellas tres brujas, y otras personas se empezaron a unir al interrogatorio. Pronto tuve la impresión, o más bien

la certeza, de que todo el grupo de gente con la que estaba hablaba de mí, y no precisamente cosas buenas. «Ese Chencho es un gilipollas, siempre está montándola y creando problemas», me imaginaba que decían. Vamos a tener que darle un buen escarmiento un día de estos.

Mientras aguantaba el chaparrón de preguntas lo mejor que podía, respondiendo con monosílabos y tratando de mantener la calma, una idea empezaba a venir con fuerza a mi cabeza. «Están todos contra ti, Chencho, más vale que te vayas de aquí mientras todavía estés a tiempo». A esta voz interior le contestaba otra que recomendaba prudencia y abogaba por esperar a dejar de ser el blanco de todas las miradas y así poder escabullirme sin ser visto. Las dos ideas lucharon por unos instantes dentro de mí, pero un recrudecimiento de los síntomas de malestar me convenció de que tenía que irme inmediatamente a la seguridad de mi casa antes de ponerme malo de verdad. Ahora había empezado a sudar, y a los mareos de antes se unía un cosquilleo por todo el cuerpo y una extraña sensación de tener la cabeza envuelta en fuego, pero un fuego frío, eléctrico y de un color azul clarito.

No pude aguantar más y me levanté. Cuando lo hice, tuve la impresión de que toda la calle y la cercana Plaza del Dos de Mayo se habían quedado en silencio y me estaban mirando. «Por qué no pueden dejarme en paz», pensé con desesperación mientras empezaba a andar como pude la calle Velarde arriba. Detrás de mí, mis supuestos colegas gritaban y me llamaban, pero sus gritos lo único que hacían era atemorizarme. «¡Ven aquí, Chencho! Vuelve con nosotros. ¿Estás bien? Somos tus amigos, te vamos a matar», y otras muchas cosas de significado confuso.

La subida por la calle Velarde fue una experiencia aterradora. Para empezar, tenía la impresión de que mis colegas me estaban persiguiendo para no dejarme ir, o quién sabe si para algo peor. Además, las personas que estaban haciendo botellón a ambos lados me daban miedo. Por si fuera poco, ahora tenía rayos eléctricos alrededor de la cabeza y por eso la gente se me quedaba mirando con cara de odio cuando pasaba por delante de ellos. Me sentía mareado y muy débil, y a cada paso que daba la realidad me parecía más confusa. La seguridad de mi casa parecía estar a miles de kilómetros, y estaba convencido de que moriría antes de llegar allí. En la calle era vulnerable y había mucha gente que quería hacerme daño. Poco a poco mi campo de visión se fue volviendo blanco, hasta que llegó un momento en que iba andando sin poder ver nada. Entonces, ya en la esquina de la calle Fuencarral, me derrumbé en un portal.

No sabía si seguía vivo o me había muerto y había seguido la luz hasta llegar al cielo de los entripados, lo único de lo que tenía certeza era que había alguien o algo cerca de mí. Después de estar con la cabeza apoyada contra una superficie fría y dura durante mucho tiempo, empecé a reponerme un poco y a recuperar la visión. Cuando abrí los ojos comprobé con alivio que era el Troya quien estaba sentado a mi lado, aunque los

volví a cerrar de nuevo, pues todavía me encontraba bastante hecho mierda. Creo que el Troya intentaba hablarme a ratos, pero yo no le hacía mucho caso, básicamente porque me encontraba tan mal que no tenía fuerzas ni para escuchar. Por suerte, el Troya no era el típico amiguete sobrio que te ayuda y te sermonea ligeramente cuando te pones borracho o vas de amarillo, hundiéndote más en la miseria. El Troya iba totalmente entripado y gracias a eso podía entender plenamente mis necesidades de comprensión y apoyo. Lo primero que hizo fue pasarme una botella de Coca Cola que tenía kalimocho en su interior. Aunque estaba caldorro, el Kali, o, mejor dicho, el azúcar que este contenía me ayudó a sobreponerme a la bajada de tensión que me había dejado KO. Entonces, al irme yo recuperando, empezamos poco a poco a hablar, pero no una conversación normal, sino una conversación de entripaos.

—Tú.

—¿Gustas?

—iUmm, me guuuuuushta!

—¿Kali?

—iMe guuuuuushta!

—¿Chustas?

—iMe gushta, pero eso ahora ya no!

—¿Vamos?

—¿Wa?

—iWaaaaaaaaaaaaaa!

Así seguimos durante mucho rato, y puede ser que nuestra conversación no tuviese ningún sentido, pero entre nosotros alcanzamos un nivel de entendimiento y comunión casi perfecto. Yo estaba tan de acuerdo con todo lo que decía el Troya que ya no tenía miedo de que otras personas me pudiesen hacer daño, pues el Troya estaba conmigo y juntos éramos indestructibles dentro de nuestro campo de fuerza azul. De repente nos empezamos a reír, una risa que para otros hubiese parecido tonta, pero para nosotros tenía un significado muy profundo y a la vez muy vital. A partir de entonces no pararíamos de reírnos en toda la noche, por mucho que a mí me doliesen los mofletes o se me subiese una ceja por toda la frente. Simplemente, no podía parar de descojonarme de todo lo que me decía el Troya.

En algún momento nos encontramos con Abel y las pibas amigas suyas, y nos encaminamos hacia un garito que ellos conocían. A mí ya no me daba miedo esta peña, pues me sentía confiado y seguro de mí mismo después de haberme recuperado del bajón anterior. Seguramente habían sido los porros los que me habían puesto tan mal y a la vez tan paranoico, sobre todo al haber coincidido el amarillo con los primeros síntomas del LSD. Por suerte, tanto Abel como alguna de las chavalas también estaban entripaos, por lo que pude entenderme con ellos a las mil maravillas.

El camino hacia el garito fue apasionante, sobre todo porque estaba bastante escondido por las callejuelas de Malasaña. Mientras caminábamos por ellas nos quedábamos flipados mirando cualquier cosa, desde un grupo de gente hasta un cartel pegado en la pared. A veces había algo que nos daba miedo, como una vieja que salió de repente de un portal, un hombre negro con el que nos cruzamos o un charco muy grande de agua que vimos por la calle, pero, en general, la mayoría de las cosas nos resultaban fascinantes. En cierta manera, yo me sentía como si fuese un niño pequeño que acababa de descubrir el mundo y se quedaba alucinado con cualquier tontería, y a los otros les debía pasar igual, porque nos parábamos cada dos por tres y por cualquier motivo.

Después de dar muchas vueltas innecesarias por Malasaña encontramos por fin el garito en una de las calles cercanas a Tribunal y nos metimos en él, previo pago de una modesta suma por entrada y consumición. Dentro no se estaba mal, pues aunque era pequeño, no estaba muy petado y se podía caminar y bailar sin agobios. La música, de tipo electrónico, me pareció increíblemente bella y me puso en un estado como de relajación, pero a la vez de gran actividad. Por si fuera poco, las paredes estaban cubiertas de espejos, así que entre baile y baile me quedaba mirando mi reflejo y las luces con gran concentración, para no perderme detalle de este nuevo universo que se estaba descubriendo ante mis ojos.

El tiempo transcurrió a ratos muy rápido y a ratos más lento, y en general la experiencia fue satisfactoria, aunque no llegué a flipar de lo lindo con la pequeña cantidad que me había comido y tampoco vi alucinaciones ni descubrí el significado oculto de la existencia humana. El único momento de agobio lo tuve cuando fui al cuarto de baño e inexplicablemente me perdí volviendo de él por una serie de pasillos y de pasadizos que estaban a oscuras y en los que había mazo de puertas, trampas ocultas y remolinos de viento bastante molestos.

Cuando el Troya me dijo que se iba, me sorprendió bastante porque nos lo estábamos pasando de puta madre. Yo le dije que nos quedásemos un poco más, pero él me respondió que ya estaban chapando. En un segundo me encontré en la calle yo solo y ya era de día, por lo que decidí que sería buena idea volver a mi keli inmediatamente, pues aunque no estaba cansado, tenía la absurda sensación de que un perro me iba persiguiendo para morderme. Después de una caminata de media hora en la que no me

ocurrió nada destacable, abrí la puerta de casa para encontrarme de bruces con mis padres, que estaban levantados y tenían un cabreo de la hostia.

En ese momento lo más inteligente hubiese sido pedir disculpas, darles una explicación convincente sobre el motivo de por qué llegaba a las ocho de la mañana sin haber avisado, y aguantar la bronca con humildad. —¡Joder, sois unos paranoicos! —les dije en su lugar, y mi padre cogió tal mosqueo que se tuvo que salir a pasear a nuestro perro Piletus para calmarse y no asesinarme.

Intuyendo que la había cagado un pelín en las formas de explicarme a mí mismo, decidí meterme raudo en la cama para no alterar más al personal, pero ahí fue donde empezó la segunda parte de la fiesta. Con los ojos como platos y sin poder dormirme, me revolqué sin cesar por encima y por debajo de las sábanas mientras la habitación entera se me caía encima. No lograría dormir nada hasta bien entrada la noche del sábado.

## **LOS BAJOS**

«Qué vergüenza, medio tripi de nada y la montas bien gorda, quedando en ridículo delante de tus amigos y soliviantando a tus pobres viejos». Esto me repetí a mí mismo una y otra vez el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, una vez que se me pasaron en su mayor parte los efectos del medio ajo. Por suerte, el fin de semana no se había perdido completamente, pues el lunes era festivo, y eso significaba que la noche del domingo era como una especie de sábado venido a menos, pero en el cual se podía salir.

Yo estaba decidido a salir el domingo por la noche, pero no sabía muy bien lo que hacer, porque Malasaña solía perder bastante los sábados y seguramente en domingo la zona estaría vacía. Por suerte, me enteré de que un grupo grande de gente del colegio, en el que había muchas pibas, iba a hacer un botellón en el Parque del Oeste. En principio no parecía un gran plan, pero en aquella época, con dieciocho añitos recién cumplidos, beber por beber todavía podía ser excitante y, además, sabiendo que habría chicas, la cosa tendría un interés añadido. Amigos míos de verdad, con los que yo tuviese confianza, solo iban el Gabo y un heavy de Los Bajos que se llamaba Barry y que no se perdía ni una. El resto eran más bien conocidos, pero como no había nada mejor que hacer, me decidí a aparecer por el parque a la hora acordada.

Cuando llegué me puse rápidamente al lado del Gabo y empecé a beber como quien no quiere la cosa. El Gabo era mi mejor amigo del colegio, con

el que mejor me llevaba y con el que más congeniaba. Durante tres años habíamos estado en el mismo curso y nunca nos habíamos dirigido ni una palabra. Un día por casualidad empezamos a hablar, y en media hora nos hicimos compañeros inseparables en juergas y correrías adolescentes. Me gustaba ir con el Gabo, porque juntos éramos un par de golfos y siempre estábamos buscando problemas. Sin embargo, últimamente, desde que se había empezado a salir con Lola, una chica de clase algo pijilla, el Gabo estaba bastante tiquismiquis y ya no se unía a los follones con la alegría de antaño. El resto de chicos y chicas que estaban allí no eran mi círculo de amigos habitual y al principio no pude dejar de sentirme un poco fuera de lugar. Después, poco a poco y gracias al alcohol, me fui desinhibiendo y me pude relacionar normalmente con la mayoría de ellos y ellas como si fuese uno más de su pandilla.

Serían más o menos las siete de la tarde cuando empezamos a beber kalimocho sentados en un césped, y así seguimos hasta las diez más o menos. Cuando se nos acabó la bebida, decidimos que nos íbamos a un bar de Los Bajos de Argüelles para hacer el gilipollas todos juntos a ritmo de pachanga. Escogimos Los Bajos porque en domingo era la única zona de marcha que no estaba del todo muerta, y también debido a la interesante combinación entre alcohol barato y música hortera que nos ofrecían los múltiples baretos que había por allí.

Recuerdo haber estado especialmente molesto aquella tarde, quizá debido a que el domingo es un día deprimente en el que las esperanzas puestas en el finde dan paso a la resignación ante la llegada inminente de otros cinco días semaneros aburridotes y a la frustración por no haber follao. Durante toda la tarde no paré de joder al personal a base de comentarios impertinentes, bromitas y estupideces varias, a la vez que me complacía causando pequeños y caprichosos destrozos tanto en los bares que frecuentábamos como en el mobiliario urbano durante los trayectos entre uno y otro.

Por fin nos paramos en el Tubos, un garito donde la palabra «cutre» es dogma de fe. Allí seguimos bebiendo copiosamente y empezamos a bailar como locos los éxitos musicales del verano de 1973. De repente, entre el cachondeo y los alaridos alcohólicos de mis compis tratando de seguir la letra de las canciones, hubo algo que llamó mi atención. Apoyada justo al lado de una de las barras había una caja de Pepsi Cola, aparentemente abandonada a su suerte y a la vez destinada a excitar mis instintos más cleptómanos. Tragué saliva y pensé lo mucho que me gustaría acercarme a la barra, robar una o dos de esas Pepsi Colas y bebérmelas fuera tranquilamente.

Como estaba borracho decidí hacer el mal, y mi primer acto reflejo fue comprobar si los camareros se habían percatado de mis golosas miradas hacia las Pepsis y mis intenciones delictivas. Recordemos que no sería el primero que se traiciona a sí mismo con una mirada demasiado ansiosa,

por ejemplo, al examen de un compañero o a las peras de una moza, mostrando las intenciones al enemigo demasiado pronto. Apenas había una pedorra poniendo copas en otra de las barras y no parecía que hubiese más camareros, porteros, ni demás fauna hostelera, así que di por sentado que tenía vía libre.

Ahora que había comprobado la viabilidad del robo, y también la voluntad de hacer el mal por mi parte, solo quedaba encontrar una excusa para justificarme a mí mismo mi comportamiento antisocial:

Los propietarios de este establecimiento venden bebidas a precios abusivos.

Los propietarios de este establecimiento venden alcohol a jóvenes adolescentes, incitándolos al desenfreno y arruinando su salud.

Los propietarios de este establecimiento, en flagrante violación de las leyes medioambientales, producen gran cantidad de contaminación acústica.

Este bar es una mierda.

La música es insufrible.

Voy borrachuzo y me da todo igual.

Conclusión: el robo es solo una predistribución de riqueza por cauces poco ortodoxos y puede estar justificado, sobre todo si el que roba eres tú y los robados otros.

Después de tanta y tan trascendente disertación, llegó el momento de actuar con habilidad felina. Primero me acerqué hacia la caja continente del marronuzco néctar, apoyándome en la barra con disimulo mientras dirigía mis miradas hacia los culos de las chicas que bailaban en la pista con el fin de aparentar normalidad. Sentí un pequeño acelerón en el pulso y cierta sensación de escalofrío cuando me agaché fingiendo atar los cordones de mis zapatillas Adidas barriobajeras. Entonces, después de verificar por última vez que mis movimientos no habían sido advertidos, agarré rápidamente una de las botellas de Pepsi y la metí en el bolsillo izquierdo de mis pantalones pitillo al tiempo que me incorporaba y me dirigía rápidamente a la puerta del local. «Vaya erección que lleva el pavo ese», debió pensar la gente al verme salir a toda hostia del bar con un bulto alargado cercano a la entrepata. La próxima vez que mangué algo me traigo el chándal.

Una vez fuera, después de asegurarme de que nadie me había visto, me sentí más seguro y saqué la botella de mi bolsillo. La sensación de triunfo alcohólico se desvaneció rápidamente al comprobar que la botella estaba abierta y, lo que era peor, vacía. Con resignación comprendí que en la caja había tanto botellas llenas como vacías, y que yo haciendo gala de mi buena suerte había ido justo a coger una de las vacías. Pero no me

desanimé y volví otra vez presto a robar otra botella.

Empecé de nuevo todo el proceso rateril, primero me acerqué disimuladamente a la barra y arrojé como por despiste una moneda de cinco pavos al suelo. Me agaché a recogerla y de paso me birlé otra botellita, pero ahora asegurándome de que estuviese cerrada y llena. Honestamente, ahora pienso que los camareros debían estar distraídos con otra cosa, porque todo esto lo hice totalmente ebrio y de manera poco discreta, aunque en aquellos momentos a mí me parecía estar haciendo un trabajo de lo más profesional.

Salí por segunda vez del local, pero ahora con la botellita buena y un gran subidón de adrenalina en el cuerpo. Saqué de mi bolsillo la botella en la misma puerta del local, la abrí con los piños y le eché un trago largo. Esta vez era Kas limón, bebida que no me gusta mucho normalmente, pero que en aquella ocasión, al ser asociada con el delito y la clandestinidad, adquiría un sabor mucho más interesante. De hecho, esta era la única razón, con el dinero que me quedaba aún me podría haber comprado al menos cinco o seis Trinaranjos de esos, pero comprados no hubiesen sido lo mismo, porque su atractivo no residía en su insinuante sabor ácido ni en sus refrescantes burbujas, sino en la emoción de robarlas, de birlárselas por la jeta a unos tíos que las han adquirido honradamente, y reírme en sus putas caras.

Dado mi estado de alcoholismo elevado e incrementándose por momentos, era tan solo cuestión de tiempo el meter la pata y ser descubierto. Cada vez me estaba volviendo más temerario y osado con mi vandalismo de fin de semana y ya no distinguía muy bien dónde ubicar la delgada línea roja que separa el cachondeo simpático y vacilón de la vulgar trifulca de borrachos. Entré de nuevo en el bar y me tomé otra copa de whisky, esta vez pagando, y luego empecé a bailar un rato en la pista. Cuando me aburrí de hacer el verraco con mis amigos, mis ojos descubrieron un botín mucho más ambicioso y arriesgado. Las botellas de licor del mostrador.

Desafortunadamente, esta vez no fui nada discreto, y poco menos que salté la barra de manera torpe y ruidosa, aterrizando sobre más botellas de cristal y metiéndome un hostiÓN considerable. Una vez allí, en lugar de desistir, agarré con mis zarpas la primera botella que pillé y salí disparado hacia la puerta. Tanto mis amigos como los camareros se quedaron flipaos, simplemente no se creían lo que yo estaba haciendo, y aunque yo en aquellos momentos estaba ciego para todo aquello que no fuese el regodearme en mis propias fechorías, todo el bar contempló incrédulo cómo un notas saltaba la barra y salía corriendo con una botella de Malibú Piña Colada en sus manos.

Poco después de salir del bar fui interceptado por uno de los camareros, un chaval de mi misma complexión y altura, aunque más viejo. A partir de

ahí todo en mi memoria se vuelve confuso debido a que me encontraba en un estado de engorramiento en el que era difícil distinguir trance de realidad. Recuerdo que el chaval me arrancó la botella de las manos con un gesto de indignación, y es posible que yo forcejease un poco e incluso creo que lo insulté, aunque lo que más recuerdo es quedarme allí plantado con una sensación grande de desorientación. «Vale, me han pillado. Y ahora, ¿qué hago? —es lo que pensé—. Me lío a hostias, reacciono con disimulo, me voy corriendo o me invento una excusa-disculpa descabellada e inverosímil». Lo que no sabía yo es que para el camarero la cosa no se había quedado así, y que había entrado de nuevo en el bar, no para reponer la botella a su lugar debido, sino para avisar a los refuerzos, los profesionales del linchamiento cobarde de jóvenes indefensos, los infames puertos de garito.

Quienes sí reaccionaron rápida y eficazmente fueron mis amigos, que se percataron de lo peligrosa que se había vuelto la situación para mí, y probablemente también para ellos por estar conmigo. El Gabo salió el primero del local, casi inmediatamente después de que entrase el camarero, y me empujó hacia delante para hacerme reaccionar, con tanta fuerza que casi me hace caer. Entonces me di cuenta de que la situación se había desmadrado, y huimos los dos corriendo mientras el resto de mis colegas, sobre todo las tías, se quedaron en el bar e intentaban apaciguar un poco a los porteros.

Después de atravesar corriendo varias calles del distinguido y cuadriculado barrio de Argüelles, y de sortear peligrosamente algunos coches, un dolor punzante en el costado me hizo detenerme gradualmente y me senté en un coche tratando de recuperar el aliento.

—Deberíamos irnos un poco más lejos, es probable que los porteros esos te busquen por el barrio —dijo el Gabo—. Los domingos se suelen aburrir bastante.

—¡No, qué va! —dije yo con dificultad—. Seguro que ya se les ha olvidado. —El Gabo me miró sorprendido y asintió con la cabeza, porque sabía que era inútil tratar de razonar con un borrachín pendenciero.

—Quédate aquí y no hagas más de las tuyas, yo voy a ver cómo anda la situación. —Volvió a los cinco minutos, visiblemente preocupado.

—Han llamado a los porteros de todos los bares aledaños al Tubos y te están buscando.

—¡A mí! —me indigné—. Joder, ni que hubiese matado a la madre del Papa, solo por una puta botella... No me parece..., hip..., justo.

—Vámonos, vámonos de aquí y ya me contarás tus impresiones luego. —Y dicho esto nos dirigimos hacia su casa, que no estaba lejos. En esos

momentos de bajón decidí entonar el ya clásico «mea culpa».

—Vale, tronco —le dije—. Ya sé que he metido la pata y os he agitado la fiesta. Yo solo trataba de mear una botella para invitaros a un botellón y ser el más chulo. Otras veces nos ha salido bien.

—No pasa nada, tío. —El Gabo me respondió con mucho tacto para no hundirme más en la miseria.

—Joder, sí que pasa, he estado a punto de meteros en un lío muy serio. Por cierto, ¿qué os dijeron los porteros?

—Nada inteligente, al principio estuvieron muy bordes, pero el Barry conocía a uno de ellos, ya sabes que el tío vive prácticamente en estos bares. Luego las chicas les comieron un poco la oreja y poco a poco los convencieron de que tú no venías con nosotros, que tan solo eras un borracho solitario que nos estaba molestando.

—Así que todos están bien.

—Sí, todo el mundo está bien, pero podías haber pensado un poquito antes de montarla.

—Lo siento, lo siento mucho —dije muriéndome de vergüenza. Entonces el Gabo se paró y me dijo muy serio:

—De verdad, no sé lo que pasa contigo, llevas una temporada insoportable. No paras de hacer estupideces sin razón aparente y no siempre vas a tener la puta coña de escapar indemne como hoy.

—Sí, me voy a intentar tranquilizar un poco.

—A ver si es verdad, joder. —Y dicho esto me estrechó la mano y se dirigió a su portal sacando las llaves.

—Te veo el martes en clase.

—Vete directo a casa y no hagas el loco.

—Adiós.

Y ese fue el fin de mi pequeño altercado dominical. Después de despedir al Gabo me quedé solo y no me atreví a pasar por la estación de metro de Moncloa, pensando que los porteros me pudiesen estar esperando allí. Cada dos segundos me giraba esperando descubrir a alguien siguiéndome y las esquinas me daban pavor. Casi podía presentir cómo al doblar alguna me encontraría de bruces con un rebaño de tíos llenos de músculos y mala hostia que me harían pupita, o quizá algo peor si atendemos a lo

que dicen las malas lenguas. Sin embargo, no ocurrió nada y llegué a casa sano y salvo.

Siempre después de hacer el mamarracho me gustaba reflexionar sobre lo ocurrido y sacar conclusiones. La primera fue que ahora me conocía a mí mismo un poco mejor y, que aun siendo en general un tipo reflexivo, el alcohol y la música pachanguera me convertían en un tío impulsivo. Bueno, a mí y a mucha gente. La segunda fue que si no me llego a ir de allí con la confusión de los primeros instantes, me hubiese caído encima una somanta de hostias de proporciones colosales. En los garitos hay que portarse bien, porque uno de los mayores peligros que acechan al adolescente, aparte de las drogas aparentemente inocuas y guays como la maría o los tripis que luego te dejan hecho una piltrafa, o los coches con los que te hostias y se acabó, son los porteros de bar-discoteca. Estos personajes son parte, jurado, juez y ejecutor en todos los jaleos nocturnos, y parecen tener bula para inflar a hostias a quien ellos quieran. Más chulos que la Policía, más cabrones que los antidisturbios, más provocadores que los macarras y más camellos que los propios camellos. Como el juez Dredd, pero en cutre. ¿Seguridad? ¡Y una polla!, estos se dedican a amargarle la vida a los demás.

## **MALASAÑA**

Después de mi desagradable incidente dominical y el tripi del viernes, me pasé la semana siguiente haciendo propósito de enmienda a la vez que escondiéndome de las miradas reprobatorias de mis amigos, que además eran mis compañeros de clase en el curso de COU de 1998. Recuerdo haber preguntado tímidamente a alguna de las chicas cómo había ido la cosa con los porteros y haber pedido perdón de manera implícita en el tono de mi voz y mis pucheros pseudoamariconados, pero en general preferí no volver a comentar nada con nadie con la esperanza de que todo quedase en el olvido.

Ser invisible y concentrarme en las aburridas clases fue mi prioridad desde las nueve de la mañana del lunes hasta las tres de la tarde del viernes. Por las tardes prontito en casa a estudiar, que por otra parte falta me hacía. Ya quedaban solo unos meses para la selectividad, aquella prueba de tres días que habría de decidir el rumbo de mi vida, y no llevaba el temario nada bien.

Mi principal problema con los estudios era que me costaba concentrarme, sobre todo en las asignaturas de contenido más o menos matemático. Leer un texto se me hacía difícil y aburrido, pero las ecuaciones,

demostraciones matemáticas y fórmulas en general me resultaban totalmente insufribles.

Aun así, haciendo gala de una osadía innata, me había matriculado en la opción de ciencias de COU con la intención de pasar a la universidad para estudiar una ingeniería. Ni familia ni amigos me habían disuadido de tan descabellado plan, así que tenía mucha Física, Química, Matracas y Dibujo Técnico que aprender, y poco tiempo y ganas para hacerlo, antes de la temida prueba de selectividad.

De cara a los exámenes solía invertir bastante tiempo en estudiar, pero mi ya citada dificultad de concentración hacía que cuatro horas de tortura frente a los libros me cundiesen como una. Mis sesiones de estudio eran todas iguales, empezaba con muchas ganas, pero a la media hora mis fuerzas comenzaban a flaquear y me distraía con cualquier cosa. Después de una hora la mirada se me desviaba de los apuntes con asombrosa facilidad y se quedaba fija en un punto del infinito sideral. A las dos horas de estudio me daba cuenta de que solo había estudiado una pequeña parte de lo que me había propuesto como objetivo. Después de esto venía un ataque de ansiedad y la ingesta compulsiva de complejos vitamínicos para mejorar el rendimiento. Para colmo, mi primer descanso se convertía muy a menudo en el último, dejaba los libros durante quince minutos para mear y beber un vaso de agua, y cuando quería volver a la faena, descubría con asombro que ya era hora de ir a dormir.

Durante cinco días, y a pesar de las dificultades que acabo de mencionar, me esforcé en estudiar el temario, coger buenos apuntes y portarme bien. Creo que lo conseguí, y por eso estaba bastante contento el viernes por la tarde. «¡Peligro! —pensé—, ahora es cuando me confío y la cago. Pues no, este viernes me voy a portar bien y no voy a caer en los errores del pasado. Para empezar, no voy a salir; me quedaré en casa jugando al ordenador». Eso lo decidí a las cinco de la tarde, pero después de estudiar un poco empecé a ponerme nervioso y a discutir conmigo mismo:

«Vale, ya es viernes. ¿Qué hacer, salir de marcha o no?». Por una parte, si me quedaba en casa estaba seguro de que no me iba a ocurrir ningún incidente desagradable. Podía quedarme viendo la tele y luego acostarme pronto. De hecho, no era probable que me perdiese nada interesante, seguramente la noche se reduciría a beber kalimocho en la calle Velarde con mis compañeros de clase y luego pirarnos a casa sin haber hecho nada. Además, Malasaña, nuestra zona de marcha por excelencia, ya no me molaba tanto como el año anterior. Siempre ocurría lo mismo, un sitio estaba de puta madre para salir por la noche durante unos meses, hasta que la fama se extendía por todo Madrid, y entonces es cuando empezaba a venir la gentuza a joderlo todo. Malasaña era un barrio de puta madre para salir durante 1996 y 1997, todo buena gente, un poco flipadetes con el tema alternativo, pero en el fondo gente normal. Había ambiente festivo en la calle, relativa seguridad y buen rollo, pero durante 1998

comenzaron a llegar los barriobajeros atraídos por la gente disfrutando. De repente se empezaron a ver por el barrio chavalitos con la cabeza rapada, agrupados en bandas de perdonavidas; eso sí, siempre con su pin de anarquía o su estrellita roja, y también macarras, yonkis y, en general, mala gente. También aparecieron los rumores de que a no sé quién le habían atracado, que habían pegado al amigo de un amigo o que la Policía tenía agentes infiltrados entre el gentío para detener a cualquiera que se fumase un porro. Al finar de 1998 el sitio se volvió tan deprimente que nos acabamos pasando a la zona de Alonso Martínez y Tribunal, la cual de todas maneras no tardaría mucho en ser arruinada por el mismo proceso.

Por otra parte, si no salía podría perderme algo interesante. Basta con que un finde te quedes en casa para que el lunes llegues a clase y tus compis te cuenten que ha ocurrido esto y lo otro, y que tú te lo has perdido. Si me quedaba en casa es seguro que no me iba a ocurrir nada malo, pero tampoco nada bueno. En realidad, prefiero dejarme de eufemismos y hablar con total claridad. Cuando digo algo interesante o algo bueno me refiero única y exclusivamente a conocer a alguna tía buena y liarme con ella, o al menos hacerme la ilusión de haber estado cerca de triunfar. En realidad, esto no era muy probable que ocurriese si echamos mano de la estadística. Apenas me había pasado en contadas ocasiones durante los últimos años. La mayoría de las veces mi noche de juerga se limitaba a estar en la calle con otros nabos, beber alcohol a raudales y mear en una esquina, pero reconozcamos que haciendo esto no es fácil impresionar al sexo femenino. Si por lo menos hubiésemos ido a sitios más decentes, aún habría habido alguna oportunidad; pero prefería no hacerme ilusiones porque a mis compis era imposible sacarles de estar en la calle con el kalimocho.

Además, conviene recordar que cuando tienes dieciocho años, salir por la noche el fin de semana es tu primera prioridad en la vida. Con esa edad lo más importante para ti son tus colegas y la fiesta, y además tienes las hormonas revolucionadas y mucha curiosidad por todo lo que te rodea. Para un tío más viejo el tema de salir ya no es tan importante, ya has bebido, bailado y tenido juerga suficiente y realmente ya no vas a descubrir nada nuevo. Además, si ya tienes pareja el tema sexual actúa justo de manera opuesta a como lo hacía de adolescente, es decir, te retiene en casa o te limita a los planes tranquilos cuando antes lo que te hacía era impulsarte a salir de cacería. Cuando tienes dieciocho años la noche es un mundo fascinante, todo es nuevo, todo es guay y hay un montón de oportunidades para pasarlo bien o para buscarte problemas.

Después de muchas dudas decidí salir, pero solo un poquito y procurando no montarla. Salir el viernes y descansar el sábado era una opción razonable y moderada en una época de la vida en lo que lo normal es salir dos o tres días por semana. Así después de haber decidido esto me puse a estudiar durante un ratito con los ya consabidos problemas de concentración. Media hora después de empezar me tuve que rendir a la

evidencia de que los viernes no eran un buen día para empollar, así que cogí los apuntes, los cerré y me despedí de ellos hasta el domingo. Una vez eliminado el primer obstáculo que se interpone entre los jóvenes y la felicidad, el estudio, aún me quedaba otro escollo que salvar para poderme ir de juerga con mis colegas: el deporte.

Desde los catorce años acudía todos los lunes, miércoles y viernes a un gimnasio en la calle San Bernardo, para practicar taekwondo deportivo. Ya desde muy jovencito este deporte-actividad me encantaba, y mientras la mayoría de mis compis le pegaban al fútbol o al baloncesto, yo pegaba hostias a otros en el gimnasio, o más frecuentemente, las recibía. El taekwondo es un arte marcial parecido al kárate, aunque mucho más espectacular, donde priman las patadas altas, los giros y los saltos. No es que sea el mejor estilo enfocado a la defensa personal, porque casi no entrena luxaciones, presas ni estrangulamientos, pero acojona bastante más a primera vista. Después de entrenar durante algo más de un año ya era capaz de hacer todo tipo de pataditas y filigranas aéreas, y eso si tienes quince años te aporta mucha credibilidad en el patio del instituto, o en mi caso en el patio del colegio privado y pijo.

El problema es que después de cinco años entrenando ya me había cansado un poco de hacer lo mismo siempre. Además, el nuevo entrenador que teníamos enfocaba las clases más como un deporte de competición y era muy exigente. Eso se cargó el rollo místico de arte marcial, y aunque a los otros compis del gimnasio parecía encantarles, a mí terminó por quemarme.

La falta de ganas se unía a la falta de tiempo. Como ya he dicho, entrenaba los lunes, miércoles y viernes en el gimnasio, y a veces por mi cuenta en casa, pero hay que comprender que con catorce años casi no había que estudiar, pero en COU no se puede uno permitir perder las tardes de lunes y las de miércoles a la ligera. Además, cuando eres adolescente no tienes muchas alternativas de ocio. Está el deporte o ir al cine y luego al burger, y entre estas dos opciones ganaba siempre el taekwondo, pero cuando tienes ya dieciocho años, hay muchas más opciones. Está el alcohol, los colegas, las pibas, las drogas, los botellones, Malasaña, los primeros polvos, el ser alternativo y radical y mil historias más. De repente, el deporte se empieza a ver marginado, y luego abandonado, para ser solo retomado compulsivamente cuando tienes treinta tacos y te das cuenta de que ya te queda poco de juventud. Así que también mandé el gimnasio a tomar por culo. Esta iba a ser una tarde-noche de esparcimiento para mí. Ya me ocuparía de estudiar al día siguiente, y me disculparía el lunes en el gym con alguna excusa de tipo familiar, porque las de que estaba malito justo el viernes no solían colar.

Dicho esto, el siguiente paso era llamar a mis colegas para salir. Esto no era necesario, porque casi siempre nos reuníamos los fines de las diez en el mismo sitio, la Plaza del Dos de Mayo, en Malasaña. Aun así hice una

llamada para confirmar hora y sitio, y luego empecé a prepararme. El ritual para salir era por aquella época bastante poco elaborado debido a que al ser tan jóvenes las noches no solían ser muy largas ni había que ir muy arreglado para sentarse en una plaza a hacer botellón. Para mí el ritual comenzaba con una cena copiosa a base de pizza u otro alimento con gran contenido en carbohidratos. Después, y por este orden, había que cagar, ducharse y vestirse. La ropa solía ser informal, a ser posible algo alternativa y haciendo algún guiño a alguna tribu urbana para ser guay, aunque sin pasarse para no buscarse problemas con los barriobajeros. Vaqueros de pitillo, camisa de cuadros, jersey de lana setentero y zapatillas Adidas retro. Un look mod-punk-skin bastante discreto que sería complementado a veces con algún pin o emblema de izquierdas, como una estrellita roja, o símbolo okupa. La finalidad de esto era no ser confundido con un neonazi, debido a mi cabello rapado y mis pintas de sharpero amateur, pero con esto había que ser precavido y tratar de ponerse los colores identificativos una vez dentro de Malasaña y en zona segura. Una vez me llevé una chapa antifascista desde casa en la solapa, en lugar de escondida en el bolsillo, y en la estación de metro de Sol unos pseudonazis me interceptaron y me dieron unas tobas. Al final no me ocurrió nada grave, pero fue bastante humillante ser zarandeado delante de decenas de personas que esperaban en los andenes.

El único cosmético que usaba por aquella época juvenil era desodorante. Años más tarde, cuando descubrí que también se podían ligar por las noches, y no solo beber kalimocho, me empecé a interesar por el aftershave, la gomina y demás cositas. En 1998 la palabra «metrosexual» no se había popularizado todavía, así que aparte de afeitarme y ponerme spray en los sobacos, no hacía ninguna otra historia rara. Respecto al dinero, siempre les pedía mil pesetas a mis padres, quienes me las daban sin problemas, y esto unido a trescientas o cuatrocientas pelas que tenía yo por ahí guardadas me daban de sobra para salir. En aquellos tiempos preeuro, los precios, y también nuestras costumbres, todavía permitían salir sin derrochar el dinero de nuestros padres. A modo de curiosidad histórica me permito recordar algunos de los precios de referencia:

Un brick de vino costaba alrededor de ciento cincuenta pesetas, lo mismo una botella de dos litros de Coca Cola y más o menos igual que una litrona. Una bolsa de hielo eran doscientas pesetas y un vaso de mini entre veinte y cincuenta pelas, y todos estos precios eran en las tiendas de Malasaña, ya fuesen chinos o de otra nacionalidad. Por mil pelas te comprabas ocho litros de kalimocho en oferta especial de los chinos y por seiscientas pelas, una botella de whisky Dyc. Además, el botellón era perfectamente legal y los garitos también tenían precios asequibles. En el Más Allá, nuestro bar de referencia, una copa era doscientas cincuenta pelas y una cerveza doscientas, aunque podía llegar a las cinco chapas la copa si ibas a un bar algo mejor como La Vía Láctea. Con estos precios se podía salir con mil pelas, beber como un cosaco y todavía tener algo de

dinero para comprar comida.

Una vez cenado, vestido y con pasta me dispuse a salir. El principio de la juerga siempre era de lo más excitante; salía de mi casa pensando qué nuevas aventuras me esperaban, me pasaba por los chinos de mi barrio para comprar tabaco y unos chicles, y me dirigía tan feliz al metro de Sol. Después de un par de paradas, que se me hacían eternas, aterrizaba en Noviciado o Bilbao, a dos minutos de la calle Velarde, que era el punto de encuentro con todos mis compis.

Lo que más me gustaba de Malasaña es que siempre había gente conocida con la que me podía sentar a charlar y comenzar a beber. Lo bueno de aquella época es que todos mis amigos y conocidos, que en realidad eran toda la gente de mi colegio de COU y tercero de BUP, teníamos cohesión de grupo al tener todos la misma edad, gustos, inquietudes y problemas en la vida. Más tarde descubrí que los vínculos que nos unían eran solo circunstanciales, y que la vida nos llevaría por distintos derroteros y nos distanciaría muy pronto. A veces nos reuníamos casi cincuenta personas entre amigos y conocidos, o incluso más, y nos pasábamos las horas sentados en las plazas aledañas bebiendo y fumando como locos.

Y ese día no fue menos. Me bajé en Bilbao y fui andando la calle Fuencarral abajo hasta llegar al principio de la calle Velarde. Eran las diez de la noche más o menos de un viernes malasañero típico del mes de marzo. Como ya había pasado un poco el frío del invierno y los días iban siendo más largos, se podía ver cómo la gente empezaba a salir más a la calle por la noche. El barrio de Malasaña estaba lleno de jóvenes disfrazados de tribu urbana y cargados con gran número de bolsas de plástico, bricks de vino, bebidas y demás historias. Algunos subían hacia Fuencarral y otros bajaban a la Plaza del Dos de Mayo, pero la mayoría se acomodaba a los lados de la calle sentados en el suelo o en los portales, formando grupos de alegres bebedores y fumadores de petas. Entonces esto me parecía de lo más normal, ahora entiendo por qué tantas quejas por parte de los vecinos.

Finalmente, casi ya en Dos de Mayo, me encontré con un grupo donde todas las caras me resultaban familiares. Llevaban allí desde hace un rato, así que ya habían comprado kalimocho de sobra y estaban sentados alrededor de un círculo bebiendo y hablando de sus cosas, que generalmente eran los estudios y las drogas blandas. En el fondo, y exceptuando el hecho de que bebíamos alcohol, éramos unos niños todavía. En muchos países y lugares de este mundo nuestro la gente con dieciocho años tiene ya responsabilidades, trabajo e incluso hijos, pero nosotros no teníamos nada de eso. En su lugar teníamos padres progres, comprensivos y solventes que nos financiaban las juergas y la futura educación universitaria. Solo decir que de los que allí estábamos, unas quince personas de diecisiete y dieciocho años, ninguno de nosotros había trabajado nunca, y absolutamente todos aspirábamos a ir a la

universidad.

Les pedí que me hicieran un hueco y me senté con ellos. El Gabo, el Guti, el Diego, Pedro y muchos más, allí estaban todos, pero como habíamos estado todo el día juntos en clase, casi ni se molestaron en saludarme. «Tranca, tronko», fue la fórmula de cortesía con la que me indicaron que se alegraban de verme.

A partir de ese momento la noche se desarrollaba como de costumbre. Nuestro grupo de amigos, en su mayoría tíos, bebía Kali, fumaba y hablaba, mientras la gente subía y bajaba por Velarde. Tarde o temprano solían aparecer otros grupos de gente conocida, que se paraban a hablar con nosotros un rato, o bien se sentaban con nosotros y se unían a nuestra banda. Así pasaba el tiempo y cuando la bebida se acababa, un par de personas subían a los chinos a comprar más Kali y litronas, y así empalmábamos tres o cuatro botellones consecutivos. Al final, casi siempre alguien de nuestro grupo montaba un escándalo poniéndose malo, vomitando o armando jaleo. Otras veces éramos todos a la vez los que nos poníamos a cantar alguna canción de Extremoduro, Reincidentes, Ska-P o algún grupo por el estilo. En general, yo me lo pasaba muy bien al principio, pero me empezaba a poner nervioso al cabo de un par de horas.

Mi problema era que el alcohol que me metía para el cuerpo se mezclaba con mis hormonas adolescentes y me recordaba que había un aspecto de mi vida que estaba dejando un poco abandonado: mi relación con el sexo opuesto. Esto me producía gran frustración, porque comprendía que allí sentados en el suelo de la calle Velarde mis probabilidades de encontrar novia eran bastante limitadas. Por supuesto que en nuestro grupo había tías, pero eran las de COU o tercero del colegio a las que ya conocía. Entre ellas había algunas que me gustaban, pero por otra parte estaba bastante reacio a los rollos endogámicos dentro del grupo de amigos. Yo tenía la convicción, errónea o no, de que si nos fuésemos a la zona de Argüelles o de Alonso Martínez, conoceríamos a un montón de chicas nuevas, y por eso me desesperaba al ver que mis compas no tenían la menor intención de moverse de aquella esquina en toda la noche. Algunos de ellos tenían a su novia allí con ellos, así que para qué moverse. Otros tenían ya novia, así que lo que querían era beber y estar con los colegas. Otros simplemente eran vagos o aún no habían despertado al amor, así que por una cosa o la otra fueron contadas las veces que convencí a alguien para hacer una salida de exploración. En mi imaginación podía ver las calles y los bares de Argüelles y Alonso llenos de grupos de tías, pijillas guapas y bakalas macizas, medio borrachas y buscando cacho desesperadamente con tíos como yo. Mientras tanto yo estaba en Velarde perdiendo el tiempo rodeado de borrachos.

Esta paranoia me hacía bastante infeliz, así que me cogí un cigarro y me subí la calle Velarde un trecho para sentarme en un portal y estar solo un

rato. Me encendí el piti y empecé a fumar mientras rumiaba mi frustración. «Estos tíos —pensaba—, saliendo así es imposible ligar».

Me sacó de mis pensamientos una voz familiar—: ¡Eh, Chencho, qué haces ahí sentao tú solo!

Era el Leo, por aquellos tiempos uno de mis mejores colegas. El Leo era un par de años mayor que yo, aunque por cosas del fracaso escolar estaba en mi curso de COU, pero en la opción de letras. El Leo estaba un poco loco y era algo amigo de la violencia y de repartir hostias con la menor excusa, aun así habíamos hecho buenas migas debido a nuestra afición común por meternos en problemas. Creo que él se veía a sí mismo como un campeón inmortal del kung fu, cuando en realidad solo era un adolescente flipadete, pero tampoco podía ser sincero con él en este aspecto por dos razones. Lo primero, porque era mi amigo y no quería herir su autoestima. Lo segundo, porque yo también era un tirillas y él me podía.

—Estos están abajo con mazo de priva —le dije con la esperanza de que pasase de largo y no me contase una de sus batallas de terror y artes marciales. Intento fallido, el tío se sentó a mi lado y comenzó a hablar animadamente.

—Tío, ¿sabes qué? El otro día me fui a una tienda de artes marciales cerca de Argüelles. Se llama Cinturón Negro Décimo Dan, ¿la conoces? ¿No? Pues está de puta madre. Estaba buscando unos nunchakus ninja para kung fu, pero encontré algo que me gustó más.

—Mira —me dijo en tono enigmático mientras sacaba un objeto pequeño y alargado de uno de los bolsillos de su chupa de cuero.

—¿Qué coño es eso? —le pregunté fingiendo interés y preguntándome a mí mismo de qué enemigos, ficticios o reales, tendría que defenderse mi lunático amigo.

—Esto es un spray lacrimógeno de autodefensa, el arma urbana definitiva —me dijo sin disimular su entusiasmo mientras me lo tendía para que yo lo cogiese. Sopesé el pequeño objeto en mi mano derecha. No era mayor que un rotulador gordo y estaba recubierto con cinta aislante con el propósito de ocultar su naturaleza mortífera. Apunté cuidadosamente hacia una de las esquinas del portal donde estábamos sentados, y en un momento de descuido del Leo disparé el arma con intención de probar si era efectiva o no.

Desgraciadamente, no fue un chorrito lo que salió, como yo esperaba, sino una potente descarga de gas lacrimógeno y ponzoña radioactiva a presión, que después de rebotar contra la pared formó una nube tóxica

que nos dio de lleno en la cara.

—¡Hijodeputa! ¡Desgraciado! ¡Qué has hecho! —Podía oír los gritos del Leo mientras corríamos calle arriba tapándonos los ojos y la cara lo mejor que podíamos—. Es un spray lacrimógeno con un alcance de más de cinco metros, si te toca la piel te deja hecho una mierda.

Escapamos la calle Velarde arriba hasta sentirnos a salvo de la nube, ignorantes de que esta se había dirigido calle abajo, y nos sentamos en otro portal tratando de recuperar el aliento. Allí el Leo me arrancó el spray de la mano y se fue rápidamente, casi sin despedirse. Yo decidí descansar otros cinco minutos antes de contarles a los colegas mi extraña aventura.

Por suerte o por mala puntería, el spray no me afectó demasiado, así que rápidamente empecé a bajar la calle ansioso por contar esta curiosa incidencia a todos mis colegas, pero cuando llegué a la esquina de Velarde no pude encontrar a nadie. Por el suelo se esparcían numerosos vasos y botellas de plástico, bricks de vino peleón y bolsas de hielo, todo intacto como si la gente hubiese salido despavorida dejando todo tras de sí. Me empecé a temer lo peor a la vez que avanzaba entre la gente buscando algún rostro conocido que me indicase lo que había sucedido, o más bien que confirmase mis temores.

Al final me encontré con mis amigos en la Plaza del Dos de Mayo, justo enfrente del Kiosco Antonia. Todos gritaban y blasfemaban mientras formaban un círculo compacto a modo de formación de combate. De entre ellos se adelantó el Juanillo, y me dijo mitad divertido mitad cabreado:

—Chencho, tío, inos han atacado!

—¿Cómo? ¿Quiénes? ¿Cuándo? —pregunté yo, presa del nerviosismo.

—Nos han atacado unos nazis, seguro, con gases lacrimógenos —me respondió él. El Juanillo era un comunista entusiasta y convencido, así que veía nazis por todos lados—. Han envenenado al Guti y a todos los demás —añadió.

Con un rápido movimiento pude ver al Guti tirado en el suelo llorando y tratando de vomitar, mientras era asistido por el Gabo y otros más. «Menuda la he armado, me tenía que haber quedado en casa. ¿Y ahora qué?». Decidí que lo principal era asumir mi culpa e ir con la verdad por delante, en una palabra: confesar. «Decir la verdad aunque duela, pero no ahora, sino cuando se les haya pasado un poco el cabreo», pensé. Y no era para menos. Recuerdo ver al Manolo blandiendo un palo previamente arrancado de un seto del jardincillo adyacente, al Davo con un casco de litrona en la mano y el Juanillo repitiendo su teoría de los nazis una y otra vez. Las horas de botellón y el alcohol ingerido habían puesto violento al personal. Todo el mundo gritaba y gesticulaba, todos menos el Guti, quien

se encontraba a un paso de la muerte.

Maniobra de distracción. Me acerqué a un tal Mateo, un amigo de un amigo que estaba con nosotros, pero al que yo no conocía muy bien y que ni siquiera era del colegio. —Mateo, tío, han sido los vecinos de fijo. Pásalo —le dije en un susurro y me alejé discretamente.

La trola no tardó mucho en surtir efecto. A los pocos segundos los más exaltados de mis colegas salieron escopetados hacia el portal donde habíamos estado bebiendo y empezaron a dar hostias a la puerta mientras insultaban a los vecinos y ocasionalmente a algún transeúnte cotilla que se quedaba mirando.

Esto me dio un respiro para pensar cuál sería mi próximo movimiento. Una opción era huir amparado en la confusión, pero esta idea fue rápidamente descartada. El huir delataría mi culpa y quedaría como un cobarde. Las otras opciones eran:

No confesar nunca mi culpa y actuar como si yo no supiese nada. El problema para esto es que al menos una persona, el Leo, sabía que fui yo el gaseador de Velarde. Además, tampoco estaba seguro de que no hubiese otros que conociesen el pastel.

Confesar una vez que los ánimos estuviesen más calmados, y de manera escalonada, es decir, primero a una persona y luego a otra, y empezando por los más afectados. Así minimizaríamos el riesgo de ser linchados por una turba furiosa. En fin, ya se sabe que el ser humano suele ser inofensivo individualmente, pero muy peligroso en manada.

Antes de hacer nada decidí que lo mejor sería hablar con el Leo para ver si alguien más conocía mi terrible secreto. Curiosamente, me encontré al Leo armando bronca con los vecinos, como si no supiese nada del asunto. Lo saqué del grupo de alborotadores y le dije:

—Leo, tío, qué hacemos. ¿Cómo les digo a todos que he sido yo el causante de todo esto?

—No digas nada, joder. Déjalo pasar, el daño ya está hecho. Olvídate y vamos a armar jaleo.

—Pero es que me siento mal, mira al Guti, tiene pinta de estar chungo.

—Joder, ique me dejes!

Y diciendo esto se alejó de mí y empezó a dar patadas de kung fu a un cubo de basura de uno de los portales, mientras el resto de los chavales coreaba los golpes y profería gritos contra los vecinos.

Vista la poca colaboración del Leo, decidí desentenderme de él. Al fin y al cabo él tenía parte de culpa, por ser un puto psicópata obsesionado con las armas, y también por inconsciente, al dejar el mortífero gas en manos inexpertas. Aun así sabía que él no diría nada sobre la autoría de semejante atropello a la salud pública. Miré a mi alrededor y vi cómo los ánimos se iban calmando poco a poco. Lo que hace diez minutos parecía algo totalmente inadmisibile, un ultraje y una tropelía, se fue difuminando lentamente. Primero se transformó de cabreo a simple molestia, y un poco más tarde era ya solo una anécdota curiosa que había dado un poco de colorido y emoción a una, por otra parte insustancial, noche de botellón.

«Todo el mundo está bien», pensé. Quince minutos después del incidente ya ni se acordaban. Ahora el problema era ponerse de acuerdo para ver a quién le tocaba subir a comprar más vino y cuánto dinero había que poner para tal efecto. Bueno, todos estaban bien menos el Guti, quien todavía no parecía haberse recuperado del trance. Me acerqué a él y le pregunté qué tal estaba. Él me dijo que muy mal y tosió un par de veces para dar más énfasis a sus palabras. Todo el mundo había subido un poco la calle Velarde, así que allí en Dos de Mayo solamente estábamos el Guti asistido por el Diego y el Gabo. Rápidamente, casi sin pensar si era lo más adecuado, les confesé que había sido yo el culpable y les pedí perdón.

Ellos parecían más sorprendidos que enfadados. Les expliqué detenidamente cómo había sucedido todo, aunque omitiendo detalles que involucrasen al Leo para evitarme problemas con él en el futuro. «Fue un colega del gimnasio el que me dejó el gas», les dije, y ellos me creyeron. El Guti tuvo una repentina y milagrosa recuperación, lo que me hizo pensar que antes le estaba echando un poco de teatro al envenenamiento para hacerse el interesante. Aun así se portó como un amigo, me perdonó sin dudarle y no dijo nada a nadie. Gracias a su discreción, y también a la del Gabo y el Diego, pude mantener mi secreto durante el resto de la noche, aunque no para siempre.

Después del incidente, la noche siguió su curso normal. Seguimos bebiendo en Malasaña mientras hablábamos de nuestras cosas, reíamos y hacíamos el tonto. En aquella época de adolescencia tardía el beber por beber todavía era divertido, y no deprimente como sucede cuando eres adulto. Por muy mayores que nos considerásemos, apenas llevábamos bebiendo alcohol un par de años y este nos afectaba de manera curiosa. Nos hacía reír, desinhibirnos y descargar las tensiones acumuladas durante la semana, pero no necesitábamos beber mucho para alcanzar este estado.

Más tarde, sobre las dos de la mañana, la gente de nuestro grupo empezó a retirarse discretamente. Por aquel entonces casi todos tenían una hora determinada a la que llegar a casa. Había padres más tolerantes, y también más intransigentes, pero lo normal era que a las tres de la mañana solo quedásemos un grupo de irreductibles haciendo el último

botellón en la calle Velarde.

Aquella noche no fue una excepción, así que sobre esta hora decidí retirarme a casa yo también. Normalmente era de los últimos en irme, pero también era de los que vivían más lejos. La mayoría de mis amigos vivían a cinco minutos de Malasaña, así que cuando se aburrían del botellón decían ciao y ¡presto!, en un plis estaban en su casa. A mí, por el contrario, me esperaba una caminata de tres cuartos de hora, la cual no era siempre agradable. En invierno hacía frío y normalmente estaba borracho, cansado o de bajón. Además, las calles que atravesaba no eran las mejores de Madrid, sobre todo solo y de madrugada.

Me despedí de la gente y subí la calle Velarde para dirigirme a la Corredera de San Pedro a través de la Calle de la Palma. Por todos sitios se veían los últimos restos del botellón malasañero. Grupos de jóvenes abandonaban las calles llenas de porquería y bolsas de plástico para dirigirse a garitos o a sus casas. De vez en cuando alguna pelea, algún escándalo, algún borracho vomitando. Mientras avanzaba rápidamente por las calles estrechas y mal iluminadas, intentaba pasar desapercibido. A veces algunos punkis te pedían dinero, cinco pavos para una litrona, pero eran en general inofensivos. A veces cambiaba de acera para dejar paso a algún grupito de skinheads de aspecto amenazador, por más que sus insignias pregonasen a los cuatro vientos que eran antifascistas.

Poco a poco iba saliendo de Malasaña y el ambiente caótico y juvenil de esta zona iba cambiando a medida que se veían menos bares de copas y más bares de putas. Al final de la Corredera te adentrabas en la zona de Gran Vía. Estas calles eran bastante sórdidas y había menos chavales jovencitos, a excepción de los góticos, a los que parecía encantarles el sitio, y mucha prostitución. Las viejas prostitutas del barrio se habían visto literalmente invadidas por una nueva generación de putas extranjeras, sobre todo africanas. De repente, las esquinas se poblaron de unas negrazas imponentes que intimidaban a sus potenciales clientes con gritos selváticos y se disputaban entre ellas los mejores cotos para la caza del hombre blanco.

Me sentí más aliviado cuando dejé esas callejas atrás y llegué a Gran Vía. «Ningún incidente más por ahora», pensé mientras buscaba algo de calderilla en los bolsillos de mis vaqueros. Bingo, tenía tres chapas, lo que significaba que no me había bebido toda la pasta y podía comprar algo para comer. En la zona había varios establecimientos abiertos las veinticuatro horas del día, pero a mí lo que me gustaba eran los puestos ilegales de comida china. Me acerqué a uno de ellos. En realidad, el puesto era solo una caja grande de cartón en plena Gran Vía, detrás de la cual estaba una chinita no mayor de catorce años. —Me das un arroz —le dije, y ella me contestó:

—Aloz, no; taliadines. —Por lo visto la fauna nativa de esa zona, gays y fiesteros, se habían comido mi arroz, así que no hubo más remedio que contentarse con los «taliadines». La chinita sacó un envase de tamaño medio y textura metálica. Me maravilló el hecho de que estuviese caliente. «¿Cómo lo consiguen?», pensé, pero me abstuve de preguntar y en su lugar pedí un tenedor de plástico y una servilleta.

—¿Quieles algo bebel?

—No, gracias, ya «bebel» bastante. —Y me despedí de ella con amabilidad, aunque sin poder evitar preguntarme si la chinita iría al colegio durante el día.

No abrí la tarrina continente de los tallarines hasta salir de la Gran Vía. Por una especie de paranoia antisocial no me gustaba comer rodeado de gente extraña. Por una parte, pensaba que algunos gamberros me podrían tirar al suelo la comida o incluso quitármela. Recordemos que con el alcohol el cerebro humano vuelve a los abismos de los instintos más primitivos: conseguir comida, proteger comida. Además, siempre cabía la posibilidad de encontrarse a alguien en tan concurrida arteria madrileña, y sinceramente me daba vergüenza que me viesen solo, borracho y comiendo como un cerdo la bazofia de los chinos.

Una vez pasada la plaza de Callao me interné en la calle paralela a Preciados, la cual no sé por qué siempre está desierta, y allí empecé a saciar mi hambre con los tallarines y quién sabe si con la carne de los antepasados de la familia Wong. Las tarrinas eran bastante grandes para su precio, aunque nada puedo decir de su calidad porque siempre las he degustado ebrio. Sin embargo, debido al hambre acumulada, acabé con ella en un par de minutos. Una vez cenado seguí avanzando por la calle Bordadores y crucé Arenal. En las calles cercanas a la Plaza Mayor me busqué una esquina tranquila y cuando vi que no había transeúntes, me eché una meadita providencial. Tengo un amigo que una vez cagó en la calle presa de la necesidad. Por lo visto, el tío sufrió un apretón a altas horas de la madrugada lejos de su casa y no se lo pensó dos veces. Se metió entre dos coches, se bajó los pantalones y se plantó allí mismo un enorme y maloliente truño. A mí, sin embargo, esto me parecía excesivo. Mear en la vía pública es normal. Vomitar, qué remedio, pero dejar una mierda recién cagada y blandita humeando en el frío asfalto como regalo de fin de fiesta es ya demasiado.

Por fin en el portal de mi casa metí la llave sin problema, pues ya habían terminado los efectos del alcohol gracias a la cena y al paseo. Una vez dentro de casa me deslicé sigilosamente hasta mi habitación y tras quitarme la ropa, me metí en la cama. Tardé en dormirme cinco minutos, lo justo para reflexionar acerca de lo ocurrido durante la noche. Entonces fue cuando empecé a ser consciente de que la metedura de pata con el gas lacrimógeno en Velarde fue bastante peligrosa. Las consecuencias no

Llegaron a gran cosa, pero pudieron haber sido mucho más graves si no hubiese tenido tanta suerte. En primer lugar solo se vieron afectados mis amigos, pero qué hubiese pasado si el gas hubiese atacado a otras personas o si alguien me hubiese visto y posteriormente identificado como el autor de la fechoría. Creo que la palabra que primero me viene a la mente es «linchamiento». Peor hubiese sido si por inconsciencia o desconocimiento hubiese lanzado el gas dentro de un espacio cerrado, como un bar o el metro. Cuando el Leo me dio el gas, apreté el botón sin pensármelo, y creo que hubiese hecho lo mismo si me lo hubiese dejado dentro del Más Allá o de La Vía Láctea. Si esto hubiese ocurrido, el saldo sería de decenas de envenenados, heridos y contusionados al escapar, y quizá algún muerto. Un negocio arruinado, orden de búsqueda y captura, hostias, detención, cargos, juicio y rechazo de familia y amigos. Gracias a Dios esto no sucedió.

Al día siguiente me levanté sobre las doce, desayuné rápidamente y me puse a estudiar como un poseso. Había que compensar las horas de estudio perdidas el día anterior e intentar avanzar un poquito con el temario. Después de un par de horas memorizando chorradas me di por satisfecho, y aparqué los libros hasta el domingo. Algunas personas nacen más listas, otras más tontas, algunas feas y otras guapas, pero me temo que yo he nacido portando el gen de la vagancia. «He estudiado dos horas y deberían haber sido cuatro o cinco —pensé—. ¡Soy un puto vago!».

Sin embargo, sabía que era inútil tratar de esforzarse más, dos horas era el periodo de tiempo máximo que conseguía concentrarme diariamente. Intentar hacer más era engañarme a mí mismo sentado frente a los apuntes, pensando en las musarañas. Además, tenía otra cosa que hacer, tenía que pensar cómo pediría esa noche disculpas a mis compañeros por haberlos rociado accidentalmente con un producto tóxico.

Lo bueno era que los sábados solía salir por la noche mucha menos gente que el viernes. Algunos se iban de Madrid, otros no tenían ganas o jugaban al fútbol los domingos. Decidí que les pediría perdón de manera sincera, pero enfatizando el hecho de que fue un accidente. De todas maneras, ya lo sabía mucha gente y los que no lo sabían se iban a enterar el lunes, seguramente. Por eso pensé que la mejor defensa era un buen ataque y resolví decírselo a todos nada más que los viese. El resto de la tarde transcurrió entre los típicos preparativos para salir, incluido una siestecilla reparadora. Luego, comer, cagar, ducharse, vestirse y a Malasaña otra vez.

Llegué a la calle Velarde sobre las nueve y media y empecé a buscar a mis amigos ansiosamente. No había llamado a nadie, así que por un momento temí que se hubiesen ido a otro sitio sin avisarme como castigo a mis fechorías. Por fin los encontré sentados en un portal, eran unos ocho, la mayoría buenos amigos. Nada más llegar, todos me miraron con un interés bastante inusual y se hizo un silencio que me indicaba que era

hora de actuar. —Chicos —les dije—, hay algo que tengo que confesaros...

## **LA MANIFA**

Ahí acabó para mí el fin de semana. Después de explicar detenidamente a mis amigos cómo sucedió el incidente del viernes, los invité a unos litros de kalimocho. «Pago yo —les dije—, es lo menos que puedo hacer». Me quedé con ellos un par de horas más, pero la noche estaba bastante aburrida, por lo que nos fuimos a casa pronto. Me pasé el domingo tratando de estudiar y pensando en la manera de hacerme invisible en clase el lunes. Siempre he sido una persona a la que no le gusta llamar la atención demasiado y últimamente me estaba convirtiendo en el macarra número uno del colegio.

Afortunadamente, el lunes nadie hizo referencia al fin de semana. Creo que todos nosotros estábamos bastante ocupados con estudios y exámenes como para prestar demasiada atención a las idioteces alcohólicas y pavadas varias de ningún compañero. Todos nosotros queríamos entrar en la universidad y necesitábamos una nota media aceptable para acceder a la carrera elegida. Con frecuencia he oído que COU y selectividad eran muy fáciles, pero siempre a toro pasado. Después de terminar una licenciatura, hacer unas oposiciones o trabajar cuarenta horas semanales, uno mira atrás y ve COU como una tontería, pero cuando eres adolescente, de inteligencia media, y tienes poco hábito de estudio, superar estas pruebas académicas te parece un desafío cuanto menos complicado. Sobre todo si añades la presión de estar convencido de que te juegas a una carta tu futuro.

Así que vuelta a empezar la semana. El lunes entré a las nueve en el cole, dispuesto a aguantar seis clases de una hora cada una con dos descansos de diez minutos intercalados en los que se podía salir a la calle a echar un piti o comer un Bollicao. Las explicaciones de los profesores, en el mejor de los casos, me aburrían terriblemente, aunque lo más normal era que no entendiese nada. Las demostraciones y fórmulas matemáticas me parecían chino, así que me limitaba a copiar fielmente todo lo que decía el profesor para luego intentar descifrarlo en casa.

Lo más difícil era concentrarme teniendo a mis compañeros alrededor. Estos no solo eran compañeros de clase, también eran amiguetes y compadres en las juergas nocturnas. Yo me sentaba en la última fila, la cual era como un gallinero, con todos los cachondos y dementes de la clase a mi alrededor. Allí en la clase de ciencias éramos conocidos como «La Peña». Los integrantes eran el Gabo, el Revuelta, el Manu, el Velao, el

Gordi, el Floro, Lambea, el Charly y Gonzalito. Con ellos a mi alrededor era difícil concentrarse. Lambea era el cachondo del grupo. Este era un catalán muy castizo que me recordaba mucho a ese señor que salía en la tele con José Luis Coll, creo que se llamaba Tip. Ese tío tenía unas salidas que te partías el nabo con él. Una vez, por poner un ejemplo, intentó seducir a una chica en un bar de Argüelles diciéndole si quería «rollo». La pobre chica dijo que no, y entonces él se sacó de la chistera, o de donde lo tuviese escondido, un rollo de papel higiénico previamente robado del retrete y se lo ofreció diciendo:

—Es que yo ya no quiero el rollo, ya he terminado de cagar. —Con la consiguiente explosión de risas de todos los chicos alrededor y la huida de la joven totalmente humillada.

Su complemento natural era el Gordi, con un sentido del humor más primitivo y visceral. Su repertorio de pedos, mocos e insultos al personal hacían las delicias de todos nosotros. A mí en particular me emocionaba ver cómo machacaba a Fernandito Culoblanco, el empollón y pelota oficial, lanzándole quicos, kleenex usados y demás lindezas, y ojo con protestar; el Gordi era cinturón negro de judo y pesaba casi cien kilos. Los demás chavales eran todos muy buenos amigos míos, aunque al igual que yo, también más discretos. Todos queríamos sobrellevar las tediosas clases a base de cachondeos y coñas varias, pero también pasar los exámenes y entrar en la universidad al año siguiente.

Ser integrante de «La Peña» suponía estar en el punto de mira de nuestro jefe de estudios y profe de Mates y Química, el señor Chamorro. Este era el clásico profesor decimonónico chapado a la antigua, viejo, grande, gordo, con barba cana y vozarrón atronador. A mí me parecía una extraña mezcla entre Papá Noel, Romanones y el ministro Mayor Oreja. Este señor siempre encontraba una excusa para sacar un peñista a la pizarra a resolver un complicado problema de Química o una integral, y como la mayoría de las veces no teníamos ni puta idea de cómo resolverlo, pues nos sometía a escarnio público delante de todos los empollones de las primeras filas y, lo que era peor, delante del Alfreddito, el Woody, el Juanillo, el Nico y todos los miembros de la «Peña Bonilla», nuestra peña rival y archienemiga dentro de clase.

Por supuesto, en este ambiente de compadreo y choteo constante era imposible aprender nada. Por eso, procuraba coger todos los apuntes y descifrarlos en la tranquilidad de mi hogar, generalmente con resultados poco satisfactorios. Para más INRI, el señor Chamorro decidió poner los exámenes de recuperación de Mates y Química de la segunda evaluación esa semana. Esto no me pillaba de sorpresa, pues se rumoreaba que iban a caer pronto, pero no me dejaba muchos días para estudiar. El de Química sería el jueves y las Mates, el viernes; así que tenía lunes, martes y miércoles para estudiar los dos, y el jueves, para repasar las impopulares Matracas. En la parte positiva tenía a mi favor el hecho de

que los exámenes habían sido hace poco, por lo que tenía los conocimientos bastante frescos. Además, tenía los exámenes originales en mi poder, junto con todos los apuntes convenientemente resumidos, y los ejercicios resueltos.

El resto de la semana se pasó rápido. Por la mañana, a clase, y por la tarde, a casa para estudiar los exámenes de recuperación. Me bastaron tres horas diarias de estudio para prepararlos. En esta ocasión hice un estudio de calidad antes que el atracón de datos tradicional. Grabé todas las fórmulas importantes en mi cerebro y en la parte posterior de mi calculadora, y me aseguré de saber hacer todos los modelos de problemas vistos en clase. Cuando llegué al examen de Química el jueves, vi que esto era más que suficiente. Había en total cuatro problemas, tres calcados del ejercicio anterior y uno más difícil que no supe resolver. Al final, el resultado sería un siete. No está nada mal, después de tres meses de vagancia y un examen suspenso en febrero, sacar al final notable. Las ventajas de la educación privada. El viernes tres cuartos de lo mismo en Mates, simplemente la molestia de tener que hacer el examen. Otro notable sin tener ni puta idea.

Cuando por fin terminé la semana, estaba bastante satisfecho. Las notas de los exámenes tardarían un par de semanas en salir oficialmente, pero más o menos sabía la nota que iba a sacar, porque los resultados de los ejercicios coincidían con los de mis apuntes y con los de los otros compañeros. Había sido una semana muy productiva, no solo había recuperado mis dos asignaturas suspensas en la segunda evaluación, sino que además la semana de estudio intenso me venía muy bien como repaso para selectividad. Debido a esto, decidí que me tomaría el fin de semana de descanso y lo dedicaría a salir de juerga o en su defecto a hacer el vago.

Esta vez me aseguré de quedar con mis compañeros a las diez en la esquina de Velarde con Dos de Mayo, para evitar posibles desencuentros, y luego me fui a casa. Llegué a las tres de la tarde, justo cuando mis padres se iban. Habían decidido pasar el fin de semana en Toledo con unos amigos, algo a lo que yo no me había opuesto, ya que me permitía disponer de la casa en exclusiva. Recuerdo que cuando tenía quince años me dejaron solo durante el finde por primera vez. Entonces sabía que si todo iba bien, las salidas de fin de semana se convertirían en una costumbre y por eso me esforcé por tener la casa como los chorros del oro cuando ellos llegaron el domingo. Desde entonces me empecé a quedar solo a menudo y aunque no organicé ninguna fiesta espectacular, saqué partido a la casa en varias ocasiones, siempre con el beneplácito de mi hermana, quien para bien o para mal nunca ha estado interesada en mis actividades.

Comí rápidamente y me eché un rato la siesta. Cuando me desperté era todavía pronto, así que decidí darme una vuelta por el gimnasio para

entrenar un poco. Normalmente, mi hora de entrenamiento era de nueve a diez de la noche, pero los viernes había empezado a ir a menudo de siete a ocho, con el consiguiente cabreo por parte de mi entrenador. La clase de esta hora tenía mucho menos nivel, así que según él, venía básicamente a perder el tiempo. Esto era cierto, pero también era cierto que a mí lo que me apetecía un viernes por la noche era irme de fiesta y no pegarme en el gimnasio con unos bestias. Además, tengo que decir que el taekwondo es un deporte de contacto donde los golpes no se marcan. Es cierto que hay muchos ataques prohibidos, como por ejemplo puñetazos en la cara, pero los que son lícitos se pueden hacer toda la fuerza que uno quiera. Como consecuencia, es totalmente válido dejar K.O. al adversario, cosa que te puede ocurrir también a ti si no tienes cuidado, tanto compitiendo como entrenando.

La sesión se me dio bien y gané todos los combates, aunque no tiene mucho mérito, ya que era la clase de los niños pequeños. Después de ducharme me fui a casa a toda hostia a cenar y a dejar la mochila. Podía haber ido directamente a Malasaña desde allí, pero no me atraía mucho la idea de irme de juerga cargando con una mochila llena de ropa sudada. Ya lo había hecho antes y cada vez que quería entrar en un garito, los porteros me abrían el macuto buscando alcohol, armas o Dios sabe qué, mientras me hacían mil preguntas estúpidas. A alguno incluso se le ocurrió sacar mis calzones sucios y exponerlos en público durante el interrogatorio, y eso es bastante humillante si te ocurre delante de toda la cola de personas y tías buenas que quieren entrar en el bar.

En casa me hice una pizza precocinada y me la comí saboreándola con deleite. Luego comprobé que tenía dinero y salí disparado hacia Malasaña. Cogí el metro en la estación de Ópera y me bajé en San Bernardo. Mientras iba en el metro hacía planes sobre cómo debería desarrollarse la noche. Quizá podría tratar de traer a mis amigos para formar una fiesta en casa, aunque esto tampoco sería una buena idea. Lo primero, dudaba de que los muy vagos quisieran alejarse ni cien metros de su barrio. Además, era un poco mierda hacer un botellón encerrado en tu casa con otros diez tíos. Por lo menos en la calle siempre hay posibilidades de conocer a alguna tía buena o en su defecto a alguna tía gorda y fea. Al menos no tenía el problema de tener que llegar pronto a casa. Mis padres eran bastante tolerantes y no me habían impuesto ninguna hora determinada para volver, pero aun así existía un acuerdo tácito entre ambas partes para no rebasar la barrera de las tres de la mañana.

Tan entusiasmado iba pensando en todo esto que no advertí al salir del metro un discreto pero importante movimiento de tropas alrededor de la glorieta de Ruiz Jiménez y calles aledañas. Debería haber unos ocho o nueve furgones policiales, dentro de los cuales los maderos esperaban órdenes y sopesaban la situación. «Seguro que es por algo de la ETA», pensé inocentemente, sin saber que los policías nacionales guardaban abundante material antidisturbios en sus horrendas furgonetas y que este

estaba destinado hoy, no a delincuentes o asesinos, sino a adolescentes despistados y capullos que solo querían hacer botellón y pasarlo bien.

Encontré a mis amigos como de costumbre, apostados a un lado de la calle Velarde formando grupos pequeños. Saludé rápidamente a todo el mundo sin entrar en abrazos, apretones de manos ni besuqueos excesivos que no venían a cuento. Después me dirigí al cercano quiosco a por un paquete de tabaco y unos chicles de clorofila. Volví de nuevo con mis amigos y establecí rápidamente conversación con los demás parroquianos de la semiesquina Dos de Mayo. El tema de conversación de aquella noche era acerca de una supuesta manifestación de okupas y jóvenes contestatarios a través del barrio de Malasaña, que ya debería estar a punto de empezar. «Qué interesante», me dije, sin pensar ni un momento la clase de peligros que una manifestación violenta puede deparar a alguien poco curtido en estas lides. En esto coincidí con el Gabo, que estaba ya algo excitado con el panorama de acción callejera, así que nos pusimos a hablar del tema de manera superficial, centrándonos en el lado lúdico y follonero de las manifestaciones.

De pronto, un griterío lejano interrumpió nuestra conversación. Excitados miramos hacia el fondo de la plaza, de donde venía el jaleo, y descubrimos a los manifestantes. La mani en sí no era muy grande aunque sí compacta y bastante heterogénea. En aquel tumulto de gente se podían ver representados a todos y cada uno de los especímenes típicos de la izquierda marginal madrileña, convenientemente uniformados con sus indumentarias clásicas. Había punkis de andrajosos cueros y floridas crestas, aunque abundaba más el tipo punk costoso, reconocible por su aspecto menos estafalario aunque algo más militante. También había un curioso tipo de punk ecologista-rural, cercano en ideología e indumentaria a los jóvenes abertzales vascos. Junto a ellos marchaban algunos skinheads antifascistas, con sus cazadoras bomber negras y sus botas militares, y varios híbridos punk-skin que unían a la sobriedad skin algunos detalles de fantasía punkoide. Otros tantos eran hardcoreros, raperos, melenudos, rastas y algún otro engendro de tipo indefinido. Curiosamente, la otra mitad de Malasaña, los modernos, indies y gafapastas, se había dado prisa en desaparecer, intuyendo el peligro, y dada su naturaleza blandengue y pacífica.

A toda esta variedad de subculturas urbanas las unía una causa común, la okupación con «k», aunque la manifa no reivindicaba ningún tema en concreto. En realidad, la mayoría de los individuos que participaban en ella tenían como único objetivo escapar del aburrimiento y el tedio de la única manera que la chusma sabe hacerlo, es decir, gritando, rompiendo cosas, buscando bronca y molestando a la gente normal, si es posible en manada para diluir la responsabilidad de actos reprobables entre muchas más personas. Lamentablemente, yo también me aburría a veces en Malasaña, así que cuando pasó la manifestación por delante de donde estábamos todos, me uní a ella alegremente, seguido por el Gabo, quien

esta vez no sería tan sensato como un par de semanas atrás.

Una vez dentro del mogollón empezamos a corear con el resto de la gente las típicas consignas que se rebuznan en este tipo de eventos. «Con tanta madera haremos una hoguera», «El que no bote, Policía Nacional», y hasta incluso algunos «Euskal Herria Askatu» totalmente fuera de contexto. La manifestación siguió su curso por las calles de Malasaña un rato más; el Gabo y yo nos lo estábamos pasando de miedo gritando y haciendo el memo.

En el fondo, nosotros éramos lo suficientemente inteligentes para darnos cuenta de que las reivindicaciones de la manifestación eran muy poco consistentes. De hecho, creo que no había ninguna. Todo era protestar por protestar contra algo que no se sabía muy bien lo que era. El Gobierno pepero, la sociedad de consumo, el capitalismo voraz, las leyes de la gravitación universal; lo importante era quejarse y romper cosas. Es posible que fuese una manifa de chicha y nabo, pero alrededor nuestro había algunos jovencitos totalmente fanatizados que se creían en posesión de la verdad suprema y el derecho que esto otorga a usar la violencia contra personas y cosas. Con razón los dictadores más sanguinarios del siglo xx, Pol Pot, Hitler o Mao Ze Dong, habían usado adolescentes para conformar sus batallones de asalto. Los cuatro gatos que habían convocado esta manifestación, que ni estaba autorizada ni tenía ninguna reivindicación que despertase el más mínimo interés en la sociedad, sabían que de haberla convocado de día y frente a algún edificio público, jamás hubiesen reunido a más de cincuenta personas. Por eso, decidieron convocarla un viernes por la noche en una zona de esparcimiento juvenil. De esta manera parecía que miles de jóvenes apoyaban la causa y se sumaban a la manifestación de manera entusiasta. La realidad fue que unas decenas de idiotas arruinaron el viernes a miles de jóvenes en Malasaña, Tribunal y Alonso Martínez, atrayendo a la zona a la Policía y a los antidisturbios.

De pronto, la manifestación se detuvo justo antes de la Calle de La Palma, ante un indefinido sentimiento de amenaza que se extendió rápidamente entre los manifestantes, de la misma manera que un rebaño de ungulados se detiene y husmea el aire al presentir la presencia de una fiera salvaje. Al final de la calle se podían ver varias siluetas azules y corpulentas, armadas con porras y escudos, que se parapetaban detrás de lo que buenamente podían y permanecían a la espera.

Durante un rato la gente se quedó callada y se hizo un silencio que no auguraba nada bueno. La calma duró bastante poco y fue rota por los elementos más exaltados de la vanguardia de la manifestación, en su mayoría punkis. Estos venían con la única intención de enfrentarse con la Policía, así que se dispusieron a iniciar la batalla. Horrorizado vi cómo los punkis derribaban varios contenedores de basura y demás mobiliario urbano y los cruzaban en la calle a modo de barricada. Otros, mientras

tanto, arrancaban adoquines del pavimento o los robaban de una obra cercana para proveerse de proyectiles. Incluso hubo alguien que prendió fuego a un par de cubos de basura para ambientar un poco más el campo de batalla. Los antidisturbios, provocadores como siempre, no hicieron sino empeorar la situación, pero ya desde el principio se veía que para algunos de los manifestantes la violencia no era un medio para defenderse o denunciar la injusticia, sino algo deseado por sí mismo. Ahora comprendía que la finalidad última de la manifa era crear una algarada callejera. En parte, era como los encierros de los pueblos o los follones futboleros, gente arriesgando su integridad física estúpidamente para quemar adrenalina y vivir sensaciones fuertes.

Al oír el primer disparo me sorprendí a mí mismo corriendo rodeado de una masa de gente que también corría hacia ningún lugar en concreto, y me concentré en no caer, ya que una caída hubiese significado ser pisoteado brutalmente por decenas e incluso centenares de personas. Ya no me gustaba la manifa, quería irme a otro barrio a hacer botellón.

Me sentí más tranquilo al ganar la esquina de la calle Velarde y encontrar allí a todos mis amigos. Estos ya empezaban a dar muestras de intranquilidad al ver el cariz que estaba tomando la situación. Algunos de ellos, entre los que estaba yo, opinaban que lo mejor sería abandonar el barrio de Malasaña temporalmente y seguir la velada en otro lugar menos peligroso. Otros, sin embargo, creían que no había para tanto, que podíamos seguir en Malasaña tranquilamente mientras no nos metiésemos en problemas. Empezamos a discutir entre todos acerca de la conveniencia de emigrar hacia otra zona o no. Mis compañeros de entonces, unos jovencitos inexpertos y atontolinados, no parecían decidirse sobre si nos íbamos o no. Algunos incluso se pusieron a hablar sobre otros temas y yo no tuve la valentía y la iniciativa de irme por mi cuenta. Esos minutos de indecisión y dudas nos hicieron perder un tiempo precioso que resultó determinante para el curso que tomó después la noche.

Mientras yo perdía el tiempo tratando de convencerlos, la Policía tomaba posiciones, los manifestantes arrasaban las calles, los transeúntes huían despavoridos y los taberneros cerraban sus negocios. Finalmente, empezamos a movernos hacia la calle Daoiz para huir de Malasaña, pero entonces sonaron nuevos disparos y una avalancha de gente empezó a subir calle Velarde acortándonos el paso y obligándonos a correr en esa dirección. Es alucinante cómo funciona el mecanismo del pánico gregario. Ves a un montón de gente corriendo en una dirección y la sigues sin pensar, asumiendo que si huyen será por algo, y uniéndote a la manada con la esperanza de salvar el culo. Subí la calle Velarde lo más rápido que pude, empujando a los de delante y dando codazos a los que se intentaban cruzar en mi camino. A los lados de la calle los encargados cerraban las puertas y bajaban las persianas metálicas de sus locales siempre un segundo antes de que me pudiese cobijar en alguno de ellos.

Dentro la gente se resistía a abandonarlos sabiéndose a salvo y muchos se colaban en su interior sin que los porteros pudiesen hacer nada. Desafortunadamente, la posibilidad de encontrar refugio en un bar de Velarde se esfumó rápidamente y ya con todos los bares cerrados a cal y canto no nos quedó otro remedio a mí y al resto de gilipollas que continuar calle arriba. Seguí corriendo un rato más rodeado de desconocidos. No sabía cómo, pero entre el tumulto había perdido a todos mis amigos. Ahora estaba solo y cada vez más angustiado pensando que la situación se estaba poniendo muy fea. De pronto, me encontré con una persona que me resultaba familiar.

Era Pedro, acompañado por su novia la Bizca y por un colega suyo que se llamaba Rufo y que solía fumar un tabaco asqueroso. En el fondo, Pedro era uno de mis mejores amigos y, además, compañero de clase, pero también tenía la curiosa facultad de ponerme nervioso con su actitud enrollada y optimista ante la vida. Contrariamente a lo que pudiera dar a entender su mote cariñoso impuesto por mí en secreto, la Bizca era una chica muy guapa, aunque uno de sus ojos era ligeramente estrábico. Esto le daba en cierta manera una apariencia muy simpática y no desanimaba a sus múltiples pretendientes, entre los cuales había estado el Pedro, el Rufo y otros tantos más. Al final, la Bizca lo dejó con mi colega Pedro, se operó el ojo bizco y acabó siendo la novia del Rufo, pero eso ya es otra historia.

—Chencho, tío, ¿qué haces por aquí?

—Estoy corriendo los Sanfermines, no te jode —le dije con cara de pocos amigos—. Me voy de aquí ahora mismo. ¿Te vienes?

—Espera un momento, tío, tengo que avisar a unos colegas.

Eso era típico del Pedro, una persona tan sociable como él siempre estaba rodeada de amigos, amigos de amigos, amigos de conocidos y conocidos de amigos. Afortunadamente, logré convencerlo de la inminencia del peligro antes de que empezase a contarme uno de sus rollos extraños y al final él, su novia, el Rufo y yo salimos corriendo hacia arriba.

Cada vez más asustados atravesamos Velarde con nuestras esperanzas puestas en alcanzar la calle Fuencarral, donde teóricamente estaríamos ya fuera de Malasaña y, por tanto, a salvo. Cuando llegamos allí, la situación era muy diferente a lo que yo había esperado. Todo lo contrario, en la calle Fuencarral estaba el epicentro de la pelea. Por fin, y muy a mi pesar, vi a la Policía en acción. Varios furgones vomitaban robustos antidisturbios, los cuales agredían a cualquier persona que tomasen por un alborotador mientras los manifestantes de verdad les lanzaban toda suerte de objetos y huían, rehuyendo por lo general el combate cuerpo a

cuerpo con las bestias pardas uniformadas.

Por un momento me paré en seco dudando hacia qué lado de la calle iría. Derecha o izquierda, subir o bajar; la decisión me parecía bastante arbitraria, pues ambas opciones tenían bastante mala pinta. Finalmente, me dirigí hacia la glorieta de Bilbao con la esperanza de evitar la parte más virulenta de la refriega, seguido por el Pedro y por otro individuo desconocido de bastante mala pinta. «Mala jugada», pensé un segundo después cuando pude comprobar que la calle estaba cortada por una hilera de policías antidisturbios. Aun así yo no había hecho nada y, además, dar media vuelta y huir de la autoridad policial hubiese significado reconocer implícitamente ser un manifestante, así que continué andando hacia ellos con paso firme, pero sin correr o hacer movimientos bruscos. «No he hecho nada, solo soy un vulgar paseante», me repetía a mí mismo mientras me iba acercando a la hueste policial. Estos eran varios y se distribuían formando una fila que aún dejaba un par de metros entre un madero y el siguiente. Armados con porras y escudos, con el rostro cubierto por pasamontañas, sus cuerpos pesados y macizos les daban la apariencia de una especie de centuriones infernales salidos de un videojuego demasiado real para mi gusto.

Esta imagen me impresionó bastante, aunque parece ser que no le sucedió lo mismo al elemento con mala pinta que nos iba siguiendo a Pedro y a mí, pues el tío, haciendo gala de una estupidez inaudita, no se le ocurrió otra cosa que sacarse, Dios sabe de dónde, una botella de cristal y lanzarla con fuerza hacia los maderos. La botella atravesó el aire y fue a estrellarse a un metro escaso de los agentes, los cuales reaccionaron abalanzándose sobre el descerebrado cabrón y de paso sobre Pedro y sobre mí, reduciéndonos a base de porrazos y empujándonos contra la pared con violencia.

De modo que allí estaba yo. Viernes, diez de la noche, manos arriba contra la pared, bueno, contra el escaparate de una mercería, para ser exacto, y con un policía nacional detrás pegándome pataditas en las piernas y ladrándome amenazas. Eché una rápida y furtiva mirada hacia detrás y vi en primer plano a un feo antidisturbios con una porra en alto en ademán de golpear. Intenté dialogar, pedir explicaciones y exponer respetuosamente que como ciudadano tengo mis derechos, pero la negociación no dio ningún resultado.

—¡Como hables te mato!

Esa fue la única frase de nuestra breve conversación, así que decidí que lo mejor sería quedarme callado. «Prohibido mirar hacia atrás», pensé, así que miré a mi derecha con cuidado y vi como otro policía cacheaba al gilipollas que había arrojado la botella. El registro empezaba por el cuerpo y seguía por las piernas, aunque no era muy exhaustivo. Al energúmeno en cuestión en un par de segundos le incautaron una navaja de grandes

proporciones, una cadena metálica gruesa y un mosquetón. El tío en su defensa tuvo la osadía de decir que llevaba todo esto porque era escalador profesional, recibiendo inmediatamente una colleja como castigo por una excusa tan patética.

Volví la cabeza hacia el otro lado y vi al Pedro en la misma situación que yo, contra la pared, bueno, contra el escaparate, y cierta sonrisa nerviosa. —Por lo menos podemos admirar los fantásticos artículos de esta tienda —dijo con tono irónico, justo antes de recibir un capón de uno de los maderos y una orden de callarse. El hecho de que todavía tuviésemos ganas de bromas indicaba que no nos tomábamos el tema muy en serio. En cierta manera, yo creía que nos tomarían los datos y luego nos dejarían marchar, dejándonos todavía el tiempo de ir a un bar a tomar una copa y comentar la jugada.

La posición de «manos arriba contra la pared» se prolongó durante diez minutos más mientras los maderos decidían qué hacer con nosotros. Durante todo ese tiempo me entretuve mirando el panorama y no menos que admirando la efectividad de nuestros cuerpos de seguridad contra los manifestantes. Cada vez que un madero soltaba una hostia era un punto para el Cuerpo Nacional de Policía y cada detención sumaba otros cinco puntos. Los manifestantes, aunque entraban en el juego como equipo contrario, no puntuaban de ninguna manera, así que no es sorprendente que el equipo de los maderos ganase por un contundente cincuenta y siete a cero. A mi alrededor también pasaba gente huyendo de la trifulca. Algunos eran jóvenes y no decían nada por miedo a acabar como yo, otros más mayores increpaban a la Policía llamándola fascista o bien a nosotros, llamándonos gamberros. También aparecieron tres de mis amigos, el Gabo, el Manolo y el Mata, quienes nada más descubrir mi situación se acercaron imprudentemente a mí para intentar ayudarme. Al principio se dirigieron al agente que me escoltaba, argumentando que yo era inocente y que no había tomado parte en la manifestación. El madero, un elemento bastante altivo y chulesco, los mandó directamente a la mierda, pues no estaba dispuesto a soltar su presa simplemente porque unos jóvenes se lo exigiesen. Una vez que te han detenido no te sueltan, si eres inocente se demostrará más tarde en el juzgado y eso a ellos ni les compete ni les importa. Mis amigos no entendieron esto y empezaron a discutir con el madero cada vez en un tono más acalorado. Yo les rogué que se fueran, pero ellos no me hacían caso. Por un momento parecía que el Manolo, un tío bastante grande, se iba a pelear con el madero allí mismo. El Mata y el Gabo tuvieron incluso que separarlos, lo cual fue bastante cómico. Al final llegaron más refuerzos policiales y rodearon a mis tres colegas dándoles un ultimátum, irse pacíficamente o venir a comisaría en calidad de detenidos. Por un momento estuve convencido de que el Gabo y el Manolo se venían conmigo al cuartelillo, pero el madero debía estar ya en el momento álgido de su colocón farlopero, o simplemente no le apetecía trabajar más, así que el altercado no pasó a mayores. Mis amigos aceptaron a regañadientes la orden y abandonaron

la escena, aunque, según me contaron posteriormente, su noche de violencia y altercados no acababa sino de empezar.

## LUNA

Por fin parecía que los maderos se habían cansado de repartir hostias o bien ya no les quedaba más espacio en las lecheras para encerrar desgraciados, así que apurando los últimos porrazos se dispusieron a levantar el tenderete, llevándonos al Pedro y a mí con ellos. He de reconocer que, sin embargo, el paseo en furgoneta desde la calle Fuencarral hasta mi próximo destino, la comisaría de la calle Luna, no estuvo mal. Nunca imaginé que los furgones policiales fuesen tan cómodos y espaciosos, con asientos ergonómicos y mazo de sitio para los pies. En la parte de delante solo viajaban dos maderos, conductor y acompañante. En la parte de atrás íbamos el Pedro y yo contemplando una panorámica nocturna de la Gran Vía madrileña desde una perspectiva bastante poco usual. El único punto negativo fue que en nuestra lechera también viajaba «el amigo culpable de nuestra detención», más conocido como el Contreras, quien no dejó un momento de molestarnos, tanto a nosotros como a los maderos, haciendo preguntas, comentarios impertinentes, ruiditos y sonándose los mocos con un pasamontañas que encontró tirado en uno de los asientos. «Este tío es la hostia —pensé—, incluso retenidos hay gente que no sabe guardar la debida compostura».

Nada más tengo que resaltar de este paseo nocturno, aparte de la pericia al volante del madero conductor, quien a pesar de ir a toda hostia por el centro de Madrid esquivó con suma habilidad a coches y peatones, adivinándose en él una prestancia y dominio de la conducción poco comunes. Cuando llegamos a Luna, el comité de bienvenida se mostró bastante más amable que los antidisturbios. Estos policías eran simplemente chupatintas de comisaría y no pegones profesionales, así que prescindieron de empujones, amenazas e insultos. Bajamos de la lechera de uno en uno y descubrimos que estábamos en una especie de garaje, ya en las tripas de la propia comisaría de la calle Luna. Mientras avanzábamos por los sombríos y húmedos corredores, yo me esforzaba en abrir bien los ojos y retener hasta el más mínimo detalle del edificio, los policías y los detenidos, no solo para saber a qué sitio había ido a parar, sino también por curiosidad. Creo que ya había pasado por allí antes para renovar el carné o el pasaporte, pero ahora estaba en calidad de reo. Todo me parecía bastante irreal, una especie de sueño molesto del que no tardaría en despertar. Como el edificio era bastante viejo, los pasillos eran estrechos, con el techo muy bajo y la pintura, en tonos pastel, estaba bastante deteriorada. Los despachos eran de tipo espartano, sillas de

oficina y mobiliario cutre sobre el que se acumulaban innumerables papeles, expedientes y tochos. En cierta manera, me recordó al colegio donde había hecho la EGB años atrás.

El madero que me escoltaba me dirigió hacia una especie de mostrador donde me preguntaron mi nombre y algunas otras cosas, no sé para qué, pues ni se molestaron en escucharme. En su lugar me dieron un cuestionario para rellenar con todos mis datos personales. Después me pidieron que me identificase con mi DNI, el cual me había requisado uno de los agentes en la calle. Eso le dije al poli del mostrador, pero él me dijo que esto no era posible. —Pues a mí me han quitado el carné sus compañeros —le respondí bastante preocupado. Ahora no podían identificarme hasta que el antidisturbios de turno tuviese la bondad de devolver mi carné. Esto no me hacía mucha gracia, primero porque entre todo el barullo un carné se puede perder tranquilamente y, además, no me fiaba de esos antidisturbios cocainómanos. Era muy posible que se lo acabasen vendiendo a la mafia búlgara a cambio de dinero, cocaína o favores sexuales.

Luego vino una pregunta a la que no supe muy bien qué responder.

—¿Solicita usted un abogado de oficio?

—¿Eh? Pues, no sé —respondí de manera bastante dubitativa ante el gesto contrariado del agente.

—¿Quieres un abogado de oficio, sí o no?

¿Qué se supone que tenía que responder a eso? ¿Quiero un abogado de oficio o no lo quiero? No tenía ni la más remota idea de qué respuesta sería la mejor en mi caso. En el cole me habían enseñado muchas cosas útiles, y también muchas inútiles, pero desde luego nada para saber desenvolverse en una situación así. A ver, recordemos. Séptimo de EGB: «El ciudadano y sus derechos», «La Constitución Española», «La sociedad de hoy». No parece que ninguno de estos archivos grabados hace largo tiempo en mi cerebro fuese a ayudarme en aquellas circunstancias.

«Piensa, joder, piensa», me dije a mí mismo con nerviosismo. ¡Ya lo tengo! Teleseries policíacas, El Equipo A. Allí había siempre mazo de situaciones carcelarias en las que protagonistas y secundarios daban con sus huesos en prisión. «Tiene usted derecho a permanecer en silencio». Joder, esto no, lo siguiente. «Tiene usted derecho a un abogado. Si usted no puede costeárselo, el Gobierno de los Estados Unidos de América le proporcionará uno de oficio». Ya lo tenía. Gracias, teleseries americanas, no solo por tantos ratos de entretenimiento, sino además por vuestras sabias enseñanzas. Vosotras lo dais todo y no pedís nada a cambio. La

tele, pilar de la civilización occidental.

«No nos precipitemos», me dije, había que analizar cuidadosamente la preciada información y luego llegar a una conclusión. Por lo visto, el tema del abogado de oficio era algo a lo que siempre se tenía opción, y lo puedes usar gratuitamente a menos que seas un pez gordo y ya tengas el tuyo, como los malos de El Coche Fantástico y otras muchas series. De esto deduje que si los ricos no tienen abogado de oficio y los pobres sí lo tienen, el no tener abogado de oficio debe de ser algo bueno...

—Abogado de oficio, ¿sí o no? —me interrumpió el agente de veras cabreado.

—¡No, por supuesto que no! —dije asintiendo vigorosamente con la cabeza. No estaba seguro de cuánto podría costar un abogado «no de oficio», pero supuse que mis padres, convencidos de mi inocencia, contratarían a uno sin dudar.

—Bien, dígame el nombre de su abogado.

—¿El nombre?

—Sí, el nombre del abogado que quiere usted que le represente.

—Pues... Todavía no lo sé, el que contraten papá y mamá, vamos, digo yo.

—Entonces, por ahora, abogado de oficio.

—Sí —dije claudicando.

Después de dejar bien claro que era un pardillo, fui conducido hacia una celda y encerrado en ella por tiempo indefinido. Todavía pude oír vagamente los comentarios jocosos de los agentes cuando me llevaban: «El que contraten papá y mamá», decía uno mientras era jaleado por las risas de otros.

Lo bueno de la celda donde me encerraron es que era muy espaciosa. Lo malo era que estaba tan abarrotada de gente que casi ni te podías sentar en el suelo. Por lo visto, los antidisturbios se habían empleado a fondo arrestando chavales en Malasaña y alrededores. Debíamos de ser unos treinta tíos y algunos incluso tenían que permanecer de pie porque no había espacio para sentarse. Los maderos, en lugar de escuchar las quejas de los que llevaban más tiempo de pie, traían más detenidos de vez en cuando. A mí me tocó bastante cerca de los barrotes y pude sentarme acurrucado en mi medio metro de espacio. A mi lado estaba el Pedro, también sentado y entregado a toda clase de pensamientos

lúgubres.

—Pedro, tío, por lo menos estamos juntos en esto, imagínate estar aquí tú solo —le dije al Pedro, más para animarme a mí mismo que para animarlo a él.

—No mires, pero creo que ese tío de ahí, el rapado grandote, te está mirando. Una de dos, o es que te quiere zurrar o es maricón.

—Joder, Pep, eres el mejor dando ánimos.

Después de esta conversación nos quedamos un rato en silencio. El tiempo pasaba lentamente y poco a poco el shock y la excitación ante la novedad dieron paso a una sensación de aburrimiento y cansancio. Por espacio de dos horas esto de la detención había sido algo nuevo e incluso divertido, que caería muy bien como anécdota con los colegas para el día siguiente. Mi única experiencia comparable a esta había sido ser pillado mangando en El Corte Inglés cuando tenía doce años y en mi inocencia pensaba que una detención venía a ser más o menos lo mismo, aunque cambiando la empresa privada por el sector público. Un par de horas encerrado, me tomarían los datos, me mandarían la multa a casa algún día y a la calle con todavía tiempo de hacer el último botellón antes de ir a dormir.

Para matar el tiempo me entretuve observando a mis compañeros de celda. En los escasos diez metros cuadrados se agolpaban casi treinta personas de todo tipo y condición. Había varias almas en pena como el Pedro y como yo, seres miserables y derrotados que se acurrucaban sobre sí mismos en un vano intento de aislarse del ambiente en el que accidentalmente habían caído. Por el contrario, muchos otros detenidos eran cabrones habituales en este tipo de acontecimientos y se podía decir que estaban encantados con la situación, reían, bromeaban, charlaban animadamente o se encontraban con viejos amigos. Muchos de los skins y casi todos los punkos estaban realmente disfrutando. Las manifestaciones, las algaradas y enfrentarse a la Policía eran una parte tan importante de sus vidas marginales que en comisaría se sentían como en casa. «Justo al contrario que yo, como un pez fuera del agua», pensé mientras me encogía aún más para intentar pasar desapercibido.

Lo que más me preocupaba en esos momentos no era el cansancio o la incomodidad, sino la necesidad de orinar que aunque no era perentoria todavía, sí tenía visos de convertirse en un grave problema a medio plazo. Por suerte, el temprano inicio de la manifestación y su posterior represión policial me había impedido empezar el botellón, así que me encontraba sobrio, cenado y sin mucha gana de mear cuando fui detenido. Por el contrario, muchos de los chavales a mi alrededor no tenían pinta de encontrarse tan bien. Algunos olían vagamente a alcohol, vino peleón, lo que sugería que habían estado bebiendo antes de ser capturados.

Después de trajinar kalimocho en grandes cantidades, los pobres diablos se habían visto sorprendidos y posiblemente apaleados por la Policía Nacional, para posteriormente ser invitados a empezar la resaca en una pequeña y potentemente iluminada celda donde el calor, la humedad y el hacinamiento incrementaban la ya de por sí considerable sensación de ansiedad ante un futuro incierto.

Finalmente, los maderos se dieron cuenta de que era imposible encerrar a veinticinco personas en una celda diseñada para ocho durante toda la noche, así que empezaron a desalojar a la peña trasladándola a otras celdas. No recuerdo si nos sacaron llamándonos por el apellido o simplemente a bulto, pero a mí me sacaron uno de los primeros. Esto me pareció positivo debido a que sería muy difícil estar peor que en la celda anterior, aunque muy a mi pesar no me dejaron ir al servicio. En lugar de a otra celda, el madero me escoltó largo rato por los pasillos. Como no llegábamos a ningún sitio concreto, me empecé a poner nervioso y a imaginar cosas. «Espero que el tarado este no me dé por el culo en algún cuartucho», pensé mientras mis esfínteres se contraían ante la amenaza de un futuro tan poco halagüeño. Sodomizado a los dieciocho años por un esbirro, lo que me faltaba.

El madero debió ver la preocupación en mi joven rostro y me tranquilizó diciéndome que subíamos a la planta de arriba para cumplir con un importante e ineludible ritual carcelario. La declaración del imputado, y también la llamadita telefónica de rigor, cortesía del cuerpo nacional de maderos. Entré en un despacho bastante pequeño y cutre. Dentro había una mesa con un ordenador, varias sillas, unas estanterías llenas de carpetas y más papeles y tochos apilados en el suelo. Casi no había espacio ni para moverse y aun así el madero situado detrás del ordenador me invitó a sentarme. —Ahora procederemos a realizar la declaración —me dijo— y después puede usted hacer una llamada. Interpreté esto como mi gran ocasión de manifestar la enorme injusticia que se estaba cometiendo conmigo, recalcando el hecho de que aún estaban a tiempo de enmendar el malentendido. Por supuesto, yo no había estado en ninguna manifestación ni tenía ningún tipo de afinidad ideológica con los manifestantes, ni con nadie en absoluto, porque yo no tenía amigos y me pasaba todo mi tiempo estudiando para pasar los exámenes de COU y hacer a mis padres muy orgullosos. Lo que sucedió es que cuando volvía de la biblioteca me vi sorprendido por todo el tumulto y no tuve la ocasión de escapar. Y ese fue el malentendido y aunque me han ocasionado alguna molestia, cumpliendo por supuesto con su obligación, yo no les guardo rencor y estoy dispuesto a olvidarme de todo esto e irme a mi casa y no se hable más. Todo esto se lo dije al agente de carrerilla y sin pararme ni a respirar mientras ponía cara de joven humilde y atontao aunque decente.

El policía, un hombre de mediana edad y acento andaluz, me inspiró confianza, así que mientras él escribía mi declaración en el ordenador, le

insistí otra vez.

—Déjeme usted irme a mi casa, total, entre tantos detenidos uno más uno menos. A usted qué más le da.

—Hombre, eso no se puede —me respondió con franqueza—. Una vez que el sistema se pone en marcha hay que llegar hasta el final.

Como el madero me pareció buena persona no me di por vencido y estaba dispuesto a seguir insistiendo hasta conseguir al menos algo de información, cuando súbitamente un individuo repeinado y regordete entró en la habitación y se sentó en la silla que estaba libre.

—Me han asignado como tu abogado de oficio, te recomiendo que no digas nada y no firmes ninguna declaración hasta estar delante del juez.

—¡Joer, pero si ya he declarado! —dije mientras mi mano derecha todavía sostenía el boli Bic con el que acababa de poner mi nombre en la copia impresa de lo que el madero había escrito en el ordenador.

—Hombre, yo solo quiero ayudarte; pero si quieres declarar, allá tú. Bueno, me tengo que ir; ya nos vemos en los juzgados. Adiós.

Y diciendo esto se piró el muy cabrón dejándome otra vez a solas con el madero, quien meneó la cabeza de un lado a otro en señal de disconformidad. «Pues vaya mierda de representante legal —pensé—. Como lo haga así de bien, en mi juicio me condenan a garrote vil».

Una vez hecha la declaración el policía me ofreció la posibilidad de hacer una llamada telefónica. Yo no quería que nadie se enterase de que había sido detenido, pero como no sabía cuánto tiempo iba a estar en esta situación, decidí que era preferible darles a mis padres un disgusto a tiempo que un susto de muerte cuando llegasen de Toledo y vieses que había desaparecido. Por un momento consideré el no decir nada, pues ellos llegarían el domingo por la tarde y si a mí me soltaban antes, no tendrían por qué enterarse. Recordé que uno de los okupas había mencionado que el límite de tiempo de las detenciones eran setenta y dos horas. Aun así no me salían las cuentas y además es muy posible que hubiese un juicio posterior. Visto al abogado de oficio casi era mejor irlos mentalizando de que iban a tener que contratar a uno de pago si no querían que su retoño acabase examinándose de selectividad en Alcalá Meco.

Llamé a mi casa y tuve la suerte de cazar a mi hermana. En 1998 solo tenían teléfono móvil los agentes de Expediente X y algunos flipadetes con pasta. Rápidamente le conté todo y ella me aseguró que les daría las buenas nuevas a mis viejos cuando llamasen para ver si había alguna

novedad.

—¡Hola, soy mamá! ¿Está todo bien?

—Sí, está todo bien. Bueno; todo, no. No os asustéis, pero Chencho está en comisaría detenido.

—¿Chencho? ¿Detenido? ¿Por qué?... Vamos en seguida para allá.

Estaba seguro de que la conversación sería algo parecido.

Después de declarar y llamar por teléfono, fui devuelto sin contemplaciones a las mazmorras con el resto de arrestados. Escoltado por un madero menos simpático que el anterior recorrí un largo pasillo iluminado con fluorescentes y lleno de puertas cerradas hasta detenerme frente a la última por orden del poli. Allí, ante la mirada vigilante de unos antidisturbios armados con porras, el madero que me había escoltado abrió la vieja puerta mitad maciza mitad de rejas y me invitó a entrar al lúgubre zulo en el que pasaría las siguientes horas.

Entre la penumbra adiviné la presencia de otros seres, los cuales para bien o para mal eran ahora mis compañeros de encierro. Una voz familiar me dio la bienvenida en nombre de todos y cuando mis ojos por fin se acostumbraron a la oscuridad pude ver la cara de mi amigo Pedro, así como la de otros sujetos, algunos de la celda anterior y otros completamente nuevos.

Bastante agradecido por encontrar al Pedro, también en esta nueva celda comenzamos a hablar y a contarnos nuestras respectivas peripecias acerca de la declaración, la llamada telefónica, la reacción de sus padres y muchas cosas más. Poco a poco se fueron uniendo a la conversación los otros compañeros de celda. Al ser yo el último en llegar me empezaron a preguntar un montón de cosas. Cuánta gente había detenida, qué ocurría en los pisos de arriba, si había visto a esta persona o aquella y muchas otras preguntas que me esforcé en contestar satisfactoriamente, no por solidaridad, sino por la sabia precaución de no crearme antipatías entre los otros reos. Con mi pelo casi rapado, mis patillas y mi sobria indumentaria, bien podría ser tomado por un bakala o un neonazi, las tribus urbanas archienemigas de los punko-sharperetes. Por fortuna, o quizá debido a la oscuridad que había en la celda, nadie pensó nada extraño y logré pasar desapercibido por el momento.

Dentro de la celda éramos once personas y nuevamente el espacio era bastante limitado. La celda debía medir tres metros de largo por tres metros de ancho y en el lado opuesto a la puerta tenía un banco de cemento, que era el sitio más privilegiado al estar a salvo de la humedad del suelo y del charco de pis que íbamos formando entre todos en la esquina exterior derecha. Pedro y yo conseguimos momentáneamente

instalarnos en este banco y allí nos dedicamos a hablar entre nosotros discretamente y a observar al resto de nuestros compañeros con disimulado desagrado.

Aparte de nosotros dos, el resto de los nueve energúmenos se distribuían en dos categorías. La primera y mayoritaria era la de los punkis que, gracias a su número, su experiencia y su cohesión de grupo, se hicieron rápidamente con el control político de la celda. El otro grupo se reducía a dos gilipollas, un rapero que no hablaba con nadie y se sentaba el más próximo a los meados como signo inequívoco de su marginación, y un pijo de Alonso Martínez, pequeño, tímido y llorón, que sin quererlo se había visto envuelto en todo este lío cuando esperaba el autobús para volver a su urbanización.

Dentro de los punkis había algunos que se hicieron notar rápidamente y se autoerigieron como portavoces de la celda. El primero era un tal Hugo, un tío que iba más de militante anticapitalista y okupa que de punki guarreras. Otro de los notables era el Rapao, un skinhead clásico: grandote, fuerte, rapao, botas militares y media neurona. Treintaisiete Hostias era de alguna manera el jefe de todos ellos. Este era un punki viejo, con barba, cresta y un deje muy barriobajero. El cabrón estaba muy fuerte y, además, tenía mala hostia, como se podía ver por sus heridas y cicatrices. Treintaisiete Hostias era uno de los pocos que había llegado a pegarse a puñetazo limpio con los antidisturbios y se jactaba de tener todavía pendiente un juicio por homicidio frustrado. —Iba por Alberto Aguilera y me vi a unos de la falange pegando carteles —nos contó—. Pillé a uno y me lié a darle cadenazos hasta que lo dejé reventao.

El último, pero no el menos importante, era Neandertal, apodo cariñoso impuesto por mí en secreto. Neandertal era un esmirriado, feo y contrahecho punki que no dejaba de molestar constantemente a los policías a través de las rejas de la puerta. Desde el principio, o por lo menos desde que yo llegué, se posicionó enfrente de la puerta y agarrando con fuerza los barrotes empezó a lanzar todo tipo de insultos e improperios contra la Policía, los políticos y, en general, cualquiera que pasase por delante, mientras chillaba, saltaba y gruñía como un verdadero chimpancé.

—¡Madero hijodeputa, te voy a quemar la comisaría!

—¡Madero cabrón, cuando salgas mira debajo del coche!

—¡Gora ETA!

—¡Madero, madero, madero, me oyes, hijo de puta!

—Vas a morir, madero.

—¡Cabrón!

Y así se tiró un buen rato. Lamentablemente, este compulsivo comportamiento de Neandertal acabó por traernos problemas al resto de los residentes de la celda cuando por fin los maderos se cansaron de oír una voz desagradable gritando salvajadas. Tres antidisturbios encapuchados, armados y enormes llegaron desde los pisos superiores y le pidieron al madero que abriese la celda. Una vez dentro nos amenazaron con las porras y nos dijeron que si tenían que venir otra vez, nos inflarían a hostias. Por si no nos habían acojonado bastante, empezaron uno por uno a preguntarnos nuestros nombres mientras el madero carcelero los apuntaba en una lista para Dios sabe qué. Por fin, y después de unos cuantos insultos y amenazas más, se fueron dando un portazo. —Menos mal, por esa vez nos libramos —le dije a Pedro—. Todo por culpa del Neandertal este. Mírale, ojos furtivos, mandíbula ausente, frente huidiza, nariz chata, brazos largos, piernas cortas, parece un macaco el cabrón. Este tío es un eslabón perdido, seguro que le faltan tres cromosomas al muy desgraciado.

Después de la visita de los antidisturbios, Neandertal se tranquilizó un rato, aunque no tardó en volver a las andadas, pero esta vez tomando la sabia precaución de gritar bajito para no soliviantar a los cabestros de uniforme. Los demás intentamos sobrellevar la estancia en la celda lo mejor que pudimos. La verdad es que no hay muchas cosas que un joven heterosexual pueda hacer en una celda de tres por tres, húmeda, calurosa y llena de tíos raros. Uno de los punkis, el intelectual del grupo, se puso a dibujar en la pared. Los otros agotaban ya las últimas batallitas o las contaban una y otra vez. A mí me apetecía fumar un cigarro para combatir el estrés. Como aún no nos habían registrado, todavía teníamos algo de tabaco. Yo en concreto no tenía, pero sabía que al Pedro le quedaban algunos. Ya estaba a punto de pedirle uno a mi colega cuando uno de los punkis exclamó:

—¡Qué hacemos con el costo! A mí todavía me queda costo.

—¿Lo tiramos? —dijeron otros punkis poco convencidos mientras volvían la mirada hacia Treintaisiete Hostias, quien era de lejos el más curtido en estos temas.

—Nos lo quitarán cuando nos registren los putos cerdos, ivamos a hacernos unos porros mientras estemos a tiempo!

Dicho y hecho; ya no me pude fumar un piti porque todas las existencias de tabaco fueron colectivizadas para usarlas en la elaboración de los canutos. Era irónico estar en una celda de la comisaría rodeados de policías por todos lados, once tíos quemando hachís y liando petas como

posesos. Conseguimos hacernos unos cuantos porros, hasta que se nos acabó el tabaco, y luego todo Dios a fumar. Yo fumé poco, porque no me apetecía tener una bajada de tensión o un ataque de ansiedad paranoica allí encerrado. Aun así no hice el desprecio a los punkis y le pegué un par de tímidas caladas. No hizo falta más, en el ambiente cerrado de la celda casi ni necesitabas fumar. Al rato llevábamos todos un cebollón bastante curioso. Ignoro qué hicieron los punkis con el costo restante, seguramente lo tiraron en algún rincón, o quién sabe si trataron de esconderlo en alguno de sus malolientes orificios corporales.

A partir de los porretes se desató la locura. Risas y aullidos inundaron los pasillos de la comisaría. Yo me recuerdo a mí mismo haciendo el pino contra una de las paredes de la celda y al Neandertal frenético dando saltos como un simio. Otro de los punkis quería cagar a través de los barrotes para joder a la madera, pero le prohibimos terminantemente que lo hiciera, porque seríamos nosotros más que ellos los condenados a sufrir el hedor de su mierda.

Nuestro gran pasatiempo era hablar a gritos con los tíos encerrados en las celdas contiguas y también insultar ocasionalmente a los maderos. Como la comisaría de la calle Luna era relativamente pequeña y muy vieja, la acústica era excelente. Al principio todo eran gritos esporádicos y alaridos inconexos que nos llegaban de otras celdas, a los que respondíamos de igual manera. Sin embargo, pronto se establecería un complejo sistema de comunicaciones e intercambio de información entre las distintas celdas, que tuvo su momento culminante cuando los aproximadamente cincuenta detenidos cantamos al unísono el cumpleaños feliz a uno de nuestros compañeros, quien casualmente cumplía dieciocho años aquel mismo día. También comprobamos aliviados que a la Puri, la novia de uno de los detenidos, la habían tratado bien y que el Buey, un colega de los punkis, estaba entre los arrestados unas celdas más abajo.

Como es lógico, la coña marinera no nos podía durar toda la noche. Llevábamos ya cuatro o cinco horas de detención y el cansancio, el hacinamiento y las ganas de mear empezaron a hacer mella poco a poco, aunque algunos intentasen mantener el buen humor a base de las últimas chustas.

Para evitar el caos y desconcierto que seguramente ya se había apoderado de las otras celdas, la asamblea de punkis que gobernaba la nuestra se dispuso a elaborar unas normas sencillas, pero de obligado cumplimiento. Para permitir cierto descanso a todos los habitantes de la celda, se crearon turnos de veinte minutos para sentarse en el banco de piedra. También se ratificó la esquina más alejada del banco como retrete para aquellos que quisiesen echar un pis. A mí personalmente me resultó muy difícil mear teniendo a diez tíos desconocidos invadiendo mi espacio vital. A los otros supongo que igual, pero no habiendo otra opción, todos acabamos arrimando la polla a la esquina e intentando mear con

diferentes resultados. A mí la primera meada me salió rana, bueno, más bien no me salió. En el segundo intento tuve más suerte y conseguí aliviar un poco la vejiga. Esto puede parecer una tontería, pero luego me contaron otros detenidos que en sus celdas no tomaron la precaución de establecer un retrete, o no pudieron hacerlo al ser demasiados, y más de uno acabó meándose encima. La tercera y última norma fue no fumar a no ser que se le pudiese ofrecer una calada a todos y cada uno de los que allí estábamos, pero no tuvo mucho sentido, ya que conscientes de que cuando nos registrasen se nos acabaría el fumeque, nos fumamos hasta las uñas rápidamente.

Todas estas medidas, bienintencionadas y útiles, fueron sin embargo insuficientes para aliviar nuestra penosa situación. Hacia las cuatro de la mañana estábamos todos hechos polvo, cansados de estar de pie en una celda oscura y maloliente, con ganas de dormir, hambre, sed y aburrimiento. Afortunadamente, para entonces los maderos habían conseguido ya organizar la situación un poco mejor, y los mandos decidieron que los detenidos no podían ser custodiados durante mucho más tiempo en las ruinosas instalaciones de la comisaría de la calle de Luna. Antes de hacer nada, y debido a las fuertes protestas por parte de todos los detenidos, se procedió a permitir a los mismos pasar al servicio de uno en uno y fuertemente escoltados. Como éramos un montón, la operación tardó un huevo, aunque al fin llegaron los maderos a nuestra celda y pudimos ir al baño. A mí me tocó justo detrás del Pedro y los segundos me parecieron horas hasta que por fin me llegó el turno. Fue una gran liberación poder echar una larga meada dentro del cubículo y unos tragos de agua que me supieron a gloria. Después de este proceso de ir al baño se empezó a iniciar una especie de movimiento extraño entre las celdas. Unos maderos pasaban abriendo las puertas con una lista y leían los nombres de algunas personas para a continuación llevárselas.

Esto me asustó bastante, sobre todo porque cuando llegaron a mi celda leyeron mi nombre solamente y me llevaron con ellos. Con un gesto de resignación me despedí del Pedro y de los demás energúmenos, y me encaminé hacia lo desconocido siempre escoltado por unos policías nacionales. Atravesamos corredores, subimos escaleras y por fin salimos a la calle por un garaje situado en la parte de atrás de la comisaría donde un furgón de policía esperaba por mí con las puertas abiertas de par en par.

Al respirar de nuevo el aire fresco no pude evitar pensarlo. Entre la puerta de la furgó y la pared del garaje quedaba un hueco lo bastante grande como para que un tío menudo como yo se escabuliese. Los maderos parecían poco vigilantes conmigo. Por alguna razón, y no se equivocaban, debían opinar que yo era más bien de los detenidos menos peligrosos. Y si me escapase por el hueco y echase a correr por la calle Libreros abajo, ¿me cogerían? Yo me conocía el barrio bien y me podía esconder entre las

callejuelas fácilmente.

Por supuesto que no lo hice, no cuando había dado previamente mis datos y firmado la declaración. No les sería difícil encontrarme más tarde y, además, no me apetecía ser prófugo de la justicia. Aun así, la fantasía de irme a casa, tomarme un tinto de verano, fumarme un piti e irme a dormir me hizo sonreír y soñar con la libertad y la gloria. Chencho, el único fugado de los cincuenta de Malasaña. Leyenda urbana cien por cien.

## **MORATALAZ**

Fui invitado a entrar en la parte de atrás de una lechera y allí me senté de mala gana. El hecho de estar dentro de un vehículo me sugirió que me trasladaban a otro lugar, probablemente la cárcel. El hecho de que el vehículo todavía no se hubiese movido indicaba que no iba a ser yo el único detenido que sería trasladado, porque si lo fuese habríamos arrancado ya, deduje con un sagaz razonamiento. Enfrascado en tales pensamientos estaba cuando vi aparecer al primero de mis compañeros de viaje. Casi entro en estado de shock.

No daba crédito a mis ojos. ¡Una tía! Una chica mulata, jovencita y bien parecida entró en la furgoneta y se sentó enfrente de mí. ¿Qué hace un bombón como tú en un furgón como este? Me sentí tentado a preguntar, pero en su lugar le dirigí un neutral e inofensivo «Hola» a la vez que mis ojos se desviaban irremediabilmente hacia unas peras redonditas y firmes, cuyas formas se adivinaban bajo una camiseta de algodón Adidas.

Ella me respondió también «Hola», con una mezcla de cautela y solidaridad carcelaria. «Joder, esto no es tan malo», me dije a mí mismo mientras intentaba iniciar una conversación para intentar intimar un poco con la mulatita malasañera. Empezamos a hablar acerca de las típicas cosas que se suelen decir un hombre y una mujer cuando se conocen bajo custodia policial.

—¿Dónde te detuvieron? —A mí me detuvieron en bla, bla, bla... —A ver si nos sueltan pronto bla, bla, bla... —Nuestra romántica conversación fue interrumpida por la llegada de otro de los pasajeros de la furgoneta.

«¡Joder, otra tía!». No me lo podía creer. Otra chica de unos dieciocho años y de buen ver, aunque esta vez blanca, entró en la lechera y se sentó junto a la mulata, a quien parecía conocer de antes. «Esto es de coña», pensé mientras me preguntaba si aquel no sería mi día de suerte. Ya sé que en los últimos minutos había sido sorprendido varias veces, pero cuando por fin la furgoneta se llenó de peña y echó a andar, no cabía

en mí más que asombro. Todos los ocupantes de la furgoneta, excepto yo, eran chicas de edades comprendidas entre los dieciocho y veintipocos años. Todas buenas mozas, guapas y simpáticas.

«Vaya cambio, salir de una celda llena de meados y tíos apestosos y acabar aquí rodeado de chochos jóvenes y frescos, y sin posibilidad de escapar». Por primera vez me alegré de estar detenido, la vida me debía esta compensación después de tantos años sin comerme un colín. «¡Por fin se hacía justicia!», pensé, y deseé con todas mis fuerzas que a todos los ocupantes de la furgo nos encerrasen en la misma celda. «Joder, cinco tías y yo encerrados juntos, durmiendo juntos, en las duchas... Si la cárcel es así, que me encierren de por vida. Ya me siento mejor, hasta me apetece cantar...».

Desperté al amor

En una furgoneta

Una polla, dos cojones

Y cinco pares de tetas

Seguí fantaseando durante todo el viaje al tiempo que charlaba de vez en cuando con todas las tías. Un pensamiento que me atormentaba era el hecho de que allí sentado era lo más cerca que había estado de una chica en todo lo que iba de 1998, y eso era bastante patético. Si sigo así de torpe con el bello sexo, mis probabilidades de echar un polvo serán tan reducidas como las que tiene el Real Madrid de volver a ganar la Copa de Europa antes de que acabe el milenio. Aun así, el camino se me hizo corto y muy agradable rodeado de las chicas hasta que al final llegamos a la cárcel de Moratalaz o algo así, y nos invitaron a bajar de la lechera. Me dolió bastante cuando me separaron de las moziñas, pues ya me veía casi como el sultán de Brunei con harén y todo. «Mierda, la poligamia tendrá que esperar», me lamenté amargamente mientras me llevaban por los pasillos y me encerraban en una celda con otros dos gilipollas, esta vez de sexo masculino.

Hice amistad rápidamente con mis nuevos compañeros de encierro, sobre todo porque se veía a la legua que ellos igual que yo eran advenedizos en estos ambientes y estaban allí por casualidad y no por haber hecho nada malo. Uno de ellos era el pijín de Alonso Martínez con el que ya había compartido celda. El otro era un joven estudiante de Derecho, el cual lucía una perilla bastante característica que le daba cierto aspecto de chivo, más bien chivo expiatorio, al igual que yo.

El Perillas estaba bastante bien enterado de cómo funcionaba el mundillo judicial y de él saqué mucha información interesante. Por lo visto, no nos encontrábamos en la cárcel propiamente dicha, sino en la comisaría de

Moratalaz, donde traían a todos los detenidos de Madrid hasta que los jueces decidían qué hacer con ellos. Según el Perillas, la fauna de esta comisaría era bastante diferente de la que había en Luna, no solo alborotadores sino también delincuentes de verdad hechos y derechos. Esto no suponía un problema tangible todavía, ya que no estaba contemplado que saliésemos de la celda a nada. Como ya he dicho, no era la cárcel y por lo tanto no había patio donde te pudiesen pegar o duchas donde te diesen por culo, al menos por ahora. Me preocupó más cuando el Perillas me dijo que aquí te bajaban los pantalones, aunque no me dio más detalles de lo que esto significaba. El pánico se apoderó de mí y me pasé los minutos siguientes tratando de descifrar qué podía significar esto. Más tarde lo comprendí cuando me sacaron de la celda un momento y me llevaron a un cuarto aparte. Allí me quitaron todos los efectos personales y también el cinturón y los cordones de mis Adidas. Luego me registraron a fondo y también me ordenaron bajarme los pantalones y los calzones para comprobar que no llevaba nada ahí. Este procedimiento me pareció bastante humillante, aunque también sentí lástima del madero por estar en cierta manera condenado a verles la minga y los cojones a todos los delincuentes e hijos de puta de Madrid.

Después de tener que enseñarle la polla a otro hombre, fui devuelto a la celda sin más contemplaciones que el hecho de recibir un colchón y una manta a la entrada de la misma. Esto indicaba que estaría allí al menos una noche más. A primera vista se podría decir que mi situación había mejorado o al menos no empeorado. Ahora estaba en una celda más amplia, limpia y mejor iluminada que las anteriores, la cual compartía con solo dos tíos que, además, no parecían ser malas personas. Tenía mi propio colchón para dormir, una manta para estar calentito y mucho espacio. Lo único malo es que la celda no tenía cuarto de baño, por lo que no era posible mear, cagar, beber agua o hacerse una paja.

Me tumbé en la colchoneta, me tapé completamente con la manta y me dispuse a intentar dormir algo. Como estaba muy cansado me dormí en seguida, sumergiéndome en un sueño ligero y nervioso. Al cabo de un rato fui despertado por alguien que me zarandeaba y se reía. Abrí los ojos cabreado y me encontré al Pedro, quien de nuevo iba a ser mi compañero de celda.

—¿Qué tal tío? ¿Te van a dejar en esta celda a ti también?

—Sí, parece que por ahora nos quedamos aquí.

—Seguro que a ti no te han traído en tan grata compañía como a mí.

El Pedro se quedó intrigado con mi último comentario. Yo intenté seguir durmiendo, pero no pude. Por lo visto, mi colega no era el único recién llegado y ahora éramos ocho en la celda. Debido a esto y al barullo que armaron los nuevos me fue imposible conciliar el sueño, aunque de todas

maneras las luces se encendieron a las seis y media y unos policías llegaron para sacarnos a mear.

En Moratalaz el día empieza cuando te sacan de la celda para hacer pis. Ahora entendía cómo se sentía mi perro Piletus. Por una parte estas medio dormido y no te apetece levantarte, pero por otra sabes que si no aprovechas la oportunidad de hacer pis, no volverás a tener otra hasta mediodía y tendrás que aguantarte o hacértelo encima, lo cual también es lícito.

Después de mear nos trajeron el desayuno consistente en un envase de 100 cl de leche y unas pocas galletas María. A mí no me gustaba nada este desayuno, así que comí poco. Más tarde, cuando nos trajeron la comida, comprendí que puede haber cosas peores. Luego nada, solo esperar. El tiempo pasa muy despacio cuando estás encerrado en una celda totalmente vacía, diáfana y potentemente iluminada con luz artificial. Como no ves el exterior y no tienes reloj no sabes si faltan cinco minutos o cinco horas para la siguiente comida o para poder ir al baño. A la media hora de haber encendido la luz los focos empezaron a irradiar un calor bochornoso, y esto estimuló las glándulas sudoríparas del personal allí metido, haciéndonos sudar como cerdos y llenando la celda de un olor poco agradable.

De mis compañeros tampoco es que pueda decir mucho. Lo más destacable es que ninguno tenía más de veinte años y que todos y cada uno de ellos eran inocentes al igual que yo. En las celdas anteriores el reconocer que no habías tenido nada que ver con la manifestación, o al menos con la trifulca posterior, era como reconocer que eras un pringao. Sin embargo, en esta celda ya nadie tenía ganas de mentir y de inventarse historietas de lucha callejera. Todos sabíamos que el tipo situado inmediatamente a tu izquierda era tan pardillo como el situado inmediatamente a tu derecha, y ambos tan panolis como tú. Esto nos gustaba, nos hacía sentir cómodos y nos igualaba a todos, si no en fraternidad por lo menos en comandita. De hecho, creo que todos agradecimos bastante no tener cerca a ningún punki, sharperete o marginal recalcitrante dándonos la lata. Allí todos éramos víctimas y el saberlo nos ayudó a hacer el calvario un poco más llevadero.

Aparte del Pedro, el Perillas y el pijo de Alonso había otras cuatro personas en la celda sin incluirme a mí. Había un chico gordo que se tiraba pedos y que era muy desgraciado. Había también un tío calvo de Rivas Vaciamadrid y estaba también el Jota, un chaval muy gracioso que a mí me recordaba mucho a uno de los integrantes del famoso dúo cómico Cruz y Raya. Por último, estaba un chico que se llamaba Echeverría y que las pasó putas durante el tiempo que estuvo detenido debido a su apellido vasco. Por lo visto, se había venido rumoreando en los últimos meses que elementos pertenecientes a la kale borroka vasca se habían ido infiltrando poco a poco en el movimiento okupa y otros movimientos antisistema.

Políticos y Policía argumentaban que los cachorros de ETA proporcionaban entrenamiento y asesoramiento en tácticas de guerrilla urbana a los okupas, ya que estos estaban últimamente demasiado bien organizados. Ante esto, el delegado del Gobierno decidió actuar con dureza contra los okupas, arrestando al mayor número de sospechosos posibles para maximizar las posibilidades de que al menos alguno de los supuestos jarrai vascos cayese también en las redes policiales y poder así demostrar que la conexión vasca existía. Con el tiempo se haría evidente que todas estas sospechas eran infundadas, pero durante unos días los mandos policiales creyeron haber encontrado lo que estaban buscando en la persona del pobre Echeve, quien en realidad era solo un albañil de dieciocho años que no había pisado el País Vasco en su puta vida y que aquel viernes bebía kalimochu con sus colegas en la calle cuando le trincaron.

En una época, 1998, en la que la ETA asesinaba políticos, periodistas y gente inocente día sí día no, la lucha no solo contra la banda sino contra su entorno se había intensificado y tanto el alcalde Manzano como el delegado del gobierno Morgades no podían permitir que la kale borroka se extendiese a Madrid también. Yo, por mi parte, di gracias al cielo por no tener apellido vasco, porque mientras a nosotros casi ni nos molestaron, a Echeve se lo llevaron cuatro o cinco veces de la celda para hacerle interrogatorios, ruedas de reconocimiento, careos con los maderos y no sé qué más cosas. De todos los que estábamos allí, el pobre chaval tenía todas las papeletas para ser de los que no serían liberados al terminar las setenta y dos horas de detención. Por lo visto, ya había cuatro o cinco policías que testificaban que habían sido agredidos por él, agentes bigardos de casi dos metros equipados con cascos, escudos y material antidisturbios que habían sido agredidos por un chico de dieciocho años que no llegaba al uno setenta. No iban a soltar la presa tan fácilmente, y gracias a Dios que el terrorismo fundamentalista no estaba de moda en aquella época, que si no eran capaces de mirarle la polla al pobre chaval para ver si estaba circuncidado.

La mañana transcurrió lentamente. Desde las seis y media que se encendieron las luces hasta las dos de la tarde que nos trajeron algo de comer no ocurrió nada relevante, aparte de que nos aburrimos como ostras enlatadas en aquella habitación. El único que no se aburrió fue el Echeverría, al que sacaban de la celda cada dos por tres. El chaval al principio no se desanimaba y decidió contraatacar legalmente. —Le he dicho a mi abogado que solicite el «habeas corpus» —nos dijo con cierta gravedad—. ¿Qué es eso? —le preguntó alguno de los otros. Yo tampoco tenía ni puta idea de lo que significaba aquella frasecilla en latín, pero el Perillas nos ilustró rápidamente—. Significa que pasas a disposición judicial inmediatamente sin esperar las setenta y dos horas de detención. A partir de entonces, todos los que allí estábamos empezamos a repetir «habeas corpus» como si fuese una frase mágica. Todos queríamos el

habeas corpus también y salir de allí cuanto antes.

Poco a poco nos empezamos a inventar maneras de pasar el rato. La primera era hablar con los compañeros acerca de nuestra difícil situación, quejarnos por todo y especular sobre cuándo nos dejarían salir de allí. Pronto surgieron otras alternativas de ocio como, por ejemplo, los concursos de escupitajos e incluso designamos oficialmente una de las esquinas como lugar para escupir. Más importante fue la confección de un pequeño balón con trozos de trapo arrancados de las mantas y atados todos juntos. Esto nos dio la posibilidad de practicar el deporte rey en una nueva modalidad de minifútbol inventada por nosotros y llamada fútbol celda. Rápidamente formamos cuatro equipos de dos jugadores cada uno e iniciamos la copa mundial. Yo iba con el Pedro, a quien esto del fútbol siempre se la ha dado muy bien, y tengo que decir con orgullo que gracias a sus regates y goles, pero también a mi tenaz defensa, fuimos los justos vencedores del primer campeonato.

Con el mediodía llegó el momento de tomar nuestra primera comida. Por la mañana casi no había tenido hambre, la noche en vela me había revuelto el estómago y no me apetecía comer. Unas trabajadoras viejas trajeron hasta la celda un carrito metálico y los policías empezaron a distribuir la comida. En unos envases de plástico venía el primer y único plato: pescado cocido con patatas y sin sal calentado al microondas. Tomé los cubiertos que me dieron, también de plástico, y me dispuse a comer algo. Empecé por el pescado, pero no pasé del primer bocado. Su sabor era atroz, una mezcla entre plástico, lejía y aguas fecales. Al final solo comí un par de rodajas de patata.

—¡Qué hijos de puta! —le comenté al Perillas—. La comida es una puta mierda. Por lo menos le podían haber puesto un poco de sal para darle sabor.

—No, no le ponen sal apostá. La sal te puede provocar un ataque de hipertensión aquí encerrado y volverte loco.

—Joder, no tenía ni idea que la sal hiciese eso. —Hay que ver el Perillas este, tiene respuesta para todo.

Después de comer, el tiempo siguió pasando igual de lento que por la mañana. Llegó un momento en que ya ni el futbito ni la charla con los otros detenidos me tranquilizaba. Lo único que hacía era pasear mi ataque de ansiedad continuamente deambulando a través de la celda. Diez pasos arriba y diez pasos abajo, de una pared a otra de aquella habitación. Era como si lo único que me calmase fuese andar, así que me dedicaba a ello como quien hace largos en una piscina. Mi única obsesión era que quería salir de allí desesperadamente. Tampoco es que me hubiesen tratado mal físicamente, mis problemas eran más bien psicológicos. Si por lo menos fuese un delincuente habitual, habría tenido tiempo para ir digiriendo el

hecho de que algún día habría acabado así, pero no lo era. Lo único que sabía es que el día anterior estaba tomando algo con mis amigos y de repente estaba en una celda. «El máximo tiempo que puedes estar detenido son setenta y dos horas», me repetía a mí mismo sin cesar. Cuantas horas habrían pasado ya, ¿treinta?, ¿cuarenta? No tenía ni idea. Después, por lo visto, tenía que ver a un juez, quien decidiría si me soltaba libre con cargos o por el contrario me enviaba a prisión. La llegada de este momento también me creaba inquietud. Me imaginaba a un señor desagradable, con bigote negro y gafas de sol opacas haciéndome preguntas y juzgándome sin conocerme, porque eso es lo que hacen los jueces, juzgar a la gente.

A última hora de la tarde empezó a haber un movimiento inusual de policías que me recordó al traslado desde la calle Luna. Unos maderos llegaron y abrieron la puerta de la celda. Llamaron por el nombre a mis compañeros hasta reunir cuatro y se los llevaron sin decir nada. —¿Nos trasladan otra vez? —pregunté en voz alta, pero el Perillas se había ido con los otros, así que me quedé con las ganas de saber lo que ocurría. Pasaron aproximadamente quince minutos o dos horas, no puedo precisar, y finalmente volvieron los compañeros. Quise preguntarles qué pasaba, pero ya los maderos nos llevaban a nosotros con ellos. —Fotos, huellas —me dijo el Pedro en un susurro mientras me iba. Ya me imaginaba lo que iba a suceder.

Avanzamos por unos pasillos de azulejo blanco, diáfanos y limpios hasta llegar a una puerta donde ponía: Policía Científica. —Espero que no nos impartan un seminario sobre ciencias —dije haciendo un chiste que nadie comprendió. Caras largas y miradas reprobatorias me indicaron que allí no se abría la boca y mucho menos para decir chorradas. Dentro, además de maderos, había personas vestidas con batas blancas de laboratorio, como la que solía llevar mi padre cuando era profesor en la Universidad Politécnica.

El proceso empezaba con una comprobación la identidad del detenido a lo que seguía un pequeño cuestionario sobre datos físicos, ocupación y algunas cosas más. Nombre y apellidos: Chencho bla, bla, bla. Nacido en Mandril, edad dieciocho, estatura media, complexión delgada, pelo negro, ojos claros, ocupación estudiante... Y así muchas preguntas. Nos pesaron, nos midieron y exploraron en busca de tatuajes, cicatrices o marcas identificativas. Luego vino la fotografía en blanco y negro, prueba irrefutable de que has estado detenido. Uno de los «batablancas», el que manejaba el fotomatón, me indicó que me apoyase contra una especie de reposacabezas metálico y me tomó la foto. Yo intenté sonreír y mostrarme despreocupado. Nunca se sabe cuándo estas fotos pueden salir a la luz y joderte una brillante carrera profesional como estrella de cine, así que adopté la pose del rebelde sexi y me dejé querer por la cámara.

—¡Siguiente! —gritó el madero más próximo, jodiéndome el momento de glamour adolescente a lo Marlon Brando. «En fin, ya está hecho, ya soy oficialmente un delincuente», pensé mientras otro de los de la bata me pringaba todos y cada uno de los dedos con tinta negra y estampaba las huellas en cartulina blanca. —¿Hacen falta todos los dedos? ¿Quieres también los de los pies? —le dije en un arranque de rebeldía al funcionario de turno, quien me ignoró completamente. En general, el proceso me pareció interesante pero también humillante. Yo, un futuro universitario de colegio de pago y rancio abolengo, encerrado y fichado como un vulgar raterillo. En fin, me servirá de lección para mantenerme alejado de follones en el futuro.

De vuelta otra vez a la celda nos encontramos con una agradable sorpresa. Los familiares de algunos de los detenidos se habían dejado caer por la comisaría de Moratalaz para preguntar por los chavales y de paso habían traído algo de comida, bocadillos, bebidas, galletas y cosas así. Ni qué decir tiene que como buenos compañeros lo compartimos todo, por suerte para un servidor porque a mí no me trajeron nada. El Pedro consiguió ver a sus padres durante breves minutos gracias a un familiar guardia civil con contactos entre los nacionales y al buen hacer de su abogado. Además de dos maravillosos bocatas de jamón, obtuvo mucha información de este encuentro que luego me trasladó en la celda. Lo más importante era que sus padres se habían puesto en contacto con los míos y juntos habían acordado contratar a un abogado competente que nos defendiese a los dos. También supimos que fuera había habido mucho revuelo con el tema de los incidentes de Malasaña y que incluso habíamos salido en las noticias. Me comí medio de los bocatas del Pedro mientras hablábamos sobre todo esto.

—¿Cómo has visto a tus padres, estaban enfadados contigo?

—La verdad es que no. Supongo que saben que yo no ando metido en este tipo de rollos y que todo ha sido un malentendido. Ah, por cierto, han estado hablando con los tuyos.

—¿Y qué les han dicho?

—Que no se preocupen. Nuestro abogado es muy bueno, ya verás como dentro de unas horas estamos fuera de aquí.

—Eso espero, porque ya estoy harto de esta situación. Daría lo que fuese por beberme una Coca Cola.

—Joder, Chencho, que solo llevamos un día encerrados.

—Pues para mí se está haciendo eterno.

El Pedro se hizo más amigo de los otros detenidos que yo. Con su personalidad más abierta y amigable tardó poco tiempo en estar de risas con el Jota y los otros chavales, haciendo planes para quedar alguna noche en el futuro o hablando de cosas totalmente intrascendentes. Yo, por mi parte, me mantuve un poco más distante con los compañeros y mi conversación se solía limitar a temas relacionados con nuestra detención y sobre todo con nuestra futura puesta en libertad. «Ojalá me soltasen antes de que acabase el fin de semana, así por lo menos tendría un día para relajarme y desconectar de todo esto», pensé mientras trataba de decidirme si lo que más me apetecía en el mundo era un vaso de Coca Cola o un cigarrillo. «Definitivamente, lo primero que haré será tomarme una Coca Cola y luego ya veremos. Eso si me sueltan, que estos cabrones son capaces de enviarme a la cárcel sin haber hecho yo nada», y así pasaba el tiempo, hablando conmigo mismo y dando paseos por la celda para liberar un poco de ansiedad.

Tampoco me hacía ninguna gracia la idea de pasarme una segunda noche allí encerrado. Estaba seguro de que una vez más me resultaría imposible dormir rodeado de tanta gente extraña. Si por lo menos hubiese estado yo solo en la celda, habría logrado conciliar el sueño, pero con tanto alboroto era imposible. El hecho de tener compañía estaba bien, pero ocho tíos en la misma celda era demasiado para mí, simplemente no estaba acostumbrado a tener tanta gente a mi alrededor durante tanto tiempo, y esto me parecía agotador.

Según fue avanzando la tarde me fui haciendo a la idea de que me esperaba otra noche más allí encerrado. Las esperanzas de salir eran grandes al principio, pero se esfumaron cuando las trabajadoras de la comisaría se presentaron en la celda con el carrito de la comida. En él transportaban una vez más las tarrinas de plástico esterilizadas que harían las veces de cena y una vez más no pude probar bocado de lo malo que estaba. De hecho, ni siquiera me molesté en coger una del carro. En nuestra última visita del día al baño me llevé el brick de zumo vacío que le habían traído a uno de los compañeros y lo llené de agua, por lo menos aquella noche no pasaríamos sed. Una vez que fuimos todos al baño nos apagaron la luz de la celda, aunque esta quedó todavía iluminada a través los barrotes. La pared exterior de la celda era toda de barrotes, así que había la luz suficiente como para incluso poder leer un libro. Eso no estaría mal, libros en las celdas para leer y pasar el rato. Así incluso podrías aprender algo mientras esperas a que te pongan a disposición judicial. Bueno, igual no es tan buena idea, los reclusos podrían usar los libros para agredirse entre ellos, cortarse las venas con las afiladas hojas o incluso intentar fumárselas.

Una vez en la semioscuridad nos quedamos todos de pie hablando un rato hasta que al final nos fuimos echando sucesivamente. Me tumbé en la colchoneta, me cubrí con la manta y cerré los ojos. Sabía que era inútil, que ni en sueños lograría dormirme aquella noche. No por la luz o el

ruido, sino más bien por la certeza de estar rodeado de desconocidos. Supongo que si tuviese que estar así durante días o semanas al final acabaría por acostumbrarme, pero esa noche sabía que todo esfuerzo sería vano. Los otros chavales siguieron un rato hablando, pero poco a poco se fueron escuchando menos cuchicheos y más ronquidos. Después de un intervalo de tiempo que me sería imposible cuantificar todos estaban dormidos, todos menos yo que cada vez estaba más nervioso. Al rato no pude más, el simple hecho de tener los ojos cerrados me hacía recaer en pensamientos siniestros y el estar tumbado aumentaba mi ansiedad. Casi tuve un pequeño ataque de pánico, así que me levanté y comencé a pasear de nuevo por la celda, de un extremo a otro y contando los pasos compulsivamente. Uno, dos, tres... Me di cuenta de que no contaba pasos sino segundos, un segundo menos de estar allí encerrado. Ahora cuando lo pienso creo que era ansiedad, incluso después fui alguna vez al médico para hablar sobre esto, pero entonces no sabía lo que era. Era como una sensación de malestar muy rara. Te sientes muy mal y no sabes por qué. Es como si te molestases a ti mismo, como si te doliese el hecho de existir.

«¿Será que tengo claustrofobia? No puede ser, si mi habitación en casa es diminuta y en ella nunca me he sentido tan mal ni tan nervioso. Puede que sea el mono del tabaco lo que me hace estar tan inquieto. Igual es que me han echado el mal de ojo... No, Chencho, no, eso es una chorrada; lo que te pasa es que estás hecho un manojo de nervios porque quieres salir de aquí».

Seguí paseando por un espacio de tiempo que a mí me pareció horas, hasta que poco a poco me fui calmando. «Eso es, pasear y pasear hasta que el cansancio nos venza y luego dormir; sí, dormir y no pensar en nada». Al poco me armé de valor y me volví a tumbar otra vez en la colchoneta. Pedro, quien estaba a mi lado, se despertó y hablamos un poquito hasta que se durmió otra vez. Me quedé un rato más con los ojos abiertos y ya casi había decidido intentar cerrarlos cuando me di cuenta de una incómoda sensación de presión en el uréter. «Joder, lo que me faltaba, ganas de mear, ahora sí que no voy a dormir en toda la puta noche. Veamos, me sacarán sobre las siete de la mañana al baño. ¿Qué hora será? Igual no es ni la una. ¿Qué hago? Llamar a los maderos no, porque si no, no nos hacen ni caso durante el día, mucho menos lo harán durante la noche».

Me incorporé lentamente y vi que todos estaban durmiendo y fuera todo estaba tranquilo. Ningún madero paseaba por los pasillos, así que me acerqué a los barrotes que hacían de pared de la celda. Eran cuadrados y muy gruesos, casi no te podían ver desde fuera, y lo que era más importante, justo debajo de ellos a lo largo de toda la celda había una rejilla metálica, como una especie de alcantarilla para drenar líquidos. «Lo siento, chicos, pero tengo que mear», pensé al tiempo que desenfundaba la pistola y la arrimaba a la esquina que formaban las rejas y la pared.

Justo lo que yo pensaba, el pis se escapó perfectamente por la rejilla, manchando lo mínimo y haciendo poco ruido. «Seguro que en estas celdas han hecho cosas peores, seguro que muchos yonkis han meado, cagado, vomitado e incluso fallecido aquí. Esta celda está perfectamente diseñada para drenar un poco de pis». La operación duró treinta segundos, pero me permitió pasar una noche mucho más aceptable. Nadie se pispó de mi meada, así que fue el crimen perfecto. Después de esto me acosté otra vez y milagrosamente logré dormir un poco.

Pasé el resto de la noche durmiendo un sueño poco reparador, despertándome cada dos por tres y teniendo sueños raros. En uno de ellos me veía a mí mismo haciendo el amor a la luz de las velas con la Satana, una de las chicas de mi clase de bastante mala reputación. «Joder, qué mal estoy —pensé al despertar—. Como la sequía goleadora persista, es posible que acabe así».

Cuando las luces se encendieron a las seis y media de la mañana, yo ya no podía estar ni un segundo más tumbado. Me había despertado hacía una hora, pero no me había levantado porque obviamente no podía ir a ningún sitio. Lentamente, mis compañeros se fueron desperezando y empezaron a hablar entre ellos. Algunos todavía se resistían a abandonar el colchón, pero los policías no solo encendían las luce sino que obligaban a todo el mundo a levantarse para ir al servicio, tuvieses ganas o no.

El inquilino de la jaula de enfrente protestó amargamente cuando los policías lo hicieron levantarse. Este era un heroinómano bastante hecho polvo al que no habíamos visto nunca, pero al que conocíamos de sobra por la voz, cascada y desagradable. El madero de turno encendió la luz de su celda y le dijo—: Aquí todo Dios va al servicio a las seis y media tenga ganas o no, cojones. Tienes tres segundos para levantarte. —Por lo visto, el yonki se levantó, salió de la celda, pero en lugar de ir al baño apagó la luz y se volvió a meter en la cama a continuar con su mono. Eso fue lo que me dijeron mis compis mientras se descojonaban de la risa. La jugada había sido bastante cómica y a todos nos hizo gracia, pero las risas cesaron cuando oímos primero un juramento, después golpes cada vez más fuertes y por ultimo un débil y lastimero lloriqueo que se prolongaría durante algunos minutos más. Nos quedamos todos callados con una extraña sensación de incomodidad y vergüenza. Al yonki le habían pegado una palicilla bastante gratuita, pero ninguno de nosotros salimos en su defensa aunque hubiese sido de manera testimonial, simplemente nos dio miedo interferir en el curso de la justicia.

Después del episodio macabro salimos de uno en uno al baño sin rechistar y bajamos la vista para no ser testigos de la humillación que venía después de la paliza. —¡Hueles a mierda, cabrón! ¿Es que no sabes que hay que lavarse de vez en cuando, hijo de la gran puta? —le decía un nacional a un hombre barbudo y esquelético que hacía serios esfuerzos por mantenerse en pie. No quise saber más y me dirigí a toda prisa al

baño, meé y me volví a la celda donde ya me esperaba el desayuno. Me comí un par de galletas, me guardé el resto para más tarde y me senté a esperar. Hoy tenía que ser el día, hoy nos dejarían irnos a casa o en su defecto nos enviarían a la cárcel ¿O no? «Veamos —me dije—, nos detuvieron el viernes por la noche, así que esta noche se estarían cumpliendo las cuarenta y ocho horas de detención. Joder, todavía me pueden tener en comisaría hasta el lunes para cumplir con el máximo de setenta y dos horas. ¡Odio este puto sitio, odio esta puta situación; como no salga pronto de este agujero, me va a dar algo!».

## **PLAZA DE CASTILLA**

Por fin parecía que íbamos a salir de la comisaría de Moratalaz para ir a ver al juez. Más o menos a mediodía unos maderos nacionales llegaron y nos sacaron de la celda en dos tandas. En la primera iba yo con el Pedro, Echeverría y el Gordo. De nuevo, desfilamos por los pasillos de la comisaría hasta llegar a una especie de patio donde había una lechera preparada para salir.

Los maderos organizaron un pequeño grupito de reos para meter en la furgoneta. Aparte de nosotros cuatro había dos moros, uno joven y otro como de treinta años. Los dos tenían muy mala pinta, cicatrices en el rostro y ojos feroces. «Por ahora parecen calmados —pensé—, pero ojalá no me pongan con ellos en la siguiente celda». Por último, vino un tío viejo y gordo que estaba grogui perdido. El tío tenía la mirada ausente, no podía hablar y apenas se mantenía erguido. No parecía borracho, era como si le hubiesen lobotomizado, e incluso tuvimos que ayudarlo a subir en la furgoneta. Una vez arriba se sentó y cayó pesadamente hacia el lado sobre uno de los moros, quien lo empujó con violencia hacia el otro. Al final entre todos conseguimos mantenerlo en equilibrio mientras la lechera estaba parada, pero una vez que se puso en marcha, el saco de mierda se caía para todos los lados y tuvimos que estar sujetándole hasta llegar.

—Vaya diferencia entre la ida y la vuelta —le dije al Pedro mientras me preguntaba qué habría sido de las chicas. Por lo visto, mi viaje de ida había sido una irregularidad bastante grave por parte de la Policía. Encerrar a hombres y mujeres juntos en una celda, o incluso en una furgoneta, es ilegal y va contra los derechos humanos. A mí en ese momento me pareció estupendo, pero puedo entender que quizá a las chicas no les hiciese tanta gracia ser encerradas con un tipo desconocido.

Tardamos como quince minutos en llegar a los juzgados de la Plaza de Castilla. Ese era nuestro destino y el lugar en el que un juez decidiría si me ponía en libertad o me mandaba a prisión. Una vez allí nos metieron

de nuevo por unos pasillos y acabamos en una celda Echeverría, el Gordo y yo. Al Pedro no sé adónde se lo llevaron, pero al rato trajeron a otro compañero. El nuevo era un punki jovencito con cresta y todo. No le pregunté su nombre ni nos presentamos, pero yo en mi foro interno le llamaba el Indio, porque su cara morena y lampiña, junto con su cresta, me recordaban a la de un indio mohicano.

Esta nueva celda era relativamente grande y tenía la ventaja de tener un retrete y un grifo, aunque era más vieja y cutre que las que había en Moratalaz. En las paredes había cientos de pintadas y grabados artesanales, como si todo aquel que hubiese pasado por allí hubiese seguido el sagrado ritual de plasmar su nombre, su lema o sus más profundos anhelos, desde «Viva Rumania» hasta «Muerte al capitalismo» o «Todas putas». Nuestra primera misión en la celda estaba clara, había que dejar constancia de nuestro paso por allí, así que nos dispusimos a ello con entusiasmo. El indio encontró un trozo de yeso, el cual dividimos en dos y nos pusimos a pintar en la superficie lisa del banco de piedra. El Indio pintó «Oi! Viva la unión punk-skin», mientras que yo, más individualista y menos sectario, me escribí un «Chencho estuvo aquí, marzo 98». Cuando concluimos nuestra obra nos quedamos mirándola. El Indio parecía satisfecho con su alegato unitario, pero a mí me parecía demasiado poco para mi ego. «¡Qué efímero! —pensé—. El primer hijoputa que se siente en el banco borrará con su trasero mi glorioso sello». Por eso, me puse a buscar por el suelo de la celda algún objeto de naturaleza más dura, con el que pudiese grabar la huella de mi paso por aquel inmundo lugar. Después de unos minutos encontré un trozo pequeño de azulejo con el que pude plasmar mi nombre en la pared de escayola a una altura respetable.

Echeverría y el Gordo no se sumaron a nuestro ritual. Echeve era como un niño grande y se contentaba con mirar asombrado lo que hacíamos, a la vez que era la persona más feliz del mundo cometiendo algún pequeño destrozo o escupiendo algún lardo inusualmente asqueroso en el suelo. El Gordo creo que estaba deprimido porque no había hablado ni hecho nada desde que llegamos allí. Cuando terminamos de pintar el Indio y yo, simplemente cogió la tiza y puso en la pared: «Ánimo, todo va a salir bien», supongo que dedicado tanto a nosotros como a todos los desdichados que diesen con sus huesos allí en el futuro. «Joder, un gordo sensible y con sentimientos dándonos lecciones de humanidad. Lo que hay que ver».

Una vez que nos aburrimos de hacer pintadas nos pusimos a hablar con el Indio sobre cómo le habían detenido a él. Como nosotros ya nos sabíamos de memoria las historias de nuestros anteriores compañeros de celda, nos encantó oír una nueva versión de la aciaga noche de viernes que nos jodieron a todos. Sorprendentemente, el Indio también era inocente, según nos dijo. El tío había estado bebiendo kalimocho sentado en un portal del Dosde acompañado de un rapado y varias pibas, y aunque se

sintió tentado de intervenir al oír el follón, la posibilidad de ligarse a alguna de las tías lo apartó de la violencia momentáneamente. Desafortunadamente, su cresta y sus cadenas atrajeron irremediablemente la atención de los maderos minutos después, y fue detenido sin la menor contemplación por los agentes del orden público.

A pesar de su inocencia, el Indio se mostró pesimista al hablar de sus expectativas al pasar a disposición judicial. —Yo estoy jodido porque ya he tenido varias como esta —nos dijo en un ataque de sinceridad—. Según llegue ahí, el juez empezará a preguntarme si eres inocente, ¿qué hacías allí?; se fijará en mis pintas y me mandará a prisión de fijo.

—¿Has estado ya en la cárcel antes? —le preguntó Echeverría.

—Una vez estuve a punto. Un guardia civil le pegó una paliza a un colega en mi pueblo, así que todos fuimos a por él. Me detuvieron, pero me dejaron en libertad con cargos. Esta vez no creo que me escape.

Esto de la cárcel y de estar encerrado en una celda era muy curioso. Hasta ahora todos los chavales con los que me había encontrado me parecieron buenas personas y así también me lo pareció el Indio. Debe ser que allí encerrados se despertaba una especie de solidaridad carcelaria entre nosotros o quizá fuese que una vez que te ves a ti mismo dentro de la situación, ya no juzgas tan rápido. Personalmente, yo no juzgaba a nadie en absoluto, solo quería que el juez de turno fuese benévolo y me dejase irme a mi casa tranquilamente.

Las conversaciones que mantuvimos durante las siguientes horas se centraron en eso precisamente. En el momento estelar de la detención en el que tendríamos que ponernos delante de un juez y convencerlo de que no habíamos hecho nada malo. Si lo hacíamos bien el premio sería irnos a casa y si lo hacíamos mal el castigo sería una cárcel donde había delincuentes de verdad, para los que un chico delgado era lo más parecido a una mujer que habían visto en años. Yo, en principio, suponía que me dejarían irme a casa una vez concluidas las setenta y dos horas de encierro legales, pero después de algunas conversaciones con compañeros, y de algunas cosas que había visto, ya no lo tenía tan claro. Además, no había hablado con ningún abogado que me tranquilizase y me diese ánimos, solo con desgraciados que me pintaron la situación más negra de lo que en realidad era. Por lo visto, bastaba que un antidisturbios asegurase que le habías agredido, o que tu nombre apareciese en una lista por arte de magia, para decantar la balanza del lado de prisión preventiva.

Seguimos hablando y hablando, temiendo un momento que no llegaba e imaginando como enfrentarnos a él. Debieron de pasar varias horas, es posible que incluso cinco o seis, sin que nadie viniera a solicitar nuestra presencia. Desde que nos encerraron en aquella celda con la puerta

maciza y sin ventanas no habíamos vuelto a saber nada del mundo exterior, ni siquiera habíamos oído ningún ruido. En cierta manera era como si nos hubiesen dejado allí y se hubiesen olvidado de nosotros.

—Qué raro —les dije a los demás—. ¿No deberíamos haber ido a ver al juez ya? ¿A eso vinimos, no? Los otros se quedaron en silencio. Se podía ver cómo las dudas y el nerviosismo habían empezado a roerles la moral a ellos también. Nos quedamos callados durante más tiempo, en una actitud de «no nos pongamos histéricos» que todos respetamos. Pasaron los minutos, y es posible que las horas, y seguía sin suceder nada.

—Tronco, se han olvidado de nosotros —me dijo el Indio.

—No me jodas, ¿cómo es posible?

—Joder, entre tanta gente, pues han ido llenando las celdas y ahora no se acuerdan en cuáles tienen gente y en cuáles no.

—Además, desde fuera esto no parece una celda, porque no tiene barrotes —intervino Echeve bastante nervioso.

—Igual se piensan que esto es un almacén de muebles o yo qué sé. —Nos miramos los tres y sin pensarlo dos veces nos dirigimos a la puerta. Pegamos la oreja a ver si oíamos algo, pero nada.

—Igual ya es de noche y se han pirado todos.

—Y nos han dejado aquí hasta mañana.

—O hasta que se acuerden.

Nos miramos los tres de nuevo y no hubo necesidad de decir nada. Un segundo después estábamos gritando como posesos a la vez que aporreábamos la puerta con desesperación. El Gordo en una esquina estaba a punto de llorar.

—¡Estamos aquí, sacadnos de aquí! —gritábamos. Al rato dejamos de aporrear. Se hacía más ruido cogiendo carrerilla y pegándole un patadón a la puerta metálica. Aquí el Indio amortizó sus botas militares, pero sobre todo yo me lucí con mi repertorio de patadas de taekwondo. Las hice laterales, circulares, frontales, en giro..., y todas acababan en un estruendoso golpe contra la puerta. Poco a poco nos fuimos cansando y empezamos a asimilar que nos habían abandonado.

Por fin, cuando ya estábamos pensando que nos comeríamos al Gordo primero para sobrevivir, abrieron la puerta y aparecieron dos policías nacionales. —¡Tú y tú! —dijeron señalando al Indio y al Gordo—. Venid con nosotros. —Y se los llevaron sin que nos diese tiempo a decir nada.

Bueno, al menos sabíamos que no se habían olvidado de que había personas en la celda. Al rato volvieron a abrir la puerta, pero esta vez no para llevarse a nadie, sino para traer a dos nuevos inquilinos a la celda. Nuestros nuevos compañeros eran dos tíos más cercanos a la treintena que a la veintena. Del primero, por su chándal pasado de moda, su peinado a lo gitano y su dicción defectuosa, deduje que debía ser un heroinómano. Con el segundo no estaba tan claro. También tenía un aspecto turbio pero algo más moderno, con una cazadora bomber y unas botas Panama Jack, que era el uniforme juvenil por excelencia en la segunda mitad de los noventa. Los tíos se sentaron sin decir ni mu, y así permanecimos en un incomodo silencio durante bastante tiempo.

Al final, el aburrimiento pudo más que la cautela y poco a poco empezamos a mantener una conversación. Primero empezó como una declaración de buenas intenciones entre los recién llegados y nosotros, todos éramos gente legal y no queríamos problemas. Más tarde nos empezamos a interesar por las historias de los dos nuevos y ellos por las nuestras. Pronto se vio que el yonki más viejo era el que tenía más experiencia con la justicia, así que empezamos a preguntarle todo tipo de cosas relacionadas con el procedimiento de ver al juez. El segundo recién llegado era también heroinómano, pero todavía no había estado nunca en la cárcel, así que también él le preguntó bastante acerca de cómo era la vida allí, más que nada para irse haciendo a la idea de lo que le esperaba.

—La cárcel no está tan mal, una cama, tres comidas al día y no es difícil pillar caballo, aunque mejor sería que te desenganchases si no tienes nadie que te pase desde fuera.

—¿Se pilla dentro entonces?

—Se pilla, pero está chungo, sobre todo por los putos moros. Na más saben que te metes, empiezan a pedirte jaco y ya la has cagao. Ahora son los moros los que manejan en la cárcel. Los gitanos no mueven una puta mierda.

—¿A cuál crees que nos mandarán?

—Igual a Alcalá Meco, pero no estoy seguro.

Y así se tiraron un buen rato hablando de sus cosas. Echeve y yo simplemente nos callamos y escuchamos la voz de la experiencia. Algunas cosas referentes a la cárcel también nos afectaban a nosotros, pero el noventa por ciento de la conversación entre nuestros dos nuevos amigos giraba en torno a un solo tema: el caballo. En un momento se contaron el uno al otro qué se metían, cuánto se metían, con quién, además de muchas otras historias de los poblados y de otros yonkis que a Echeve y a mí nos pusieron los pelos de punta. Los dos tíos llevaban una buena tanda

de años chutándose heroína y, aunque no estaban demasiado deteriorados en comparación con los esqueletos que habíamos visto antes, se daban cuenta de que además de arruinarse la vida se habían ido quedando desfasados.

—A ver, ¿y qué os metéis los jóvenes ahora para flipar? —nos preguntó el viejo.

—Kalimocho y porros se meten —respondió el yonki joven mientras se volvía hacia nosotros y nos decía—: ¡Eso está de puta madre, chavales, si no pasáis de los porros vais bien!

—Lo malo es que os ponéis hasta el culo y la armáis bien gorda o si no, ¿por qué estáis aquí?

Y así seguimos charlando cada vez más animadamente. El viejo nos contó que justo cuando lo detuvieron llevaba heroína encima y tuvo que comérsela para que no se la encontrasen. Yo, por supuesto, no tenía conocimientos suficientes acerca del tema para saber si eso era posible o no, así que me limité a asentir cuando nos dijo que el sabor del caballo era una puta mierda. El otro fue detenido justo cuando acababa de robar un coche con el que se escaparía de Madrid, según él, para desengancharse de la droga.

—La heroína es una puta mierda, a mí me ha jodido la vida. Yo antes tenía trabajo, una piba, colegas, pero empecé a chutarme y ya ves cómo he acabado.

—Ya sé que no es mi problema, pero... ¿Cómo empezaste?

—En mi barrio, con los colegas, todos lo hacíamos igual que vosotros hacéis botellones, me fui enganchando y así he acabado. Tengo veintiocho años, soy seropositivo y voy a ir al talego.

—Y por qué no lo dejas en la cárcel. —Los dos yonkis se rieron con esta cateta pregunta—. Dejarlo no es tan fácil. En la cárcel hay casi tanta droga como fuera.

—¿Y cómo la meten? No me imagino cómo se puede meter todo un cargamento de heroína allí dentro, con la seguridad y todo.

—No meten un cargamento, solo meten las papelines que les pasa la peña que está fuera. Además, en la cárcel no solo hay drogas, también hay traficantes y estos siguen pasando dentro.

—Nunca me lo hubiese imaginado.

Poco a poco me fui haciendo amigo del yonki más joven y nuestra conversación se hizo cada vez más fluida. Al tener más confianza le hice un montón de preguntas acerca de la heroína, las drogas en general y su trágica situación personal. Él me contestó a todo con sinceridad y sin dar muchos rodeos. La verdad es que su situación me pareció tan terrible que durante un tiempo mis propios problemas resultaban casi irrisorios en comparación con el calvario que había pasado mi nuevo colega, y lo que todavía le quedaba. Durante sus años de adicción a la heroína había vivido en una constante y alocada carrera para conseguir su próxima dosis. Una vez que la conseguía el alivio y la paz que esta le proporcionaba duraba hasta que unos escalofríos y una horrible sensación de dolor y malestar lo empujaban a las calles a conseguir otra dosis, iniciándose de nuevo el ciclo. En este proceso había perdido gradualmente su trabajo, sus amigos, su novia y el apoyo de su familia. —Hubiese sido maravilloso poder compaginar el trabajo y la adicción, este es el sueño de todo yonki —me dijo—, pero al final hay que optar por uno de los dos. A mis amigos simplemente dejé de verlos para estar con gente que se metía caballo, pero en ese mundo no hay amigos. Mi novia me dejó cuando le confesé que era seropositivo, ella me dijo un millón de veces que lo dejase, pero no le hice caso.

Ahora entendía un poco mejor por qué le sería tan difícil dejar la heroína en la cárcel. Si cuando estaba libre prefirió la heroína a su familia, amigos, novia y trabajo, ahora que estaría encerrado en un sitio horrible y deprimente, a la vez que sentenciado a sufrir una enfermedad incurable y mortal, con más razón se abrazaría al caballo para procurarse algo de consuelo. Después de estas charlas reveladoras llegué a dos conclusiones, la primera era que no quería ir a la cárcel, la segunda es que debía considerarme afortunado en la vida. Por ahora.

La charla nos duró hasta que los yonkis empezaron a sentirse cada vez más enfermos. Les pregunté que cuándo les vendría el mono y ellos me contestaron que estaban con el mono desde antes de haber llegado a la celda. Esto me asustó bastante, estar encerrado sin escapatoria con dos heroinómanos en pleno síndrome de abstinencia. Mi idea del mono, seguramente alimentada por la literatura popular, era que los que lo padecían se volvían como locos de rabia y de furia al no poder consumir su dosis. El síndrome les confería una fuerza sobrehumana y eran capaces de cualquier cosa por conseguir un poco de droga. Casi me imaginaba a los yonkis tomándonos como rehenes y gritándonos a los guardias: «¡Si no nos dais metadona, ahora mismo nos cargamos a estos dos pringaos!».

Me acojoné un poco y me alejé hacia una esquina de la celda mientras estudiaba a mis dos futuros oponentes. A primera vista no estaban muy deteriorados, casi hasta se les veía saludables y fibrosos, y eso sin contar la supuesta fuerza sobrehumana del yonki y su ciega desesperación, y, por si fuera poco, sus heridas podrían contagiarme el temido virus VIH. Definitivamente, estaba jodido. Por suerte, mis paranoias estaban

bastante alejadas de lo que un síndrome de abstinencia es en realidad. Los dos yonkis se tumbaron en los bancos de piedra y se sumergieron en una especie de amodorramiento febril con escalofríos repentinos y sudores fríos. De vez en cuando se volvían más activos y a veces estaban más adormilados, pero en ningún momento supusieron una amenaza para Echeverría o para mí.

Yo también me encontraba bastante cansado y casi no tenía ganas de hablar con nadie. «Claro, no me extraña —pensé—, llevo dos días sin apenas comer ni dormir, espero que nos traigan algo de papeo pronto». Casi parecía que me habían leído la mente cuando abrieron la puerta y un par de funcionarios nos trajeron la comida en un carrito metálico, como los que ya habíamos visto en la comisaría de Moratalaz. Esta vez, sin embargo, estábamos de suerte; no eran envases esterilizados calentados con microondas lo que nos traían, sino un rancho propiamente dicho. Cocidito madrileño con su sopa, sus garbanzos e incluso algo de embutido, y en un plato de cristal con cuchara y todo.

Antes de empezar a comer vino la inevitable ronda de trueques. Los yonkis parecían no querer negociar, pero a Echeverría no le gustaban los garbanzos, así que me propuso cambiármelos por mi sopa. —De mil amores —le dije—; a mí no me gusta la sopa. —Me comí las dos raciones de cocido rápidamente, aunque saboreándolas con deleite. Este cocido era la mejor comida que había probado en mi vida, la más sabrosa y exquisita. Había sido preparado con un ingrediente especial, el hambre. No hay mejor condimento para un guiso que dejar al comensal dos días sin comer antes de probarlo, me hubiese comido toda la bandeja si me hubiesen dejado.

Después de comer apilamos los platos todos juntos en el extremo del banco de piedra. Los yonkis tendrían el mono y todo lo que tú quieras, pero dejaron los platos limpios, incluso uno de ellos se comió tres peras que nos dejaron de postre. Personalmente, el tema de comer me ayudó a reponer fuerzas, pero no me hizo mucha gracia porque deduje que no nos darían de comer si nuestra liberación fuera inminente.

Al rato llegaron unos funcionarios y se llevaron las bandejas, y de paso también aprovecharon para llevarse a Echeverría. «¿Qué sería esta vez? —me pregunté—. Rueda de reconocimiento, otra declaración, una visita al juez...».

No tardaron en traerlo de nuevo a la celda y entonces nos explicó que había tenido que confirmar su declaración y que en diez minutos se lo llevaban a ver al fiscal. Como el trámite parecía importante, si no decisivo para su futuro, me pidió que le prestase mi camisa de cuadros para tener una apariencia más presentable frente al fiscal. Por lo visto le habían hecho un interrogatorio bastante duro, en el que ya le habían acusado formalmente de ser un integrante de la kale borroka. La supuesta prueba

de esto era una gravilla fina que habían encontrado en el fondo de su mochila y que serían restos de las piedras que había usado como proyectiles en las acciones de guerrilla urbana. Esta prueba no valía una puta mierda cuando el acusado era albañil y había estado trabajando aquella misma tarde, pero a los jefes de la madera les daba igual, ellos solo querían encontrar un apellido vasco al que acusarle de batasuno.

Una vez que se puso la camisa se fue al lavabo que teníamos en la celda y se peinó con un poco de agua. —¿Qué tal estoy? —me preguntó.

—Estás bien —le dije, y me alegré de que no hubiese espejo en la celda, porque la camisa y el peinado le daban cierto aspecto de presidiario—. Verás como sale todo bien —lo animé un poco. «De esta no te salva ni tu puta madre», pensé.

Cuando se lo llevaron otra vez fue como si me hubiese quedado solo, porque los dos yonkis estaban chungos y no querían hablar. Como me aburría, pasé el rato dibujando con uno de los trozos de yeso en las paredes. Al cabo de unos diez minutos abrieron la puerta de la celda de nuevo y entró Echeverría. El pobre chaval estaba pálido y traía un careto como si se le hubiese caído el mundo encima.

—Tío, el fiscal ha pedido dos años de cárcel. ¡Dos años! —Y murmurando una excusa se dirigió al pequeño retrete que había en la habitación, se bajó los pantalones y se puso a cagar sin importarle en absoluto que hubiese otras personas presentes. Entonces entendí mejor la expresión «Cagarse de miedo», y a la vez lamenté el hecho de verme obligado a contemplar a un hombre adulto jiñando. Me di la vuelta para no ver el espectáculo, aunque no pude aislarme del sonido de sus pedos y el ruido que hacían los zurullos al sumergirse en el agua del váter. Lo peor fue que, además de ser de por sí desagradable, sentó un precedente y pronto los dos yonkis pasarían también a depositar su mierda en el pequeño retrete de la celda. Yo me abstuve de cagar, no por vergüenza o falta de ganas, sino porque no quería que mis nalgas tocasen el retrete donde había cagado un seropositivo instantes antes. Supongo que esto suena insolidario, políticamente incorrecto y hasta un tanto palurdo, pero es la verdad. Lo último que me faltaba sería agarrar alguna de las infecciones oportunistas que suele padecer esa gente, así que me guardé mi mierda en mi culo hasta que me viese en circunstancias más propicias para expulsarla.

Después de la ronda de cagadas parecía que era inminente una nueva visita al fiscal, así que nos pusimos todos algo nerviosos. Yo estaba bastante preocupado de que fuese mi turno, pero los yonkis estaban más bien excitados ante la perspectiva de ir a la cárcel. El más joven me contó que realmente lo estaba deseando, porque allí se podía pillar caballo, o por lo menos algún otro tipo de droga, hachís o incluso tabaco. El chaval había conseguido esconder un billete de mil pesetas durante el

interrogatorio y ahora estaba ansioso por usarlo en la cárcel para procurarse una dosis. —Si tuviese un chute o una plata, me daría todo igual, hasta me quedaría durmiendo aquí tan feliz. —El yonki viejo estaba atento a la conversación y no pudo dejar de intervenir.

—Lo que de verdad funciona en la cárcel es el tabaco —dijo lentamente—. Allí puedes cambiar cigarros por un chino fácil.

El otro yonki se mostró muy interesado en esto, así que se pusieron a hablar entre ellos. Yo estaba bastante nervioso ante la perspectiva de que un fiscal hijodeputa pidiese para mí seis meses de cárcel cuando yo no aguantaba ni un día más encerrado. Por eso, no seguí la conversación y me mantuve al margen, pero parece que los yonkis empezaron a negociar seriamente. Cada vez que entraba el funcionario a la celda el viejo le había estado pidiendo un cigarrillo o una colilla que había visto en el suelo. El funcionario, reacio al principio, había prometido al yonki que le compraría una cajetilla cuando le sacase de la celda a declarar, siempre que le diera el dinero. Así el viejo tenía el permiso para comprar tabaco, pero no tenía con qué.

No sé cómo ocurrió, pero al final ambos acordaron que el joven le prestaría el talego al viejo para comprar una de cajetilla de tabaco durante el tiempo que le sacasen a declarar ante el fiscal, por supuesto con la colaboración y el permiso del funcionario. Más tarde se llevaron al viejo a declarar, pero en lugar de devolverlo a la celda, lo enviaron directamente a prisión, eso sí, llevándose el billete del yonki joven. Parece ser que el viejo había aprovechado su conocimiento de los procedimientos de la justicia para estafarle al otro yonki un talego. A pesar de lo acojonado que estaba con mi próxima visita al fiscal, no pude dejar de sentir lástima por el pobre diablo. El tío se había estado haciendo ilusiones de pillar algo en la cárcel con ese taleguito, y el otro zorro se lo había birlado como un maestro. Debe de ser verdad eso de que entre los que están en la heroína no hay amigos. —¡Me cago en Dios! —gritó el tío, poniéndose a llorar presa de la desesperación.

El resto del tiempo que pasé en aquella celda intenté impermeabilizarle como pude de los diversos dramas y miserias humanas que tenían lugar entre aquellas paredes, hasta que por fin llegó el momento de ver al juez. Unos funcionarios de los juzgados de Plaza de Castilla abrieron la puerta de la celda y dijeron mi nombre. Me despedí de Echeverría y del yonki pardillo, y seguí a los funcionarios hasta una sala pequeña donde aguardaba un señor de mediana edad y bigote poblado. —Tú debes ser Chencho —me dijo—. Yo soy tu abogado y también el de tu amigo Pedro. —Después de las presentaciones el abogado me explicó un poco el procedimiento que seguiríamos para ver al juez y me dio también una serie de recomendaciones de lo que hacer y lo que no. El procedimiento era sencillo, entrar en la sala donde estaba el juez y callarme la boca hasta que alguien me preguntase algo. Las recomendaciones eran

básicamente ser educado, poner cara de imbécil y negar, muy respetuosamente, toda participación en el movimiento okupa o cualquier otro. Ni qué decir tiene que cuando por fin entré en el despacho del juez, me esforcé por cumplir todas estas premisas como si me fuese la vida en ello.

El despacho del juez era bastante grande y razonablemente lujoso para la mierda de sitio que son los juzgados de Plaza de Castilla. Entramos en él acompañados de dos ayudantes judiciales, quienes me animaron un poquito. —Tú estate tranquilo —me dijeron—, todos sabemos que la Policía ha detenido en su mayoría a chavales inocentes que solo estaban de copas por Malasaña. —Esto me dio algo de confianza para encarar el mal trago.

Yo me imaginaba al juez como un señor con mala uva, así que me sorprendió bastante que fuese una mujer de mediana edad cuyo rostro amable denotaba inteligencia, y no un facha iracundo y cejijunto. Es más, la juez me recordaba mucho a Ana Rosa, la famosa presentadora de la tele, y esto le dio un poco más de surrealismo a la historia. Después de ser detenido y encerrado entre okupas y yonkis durante dos días, sin comer ni dormir apenas, había llegado el momento de ser juzgado por Ana Rosa. Casi era para descojonarse de la risa.

Pero en lugar de reírme o hacer algún escorzo extraño, me quedé muy quieto y callado mientras el abogado se dirigía a la juez con suma cortesía para informarle de mi condición de joven injustamente detenido. La juez escuchó pacientemente al letrado, interrumpiéndole a veces con alguna pregunta de tipo técnico. Después de esto llegó el ansiado momento en el que se me permitió por fin decir algo en mi defensa. Cuando la juez me preguntó por mi participación en los hechos, negué tajantemente haber estado en ninguna manifestación o haber participado en algún acto violento. Me sorprendió muchísimo que ella me preguntase acerca de un pasamontañas que supuestamente me había incautado la Policía. «¡Qué hijos de puta mentirosos!», por primera vez en los dos días me retorcí de indignación y frustración contra los putos maderos. Una cosa era haber sido detenido en un barullo por tonto y otra cosa muy distinta ser acusado de algo que tanto ellos como yo sabíamos que era falso. Aun así disimulé mi rabia y midiendo al milímetro el tono de mi voz para resultar respetuoso, le dije a la juez en un alegato final:

—Mire usted, yo no he estado en ninguna manifestación ni milito en ningún movimiento político o antisistema. Tan solo soy un estudiante de COU que estaba tomando unas copas con mis amigos cuando fui injustamente retenido por la Policía.

La juez me miró detenidamente y la verdad es que parecía convencida de lo que le había dicho. En cierta manera me dio la impresión de que su

silencio me animaba a seguir hablando.

—Además, es normal que un joven como yo se encuentre tomando algo en una zona de ambiente como Malasaña.

«¿Zona de ambiente? —me quedé pensando—. Hostia, eso ha quedado muy gay. ¿No es así como llaman a las zonas de mariconeo?», pensé preocupado.

—Perdón —me dispuse a arreglarlo—, me refiero a que Malasaña es más bien una zona, ya sabe usted, de alterne.

«¡Hostia puta!, ahora sí que lo he arreglado, ¿no es así como se llama a los prostíbulos y los putiferios? Ahora esta tía me manda a la cárcel por putero y maricón». Me empecé a poner muy nervioso y creo que el abogado hizo serios esfuerzos por mantener la compostura y no agarrarme por el cuello y estrangularme. Afortunadamente, la juez era una mujer inteligente y entendió perfectamente lo que, a pesar de mi torpeza, le había intentado explicar.

—No se preocupe usted —me dijo—, ya sé que la gente joven se reúne en Malasaña y Bilbao para tomar unas cañas o unos vinos. —Luego se volvió hacia el abogado y le soltó una retahíla de tecnicismos entre los que creí entender que me dejaban salir en libertad.

«¡Bien!», casi no cabía en mí de gozo cuando los funcionarios me escoltaban hacia otra celda donde ya había un montón de gente. Aparentemente, éramos los que íbamos a ser liberados. Allí estaba el Pedro, al que di un abrazo y las gracias por haberme aguantado todo el tiempo, y muchos otros chavales, entre los cuales estaban la mayoría de mis compañeros de celda de Moratalaz. También estaba Echeverría, por el que antes no habría dado ni un duro. Nuestro abogado le había defendido gratuitamente y salvado «in extremis» de ser enviado a prisión. Inexplicablemente, también estaba allí el yonki joven. «¿Cómo era posible? —pensé—. Claro, los funcionarios le han confundido con uno más de los okupillas. Colega, Dios te da una segunda oportunidad; si cuela, aprovéchala para quitarte del caballo y ojalá tengas suerte». La cruz de esta situación fue que se habían llevado al gordo a prisión. No me jodas, al tío más inocente y sensible de todos los putos juzgados. Pues el pobre se pasó un mes entero en prisión preventiva solo porque los putos antidisturbios tienen mucha creatividad a la hora de inventarse cosas.

Me despedí de todos aquellos chavales, compañeros involuntarios de una experiencia en la vida que había resultado desagradable pero enriquecedora. Al único que torcí un poco el gesto y evité estrechar la mano fue al Contreras, el villano causante de nuestra detención. Finalmente parecía que el veredicto de la juez para todos nosotros, excepto tres que pasarían a prisión, había sido libertad con cargos. Esto

venía a significar que todavía teníamos una deuda con la justicia, y que la sombra de un futuro juicio aparecía todavía en el horizonte, pero que éramos libres por ahora. Los cargos eran alteración del orden público, destrozo de mobiliario urbano y resistencia a la autoridad, pero a mí lo único que me importaba en ese momento era que me iba a casa a descansar. «Estoy en libertad con cargos, eso no suena nada mal a la hora de impresionar a alguna hippy», pensé mientras nos sacaban por los pasillos hacia la salida de los juzgados. Según nos íbamos acercando empezamos a ver que ya era de noche fuera, pero que a pesar de esto había mucha gente esperando nuestra puesta en libertad. Se empezaron a oír gritos contra la Policía, el PP y a favor de la okupación. Alguna mente clarividente había tenido la genial idea de que los detenidos formásemos una cadena humana contra la tortura y no sé qué más. Yo, personalmente, no estaba para gilipolleces y solo quería irme a casa con mi familia. Afortunadamente, nuestro abogado persuadió a los imbéciles de la cadena para que nos dejaran en paz, como también evitó que los detenidos tuviesen que aparecer cada quince días por el juzgado para firmar y dar de fe que no pensaban escapar. Un buen tipo el abogado, aunque al final se quedó con la provisión de fondos que le dieron mis padres para afrontar un juicio que nunca llegaría a celebrarse. En fin, nadie es perfecto.

Salimos finalmente a la calle y toda la gente que nos esperaba enloqueció y nos hizo una especie de pasillo como si fuésemos héroes o algo así. Entre todos los que estaban a mi alrededor había, además de familiares y amigos de detenidos, mucha de la gente que había estado montando bronca en Malasaña el viernes. «Hijos de puta —pensé—. ¡Deberíais estar en la cárcel vosotros y no el pobre Gordo!». Rápidamente perdí de vista a todos los demás detenidos y me encontré andando entre un barullo de gente frenética, hasta que al final vi la cara llorosa de mi madre. Cuando ella me vio se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza mientras empezaba de nuevo a llorar. «Por Dios, madre, que no vuelvo del frente ruso». Mi padre también estaba allí con ella y parecía satisfecho con mi liberación. Siendo como era, un hombre de mucho genio, había temido que estuviese enfadado conmigo por el lío enorme en el que me había metido, pero no parecía ser así. Por lo visto ya había liberado tensiones despachándose a gusto frente a las cámaras de televisión, llamando fascistas a Manzano, Morgades y toda la tropa.

Después del reencuentro nos fuimos con los padres del Pedro a tomar algo a un bar cercano, donde por fin disfruté de una Coca Cola fresquita. Luego nos despedimos del Pedro y nos fuimos a casa en un taxi. Una vez allí cené dos huevos fritos con chorizo y alguna otra cosa más y me di una más que necesaria ducha. Paradójicamente, fue una vez allí cuando me empecé a encontrar mal de nuevo. Realmente no tenía razones, por fin había sido liberado, pero después de cenar empecé a experimentar una sensación muy rara, como si no reconociese mi casa. Otra vez aparecieron la ansiedad y los nervios, me daba pánico quedarme en una habitación de

la casa más de diez segundos y comencé a andar de un lado para otro. Como no quería asustar a mis padres, que ya habían tenido bastante, me comí este episodio yo solo. Otra vez igual que en la celda de Moratalaz me sentía muy mal y muy extraño, pero no sabía por qué. Una vaga sensación de amenaza y desasosiego me atormentaba y lo único que quería es que el tiempo pasase lo más rápido posible. Al final logré tranquilizarme leyendo algunos tebeos de la infancia, después de probar con ver la tele y jugar con Piletus. No soy psicólogo, así que no puedo saber qué era, quizá fuese stress postraumático, ansiedad o vaya usted a saber. Después de un rato se pasó y pude irme a dormir.

## **PARQUE DEL OESTE**

Al día siguiente me levanté tarde y no fui a clase a pesar de ser lunes. Lo único que me apetecía era estar en mi casa y recuperar fuerzas para el interrogatorio que me esperaba el martes en el colegio. Por la tarde me animé un poco y salí a dar un paseo alrededor de mi casa con el perro. En cierta manera me llevé a Piletus, porque pensaba que ningún madero me iba a detener si llevaba un perro conmigo, y también me cuidé de ir convenientemente documentado con mi DNI. Después del paseo me entretuve ordenando y preparando los apuntes y demás material escolar hasta que llegó la hora de cenar. Una vez cenado vi un poco la tele, creo que ponían «Expediente X», luego me fumé un cigarrito a escondidas en el baño y a dormir.

Mis padres me llamaron alrededor de las siete y media de la mañana. No me apetecía nada levantarme, pero sabía que tenía que volver a clase si no quería perder el tren de selectividad. Me metí en la ducha todavía atontado por el madrugón y me vestí con la ropa que había preparado el día anterior. Después me afeité, me peiné un poco, cogí mis cosas y me lancé a la calle sin desayunar. Mientras me dirigía a la estación de metro de Sol intentaba figurarme cuál sería la reacción de la gente al verme, puesto que me había convertido, junto con el Pedro, en el protagonista indiscutible del fin de semana, y también planeaba mi actuación ante todos ellos. «Ojalá me dejasen en paz», pensé, pero sabía muy bien que no sería así. Repasé de memoria todas las preguntas posibles y probables que me iban a hacer, y pensé en cómo contestarlas sin dar muchos detalles ni hacerme el interesante. También decidí mantener la versión de la historia en la que era completamente inocente, sobre todo por los profesores y dirección del colegio. Tomé el metro en Sol y me bajé en Moncloa, al final de la línea tres. Según iba subiendo la calle que lleva hasta el colegio de pago donde cursaba el COU, mis pasos se hacían cada vez más cortos y mis ganas de darme la vuelta e irme a casa aumentaban. Al final me armé de valor, crucé las puertas pintadas de

verde y me dirigí hacia las escaleras para subir al piso donde estaba mi clase. Había poca gente por los pasillos, ya que había llegado un poco tarde aposta para evitar el mogollón de la entrada, pero no me libré de la charla de los celadores. Nada más verme se acercaron a mí, me hicieron todo tipo de preguntas y me aseguraron que si era necesario, incluso testificarían a mi favor en un futuro juicio. —Muchas gracias —les dije—, pero por ahora estoy bien.

Luego llegó el temido momento de entrar en clase cubierto de gloria y ser el blanco de todas las miradas. «Ahí va, ese es el presidiario, vaya careto que trae...», me imaginaba a todos los compañeros comentándolo en voz baja y haciendo gestos acusadores. Entré por la puerta cuando ya casi todos estaban sentados y desfilé, con toda la dignidad que pude reunir, hasta el que era mi sitio. Los tres segundos desde la puerta hasta mi silla se me hicieron eternos con todos los chavales y chavalas mirándome, aunque afortunadamente nadie hizo ningún comentario ni ninguna coña. Los años de taekwondo y las peleas en el patio me habían dado una reputación de tío, en general majo, aunque voluble e imprevisible, por lo que nadie se atrevió a tocarme los cojones. Cuando me senté, saludé y hablé un poco con los peñistas de alrededor, pero evitando el asunto obvio. Después empezó la clase y todos nos pusimos a tomar apuntes como locos.

Durante el resto del día casi nadie me molestó con el tema de mi detención, excepto algunas chicas que me preguntaron un poco qué tal estaba. En el «recreo» me rodeé de mis mejores amigos y más que yo contarles nada fueron ellos los que me contaron a mí todo lo que había ocurrido mientras yo estaba detenido. Después de la última clase me fui a casa rápidamente para evitar los típicos corrillos que se formaban a la salida. Una vez allí comí algo y me eché una siesta. El resto de la tarde lo pasé estudiando como pude y después la rutina de todos los días: cenar, prepararse para el día siguiente y a dormir.

El resto de la semana fue parecida al lunes, salvo por el hecho de que me fui abriendo un poco más a mis compañeros y relatándoles algunos de los episodios que me habían sucedido estando entre rejas. Afortunadamente, los adolescentes son unos seres bastante egocéntricos y nadie pareció demasiado interesado en el tema. Al fin y al cabo todos teníamos nuestros problemillas y exámenes que aprobar, así que cada uno iba a lo suyo.

Lo que sí me pareció alucinante fue todo el revuelo que habían causado los incidentes de Malasaña y las detenciones. Todavía salió algo en las noticias a mediados de la semana siguiente, e incluso pude llegar a ver a mi propio padre en Antena Tres llamando fascista a Manzano, lo que me hizo mucha gracia. Por lo visto, la actuación policial había sido desproporcionada y muchas de las detenciones bastante irregulares. Cuando llegó el fin de semana el asunto todavía estaba candente, así que el movimiento okupa organizó una macromanifestación para protestar

contra la brutalidad y las detenciones bajo el lema «Okupar el espacio».

Por consejo del abogado, de mis padres y porque yo no tenía ninguna gana de marcha, no solo no fui a esa manifestación sino que además me quedé en casa todo el finde. La concentración fue convocada en el centro de Madrid, muy cerca de mi casa, así que pude ver parte de ella desde la ventana con sentimientos encontrados. Por una parte tenía simpatía por los okupas, mis excompañeros de presidio, pero por otra parte sentía aprensión por la manera en que este tipo de movimientos sociales legítimos eran secuestrados a veces por grupúsculos violentos. La okupación consiste en buscar espacios que no están siendo utilizados y emplearlos como centros sociales, además de reivindicar el derecho de todo ser humano a tener una vivienda digna. La okupación nada tiene que ver con emborracharse y arrasar un barrio de gente humilde e inmigrantes como era Malasaña, por más que algunos chavalitos así lo vean.

Por fortuna, la manifestación tuvo un aire festivo y pacífico que la hizo muy diferente a la de la semana anterior, por lo que no hubo incidentes. Se puede decir que ambos bandos aprendieron de sus errores y no cayeron en provocaciones. Los okupas se reivindicaron a sí mismos como un colectivo no violento, solidario y constructivo, y las autoridades enviaron solo a algunas patrullas de municipales a vigilar de lejos y no a los antidisturbios a crear bronca.

Después de ese finde de reclusión voluntaria en la tranquilidad de mi hogar llegó otra semana calcada de la anterior, donde lo único que en realidad cambiaba era el temario que explicaban los profesores en las clases. No en vano avanzábamos ya inexorablemente hacia los exámenes de finales de mayo y después la temida selectividad en junio, y había que darse prisa para cubrir todo el temario. Las semanas fueron avanzando cada vez más rápido y al final de cada una llegaba un fin de semana en el que la tentación de volver a salir de marcha se iba imponiendo a la cautela y la aprensión provocada por mi detención. Al principio empecé dando pequeñas vueltas por Malasaña, o por cualquier otra zona de marcha si era posible, y una vez ya metidos en abril empecé a salir por la noche ya casi con toda normalidad.

Para mí Malasaña había muerto en marzo de 1998 con mi arresto, pero aunque no disfrutase saliendo por allí como antes, no podía evitar que el barrio siguiese siendo el punto de encuentro de mis coleguitas. Muchas veces tenía que escoger entre volver a Velarde o quedarme en casa sin salir, porque todo Dios seguía haciendo botellón allí. En general, no se estaba mal, pero ahora cualquier amago de bronca, aparición de la Policía o conato de manifestación me producían tal ataque de pánico que acababa abandonando el barrio o metiéndome en algún garito hasta que pasase el temporal. Esto no fue mala idea en un par de ocasiones en las que se formaron follones como en el que me detuvieron, y de los que esta vez

escapé sin problema. Esta actitud puede parecer exagerada, pero el ser detenido una segunda vez en un tumulto, teniendo además antecedentes, podría haber arruinado mi selectividad y mi acceso a la universidad el año siguiente. Fue, además, en estas salidas malasañeras postdetención cuando me encontré a varios de mis compañeros de celda, los cuales me pusieron al día sobre todas las novedades de nuestro caso. En Dos de Mayo me encontré al Gordo, al que me hizo ilusión saludar y ver que, aunque seguía un poco amariconadillo, en general tenía buen aspecto. También me crucé con el Indio alguna vez y con toda la peña de Rivas Vaciamadrid. El encuentro más cachondo fue con Neandertal a altas horas de la noche volviendo a casa los dos borrachos. El tío me contó que nuestro juicio estaba sobreseído o no sé qué, pero que él tenía otros dos más de los que preocuparse. Seguí hablando un rato más con él hasta que me cansé de sus gilipolleces y escogí otro camino.

Las semanas pasaron rápidamente una vez que me tranquilicé un poco y me habitué a la rutina de ir a clase por las mañanas y estudiar por las tardes. Los fines de semana me los organicé de manera que salía de juerga los viernes por la noche, descansaba las mañanas y estudiaba, sin mucho entusiasmo, los sábados y domingos por la tarde. Escogí organizarme el tiempo así porque la experiencia me mostraba que el viernes era un día totalmente estéril para el estudio, pero, por el contrario, el sábado y domingo por la tarde podían servir para repasar si el viernes había desparramado lo suficiente y ya no tenía ganas de fiesta. Esta estrategia funcionó bien, así que los últimos fines de abril y los primeros de mayo salí algo por Malasaña a la vez que conseguí aprovechar el tiempo.

Según se fueron aproximando los exámenes finales de COU, nos fuimos poniendo cada vez más nerviosos. Estos eran a mediados de mayo con el propósito de dejarnos casi un mes de tiempo para repasar la selectividad. Si conseguía aprobarlos, al menos habría completado una parte de la tarea al finalizar la educación secundaria. Estos exámenes serían como un simulacro de selectividad, con ejercicios sacados de años anteriores, y tendrían lugar en el mismo plazo de tiempo que aquellos, es decir, tres días. Las materias serían las mismas, obviamente: Inglés, el cual estaba dominado gracias a un par de cursos de verano en el Reino Unido; Lengua española y Filosofía, las cuales parecían asequibles. En la rama de ciencias era donde se concentraban mis verdaderos problemas con Física y Química que llevaba muy cogidas de los pelos, Matemáticas y Dibujo técnico. De estas dos últimas he de decir que por más que estudiaba, no lograba llegar a comprenderlas y mucho menos resolver los ejercicios que me planteaban.

Cuando por fin llegó la fatídica semana de exámenes había conseguido hacer un repaso más o menos exhaustivo de todas las materias, excepto Dibujo, pero no sabía resolver más que los problemas que ya habíamos hecho en clase, los cuales eran los ejercicios típicos que uno se acaba

sabiendo de memoria. Por suerte, o más bien, como era de esperar en colegio privado, los profesores se portaron muy bien con nosotros y nos pusieron exámenes fáciles y predecibles. Durante todo el año habían sido muy exigentes, pero ahora la dirección del centro les había sugerido bajar el listón descaradamente para inflar las notas finales de los alumnos y así darles más opciones de llegar a la universidad. Por algo nuestros padres pagaban treinta mil pesetas todos los meses a un colegio privado en lugar de enviarnos al instituto público. Muchos de mis compañeros eran chicos muy brillantes, pero la proporción de sobresalientes fue bastante más elevada de lo que debería haber sido. Incluso yo saqué unos cuantos, aunque la verdad es que en mis notas abundaron más los notables, propios de un intelecto más bien normalito.

Cuando se acabó esta semana de exámenes y vi que no había sido tan dura, comprendí que solo había sido un trámite, un entrenamiento de cara a la selectividad. Todavía no sabía mis notas, pero lo que sí sabía a ciencia cierta es que no iba a suspender nadie por muy mal que lo hubiese hecho. Durante años nos habían cateado con más o menos saña, pero siempre preparándonos para el momento en que nos presentarían a la selectividad, así que no tenía ningún sentido suspender al personal. En cierta manera, sería como si un entrenador de boxeo le diese un palizón de muerte a su pupilo el día antes del combate por el título o como si el Madrid no se presentase a la final de la Copa de Europa que asombrosamente tenía que jugar en unos días. La verdadera y única prueba sería selectividad, pero eso era dentro de un mes, así que todos los chavales decidimos unánimemente que antes de ponernos a estudiar a muerte y afrontar nuestro destino, nos pegaríamos una juerga monumental aquel finde.

Ese viernes aparecimos por clase más que nada para conocer algunas notas que los profesores nos iban dando, y también para reunirnos y planear lo que haríamos con aquel paréntesis de libertad en forma de viernes que teníamos antes de afrontar el mes más serio de nuestras jóvenes vidas. Debido al buen tiempo que hacía y a que los días eran ya muy largos, decidimos que aquel viernes quedaríamos por la tarde para hacer un botellón todos juntos en el Parque del Oeste. Este parque era uno de nuestros botellódromos preferidos cuando hacía calor, debido a sus lustrosas praderas y a su cercanía con el colegio. Por estas razones decidimos que quedaríamos a las siete de la tarde en nuestro rincón preferido del parque para empezar a beber. Esto nos daría la oportunidad de ir a casa a comer y dormir un poco de siesta para luego empezar con renovadas fuerzas.

Una vez que tenía claro el plan decidí irme a casa pronto en lugar de quedarme con los compis comiendo pipas en los bancos de fuera del cole. Tenía mucho que hacer y no quería perder el tiempo, porque para mí el ritual de antes de salir era algo muy serio y quería asegurarme de poder cumplirlo con calma. Así llegué a casa sobre las tres de la tarde, comí algo

y me acosté para echar una siesta. Cuando me levanté ya eran las cinco, por lo que ya iba un poco justo de tiempo. Tardé unos veinte minutos en desperezarme del todo y meterme en la ducha. Una vez que terminé me vestí rápidamente y me preparé algo a modo de merienda-cena, lo cual era importante teniendo en cuenta todo lo que íbamos a beber aquella noche.

Serían aproximadamente las seis y cuarto cuando ya estaba listo para salir, aunque me tuve que demorar un poco más para escuchar las advertencias de mis padres. Ten cuidado, hijo, no te metas en líos, ya sabes que tienes antecedentes y demás historias. Por mi parte contraatacaba diciéndoles que yo era el más interesado en no meterme en problemas, a la vez que ponía una cara beatífica y les decía a todo que sí. Aunque todavía era técnicamente un adolescente, ya se me había pasado la época de rebeldía a ultranza contra los padres, y solo sentía un poco de lástima por ellos, por todas las preocupaciones que les había dado últimamente. A pesar de esto ellos me daban toda la libertad del mundo y toda la pasta que, dentro de un límite razonable, pudiese necesitar, contentándose a cambio con darme algún sermoncillo ocasional. Antes de salir de casa les aseguré que no iba a pasar nada malo una vez más y me lancé a la calle con destino a la estación de metro de Sol.

Esta vez habíamos quedado en la puerta del colegio a las siete de la tarde por lo que ya iba un poco justo de tiempo. Para más inri, el metro tardó un montón en arrancar y además se paró una eternidad entre las estaciones de Argüelles y Moncloa. Al final llegué un poco tarde, pero mis amigos no se habían ido sin mí como yo temía. Allí estaban todavía decidiendo dónde comprarían el alcohol mientras esperaban a los más rezagados. A las siete y media decidimos que ya no esperaríamos a nadie más, así que empezamos a bajar desde el cole hasta el Parque del Oeste haciendo una parada en un supermercado para comprar el alcohol. Antes solíamos beber kalimocho y birras en los botellones, pero últimamente nos estábamos volviendo más señoritos y solo comprábamos whisky y vodka, eso sí, de las marcas más baratas y por ende de peor calidad. Entramos unos cuantos en el supermercado y salimos cargados con todo tipo de botellas de alcohol, refrescos y bolsas de hielo. Distribuimos la carga entre todos y bajamos alegremente por las calles y los parques de la zona hasta alcanzar la carretera de La Coruña a la altura del arco de Franco. Desde allí cruzamos la calle y en cinco minutillos estábamos ya todos sentados en nuestra pradera favorita abriendo las botellas y preparando cubatas.

Debíamos de ser como unas treinta personas, la mayoría tíos aunque también había bastantes chavalas. Era posible que al pasar el rato se nos fuese uniendo alguien más al botellón, porque no era difícil encontrarnos al hacer siempre los botellones en el mismo sitio. Nuestra pradera estaba casi al principio del parque y se veía tanto desde la carretera como desde el camino principal que bajaba hacia las profundidades de Ciudad

Universitaria.

Hace algunos años, cuando no teníamos edad para consumir alcohol legalmente, nos internábamos más en la espesura para escondernos de la Policía, pero una vez que ya éramos todos mayores de edad preferimos quedarnos más en la periferia al ser esta más segura. Al fin y al cabo un parque de noche no es el mejor lugar para perderse borracho y aunque realmente nunca había pasado nada, circulaban muchas leyendas urbanas acerca de agresiones neonazis, perversos en busca de carne joven y demás peligros. A mí la que más me impresionaba era la historia de un chaval que se llamaba Yuri. Por supuesto, nadie conocía al tal Yuri, siendo este el amigo de un amigo, pero se rumoreaba que el tío en cuestión se extravió en el parque borracho y fumado, y que sus amigos lo encontraron inconsciente con los pantalones bajados y un hilillo de sangre manando de su ojetete. Cuando lo llevaron al hospital, los médicos confirmaron que había sido violado, según los análisis de ADN del semen que extrajeron de su recto, por al menos tres hombres distintos.

Hoy en día dudo bastante de la veracidad de esta historia, pero entonces nos acojonó bastante. El Parque del Oeste es enorme y solo hay alumbrado público al principio, así que cuando ya no teníamos que escondernos de la madera, decidimos tácitamente no tentar al destino y permanecer en las zonas iluminadas y cercanas a la calle. Afortunadamente, después del primer cubata ya no me atormenté con historias extrañas. Era viernes, estaba rodeado de todos mis amigos y en el Parque del Oeste no había okupas ni antidisturbios, así que nada podía salir mal.

Nuestros botellones siempre eran parecidos y se asemejaban a una especie de montaña rusa metafórica. Al principio iban subiendo despacio, pero llegaba un momento en el que el pelotazo nos impactaba súbitamente las neuronas y caíamos a mil por hora en los abismos de la borrachez. El tiempo se aceleraba, la gente bebía y hablaba cada vez más rápido e inevitablemente alguien se acababa poniendo malo y echando la raba. En cierta manera era como una desagradable lotería en la que todos participábamos aunque algunos con más papeletas que otros. Ni qué decir tiene que la mayoría de nosotros pasó por el desagradable trance alguna vez, pero también por los divertidos momentos de cachondearse del vomitón de turno.

Aquella tarde estábamos ya cerca de aquel estado cuando súbitamente la peña se empezó a sentir incómoda. En el aire flotaba un vago sentimiento de amenaza y desazón. Algunos empezaron a actuar raro y ponerse nerviosos cuando dos chavales de nuestro colegio se unieron a nosotros trayendo noticias inquietantes. Un trecho más abajo del parque estaban todos los de tercero haciendo su botellón cuando una banda de neonazis había empezado a acosarlos con insultos y amenazas. La sola mención de la palabra «nazis» nos puso a todos bastante aprensivos y empezamos a

discutir qué hacer al respecto. La mayoría de nosotros pensábamos que lo mejor sería levantar el campamento ordenadamente y dirigirnos todos juntos hacia algún sitio más concurrido e iluminado. Ni siquiera se nos pasaba por la cabeza enfrentarnos a los nazis por el control del parque. Si ellos lo querían se lo podían meter por el culo enterito, nosotros no nos íbamos a arriesgar a pelear con aquellos salvajes si podíamos evitarlo.

Desde principios de los noventa las palabras skinhead y neonazi se empezaron a hacer tristemente famosas en las calles de Madrid cuando bandas de descerebrados con la cabeza rapada empezaron a dar palizas extremadamente cobardes y crueles a cualquiera que ellos considerasen que la merecía. Entre sus objetivos estaban extranjeros, homosexuales y sobre todo los jóvenes que perteneciesen, o aparentasen pertenecer, a las tribus urbanas que ellos creían de ideología de izquierdas. Estos eran punkis, skinheads antifascistas, pero también cualquier chaval joven que simplemente llevase el pelo largo, barbas o fuese informalmente vestido. Así los skinheads nazis eran temidos por su agresividad a la vez que odiados a muerte por las demás tribus urbanas y, en general, por cualquier persona con dos dedos de frente. Como nosotros no éramos gente chunga ni mucho menos, sino niños de colegio de pago, el miedo a los skins era más fuerte que nuestro desprecio por ellos. Por esto no es de extrañar que cuando vimos llegar a todos los chavales de tercero hasta donde nosotros estábamos, nos entrase el pánico y decidiésemos subir hasta Moncloa todos juntos. Los pobres se habían visto obligados a abandonar toda su bebida atrás ante la creciente hostilidad de los nazis, viniendo hacia nuestra posición tanto para advertirnos del peligro como para buscar la protección en el número sumando sus fuerzas a las nuestras.

La situación se volvió peligrosa cuando los nazis hicieron por fin su aparición. De entre los arbustos surgieron varias siluetas a las que rápidamente identificamos como skins por sus cazadoras bomber y sus cabezas afeitadas. Debían ser entre ocho y diez, armados con palos, cadenas y posiblemente también bardeos. Los hijos de puta parecían muy motivados y pronto empezaron a insultarnos a la vez que nos arrojaban piedras y otros objetos que afortunadamente no impactaron en nadie. «Bueno —pensé—, ahora está claro lo que pasará». Ellos son pocos, pero muy cohesionados y dispuestos a todo, y nosotros somos como un rebaño de ovejas. Pronto cargarán contra nosotros y todo el mundo echará a correr, así es como sucede. Ellos se aprovechan del miedo y el shock para provocar la desbandada y entonces cazan a uno o dos rezagados y les pegan una paliza de muerte. De hecho, a esto lo llaman «cacerías», y las hacen de negros, de maricones y como en este caso, de guarros, que somos nosotros.

Lentamente agarré una botella de cristal y empecé a caminar cada vez más rápido junto a mis compañeros hacia Moncloa. «No creo que me pillen a mí —pensé—, hay tías y tíos gordos, pero si esto sucede al menos

el primero se llevará un buen botellazo en la cara». Los nazis empezaron a venir detrás de nosotros, pero por alguna razón no se decidían a lanzar el ataque definitivo. A los cien metros la huida ordenada se convirtió en un loco sálvese quien pueda hacia la entrada del parque. En esos momentos fue cuando fuimos más vulnerables. Mientras corría me concentraba en no caer y me atormentaba la idea de que alguno de mis amigos estuviese ya bajo las botas militares de aquellos hijos de puta, pero ¿qué podía hacer yo solo, más que huir y salvar el culo?

La subida a Moncloa se nos hizo eterna. A la mitad de camino algunos de nosotros estábamos ya cansados y con flato, no olvidemos que habíamos estado bebiendo y fumando el rato anterior, y que en ninguna manera nos esperábamos un ataque así. Los nazis nos siguieron todo el tiempo mientras huíamos, pero más bien se contentaron con ladrarnos como hacen los perros a las ovejas, en lugar de lanzársenos al cuello como lo hacen los lobos.

Por fin fuimos llegando a Moncloa y nos paramos para recobrar el aliento junto al intercambiador de autobuses. Los nazis tardaban un poco en subir, así que mientras nos reponíamos de la carrera, hicimos una rápida asamblea para decidir qué hacer. Sorprendentemente, las chicas no se daban cuenta de lo cerca que habíamos estado todos de ser apaleados y sugerían olvidar el altercado y seguir con la fiesta. Creo que las mujeres pueden ser más inteligentes que los hombres en la mayoría de las cosas, pero definitivamente no cuando se trata de temas relacionados con la violencia. Las pobres no tienen ni puta idea de estos temas, simplemente la naturaleza no les ha dado instinto para ello y no saben ver cuando una situación es mala de verdad. Lo llevaban crudo si pensaban que los neonazis no pegaban a las chicas. A Lucrecia Pérez, cuyo único crimen era ser dominicana, la mataron unos nazis. No son macarras de barrio que se pegan con los chicos para impresionar a las chicas, son aspirantes a asesinos, racistas y malvados.

Lo que más nos preocupaba era el saber si todos estábamos bien. A los gritos de «¿Estamos todos?», respondían otros de «¡Falta no sé quién!», o no encontramos a esta otra persona. Como los skins no subían, mucho nos temimos que esto de debiese a que hubiesen cazado a alguien. A medida que el shock dejó de nublar nuestra razón y nuestro valor, y los cojones se nos bajaron de la garganta a la posición habitual, empezamos a sentir rabia e indignación. Nosotros solo estábamos bebiendo copas en el parque sin meternos con nadie y esos payasos infectos nos habían atacado sin ninguna razón. Algunos de los chavales de COU nos agrupamos en torno al Manolo, que era el más grande y el único que repartía hostias en serio. A su lado nos pusimos el Leo y yo, pero también mi colega el Gabo, el Floro, el Guti, el Davo, el Manu y algunos más. Los chavalitos de tercero también escogieron a su líder de batalla, un tío al que llamaban el Killer. Este también repartía y era un bakala que iba de malote, pero que, sin embargo, luego resultó ser muy majo cuando lo

conocí mejor. Alrededor de él se juntaron diez o doce tíos que a pesar de ser de nuestro cole tenían fama de ser chunguillos.

Cuando los nazis aparecieron sonriendo al final del camino, la sonrisita de triunfo les duró justo el tiempo que tardaron en darse cuenta de que las tornas habían cambiado. El Killer envió a dos de sus colegas a los bajos de Argüelles a reunir a más peña y a por unos bates de béisbol. Luego nos arengó a todos con un grito de guerra «¡Que somos veinte, a por ellos!», a lo que todos respondimos con más gritos y salimos corriendo hacia donde estaba el enemigo.

Los nazis huyeron como conejos hacia dentro del parque perseguidos por una turba de tíos furiosos, pero una vez que los pusimos en fuga dejamos de perseguirlos. Los muy hijos de puta seguramente pensarían que ya nos estábamos achantando, que nos contentábamos con eso y que en el fondo éramos solo unos mierdas. Para nosotros el tema no había acabado todavía, pero no queríamos precipitarnos dentro del parque donde no sabíamos cuántos nazis había ni si estaban armados o no.

Nos subimos rápidamente hacia nuestro cuartel general del intercambiador a ver cómo había ido el reclutamiento de los refuerzos. Algo flojillo, solo unos cinco chavales más habían venido desde Los Bajos a ayudarnos, pero se habían traído dos bates de béisbol que nos venían muy bien para acojonar y también para repartir si era menester. Acordamos unánimemente que el Manolo llevase uno y el otro fuese para el Killer. El resto se armó con lo que pudo, ya que no sabíamos si ellos tenían bardeos. La mayoría cogió botellas de cristal, algunas cañerías que encontramos por ahí y algunos palos. Luego decidimos que solo iríamos a la reyerta los que estuviésemos dispuestos a pegarnos en serio.

Algunos me intentaron disuadir de esto. Mi colega Rayito me insistió bastante en el hecho de que yo tenía antecedentes, pero no le hice caso. Al final no llegábamos a veinticinco, pero estábamos dispuestos a buscar a los nazis y zurrarlos a base de bien. Salimos todos hacia el interior del parque en una especie de trote ligero, pero sin llegar a correr. Íbamos callados, casi pisando de puntillas para no hacer ruido y capitaneados por el Manolo y el Killer, quienes empuñaban sendos bates de béisbol. A medida que avanzábamos se iba haciendo más oscuro y no se veía ni un alma en las inmediaciones, ni transeúntes ni jóvenes ni pasea-perros, estaba todo desierto. Al doblar una curva que hacía el camino, vimos a un grupo de unas cinco personas que iban subiendo tranquilamente. Hubo un segundo de duda «eso parecen cazadoras bomber, zapatillas de futbito, ¿son ellos? ¡Sí, son ellos!».

Hubiera valido la pena estar allí solo por ver el careto que se les quedó a los putos nazis cuando vieron llegar a veinticinco tíos corriendo hacia ellos para reventarlos a hostias. Inmediatamente echaron a correr en dirección contraria a la vez que nosotros prorrumpimos en gritos y nos lanzamos en

su persecución. En una decisión a la desesperada, ellos optaron por dirigirse hacia la derecha y cruzar a las bravas la carretera de La Coruña. Caímos sobre ellos justo cuando estaban atravesando esta vía y les empezamos a repartir hostias por todos lados, a los nazis e incluso a un ciudadano al que tomamos por uno de ellos. El pobre hombre tuvo el coraje de gritar—: ¡Dejadme, yo no tengo nada que ver! —Y esto nos hizo darnos cuenta del error a tiempo y no inflarlo a él también.

A los otros les pegamos unas buenas hostias a la manera que ellos acostumbran a hacer con sus víctimas, es decir, seis o siete contra uno. Los nazis no se defendían, pero intentaban revolverse y huir a toda costa, y se les notaba que estaban aterrorizados. Entre todos nosotros organizamos una trifulca impresionante, veinte tíos pegando a unos notas entre los coches en marcha. Fue un milagro que nadie saliese atropellado aquella noche. Algunos conductores paraban y nos increpaban—: ¡Gamberros, dejad en paz a los pobres chavales! —¡Ay conductores, si vosotros supieseis! Y, sin embargo, su solidaridad acababa ahí, porque aceleraban pasando de largo cuando los nazis les imploraban que los dejaran subir e intentaban abrir las puertas de los coches.

Todos los nazis fueron apaleados con salvaje alegría por nuestra parte, pero entre el jaleo y los coches, cuatro consiguieron escapar. El quinto nazi, más desafortunado, no pudo librarse y siguió recibiendo golpes hasta que algunos de nosotros empezamos a protegerlo en lugar de agredirlo, para que el resto no lo matara. Yo personalmente no sentí ninguna satisfacción en ensañarme con una persona indefensa, que no inocente, y me sumé al bando de los protectores. Finalmente, el Manolo y el Killer lo cogieron uno por cada lado y se pusieron serios con los más exaltados. Nada de hostias hasta que lo hubiésemos interrogado e incluso entonces lo más probable es que lo entregásemos a la Policía. Aun así el tío había sido solo zarandeado y no tenía nada serio.

Yo tenía curiosidad porque no había visto a muchos nazis tan de cerca como a este. En cierta manera se parecía a mí físicamente y aunque era un pelín más alto que yo, estaba a años luz de ser remotamente parecido a lo que en la Alemania nacionalsocialista se consideraba un ario. Arian Boys, le sacamos que se llamaba la banda que nos había atacado; eso me hizo reír porque el mierdecilla que teníamos delante no sería considerado ario ni en Baluchistán. Me preocupó un poco más su ropa, el tío iba vestido casi igual que yo. Zapatillas de fútbol sala, vaqueros ajustados, camiseta de algodón negra y bomber sin ninguna insignia parecía ser ahora el uniforme de los fascistas madrileños. «Joder, tengo que cambiar mi indumentaria si no quiero meterme en problemas», pensé preocupado.

El Floro se autoerigió como interrogador en la causa y al resto nos pareció bien por su destacado papel en la movida. Lo primero fue asegurarnos de que el nazi no estaba herido de gravedad, pero como vimos que solo tenía

algunos golpes y el susto, rápidamente empezamos a bombardearlo con preguntas. El tío cabrón negó tajantemente que fuera nazi y nos explicó que él en realidad era rojo porque escuchaba a Metallica. Esa me pareció la peor y más absurda justificación de la historia y por supuesto nadie le creyó, aunque nos daba rabia que el energúmeno no llevase ningún emblema filo nazi para restregárselo por la cara. Muy listos estos nazis, cuando se empezaron a ver acosados por la Policía y toda la gente que los odiaba, se dejaron crecer el pelo y se abstuvieron de llevar signos identificativos o botas militares. Aun así nosotros teníamos claro que era un hijo de la gran puta y que hace apenas media hora él y sus colegas no habrían tenido compasión con ninguno de nosotros en el parque.

—¡Por favor! —el menda—, idejadme ir, por favor!

—De eso nada. Te vamos a linchar, hijo de puta, como vosotros hacéis con los guarros, cabrones de mierda.

—Veinte contra uno, eso es lo que hacéis, ¿no? Pues ahora verás, hijo de la gran puta, nazi cabrón, te vas a reunir con tu puto amo Hitler en el infierno.

El tío estaba a punto de llorar cuando todavía no habíamos decidido qué hacer con él. Por supuesto que no íbamos a hacer nada drástico o inhumano, pero disfrutábamos de lo lindo acojonándolo y haciéndolo sufrir. Nosotros sabíamos que éramos incapaces de ello, pero él no, así que representamos la comedia hasta el final.

—¡Vamos a darle por culo! —dijo alguno por el fondo, y todos nos echamos a reír—. ¡No! —replicó otro—, vamos a quitarle la ropa y dejarlo atado a un árbol en el parque toda la noche. —Seguro que algún negro te acaba violando y te gusta —le dijo un tercero mientras le ponía el puño a un centímetro de la cara.

Otras ideas fueron tumbarlo en el suelo y bailar todos un ska sobre él o divertirnos viéndolo luchar en un combate a muerte contra la bestia Manolo, pero después de varios minutos más atormentándolo decidimos que le dejaríamos ir, aunque con dos condiciones. La primera era que nos quedaríamos con su DNI y su número de teléfono como rehenes para asegurarnos de que no intentaría vengarse. La segunda fue que lo llevamos hasta una cabina telefónica en Moncloa (en 1998 solo tenía móvil el agente Mulder) para que llamase a sus padres y les confesase que era un neonazi.

Después de hablar él, el Floro cogió el teléfono y les explicó a los viejos del nazi todo lo sucedido. Los padres, según nos contó después, estuvieron desafiantes al principio, pero luego empezaron a derrumbarse y acabaron también avergonzados. Objetivo cumplido, el nazi estaba totalmente humillado y derrotado. Entonces lo dejamos irse a casa a

pensar en lo que había hecho, aunque ahí no acabo la cosa. Algunos de los chavales de tercero no estaban conformes con nuestra magnanimidad y decidieron aplicar ellos su propio castigo, así que se escabulleron del grueso del grupo y empezaron a zurrarlo de nuevo en medio de Moncloa. Rápidamente se formó un tumulto y llegó la Policía Municipal a poner orden. Esta vez me dije a mí mismo que no me cogerían, así que me mezclé entre la gente y salí pitando para Malasaña donde nada tenía que temer de ningún nazi.

Una vez allí desistimos del botellón en la calle y nos pasamos por nuestro bebedero oficial, el Más allá. Este bar en cuestión nos gustaba mucho por el precio de las copas, terriblemente baratas, aunque el garrafón era demoledor al día siguiente. Allí estuvimos un rato entre colegas comentando la movida de los nazis. Después de dos horas privando a lo bestia salimos como el trueno a desparramar por los bares de Malasaña. Según fue avanzando la noche fuimos perdiendo efectivos, aunque yo estaba disfrutando bastante por los bares y hasta había hablado con algunas chavalillas. Al final acabamos el Guti, el Nico y yo en una discoteca legendaria de Gran Vía, el famoso Morocco, acompañados de unas tías de clase a las que todos conocíamos como las grunges. Estas chicas eran un poco especiales y a veces actuaban como divas de la modernidad, pero aquella noche estuvieron muy majas, así que lo pasamos muy bien.

Después de chapar el garito y de despedirnos de las grunges ya a las siete de la mañana, el Guti y yo no pudimos resistir la tentación. Borrachos como cubas nos acercamos a una cabina telefónica en Gran Vía y sacando el papelito en el que teníamos el número del nazi apuntado, nos dispusimos a gastarnos el poco dinero que nos quedaba haciendo unas cuantas llamadas.

## **SELECTIVIDAD**

Al día siguiente me esperaban los libros para empezar mi último y desesperado repaso para los exámenes de selectividad. La vuelta a esta realidad fue dura pero necesaria, así que empleé todo el sábado reuniendo y preparando mis apuntes para el mes de estudio que me esperaba, y también me planifiqué cómo distribuir el tiempo entre las asignaturas. El domingo hice un tibio intento de empezar a estudiar y el lunes reanudamos las clases de nuevo en el colegio.

Estas clases de repaso para selectividad fueron bastante diferentes de las maratonianas sesiones tomando apuntes a las que estábamos acostumbrados y se centraron más en cuestiones prácticas que nos podían aparecer en los exámenes. Esto era hacer muchos comentarios de texto en Lengua y Filosofía, y muchos ejercicios en las demás asignaturas. Algunos de mis compañeros ya tenían esto totalmente dominado, pero yo estaba bastante pez en casi todas las materias.

Todos los días me volvía de clase con un taquillo de ejercicios de varias asignaturas corregidos y me lo empollaba en casa con la esperanza de que dichas preguntas cayesen en mis exámenes. También me elaboré unos apuntes ultrarresumidos de cada asignatura, donde estuviese únicamente la información esencial para aprobar. Hice esto porque me vi incapaz de memorizar largos y plomizos textos en el poco tiempo del que disponía, así que decidí estudiar con el objetivo de aprobar y no de lucirme sacando buenas notas. La asignatura que peor llevaba era el Dibujo Técnico, hasta tal punto que decidí dejar el examen en blanco cuando llegase el momento, excepto una de las preguntas que siempre era igual todos los años y ya me sabía de memoria. Así me quité toda una asignatura de un plumazo y pude dedicar el tiempo a estudiar otras en las que tuviese más probabilidades de hacer algo. Los dos puntos que valía el único tipo de ejercicio que sabía hacer serían una buena recompensa, teniendo en cuenta que el esfuerzo invertido en la asignatura sería cero.

Así me dividí el tiempo entre seis asignaturas e intenté estudiar lo mejor que pude durante aquellos días. Cuando por fin llegó el finde anterior a la semana de selectividad, estaba tan nervioso y alterado que no conseguía aprenderme ni el camino a la Facultad de Derecho de la Complutense, que era donde tendría lugar la temida prueba. Por fortuna, logré convencer a mi amigo Nico, un joven sensato y estudioso, para quedar en el metro de Sol y dirigirnos a los exámenes juntos. Así, cuando llegó la fatídica mañana de lunes en la que empezaban, nos encontramos a las ocho en punto donde habíamos acordado.

El Nico se mostraba tranquilo y confiado ante los exámenes, todo lo contrario que yo, que estaba hecho un manojo de nervios. En cierta manera creo que si no hubiese tenido alguien que me llevase casi de la mano hasta la Facultad de Derecho, hubiese sido incapaz de encontrarla por mí mismo. Mientras íbamos en el metro en dirección a la Ciudad Universitaria, matábamos el tiempo intentando pronosticar las preguntas de los exámenes que haríamos aquel día. Estos eran nada más y nada menos que cuatro. Matemáticas, a las nueve; Física, a las doce; y por la tarde, Filosofía e Inglés. Yo, que soy una persona a la que le gusta que los problemas vengan de uno en uno, lo pasé bastante mal los días anteriores simplemente para decidir qué asignatura debía de repasar la última o qué partes eran más importantes.

Después del metro nos dimos un pequeño paseíllo por la Ciudad Universitaria y llegamos a la Facultad de Derecho sobre las nueve menos cuarto. Allí estaban ya todos nuestros compañeros de clase y también algunos profesores que habían venido a prestarnos apoyo moral, y quién sabe si secretamente a regodearse con nuestro sufrimiento.

A las nueve en punto se abrieron las puertas del aula donde haríamos el examen de Matracas y nos fueron llamando por orden alfabético para entrar y tomar asiento. Este proceso se prolongó casi media hora, machacando mis ya de por sí alterados nervios. No creo que hiciese demasiado calor, y es posible que incluso hiciese fresco, sin embargo, me recuerdo sudando como un cerdo y con una sensación de agobio considerable mientras esperaba que dijese mi nombre. Una vez que me llamaron enseñé el DNI y entré a clase, donde todavía la cosa fue peor. Una vez allí nos tuvieron sentados otros veinte minutos antes de empezar a repartir las hojas. Ya no se podía decir que estuviera nervioso, ahora directamente me encontraba mal, estaba mareado y tenía ganas de vomitar y de cagar a la vez. Cuando por fin me dieron el examen, la situación tampoco mejoró.

Me leí las preguntas de las dos opciones y me di cuenta de que no sabía cómo responder a los ejercicios que había en ellas. Había visto resolver los mismos ejercicios miles de veces en clase, pero estaba tan nervioso que no sabía ni cómo empezar a hacerlos, lo único que sabía es que tenía que salir de aquella aula cuanto antes o me iba a desmayar. Levanté la mano y se acercó un profesor de los que cuidaban el examen. —Ya he terminado —le dije mientras le ofrecía el examen el blanco—, tengo que salir de aquí. —El profesor me explicó que tenía que esperar media hora para entregar el examen por si acaso llegaba algún alumno tarde. «Putos tardones —pensé—, no pueden llegar a su puta hora como todo cristo. Tengo que salir de aquí o me da algo». Insistí de nuevo al profesor diciendo que no me encontraba bien, pero se mostró inflexible. —Si te vas ahora —me dijo— renuncias a la selectividad y no podrás entrar en la universidad hasta el año que viene. También me sugirió que intentase al menos hacer alguno de los ejercicios para no dejar el examen en blanco.

Como no tenía más cojones que estar allí media hora me dispuse a leer el enunciado del primer problema de la opción A. Mientras lo hacía, una sensación de angustia se iba apoderando de mí y notaba como un nudo se iba formando en mi garganta. Joder, había hecho miles de aquellos ejercicios y, sin embargo, no tenía ni puta idea ni de cómo empezar a resolverlo. Al final tuve que optar entre empezar a escribir o ponerme a llorar allí mismo, así que me decanté por lo primero a pesar de que mientras iba escribiendo sabía a ciencia cierta que todo estaba mal. Después de hacer el primer problema atacué un sistema de ecuaciones lineales que venía en el cuarto problema. En clase me habían dado una serie de técnicas para resolverlos, las cuales yo me había estudiado hasta la saciedad, pero curiosamente no lograba recordarlas en aquel preciso

momento. De nuevo empecé a escribir números sin sentido en la hoja a toda hostia, hasta que llegué a una solución que era imposible. Se supone que la selectividad era una prueba de madurez, pero por lo visto a mí me quedaba todavía mucho por madurar. En apenas media hora destrucé el examen y salí del aula en cuanto me permitieron entregarlo.

Nada más salir me fui al cuarto de baño y me planté un truño. Luego me lavé las manos y la cara y me quedé mirándome al espejo. Había sido el primero en salir y apenas eran las diez en punto, cuando el examen debería finalizar sobre las once y media. No necesitaba esperar doce días para saber mi nota de Matemáticas; ya sabía que sería un grandísimo y obsceno cero que me perseguiría hasta el resto de mis días. «Chencho, el tío que sacó un cero en Matemáticas de selectividad». Tardé unos minutos en aceptar que la nota del primero de los exámenes en los que me estaba jugando mi futuro sería esa. Luego me vine un poco abajo y comencé a lamentarme de mi mala suerte y a patear las puertas y las paredes de los lavabos. Minutos más tarde recobré un poco la serenidad y me dije a mí mismo: «Vale, Chencho, la has cagado en el examen de Mates, pero todavía quedan otros tres exámenes hoy. Si hacemos bien estos exámenes podremos compensar un poco el cero patatero de ahora e incluso es posible que aprobemos la selectividad y lleguemos a ser universitarios».

Me bajé a la cafetería de la facultad y me compré una pieza de bollería industrial para reponer fuerzas. Luego busqué un rincón tranquilo y apartado del resto de mis compañeros y me puse a estudiar para el examen de Física que tenía a las doce. Repasé una vez todo el temario con calma y luego me senté tranquilamente a esperar. Lo que no me había aprendido ya no lo iba a hacer una hora antes, así que mientras me intentaba relajar un poco se me ocurrió que el éxito o el fracaso en este tipo de exámenes no depende tanto de los conocimientos, sino de mantener la calma y saber aplicarlos.

En selectividad las notas de todos los exámenes contaban igual y se sumaban para hacer una media, la cual sería la nota final y debería ser superior a cuatro para aprobar. Por esto no era tan grave suspender, pero sí sacar un cero que bajase dramáticamente la media aritmética de todas las asignaturas en su conjunto. Eso era justo lo que acababa de hacer y eso era también lo que debía evitar en los siguientes exámenes. Si no sabía cómo resolverlos, debería al menos tratar de arañar algún punto y no hundirme en los abismos de la desesperación.

A las doce entramos al aula de nuevo para afrontar el examen de Física. Esta vez ya estaba mucho más tranquilo, así que sobrellevé todo el proceso con bastante más dignidad y valentía que en el examen anterior. Cuando por fin tuve el papel en mis manos, me congratulé que por lo menos las cosas me sonaban algo más que en el de Mates. Me tomé unos minutos para decidir qué opción del examen respondería, si la A o la B. Al

final me decidí por la B porque la A tenía un ejercicio de termodinámica y yo había dejado esta parte sin estudiar.

Esta vez comencé a responder a las preguntas sabiamente. Primero respondí las que mejor me sabía, pero llevando un orden estricto. Empecé haciendo una pequeña y resumidísima introducción teórica y luego el planteamiento del ejercicio y las técnicas que usaría para resolverlo. El propósito de esto era que si me equivocaba en la operativa y resolvía el ejercicio mal, al menos el profesor me tendría en cuenta el esfuerzo y me daría medio punto. De esta manera llegué a completar satisfactoriamente tres de los cuatro ejercicios. El cuarto no tenía ni idea de cómo resolverlo, pero aun así escribí en el papel algo de teoría para intentar arañar algunas décimas más. Cuando entregué el examen de Física no pude evitar mostrarme satisfecho de mí mismo. Ojalá hubiese estado así de tranquilo en Mates, el daño habría sido mucho menor.

Una vez acabados los exámenes de la mañana respiré más aliviado, ya que al menos dos de los más difíciles habían pasado por fin. Me fui a comer con el resto de mis compañeros a la cafetería de la facultad, cuidando no llenarme mucho para estar en plenas facultades por la tarde.

A las cuatro teníamos Inglés, que estaba dominado; y dos horas después, Filosofía. En esta última asignatura el examen consistía en un tema sobre un filósofo famoso y un comentario de texto. Como a mí no se me daba demasiado mal redactar, el éxito del examen dependería de lo bien que me hubiese memorizado las vidas y teorías de algunos insignes filósofos. Afortunadamente, aquí había varios trucos que permitían sacar cierta ventaja, como que de todos los filósofos griegos que entraban en el temario de COU solían preguntar Aristóteles o Platón, así que de un plumazo nos quitábamos al resto de los griegos. Además, todo el mundo sabía que solo un puñado de autores caía normalmente en los exámenes e incluso si hubiese alguna sorpresa, esta podía ser evitada gracias a las dos opciones en el examen. Al final solo me estudié a seis autores típicos: Aristóteles, Descartes, Kant, Nietzsche, Marx y Santo Tomasete.

A las cuatro en punto empezamos a hacer el examen de Inglés y sobre las seis de la tarde ya había respondido a todas las preguntas con bastante seguridad, por lo que estaba claro de que la nota sería buena. Yo siempre había sido de los típicos españolitos que no tienen ni puta idea de inglés aunque lo hayan estudiado toda la vida, pero eso cambió cuando me fui un par de veranos al Reino Unido para hacer unos cursos de inmersión. Con esto no es que me convirtiese en Charles Boyer de la noche a la mañana, pero mejoré bastante. El estar en el país y sentir la necesidad de comunicarse para obtener las cosas más básicas como comida, un servicio o sexo fue mucho mejor profesor que todos los gilipollas que se empeñaron en explicarme gramática en el colegio durante tantos años.

Por último vino el examen de Filosofía, donde me preguntaron por Platón y Sartre, además de por otros que sí me había estudiado. Esto me jodió bastante, pero no dejé que estos filósofos listillos de los cojones me derrotasen, así que con mucha imaginación y alguna mirada a examen ajeno logré reconstruir de manera aceptable la vida y obra de Platón a la vez que bordé mi ensayo sobre Nietzsche.

Después de acabar este último examen todos nos fuimos a casa rápidamente para repasar un poco antes de acostarnos. Al día siguiente nos esperaban dos exámenes difíciles. Dibujo Técnico, del cual solo sabía resolver un ejercicio, y Química. Dibujo se desarrolló como yo esperaba. Cogí el examen, completé el único ejercicio que sabía hacer en diez minutos, esperé otros veinte minutos sin hacer nada y lo entregué. Con la Química tuve bastante más pelea y tardé casi dos horas y media en terminar todos los ejercicios, aunque sin mucha fe en que estuviesen bien hechos. Una vez acabados los exámenes nos fuimos a casa a hacer el último esfuerzo repasando Lengua Española y Comentario de Texto para el miércoles.

Este último día de exámenes me levanté bastante más contento que los anteriores ante la perspectiva de que la tortura estaba próxima a su fin y me fui directamente a la Complutense sin quedar antes con el Nico. Como ya me sabía el camino fui repasando los apuntes de Lengua, y ocasionalmente fijándome en las chavalillas que viajaban en el mismo vagón de metro que yo. Un pequeño esfuerzo más y ya sería universitario, eso sí, después de tres gloriosos meses de vacaciones en los que resarcirme de todos los sinsabores vividos durante el invierno. Cuando llegué a la facultad ya estaban llamando para entrar en el aula, así que no tuve tiempo para estudiar más. Cuando dijeron mi nombre me metí en la clase y ocupé mi asiento.

El examen de Lengua no fue tan fácil como yo había esperado. Algunas de las preguntas eran bastante rebuscadas y no habían caído ninguno de los temas clásicos de otros años. En fin, supongo que dentro de todo profesor de Lengua siempre anida un hijoputa resentido dispuesto a vengar la condescendencia con la que su asignatura es tratada por la gente de ciencias. Luego vino el comentario de texto, del que no sabría decir si fue fácil o difícil. Simplemente me puse a escribir como un loco hasta que rellené los dos folios reglamentarios y luego lo entregué pensando más en los kalimochos que nos íbamos a beber en breves minutos, que en el examen que acababa de hacer.

Salí por la puerta del aula con gran excitación y empecé a correr por los pasillos de la facultad buscando a los compañeros que ya habían acabado el examen. Durante un instante pensé en tirar al retrete mis apuntes de Lengua, pero luego recapacité y resolví que no lo haría hasta estar seguro de haber aprobado. Me encontré con un grupito de mis colegas al final del pasillo y estuve charlando animadamente con ellos hasta que todos los

compañeros hubieron salido del examen. Una vez que estábamos todos, salimos fuera de la facultad y nos sentamos en el césped de los jardines. Sorprendentemente, los alrededores de Derecho se llenaron de unos puestecillos clandestinos, regentados por estudiantes universitarios, en los que se vendían minis de kalimocho y en menos medida de cubatas. ¿Quién dijo que la juventud no tenía espíritu emprendedor? Esto nos pareció fantástico, porque ya nos veíamos teniendo que subir a Moncloa a comprar bebidas. Nos acercamos a uno de ellos y le compramos unos cuantos minis para empezar un botellón que duraría toda la tarde. Después de esos minis llegaron otros y otros más, y acabamos mojándonos todos en los aspersores del césped para celebrar que todo había pasado. Tanto alcohol y camiseta mojada hizo que al final se me fuese el santo al cielo y cuando me quise dar cuenta, descubrí que me había olvidado de llamar a mis padres y hasta de comer.

Llegué a mi casa sobre las siete de la tarde y me encontré a mi padre algo disgustado. Habían estado preocupados porque no había llamado para decir qué tal me había ido o tan siquiera para dar señales de vida. Esto no lo hice con mala intención, pero cuando eres adolescente tus padres son la última de tus prioridades, y simplemente me olvidé de ellos completamente. Después de una pequeña discusión me volví otra vez a la calle para seguir bebiendo con mis colegas. No olvidemos que llevaba un mes casi sin salir y deseaba recuperar el tiempo perdido. Esa noche quedamos todos en Malasaña para hacer botellón y, a pesar de que era miércoles, estuvimos de juerga hasta las mil.

A partir de aquel día se inició un periodo de vagancia y molicie en el que lo único que tenía que hacer era esperar a recibir los resultados de selectividad, porque ni tan siquiera tenía sentido decidir qué carrera o en qué universidad quería estudiar. No hasta saber la nota media y a qué carreras podía optar con ella. Los días pasaron lentamente y no hubo ningún suceso digno de mención. Por la mañana dormía hasta bastante tarde y las tardes las pasaba jugando al ordenador o viendo el mundial de fútbol en la tele. Por la noche como siempre quedaba con la gente en Malasaña, bebía kalimocho e intentaba ligar con poco éxito. Por fin a finales de junio llegó el gran día en el que había que pasarse por el colegio a recibir las notas de los exámenes. Durante bastante tiempo había considerado que sería mejor suspender a aprobar con una nota demasiado baja que no me permitiese hacer nada decente, pero ahora quería aprobar a toda costa, no solo por el hecho de que me daba pánico la idea de volver a pasar por todo el rollo de estudiar y presentarme a los exámenes, también por la humillación que representaría ser todavía colegial cuando todos tus amigos eran ya universitarios.

Las notas nos las daba personalmente el señor Chamorro, nuestro incombustible jefe de estudios. Nada más verme entrar en su despacho

me reprendió paternalmente.

—Hombre, Chechu, con usted quería yo hablar.

—Me llamo Chencho, señor. —El cabrón nunca se acordaba de mi nombre.

—Bueno, Chencho, pues la verdad es que la cosa no ha ido muy bien. ¿Cómo es posible que haya sacado usted un cero en Matemáticas?

—Sí, es que me puse nervioso, sabe usted, y al final salió más bien como el culo.

—Pues en la universidad hay que estudiar más, no vaya a quedar usted como un pardillo.

—Desde luego, señor.

—¿Desde luego qué?

—Desde luego que no.

—¡Desde luego que no va a estudiar!

—No, me refiero a que no a lo del pardillo; a estudiar sí, eso por descontao.

—¡Ah, bueno!

Así siguió reprendiéndome un poco más, pero sin mucho entusiasmo, al ser consciente de que todo el daño ya estaba hecho. A partir de entonces la responsabilidad de educarme ya no sería suya sino de otra persona, porque, ¡sí!, había aprobado selectividad, aunque por los pelos. Luego me dio las notas de todas las asignaturas:

Matemáticas: cero patatero

Dibujo Técnico: dos y medio

Química: tres

Física: siete

Lengua Española: cuatro

Comentario de Texto: seis y medio

Filosofía: ocho

Lengua Inglesa: ocho con siete

Estas notas sumadas y prorrateadas me daban una media en selectividad de casi cinco, la cual sumada a su vez a la media del bachillerato, ponía mi nota de corte para escoger carrera universitaria en un modesto, aunque no demasiado malo, seis con algo. Por fin sabía a qué carreras podría optar y en qué universidades. La lista era bastante amplia, pero tenía solo algunos días para decidirlo hasta entregar la solicitud en el paraninfo de la Ciudad Universitaria. Entre las opciones estaban Ciencias Físicas, Químicas, algunas ingenierías de poca demanda y, por supuesto, Empresariales y Económicas.

Tardé algo de tiempo en confeccionar la lista, pero al final puse Ingeniería Naval en primer lugar, seguido de otras dos ingenierías, me parece que eran Agrónomos y Minas. En mi inocencia pensaba que estudiando un poco más duro que en COU no tendría problemas en sacar la carrera adelante. Cuando llegó el día de entregarla en el paraninfo, me reuní con todos mis compañeros de clase en el colegio y fuimos juntos a la Ciudad Universitaria. De camino tuve una conversación reveladora con el Guti.

—Tío, tú y yo somos personas más bien vagas y cuanto antes aceptemos este hecho, de más sufrimientos nos libraremos en el futuro —me dijo de repente.

—¿Y eso a qué viene, tronco?

—Pues a que creo que estás loco matriculándote en una ingeniería. Es demasiado difícil para alguien como tú.

—Cómo que alguien como yo. ¿Qué quieres decir?

—Pues que precisamente tú no eres de lo mejorcito que ha salido de nuestro colegio, y no es que no le pongas ganas, pero es que de dónde no hay no se puede sacar.

—Yo sé que si me lo propongo, puedo conseguirlo. ¿Por qué no?

—Pues porque eres un puto vago y en Mates no das un palo al agua. Además, piensa que para llegar a ser ingeniero hay que estudiar todos los días como si fuese el día antes del examen. Sinceramente, yo no te veo capaz de eso.

—Bueno, pues es mi vida y haré una ingeniería si me sale de las pelotas.

—Bueno, pues allá tú, a mí qué me importa. Ya me lo contarás.

Así seguimos discutiendo un rato más y he de reconocer que si al principio la cruda sinceridad del Guti me tocó los cojones, poco a poco sus argumentos me fueron resultando más convincentes. Siempre he sido una persona muy influenciable y a los pocos minutos la idea de hacer una ingeniería me parecía descabellada. Al cuarto de hora ya estaba totalmente convencido y feliz de estar rodeado de gente que me dijese la verdad sin tapujos.

—¿Qué carrera ibas a hacer tú, Guti?

—Yo, Empresariales; la carrera para forrarse.

—¿Tú crees que es muy difícil?

—¡Qué va, es de coña!

—Empresariales no suena mal —le dije mientras tachaba todas las ingenierías de mi solicitud y lo escribía en letras bien grandes. Después la entregué en la secretaría y me fui con los demás a tomar unas birras.

## **INGLATERRA**

«¡Campesinos, obreros, estudiantes uníos a las filas del Partido Comunista! Que no, hombre, que es coña. Todo Dios a beber Pepsi, a jugar a la Playstation y a escuchar a las Spice Girls, que es mucho más divertido. Además, este verano hay mundial de fútbol y los favoritos para ganarlo son Nike y Adidas. A finales de los noventa empieza a verse claro que el capitalismo ha ganado por goleada y los padres progres se olvidan del mayo del sesenta y ocho y envían a toda prisa a sus hijos a aprender inglés a carísimos colegios británicos o a cursos de verano en el extranjero. Así poco a poco nos volvemos todos bilingües español-inglés, que es la lengua del imperio, y más tarde monolingües en inglés solo. El mundo se convierte en un gran crisol de pueblos y razas dominado por Internet y los vuelos low cost, y Ronald Mc Donald es nombrado emperador de la galaxia. ¡Joder, qué sueño más raro, no vuelvo a meterme medio ajo en la puta vida!».

El día siguiente a recibir las notas de selectividad me desperté con resaca, debido a la celebración que siguió al aprobado, y me di cuenta de que el verano acababa de empezar. Tenía casi cuatro meses de vacaciones hasta comenzar en octubre las clases en la universidad y ninguna idea de qué hacer con tanto tiempo libre. Bueno, ideas tenía muchas, pero ideas que

se pudiesen llevar a la práctica, ya no tantas. El objetivo era pasarlo bien y aprovechar el verano, y para esto no solo necesitaba tiempo libre, además necesitaba dinero, el beneplácito de mis padres y también algunos colegas. Tres meses y medio de vacaciones cuando tienes dieciocho años es algo demasiado precioso como para desperdiciarlo quedándote en Madrid sin hacer nada y pasando calor, máxime cuando pocos de mis amigos se quedarían en la ciudad.

A la opción de morirme de asco en Madrid se sumaba la otra opción básica que era irme de vacaciones con mis padres al pueblecito de las montañas donde ellos veraneaban siempre. Esto tampoco me hacía mucha gracia porque a mí la aldea me parecía muy aburrida. Apenas había gente de mi edad y los que había no eran mis amigos porque no lograba conectar con ellos de ninguna manera. Simplemente, pertenecíamos a mundos diferentes y no teníamos nada en común, aparte de la natural desconfianza propia del paleta rural hacia los señoritos de ciudad.

Así que no quería quedarme en Madrid, pero tampoco quería irme al pueblo, y mis colegas tampoco iban a ofrecirme ninguna solución a mi problema. Unos cuantos, entre los que estaban el Diego, el Gabo y el Pedro, se iban diez días a París y Ámsterdam. Yo estaba seguro de que ese viaje iba a ser una experiencia irrepetible y que además se lo iban a pasar de puta madre todos juntos bebiendo, fumando porros y viendo museos, pero no era esto lo que yo estaba buscando. Yo quería un plan que me cubriese la mayor parte, si no todo el verano y no una excursión de varios días, después de la cual estaría irremediabilmente condenado a aburrirme en el pueblo con mis viejos.

Unas chicas del colegio, las famosas grunges, me habían invitado a ir a Nerja durante el verano a la casa propiedad de una de ellas. Esta invitación me sorprendió mucho y también me hizo crearme las típicas expectativas que cualquier varón heterosexual tendría. El problema fue que cuando les pedí que concretasen un poco respecto a qué fechas y cómo llegar hasta allí, ellas me dieron evasivas o me ignoraron, así que llegué a la conclusión de que la invitación no era más que uno de esos típicos planes que la gente hace cuando lleva un cubata de más y luego quedan en agua de borrajas. Por si fuera poco, además topé con la oposición frontal por parte de mis padres que se negaron a financiar un plan de tan golfa naturaleza, temerosos de que pudiese preñar a alguna de aquellas chicas.

Como ninguna de las opciones que tenía me parecía nada interesante, decidí que lo mejor que podría hacer sería repetir la experiencia de años anteriores y enrolarme en un curso de idiomas en el extranjero. Esto había sido mi salvación en 1996 y 1997, y hasta ahora la única manera exitosa de evitar las aburridas vacaciones familiares. A pesar de tener que dar clase el curso había sido bastante divertido, ya que estuve todo el día rodeado de gente de mi misma edad y además a eso se añadía la

excitación de estar en un país extranjero viviendo con una familia local.

Todavía con resaca me puse a buscar el teléfono del tipo que había organizado los cursos en Inglaterra a los que yo había ido los años anteriores. Se llamaba Bill Palmer y era un gibraltareño la mar de cachondo, a la par que profesor de Inglés y propietario de academia. Como ya el mes de junio llegaba casi a su fin, sabía que era inútil empezar a buscar curso y comparar precios u ofertas. Seguramente todas las plazas estarían ya ocupadas, y solo podía esperar que mi amistad y buena relación con Bill sirviesen para que él me hiciese un hueco de última hora. Después de varios intentos fallidos conseguí contactar con él y le pregunté sin rodeos si todavía quedaban plazas en su curso para mí. Me respondió que todavía estaba a tiempo, pero que la lista de alumnos se cerraría en un par de días, así que debería confirmar la asistencia y sobre todo pagar el importe cuanto antes.

Por lo visto Bill no debía tener suficientes alumnos aquel año, así que la llegada de uno más siempre era bien recibida y además suponía más beneficio económico para él. Ahora que sabía que no había problema de plazas, solo me quedaba convencer a mis padres para que soltasen las trescientas mil pesetas que costaba el mandarme un mes a un pueblecito de Inglaterra para perfeccionar mi inglés. Esto no fue difícil. Mis viejos estaban dispuestos a darme todo el dinero que yo necesitase, siempre que la finalidad fuese educativa, legal y moralmente correcta. Al día siguiente ya tenía tanto la bendición de mis progenitores como un cheque bancario por el valor antes citado a nombre de Academias Palmer en concepto de «Pago curso Inglaterra». Por esto decidí ir a ver a Bill inmediatamente a su academia para formalizar mi participación en el curso. Este se desarrollaría durante todo el mes de julio e incluía clases de Inglés por las mañanas, diversas actividades por la tarde, así como alojamiento con una familia local durante su duración.

Como la academia de Bill estaba en Leganés, me tuve que coger el cercanías en Atocha y tardé casi una hora hasta llegar. Durante todo este tiempo estuve pensando que el curso de Bill era una buena manera de pasar el mes de julio, pero no me solucionaba agosto ni septiembre, ni tampoco suponía ningún tipo de desafío o novedad para mí. Ya había hecho el mismo curso los dos años anteriores en el mismo pueblo, la misma escuela, la misma familia de acogida e incluso probablemente los mismos profesores y compañeros. Por decirlo de alguna manera, el curso me sabía a poco, pero entre las estaciones de Zarzaquemada y Leganés se me ocurrió una idea que podría hacer mi estancia en Inglaterra mucho más interesante.

«¿Que tal si ahora que soy mayor de edad aprovecho que ya estoy en el Reino Unido para quedarme allí trabajando hasta finales de septiembre? Seguro que esto será más útil que irme con mis padres al pueblo», pensé mientras caía presa de la excitación y empezaba a planearlo todo

mentalmente.

«Veamos, Bill regresará a España con el grupo de alumnos a primeros de agosto. Aquí tengo dos opciones, la primera es simplemente no volver con ellos y perder mi vuelo. Si esto ocurre siempre me puedo comprar un billete allí, a condición de que la vuelta sea antes del veintinueve de septiembre para hacer la matricula de la universidad. La segunda opción sería ver si Bill me pudiese conseguir un vuelo con la fecha de regreso abierta. Esto me saldría más barato y me evitaría perder el dinero de un vuelo y la molestia de conseguir otro. Respecto al alojamiento, no creo que la familia con la que viviré tenga problemas en tenerme con ellos unas semanas más, por supuesto pagando religiosamente las setenta libras semanales del alquiler y la comida. Sé que Bill les paga esta cantidad y ellos están muy contentos, y además ya me conocen y saben que no crearé problemas o, mejor dicho, no me conocen lo suficiente y creen que no crearé problemas».

Con estos dos puntos resueltos pasar el verano en Inglaterra comenzaba a ser factible, pero aún me quedaba otra cuestión a tener en cuenta. Necesitaba encontrar algo a lo que dedicar mi tiempo durante esos dos meses, y también tener gente conocida con la que salir y hacer cosas, porque cuando se fuesen los españoles me iba a quedar más solo que la una. Para ocupar mi tiempo pensé que lo mejor sería intentar encontrar un trabajo y para conocer gente podría usar el mes de julio en el que estaría un poco más arropado por los demás chavales. De todas maneras, decidí no adelantar acontecimientos hasta haber hablado con Bill acerca de mi plan y ver cuál era su opinión. Después de todo, él había vivido durante treinta años en el Reino Unido antes de venirse a Madrid y montar su academia de Inglés.

Cuando llegué a la academia el recibimiento de Bill fue de lo más caluroso. El tío estaba muy contento de que me apuntase a última hora, no solo por el beneficio que le suponía tener un alumno más, sino porque además Bill me apreciaba bastante. Rápidamente me enseñó fotos de todas las chicas que iban a ir al curso mientras me contaba si tenían novio, eran simpáticas y alguna otra curiosidad. Luego me invitó a café con leche y me enseñó fotos de unas cuantas tías en bolas que había sacado de Internet, lo cual era para mí una novedad. —¡Guau, Bill!, qué bien está esto de Internet —le dije sin disimular mi pasmo, y él me respondió que además de ser un excelente suministrador de pornografía, también servía para comprar vuelos de avión y otras muchas cosas. De hecho, me dijo que gracias a Internet no había tenido problemas en conseguir mi vuelo a última hora y que la vuelta a España, al contrario que los otros alumnos, estaba abierta, así que solo tenía que llamar a la aerolínea un día antes de cuando quisiese volverme. —Qué gran invento esto de Internet —le dije—, esto sí que va a ser útil a la gente, no como esa gilipollez nueva de los teléfonos móviles. Ya verás como en un par de años nadie se acuerda de

ellos.

Después de darme todos los datos del curso y formalizar mi inscripción, nos pusimos un rato a recordar los mejores momentos de los veranos anteriores. Hablamos de las chicas que conocimos, de las juergas nocturnas que pasamos juntos y también de los momentos de cachondeo en clase. Bill era el organizador, jefe de estudios y único responsable del curso, pero con nosotros se portaba como si fuese un chaval más. A pesar de rondar ya la cincuentena, Bill era el primero en ir al pub con nosotros y echarse unas risas y además tenía mucha labia con las mujeres, de las que siempre estaba rodeado. Bill siempre nos daba la máxima confianza, pero a condición de que nos portásemos de manera mínimamente responsable y no corriésemos riesgos. A veces, incluso era el más macarra de todos, pero era tan buen profesor que hasta haciendo el golfo aprendíamos con él muchas cosas, de las cuales el inglés era solo una pequeña parte.

Respecto a mi idea de quedarme solo en Inglaterra trabajando, Bill me advirtió que era duro, aunque si aprovechaba el tiempo podría ser algo bastante positivo en términos de experiencia vital, dinero e incluso sexo. Además, me prometió que hablaría con la familia con la que me hospedaría para ver si no les importaría alquilarme la habitación un par de meses más.

Una vez que atamos todos los cabos y cuando no me quedaba nada más que preguntarle, quedamos en reunirnos ya en el aeropuerto el día cinco de julio que era cuando salía nuestro vuelo para Londres. Sin nada más que decir, me despedí de él hasta entonces. Solo tenía cuatro días para organizarme la maleta y todo lo necesario para el viaje, así que me puse inmediatamente manos a la obra para prepararlo todo.

Para hacer los preparativos de cualquier cosa siempre me ha gustado ser extremadamente meticuloso, previsor y tocahuevos, es decir, no dejo nada al azar y considero hasta el más mínimo detalle con precisión militar. Esta vez no fue menos, así que cuando llegué a casa me cogí una libreta y decidí que lo mejor sería empezar haciendo una lista.

Preparativos Inglaterra 1998

Tiempo disponible: cuatro días laborables.

Presupuesto: unas diez mil pesetas más lo que me den los viejos.

Áreas a cubrir:

Documentación.  
Ropa y calzado.  
Higiene.

Drogas y sexo.  
Regalos varios.

Esta lista primigenia la desglosé en varias sub-listas pertenecientes cada una a un área. La lista de documentación debía ser la más fácil de hacer aunque también era la más importante. Ya le ha pasado a más de uno tenerse que quedar en tierra por no tener los permisos adecuados a la hora de viajar. El documento más importante era sin duda el pasaporte, porque sin él no iríamos a ningún sitio. Ahí es donde empezábamos ya a cagarla porque el mío estaba caducado y para renovarlo tendría que ir, nada más y nada menos, a la puta comisaría de Luna.

«Pues sí que empezamos bien», pensé mientras dejaba la lista aparcada momentáneamente para fumarme un cigarrito e intentar dominar la ansiedad que me había entrado repentinamente. Un cuarto de hora más tarde, cuando ya me había calmado, comprendí que en esta situación no había tutía. Para volar necesitaba el pasaporte y para tener el pasaporte tenía que volver a la comisaría de la que tenía tan gratos recuerdos.

Pues nada, como no había más remedio decidí arreglar esto del pasaporte antes que ninguna otra cosa, ya que si no lo hacía todo lo demás sería inútil. En algún sitio había oído que en teoría se podía viajar a otros países de la Unión Europea tan solo portando el Documento Nacional de Identidad. Claro, en teoría se pueden hacer muchas cosas, pero yo no quería arriesgarme a quedarme en tierra. Tomé mi DNI, el pasaporte caducado y unas fotos de carné que afortunadamente tenía por casa y me dirigí a la calle Luna sin mucho entusiasmo. Mientras caminaba se me ocurrió que igual si solicitaba el pasaporte renovado me lo podrían denegar y prohibirme salir del país a causa de mis deudas pendientes con la justicia.

Me paré en seco y me reocriminé por no haber pensado en esto antes. «¡Joder, ahora qué hago!», me dije a mí mismo mientras me debatía entre viajar solo con el DNI o arriesgarme a solicitar pasaporte. Estuve un rato dudando entre una cosa y la otra, pero al final me decanté por renovar el pasaporte, debido no solo al vuelo, sino a que si quería encontrar trabajo lo mejor sería tener un documento fiable además del DNI, que no existe como tal en el Reino Unido.

Lo bueno de renovar el pasaporte era que te lo hacían en poco más de una hora, así que pensé que en tan poco tiempo no deberían tener mucho margen para hacer comprobaciones y averiguaciones. Aun así decidí que para que no me reconociesen pondría caras raras durante todo el tiempo que estuviese allí y hablaría con voz de pito. Cuando llegué a la comisaría había una cola de la hostia para renovar el pasaporte, así que me tocó esperar pacientemente una hora hasta que llegó mi turno. A mi alrededor la gente se quejaba en voz alta y algunos se intentaban colar con mucho disimulo y poco éxito. Cuando por fin llegué a la ventanilla, me atendió

una funcionaria con cara de pocos amigos. La mujer me pidió todos los datos y me sacó una fotocopia del DNI. Luego lo guardó todo y me dijo que volviese a recoger el pasaporte por la tarde. La primera parte del trámite estaba cumplida, pero aún no podía cantar victoria hasta no tener el pasaporte en mis manos.

Como no podía hacer nada más me volví a casa a comer y luego me entretuve recopilando el resto de documentos que me podían hacer falta durante mi estancia en el continente británico. En un gran sobre de papel metí mi DNI, la cartilla de la Seguridad Social y la tarjeta de crédito de mi cuenta de Cajamadrid. No tenía casi dinero allí metido, pero en caso de emergencia mis padres siempre podían meter algo en la cuenta para que yo lo pudiese sacar allí, pagando, eso sí, una comisión astronómica.

Ahora ya solo me faltaban el pasaporte y unas cuantas libras esterlinas que mi padre había encargado en el banco y que tenía que recoger al día siguiente. Ese mismo día por la tarde me acerqué a Luna y retiré mi nuevo pasaporte. No parecía que nadie hubiese reparado en mi persona lo más mínimo, pero aun así opté por recogerlo lo antes posible para no tentar al destino. Después continué elaborando mis listas para hacer la maleta.

Organizar la lista de la ropa fue bastante fácil, pues ya tenía en casa casi todo lo que necesitaba. En una gran mochila fui metiendo todo mi equipaje, o lo dejé a mano para meterlo en el último momento. De ropa me llevaría un par de vaqueros, varias camisetas de algodón, alguna camisa y ropa deportiva. De prenda de abrigo solo llevaba mi cazadora Lonsdale y de calzado mis irremplazables Adidas barriobajeras. Después de hacer inventario resolví comprar tan solo unas gafas de sol y algo de ropa interior. Con los efectos de higiene me pasó igual, ya tenía casi todo lo que necesitaba, que no era mucho. Con un desodorante, un champú, mi cepillo de dientes, una maquinilla de afeitar y la colonia que me habían regalado por Navidad dos años antes, tenía más que de sobra. Si necesitaba algo más ya lo compraría allí sobre la marcha.

La lista de las drogas y el sexo fue la que más guerra me dio. Respecto a las drogas decidí que me llevaría a Inglaterra un par de botellas de vino tinto, una de whisky, un cartón entero de tabaco rubio, algunos lexatines que robé de la caja de las medicinas de mamá, aspirinas, un talego de costo que le había pillado a un colega en una de mis últimas salidas de marcha y, si era posible, medio poyo de farlopa. No es que el tema de las drogas me tirase mucho, pero pensé que siempre sería útil llevar suministros por si acaso había que invitar a algunos colegas o intercambiarlos por las atenciones de alguna nativa. En el tema del sexo decidí que necesitaba algunos condones por si tenía suerte y también algo de pornografía, por si no la tenía. Por último, además de todo esto necesitaría un bardeo no muy grande para defenderme en caso de hooliganismo sobre mi persona, más que nada para sacarlo y acojonar

antes que para pinchar a nadie.

El conseguir todas estas cosas me supuso distintos grados de dificultad. El alcohol y el tabaco fueron muy fáciles, al ser ya mayor de edad. Los condones no tanto, porque me daba corte pedirlos en la farmacia. El costo ya lo tenía, así como también un par de cintas de video con pornografía que camuflé dentro de las cajas de Trainspotting y La Naranja Mecánica, mis pelis favoritas por entonces. Conseguir el medio poyo fue imposible, pues el amiguete que me lo iba a pasar me falló en el último minuto y yo no me iba a ir por los poblados buscándolo. Mejor así, puesto que farlopa era ya un tema demasiado serio para andar jugando con él tontamente. Por último, las botellas de vino me las compró mi padre y aunque eran un regalo para mi familia nativa adoptiva, decidí que si llegaba el momento podrían ser usadas para elaborar kalimocho.

Los últimos días en Madrid los empleé en preparar mi equipaje y conseguir todo lo que necesitaba para mi estancia en el extranjero, y también en seguir con especial interés los partidos del mundial de fútbol que se celebraba durante aquellos días. Decepcionante fue la eliminación de España en primera ronda, aunque también tuvo su parte positiva porque así no jugaríamos nunca contra Inglaterra ni atraeríamos las iras de los locales en caso de ganar. Unos días más tarde también eliminaron a los ingleses, de lo que me alegré en el alma. A mí me importaba poco qué país ganase el mundial, pero por nada del mundo quería estar en el Reino Unido el día en el que echasen a la escuadra inglesa de la competición. Por propia experiencia sabía que ese día no era nada bueno ser extranjero en Inglaterra, con todos los hooligans del país tratando de vengar a hostias la afrenta de haber sido eliminados del mundial.

Por fin llegó el día señalado por Bill para empezar el curso. El domingo cinco de julio a las nueve de la mañana me presenté con todo mi equipaje en la terminal uno de Barajas y me senté frente a los mostradores de British Airways, que era el lugar convenido en el que nos reuniríamos todos los participantes en el curso. A las nueve y media todavía no había aparecido nadie, así que me empecé a poner nervioso allí solo. Mis padres habían querido venir a acompañarme, pero les dije que no hacía falta porque quería empezar la aventura yo en solitario desde un principio.

Por fin apareció Bill después de un rato, escoltado por dos señoras robustas y probablemente madres de alguno de mis compañeros. Poco a poco fueron apareciendo los alumnos del curso y Bill me los fue presentando sobre la marcha. Es posible que yo fuese un adolescente descerebrado, pero hay algo que nunca he hecho en la vida y eso es juzgar o despreciar a nadie. Sin embargo, según me fueron presentando a los chavalitos, la palabra «pardillo» aparecía con letras rojas y brillantes en mi mente. ¡Qué chavales!, cuerpos juveniles escuálidos y desgarrados, gafas de culo de botella, aparatos dentales, chándales de acetato y raquetas de tenis. Solo les faltaba la flauta travesera y la bandera del

vaticano. Ir con esta tropa a Inglaterra era como enarbolar la bandera de «Kick my ass» ya desde el primer día. «En realidad, no era su culpa; todos tenían pinta de ser súper jóvenes —pensé—. Seguro que a alguno de estos le parten la cara los ingleses antes de volver a España. Espero que no sea a mí». El tema de las chicas estaba algo mejor. Eran tres: la Pili, la María y la Vanesa. Desde el principio me parecieron simpáticas, y también guapillas, pero el problema es que una vez en Inglaterra no tenía mucho interés por las españolas. Prefería con mucho a las inglesas, que eran más guarras y estaban más buenas. El único de mis compañeros que me inspiraba confianza era Mario, aka Mariete el Ariete, a quien ya conocía de un año anterior. Mario era dos años mayor que yo y estaba destinado a ser el líder natural del grupo de estudiantes, no solo por su edad, sino porque era un tío con dos cojones y muy seguro de sí mismo. Además, el chico era un berraco físicamente, pues con mí misma estatura pesaba cien kilos, en su mayoría de músculo, y era cinturón negro de jiu jitsu.

Así que después de haber conocido al grupo me fui haciendo más o menos un esbozo de cuál sería mi papel en él. Bill era el jefe indiscutible por gracia divina, pero sobre el terreno Mario sería el macho alfa y yo sería como su lugarteniente al ser el segundo en edad y mala hostia. Juntos deberíamos conducir y proteger la trayectoria del grupo de tiernos estudiantes por las tierras inglesas, especialmente cuando abandonásemos la seguridad del College. Una vez cumplida esta misión, ambos nos adentraríamos de cacería en la noche para intentar cobrarnos alguna pieza que follarnos. Él ya había mojado el churro un año anterior y yo permanecía con el marcador a cero. Respecto a las chicas, es posible que se viniesen también con nosotros porque las tres eran mayores de edad. Esto podría ser bueno como cobertura y también como señuelo. El resto de los chavales, menores de dieciocho, a casa prontito y a no jodernos la noche.

Después de las presentaciones facturamos las maletas y enfilamos el pasillo hasta el control de seguridad. Este era para mí el momento más delicado de todo el viaje, por mi condición de portador de sustancias ilícitas. Como ya he dicho antes, mi relación con Bill era muy buena, pero aun así sabía que él no dudaría un segundo en expulsarme fulminantemente del curso si me pillasen con tema encima. Por la cantidad que llevaba no creo que me metiesen en la cárcel, porque estaba clarísimo que era consumo personal, pero aun así el susto, la multa y probablemente las horas o días retenido no me las quitaba nadie.

Durante un momento me sentí tentado a meterme en el cuarto de baño y tirar la china por el retrete, pero luego recordé lo bien que me podría venir y decidí que como no había perros a la vista el riesgo no era muy alto. Mientras pasaba el control intenté mantener la calma y arrimarme a mis compañeros más jóvenes, aquellos que tenían pinta de pringadillos. Después de un mal rato pasé el control sin problemas y el viaje pudo

continuar sin más incidencias.

«¡Qué bien! —pensé—, en este tipo de cosas basta con que tires o te acabes el tema tontamente para conocer al día siguiente a una tía buena que se deja follar si la invitas a un par de petas».

Las siguientes horas las pasé repartiendo mi tiempo entre las tareas de memorizar todos los trámites para manejar en el aeropuerto a la vuelta yo solo, y también en conocer un poco más a los compañeros de curso. El vuelo transcurrió sin más problema que la típica excitación de los más jóvenes, que cambiaban de asiento constantemente, y el tener que apañarse con un almuerzo insípido que nos sirvieron las azafatas.

Sobre las tres de la tarde aterrizamos en el aeropuerto de Stansted y después de recoger las maletas, pasamos por el control de seguridad antes de salir fuera del aeropuerto. Este era para mí otro momento delicado, pero los agentes estaban más preocupados en controlar la entrada de personas ilegales que de sustancias. Por fortuna, el trámite pasó rápido y al poco rato ya estábamos todos fuera, sentados en el autocar que previsiblemente había alquilado Bill para trasladar a toda la tropa desde el aeropuerto hasta el pueblo en el que viviríamos.

Nuestro destino se llamaba Danetree y era una town de unos treinta mil habitantes, situada justo en el centro de Inglaterra. La palabra town designa en inglés a un asentamiento que es demasiado grande para ser llamado pueblo (village), pero no lo suficiente para ser llamado ciudad. El sitio en cuestión consistía en un centro urbano con varias calles donde había pubs, tiendas y supermercados, rodeado de una gran extensión de casitas y chalés adosados. En las afueras había algo de industria y algo menos de agricultura. La población contaba también con varios colegios, un centro de salud y un instituto que sería donde daríamos las clases por la mañana, aprovechando las vacaciones estivales de los nativos. Para salir por la noche había varios pubs, un par de discotecas y una tienda de comida rápida turca, que era algo que nosotros no habíamos visto nunca en España.

Llegamos a Danetree sobre las cinco de la tarde y el autocar nos dejó a todos en el aparcamiento del instituto donde daríamos cuatro horas de clases de inglés todos los días. Allí nos estaban esperando las familias nativas que nos acogerían en sus casas durante nuestra estancia en el país. Yo ya conocía a la familia con la que me quedaría porque era la misma de los años anteriores. Lo primero que debo decir de ellos es que eran buena gente y que siempre me trataron como si fuese su propio hijo. Sus nombres eran Janet y Danny Stevenson, y eran dos personas ya mayores que vivían en una casita bastante destartada a las afueras de Danetree. A pesar de que su casa no era precisamente el Palacio de Versalles y estaba llena de gatos, siempre me sentí cómodo con ellos. Lo mejor era que no interferían en mi vida nocturna; el primer día me daban

una llave y yo podía llegar cuando quisiese, y eso para mí era primordial.

Después de los saludos y la emoción del reencuentro me monté con ellos en su viejo Ford y me llevaron a casa mientras me contaban todas las novedades que había en el pueblo, que no eran muchas. Una vez en su casa pude comprobar que todo seguía igual, mucho desorden y gatos por todas partes. Una vez allí, Danny se apalancó en su sillón favorito con una birra en la mano y creo que no se volvió a levantar de allí en todo el tiempo que viví con ellos. Janet se fue a la cocina y se puso a prepararme algo para comer. Yo mientras hablé un poco con Danny, acerca del viaje, de España y también de la nueva tele por cable que tenían. Después de cenar algo me subí a la habitación y me acosté temprano.

## **DANETREE**

Mi primer día en Inglaterra empezó cuando Janet me despertó a las ocho para ir a las clases en el Tertiary College. Esto no me sentó nada bien, porque hacía poco que había acabado selectividad y me daba mucha pereza volver a clase. Aun así sabía que esto era parte del trato y un trámite inevitable dentro de mi estancia allí. Rápidamente, me vestí con un chándal y bajé a la cocina a ver si se papeaba algo, y también a recoger el tupperware con mi almuerzo de la nevera. Janet se ofreció a llevarme en coche el primer día, pero yo le respondí que no se preocupase. Como ya me sabía el camino decidí que sería mejor no molestarla e irme dando un paseílo.

Después de una ligera caminata de veinte minutos a través de calles y urbanizaciones desiertas, por fin llegué al College. Allí estaban ya todos los chavalines, así que después de las presentaciones de los profesores, a los que yo ya conocía, nos metimos en clase y empezamos con la faena. Afortunadamente, las clases no eran demasiado aburridas, ya que en ellas primaban más la conversación en inglés y los juegos de rol que las explicaciones gramaticales. El secreto para sobrellevarlas era hacer lo que te saliese de la polla, pero siempre guardando la debida compostura y aparentando estar interesado. Yo había días en los que no hacía absolutamente nada, pero aun así, siempre fingiendo interés y diciendo «Yes, of course» a todo con una sonrisa en los labios. A veces incluso me esforzaba por aprender, consciente de que el conocimiento del inglés podría ayudarme durante mi estancia en el país e incluso proporcionarme gratas recompensas.

Las clases se pasaron rápido el primer día y luego llegó el momento de la comida. Como hacía algo de frío fuera nos quedamos en la cafetería del

College. Allí los chavales empezaron a descubrir que en Inglaterra no iban a comer tan bien como en casa. Yo abrí mi taper y me encontré con dos sándwiches de jamón y pepino, un zumito, unas patatas fritas con sabor sal y vinagre y algo de fruta. A mí esto no me suponía ningún problema. Desde muy pequeño había comido fuera de casa, porque mi madre trabajaba todo el día, así que estaba acostumbrado a comer cualquier porquería. Yo con un cacho de pan era feliz, pero a los otros chavalines, acostumbrados a la comida casera de mamá, el rancho británico se les hacía muy duro. Como todos los años me aprovechaba de la situación y me quedaba la comida que a los otros no les gustaba. Cuando había reunido un montón, simplemente tiraba lo más asqueroso y me comía lo que más me apetecía. Esto no era la solución, pero por lo menos siempre podía elegir entre varias opciones.

Después de comer, la rutina diaria que Bill había diseñado para nosotros nos llevaba a un polideportivo adyacente al College donde podíamos y debíamos practicar deportes de tres a cinco de la tarde. Rápidamente los chavales se pusieron a jugar al basket, al badmington y pérdidas de tiempo por el estilo. Yo empleé este primer día para husmear por el polideportivo en busca de algo que robar y también para ver si había chavalillas por los alrededores.

Por lo visto, la instalación en sí iba a ser desmantelada dentro de poco, así que se encontraba bastante vacía tanto de equipamiento como de personal. Al lado de la pista de baloncesto había un armario grande con colchonetas y diverso material deportivo, del que supuse que nadie echaría en falta si algo se perdiese. Primero pensé que podría quedarme con alguno de los balones de baloncesto, pero luego me pregunté a mí mismo qué haría con él si a mí no me gustaba el basket. De todas las cosas que vi, lo que más útil me pareció fue un cubo en el que había varios sticks de hockey, bates de críquet, etc. Después de sopesarlos todos decidí que me quedaría con un bate pequeño que cabía perfectamente en mi mochila. Este me serviría como arma de defensa personal al menos durante el día, en caso de que tuviésemos problemas con los mierdecillas locales como otros años. Aun así opté por no llevármelo todavía y seguí con mi ronda de inspecciones. Justo al lado de la pista encontré un gimnasio pequeño, que aunque estaba bastante destartado me podría servir para entrenar un poco diariamente en lugar de perder el tiempo jugando al ping pong. El hallazgo más interesante fue una habitación que en otro tiempo era el bar del centro de deportes. La barra estaba cerrada con una especie de cortina metálica, pero detrás de esta seguro que todavía quedaban bebidas alcohólicas esperando a que algún avisnado encontrase el modo de burlar la persiana y acceder a ellas. Además, la habitación estaba muy alejada, no había nunca nadie y lo que es mejor, tenía varios sofás y sillones bastante confortables y poca luz. Esto podría ser perfecto para echarse una siesta después de comer y quién sabe si como lugar para hacer guarrerías en caso de que se

presentase una candidata a tales honores.

Después de mi pequeña inspección del sitio pasé el resto de la tarde hablando con mis compañeros para fomentar la amistad entre todos nosotros y hacer del nuestro un grupo cohesionado y bien avenido a pesar de nuestras diferencias individuales. Primero estuve hablando con Mario y con Bill acerca de años anteriores, de las juergas que nos pegábamos por los pubs y de las chicas que conocimos. Los dos teníamos pequeñas historias que contar, pero siempre escuchábamos con reverencia las que nos contaba Bill, quien en sus treinta años trabajando como enfermero en Londres las tenía de todos los colores y para todos los públicos. A mí me hacía mucha gracia la de una mujer borracha que se cagó mientras hacían el amor, sobre todo porque Bill la contaba con mucha gracia y salero andaluz. Entre batallita y batallita, Mario y yo hacíamos planes sobre cómo afrontar los fines de semana, qué hacer y a dónde ir porque a pesar de nuestras particularidades, los dos teníamos como objetivo supremo de nuestra estancia en Inglaterra el pasarlo de puta madre y follarnos a alguna inglesa.

Pero no cometí el error de dejar de un lado a los chavales más jóvenes, porque ellos iban a jugar también una parte importante en mis aventuras. Por supuesto que los fines de semana iría a la disco con Mario y las chicas, pero durante la semana la experiencia me decía que era mucho más práctico merodear por los parques haciendo botellón que tratar de buscar suerte en los vacíos pubs. Como es lógico, estos días las tías buenas están trabajando y no salen por la noche, pero sí lo hacen las chavalillas menores de edad, que como no pueden ir al pub se dedican a vagabundear por el centro en busca de algo en lo que ocupar sus vacaciones de verano. Como yo tenía dieciocho años recién cumplidos, y aunque intentase ligarme a alguna tía hecha y derecha en una disco, lo más factible sería no descuidar el grupo de edad de dieciséis y diecisiete años, que siendo realista era donde más posibilidades había de sacar petróleo.

Pues nada, así, con todos estos preparativos, todas mis expectativas y toda la ilusión del mundo por mojar el churrete, se me fue pasando el primer día en Inglaterra. A las seis de la tarde volvimos cada uno a su casa a cenar con distintos resultados. Yo no cené mal, roast beef con patatas, verduras y algún pelo de gato, pero muchos de mis compañeros me contarían luego que ellos no tan bien. Después de la cena quedamos en reunirnos a las ocho de la tarde en un céntrico pub que se llamaba Friday's. En teoría, los menores de edad no podían entrar, pero Bill consiguió convencer al dueño para que les dejase pasar a condición de no consumir alcohol. Allí nos sentamos en una mesa, y los mayores nos pedimos una pinta de cerveza.

Como era lunes el sitio estaba vacío, y los chicos más jovencillos se estaban aburriendo un poco. No es que fuesen lo más borracho y fiestero

del mundo, pero también tenían ganas de pasarlo bien. Este grupo estaba compuesto por unos siete u ocho chavales de edades comprendidas entre los quince y los dieciséis. De entre ellos, con los que mejor me llevaba eran dos chicos de Alcorcón, el Henry y el Javi. Estos chavales habían venido en el 96 conmigo y entonces eran lo más pardillo que te podías echar a la cara. Ahora en el 98, siendo dos años mayores, se les veía algo más espabilados y con más ganas de marcha, aunque seguían siendo más niños que otra cosa.

Como estos chavales también cumplían una misión importante me salí con ellos fuera del pub y les dije que me esperasen frente a la iglesia anglicana. Entonces me fui al supermercado y compré ocho latas de Lager de medio litro, que nos bebimos justo detrás de la iglesia entre las lápidas del cementerio local. Allí es cuando les hablé de que ellos tenían el deber de encontrar e intentar ligarse a las chavalillas inglesas que merodeaban por el pueblo, porque lo iban a tener bastante chungo para entrar a los pubs y las discotecas los findes, cuando controlaban bastante la entrada de menores. Después de este minibotelloncete y de hablar un rato más nos volvimos todos al pub. Allí estuvimos hasta las diez y luego como no estábamos acostumbrados al horario británico nos entró hambre, así que nos fuimos todo el grupo al establecimiento de los turcos a comprarnos algo para cenar.

A la mañana siguiente todo el ciclo volvió a empezar de nuevo. Desayuno rápido, paseíllo hasta el College, cuatro horas de clase y lunch a la una. En los deportes nos salimos fuera a jugar al fútbol porque hacía buen tiempo. Por la noche también la misma rutina, con el Friday's como cuartel general y un banco en el cementerio como enclave para hacer botellones. Así la semana fue avanzando y poco a poco fuimos haciendo progresos y algún que otro acercamiento a alguna nativa. El jueves fue bastante aburridote porque nos fuimos todos a un pub llamado The Peppermill que estaba bastante alejado y aunque había cierto ambientillo, al final todo acabó siendo la noche entre españoles. Esto no es que me disgustase, porque la gente era muy maja, pero yo había venido a hablar inglés y no a cotorrear con gente de Leganés.

El viernes por la tarde hicimos el primer contacto con un grupo de chavalillas inglesas. Yo estaba ya medianamente excitado ante la llegada del finde, por eso me fui con el Henry, el Javi y alguno más a dar una vuelta por el pueblo y de paso bebernos unas latas de cerveza por ahí. Bill estaba en Friday's con Mario y el resto, pero yo creía que era un poco pronto para estar en el pub, y no me equivocaba. Merodeando por un parque vimos a un grupo de chicas inglesas haciendo lo mismo que nosotros, es decir, bebiendo alcohol y buscando problemas. Entonces decidimos acercarnos y las inglesas, que no son nada remilgadas, nos llamaron en seguida y se pusieron a bromear con nosotros. Ellas eran siete chicas de unos dieciséis años aproximadamente sentadas en el césped formando un corrillo. Algunas eran guapillas y otras no, pero todas

bebían de una gran botella de sidra mientras fumaban cigarrillos, reían y hablaban a gritos. Rápidamente les empezamos a contar la típica milonga de que éramos españoles, que no conocíamos el pueblo y demás historias. Ellas parecían receptivas ante nuestra presencia, más que nada por curiosidad, y nosotros estábamos más que dispuestos a aprovechar el buen rollo que se había creado en un momento.

Desafortunadamente, tanto movimiento atrajo a la competencia. Al rato de estar con las chicas, cuando ya nos íbamos a sentar con ellas, aparecieron de improviso un grupito de chavales ingleses. Un rápido vistazo me confirmó que ellos eran como siete u ocho, que iban bastante borrachos y, además, que eran más grandotes y fuertes que nosotros. Yo igual podría con uno, pero definitivamente el Javi y el Henry no daban la talla y, además, eran dos para cada uno. Ellos se acercaron dando voces y mostrando un lenguaje corporal bastante agresivo, con movimientos rápidos y bruscos. Cuando llegaron a donde estábamos nosotros empezaron a hablar con las tías, rompiendo deliberadamente nuestra conversación con ellas, aunque mostrando todavía cierto recelo. Al oír nuestras voces y descubrir por nuestro acento que éramos extranjeros, su excitación se acrecentó y los que parecían ser cabecillas del grupo empezaron a insultarnos, aunque todavía sin buscar una confrontación directa.

—Big pigs, fucking foreign pigs —nos gritó un energúmeno con el pelo rapado, siendo rápidamente seguido por el resto. Yo en ese momento ya sabía que todo estaba perdido, que debíamos aprovechar esos segundos de indecisión que preceden a todas las broncas para hacer una retirada lo suficientemente rápida para evitar problemas, y lo suficientemente disimulada para no atraer la atención de los gamberros y animarlos a perseguirnos.

—Javi, Henry, iidos inmediatamente de aquí a la voz de ya! —les dije mientras me ponía a hablar con la chica que más pie nos había dado antes—. It was really nice to see you again, I got to go now, see ya! —le dije como si aparentase ser un viejo conocido. Luego me fui de allí echando hostias, siguiendo los pasos del Henry y del Javi. Los ingleses, por suerte, se quedaron con las chicas y se desentendieron de mí.

Después de esto nos reunimos cerca del Friday's los chavales y yo, y empezamos a comentar la jugada mientras yo me sacaba la china y empezaba a liar un peta. Podía confiar en el Henry y el Javi, así como en el otro chaval, el Dieguito. Sabía que eran legales y que a veces ellos fumaban. No es que me apeteciese mucho, pero lo hice para cohesionarnos más como grupo dentro del grupo. Nosotros íbamos a ser como un pelotón de reconocimiento dentro de los españoles, siempre detrás de las inglesas y por delante de los ingleses. Un grupo del que yo sería el líder, al ser Mario ya demasiado mayor para estas tonterías. Puede ser que cuando llegase el momento de ir a la disco les abandonase y me

acoplase a Mario, pero el resto del tiempo los comandaría, si ellos querían seguirme, en mi guerra de guarrillas.

Ellos parecían encantados, comentando el incidente y haciendo planes para el futuro. Ya tenía tres soldados para mi causa, no porque yo los hubiese convencido, sino porque sus objetivos y los míos coincidían plenamente. Por supuesto que los cuatro, el Henry, el Javi, el Dieguito y yo, éramos colegas en igualdad, pero implícitamente reconocieron mi mando al ser más viejo y más macarra. Tanto el Javi como el Henry tenían dieciséis años y el Dieguito, diecisiete. Los tres eran chavales muy majos, pero todavía algo pringadotes y más bien debiluchos en comparación con los bigardos ingleses con los que nos medíamos. Bueno, no éramos la mejor crew del mundo, pero hacíamos lo que podíamos.

Después de hablar un rato más nos metimos en el Friday's, me pedí una pinta de cerveza para mí y les compré otra a ellos, aprovechando el barullo de la hora feliz. Allí me enteré con indignación de que Mario y las chicas habían decidido que no irían a la discoteca aquel viernes porque estaban cansados. «Joder, qué puta pérdida de tiempo, solo tenemos ocho días discotequeros para intentar ligar y ya estamos tirando uno al retrete», me dije a mí mismo. Bill parecía conforme e incluso aliviado con la decisión, así que, en franca minoría, no me quedó otra opción que tragarme mi malcontento y fingir indiferencia.

Cuando el pub cerró a las once y nos echaron fuera, nos fuimos a comer unas chips al turco. Esto no fue una gran idea, con todos los borrachos saliendo de los pubs a la vez y molestándonos de manera más o menos amenazadora. Por fortuna, no ocurrió nada y al rato nos marchamos a casa a descansar. Esto sí que fue una buenísima idea, porque los sábados nos tocaba excursión y teníamos que presentarnos a las nueve de la mañana en el College para ser recogidos por un autocar. La primera excursión fue a Cambridge, la famosa ciudad universitaria del centro de Inglaterra. Yo había estado allí en años anteriores, así que ya sabía lo que me podía esperar de la jornada, dar vueltas alrededor de los colleges universitarios y quizá un paseíllo en barca por el río Cam en el que siempre se caía al agua algún incauto. Durante el trayecto dormí todo el rato hasta que me despertaron los más pequeños con el alboroto típico de las excursiones en autobús. Los angelitos me habían pintado la cara con un lápiz de labios que le robaron a la Pili, como si fuese un indio, y se pegaron unas buenas risas hasta que me enteré y me limpié con un kleenex. Una vez en Cambridge nos divertimos bastante la cuadrilla y yo mirando a todas las tías, otorgándoles puntuaciones según su grado de macicez, e incluso intentando hablar con alguna. Como Cambridge es ciudad universitaria, había mogollón de chicas jóvenes por las calles y siempre intentábamos hablar con algunas de las que venían como nosotros en grupitos de estudiantes foráneos, sobre todo si eran italianas o españolas. Esto era en cierta manera una pérdida de tiempo, porque en cualquier caso nos piraríamos de la ciudad en breve, pero aun así lo

tomábamos como un entrenamiento y una diversión baladí.

Durante toda la excursión no dejamos de hablar ni de pensar en otra cosa que no fuese ir con el radar encendido clasificando a las mujeres según dos criterios simultáneamente, guapa-fea y accesible-imposible. Rubias y esbeltas veinteañeras de elevada estatura puntuaban alto en el primero, pero descorazonadoramente bajo, en el segundo; mientras que adolescentes gorditas, todo lo contrario. Durante un segundo incluso me llegué a plantear si tanta obsesión por el sexo sería normal o debería buscar psicólogo, aunque luego a tenor de que el comportamiento de mis compañeros era muy similar al mío, me incliné por lo primero.

Durante el viaje de vuelta me senté al lado de Mario, aparentemente para mantener una conversación distendida, pero en realidad con el propósito de sugestionarlo sutilmente para ir a la discoteca por la noche. Mario era de esos tíos tranquilos, pero que saben muy bien lo que quieren y no mueven ni un dedo si no les conviene. Mi sugestión se fue haciendo cada vez más obvia a medida que hablábamos y no lograba arrancarle una respuesta comprometida al rey del «ya veremos». Al final lo imploré—: Mario, por favor, vamos a la disco esta noche que quiero pillar cacho con alguna de estas inglesas tan buenas que hay por ahí. —Y después de esto le dije—: ¿Qué coño te pasa, tú no quieres ligar o qué, te has vuelto maricón de repente? —pero tanto el ataque frontal como el rebajarme a suplicar no dieron resultado. Creo que el tío disfrutaba viéndome sufrir y por eso no me daba una respuesta clara.

Llegamos a Danetree con el tiempo justo para cenar rápidamente y pegarnos una ducha. A mí normalmente me gustaba pasar tiempo con el vejete de mi casa y la hora de la cena era el momento en el que más hablábamos, pero ese día habíamos quedado a las ocho en el centro y no había un segundo que perder. Casi con la comida todavía en la boca, salí de casa con muchas ganas de liarla parda y un billete de veinte libras esterlinas en el bolsillo. Esta cantidad equivalía a cinco mil pesetas, una cifra bastante superior a la que me solía gastar en casa, pero no era momento de ser roñoso la única vez en todo el año que salía de Madrid. Cada pinta de cerveza ya valía dos libras y la entrada a la disco otras cinco. Además, había que reservar otras tres libras para comer algo a la vuelta y atenuar los efectos de la resaca.

A las ocho de la tarde ya estábamos todos reunidos en el Friday's tomando una pinta. El garito estaba bastante vacío todavía, pero ya se podía ver que habían acondicionado algunas luces y quitado algunas sillas para improvisar una pequeña pista de baile y convertir el sobrio pub tradicional en discotequilla. Como había venido sucediendo durante toda la semana, Mario se sentaba con las chicas y empezaba a cotorrear con ellas mientras se tomaba una pinta. Para tratarse de un tío fuertote, este Mario era bastante marujona y disfrutaba con este tipo de charla ligera acerca de nada en concreto que tanto les gusta a las tías. Más tarde llegó Bill con

los más pequeños, a los que sentó también en la mesa con órdenes tajantes de no moverse mucho, y se unió a la conversación con Mariete y las chicas. Como el pub estaba todavía muy parado, algunos de los chavales y yo decidimos salir fuera para beber unas latas de cerveza en el cementerio. A ellos no les estaba permitido beber en el pub por ser menores, así que tenían que salir fuera si querían privar y cobijarse entre las lápidas para no ser molestados por la Policía. Yo salía con ellos para comprarles la bebida y de paso para beber yo también a precios más asequibles.

Rápidamente hicimos una colecta entre el Javi, el Henry, el Dieguito y yo, y luego ellos se metieron detrás de la iglesia mientras yo compraba la oferta de ocho latas de la cerveza por seis libras en un supermercado cercano. Al rato de sentarnos en un banco y empezar a beber, aparecieron algunas de las chicas inglesas que conocimos el viernes y se sentaron en el banco de al lado con una botella de vinacho peleón. El alcohol hizo el resto y al poco tiempo estábamos todos juntos bebiendo y bromeando. Más tarde también se nos acopló uno de los chavales ingleses con los que casi la tuvimos el otro día. Ahora era él el que estaba en minoría, así que no suponía amenaza alguna. Aun así pensamos que lo mejor sería tener el mayor número de aliados posible, por lo que le dimos una birra y lo invitamos a quedarse con nosotros.

Durante hora y media estuvimos bebiendo cerveza y hablando con las chicas en un tono más bien desenfadado. A medida que el alcohol fue haciendo su efecto, las conversaciones, las miradas y el lenguaje corporal hacían más referencias al sexo. Todos nos fuimos desinhibiendo poco a poco de nuestros complejos judeocristianos y transformándonos en primates en celo, de manera que al rato ya no solo hablábamos, sino también tocábamos y nos perseguíamos, los unos a las otras y viceversa, alrededor del banco entre risas y bramidos adolescentes.

Yo me lo estaba pasando superbién, pero cuando llegaron las nueve y media decidí que lo mejor sería volver al pub para ver qué tal le iba a Mario y de paso para convencerlo de ir a la discoteca. Esto era una pena porque el plan de botellón con las inglesitas no pintaba nada mal. Ellas ya estaban borrachas y aunque eran algo jovencillas, no tenían ni un pelo de inocentes. Por un momento me sentí tentado a quedarme allí a probar suerte, pero luego decidí que había que aspirar a algo más que a chavalitas de quince-dieciséis años. Antes de irme hablé un poco con los chavales y les dije que yo me piraba, pero que ellos tenían una buena oportunidad con las chicas. —Lo más importante —le dije al Henry— es que consigáis quedar con ellas otro día para así ir poco a poco haciéndonos un grupito de amigas. Dicho esto me despedí de todos y todas y me encaminé al pub Friday's para enganchar la juerga con el resto.

Mario seguía allí bebiendo cervezas, pero ya no estaba cotorreando con las tías, sino que sorprendentemente estaba hablando con un grupo de ingleses. Las chicas por su parte seguían sentadas en una mesa con Bill y un par de chicos españoles, Alberto y Fran, que eran más bien tranquilos. Los más pequeños habían sido enviados a casa por Bill sin más contemplaciones, porque su presencia en el pub ya era demasiado cantosa.

Me pedí una pinta y me acerqué a Mario para recordarle el tema de la discoteca. Entonces descubrí que yo también conocía de otros años a los ingleses con los que estaba hablando. Allí estaban Matty y su hermano Chris, también un tío grandote llamado Mark y la novia de uno de ellos, no podía precisar de cuál, que se llamaba Lindsey. Me hizo mucha ilusión que me reconocieran y que se acordasen de mí, y también el hecho de que ya habían convencido a Mario para ir a la disco aquella noche. Yo, por supuesto, extendí la invitación de ir a la disco a mi persona y empecé a beber pintas de cerveza para entrar en calor, a la vez que hablaba con los ingleses y rememoraba viejas anécdotas y batallitas. Siempre me acordaré de cómo conocí a estos tres tipos. Era el año 96 y mi primera noche en Inglaterra. Con mis dieciséis añitos tampoco es que hubiese salido mucho por la noche en España. No sé cómo, pero empezamos a beber juntos en el Friday's y luego nos fuimos a la discoteca de borrachera total. Allí tuvimos una pelea con unos hooligans en medio de la pista de baile y, además, ligamos con unas chicas que luego nos llevaron a su casa. En el keli Mario se lio con dos de ellas y yo con ninguna por ser demasiado inexperto y no aprovechar las oportunidades cuando las tuve. Aun así fue una noche inolvidable a las que siguieron muchas otras en compañía de nuestros amigos ingleses.

Entusiasmado por repetir una primera noche memorable en Inglaterra, convencí a la Pili y a las otras para que se viniesen con nosotros y no dar la impresión de ser una horda de tíos de cacería, sino más bien un grupo de amigos y amigas bien avenido. A las once cerraron el Friday's, así que nos fuimos, Mario, las tías, los ingleses y yo a la disco. Esta se llamaba Freddy's y no estaba muy lejos. Como discoteca dejaba bastante que desear porque era muy pequeña y bastante cutre, pero, sin embargo, la proporción chico-chica estaba bastante equilibrada. Además, las pavas estaban todas muy buenas y se las veía con ganas de juerga y cachondeo. Como el pueblo era más bien pequeño, el cien por cien de la gente pertenecía a la etnia anglosajona y no se veían negras ni asiáticas como en las ciudades más grandes. Todas las chicas eran de tipo rubicundo y más bien tirando a altas, un fenotipo bastante nórdico con el que yo, dicho sea de paso, tampoco había tenido jamás ningún éxito. Lamentablemente, yo nunca les he gustado a las nórdicas, aunque tampoco he llegado nunca a entender por qué. «¿No era que Alfredo Landa ligaba un montón con las alemanas? Pues si él sí, ¿por qué yo no? ¿Será por mi corta estatura en comparación con los bigardos locales o por un ancestral aunque disimulado racismo de la gente del norte de Europa

hacia los mediterráneos?».

En fin, aquella noche no encontré respuesta a todas aquellas preguntas y aunque intenté interaccionar con el sexo opuesto, tampoco logré acercarme demasiado a ninguna de aquellas rubias que meneaban el culo alrededor de la pista de baile. Mario también hizo su intento con una chica alta y delgaducha pero que estaba muy buena. El pobre se llevó un planchazo cuando la tía le dijo que estaba casada, tenía dos críos y no quería nada de nada. Vaya choque cultural, una chica de no más de dieciocho luciendo minifalda y desfasando en la disco y resulta que es madre de familia. Por lo visto, la vida iba más rápido allí que en España.

La falta de atención por parte de las nativas la compensé a base de beber cervezas y de hablar con nuestras propias chicas, evitando así parecer un perdedor patético y a la vez proporcionando a la Pili y las otras dos cierta cobertura para que los ingleses las dejaran un poco en paz. Matty y Mark estuvieron muy simpáticos con nosotros y la verdad es que me alegré mucho de verlos, además de porque eran muy majetes, porque eso significaba que ya tendría conocidos en Danetree cuando los españoles se fuesen. El momento de colorido de la noche lo pusieron dos ingleses al lado nuestro liándose a hostias en medio de la pista de baile sin razón aparente. Esto es bastante típico en las islas británicas, donde la cultura de las clases trabajadoras asocia irremediamente ocio con beber alcohol y esto último con la violencia.

La pelea justo al lado nuestro y la posterior intervención de los bouncers para poner orden fue la señal que necesitábamos para comprender que ya la noche no daría más de sí. Ya solo quedaba media hora para el cierre y un rápido vistazo a la pista, en la que solo había tíos borrachos, me confirmó que era el momento de hacer una retirada. Matty y el otro decidieron quedarse un rato más, pero ellos estaban en su pueblo, por lo que conocían a la gente y sabían cómo lidiar con ellos. Mario, las chicas y yo salimos del Freddy's con la sensación de que todavía estábamos a tiempo de evitar a los alborotadores de ultima hora, y decidimos comprarnos algo de comer en un kebab-furgoneta que había estacionado a la salida. Este invento me pareció de lo más curioso y mientras el turco encargado del negocio nos servía las chips, no pude dejar de admirar lo ingeniosamente montado que estaba aquel restaurante ambulante.

Una vez servidos nos fuimos comiendo las cosas mientras acompañábamos un poco a las chicas a su casa. A esas horas no había ni Dios por la calle y algunos de los ingleses podían llegar a ser realmente peligrosos cuando volvían de borrachera. Después de asegurarnos de que ellas ya estaban muy cerca, nos fuimos a dormir. Por suerte, Mario vivía cerca de mi casa, así que hicimos casi todo el camino juntos, lo cual para mí era una garantía de seguridad, mientras comentábamos las mejores jugadas de la noche. Aunque ninguno de los dos había ligado nada, habíamos disfrutado de lo lindo intentándolo, nos habíamos emborrachado

medianamente y, además, nos habíamos alegrado la vista con la multitud de rubias macizas que habían desfilado delante de nosotros durante toda la noche con su actitud provocativa.

Cuando me levanté el domingo por la mañana, me sorprendió comprobar que mis anfitriones, Janet y Danny, se habían tomado la molestia de organizarme las actividades del día para que yo no me aburriese. Por una parte me hubiese gustado más estar a mi bola y descansar un poco, pero, por otra, podía comprenderlos. Ellos eran jubilados, con hijos ya emancipados y se habían metido en esto de traer a un estudiante extranjero para distraerse un poco. Como casi no me habían visto durante toda la semana, habían decidido que dedicarían la mañana del domingo a mí exclusivamente. Janet se había puesto manos a la obra en la cocina y me había preparado un contundente desayuno británico. En general, los entendidos opinan que la cocina inglesa es mala, tan mala como la cocina de cualquier país protestante. Cuando los Lutero y Calvino de turno intentaron reformar la Iglesia de Occidente, proscribieron los placeres sensuales y por ende los refinamientos culinarios. Como consecuencia de esto, los ingleses, pueblo de muchas virtudes, carecen de gastronomía nacional decente y se dedican a comer guarrerías o platos prestados de otros países. El único plato que para mí tiene algo de gracia es el desayuno británico, consistente en dos huevos fritos con beicon, salchichas, jamón y judías blancas en salsa de tomate. Todo muy fuerte y muy industrial, el comienzo perfecto para un día de trabajo duro, como manda la ética protestante.

Después de desayunar nos subimos en el coche y Janet nos llevó hasta el centro, dejándonos en el Freddy's, el mismo antro donde hace ocho horas había estado bebiendo e intentando ligar y que ahora había vuelto a su estado natural de pub británico tradicional. Danny y yo nos metimos dentro y pedimos una pinta de cerveza. La principal afición de Danny, por no decir la única, era beber alcohol en grandes cantidades. Yo logré seguirlo a duras penas hasta la tercera pinta de Lager, aunque después me tuve que plantar y decirle que no quería beber más. No es que tres pintas, litro y medio, sea mucho, pero cuando estás de resaca y con el desayuno británico de los cojones todavía en el esófago, lo que menos te apetece es hincharte de cerveza.

Más tarde cambiamos de garito y nos dirigimos al club conservador de Danetree donde Danny tenía a toda la parroquia de los viejos borrachines. La única manera de entrar en el club era ir personalmente invitado por un socio, y aun así me hicieron firmar en un documento a la entrada. En el interior la decoración era parecida a la de un pub, pero algo más cutre, con una barra donde servían bebidas, algunos sillones y un enorme retrato de la reina Isabel presidiendo todo el tugurio. La gente que frecuentaba el pub era de clase trabajadora y no especialmente cultos o pijos, pero sí muy conservadores y patriotas. Al principio me miraron con desconfianza y hostilidad, pero rápidamente se alegraron de tener entre

ellos a un joven francés al que contar las innumerables virtudes del Imperio Británico, las veces que nos habían ganado en batalla, así como la situación de decadencia en la que el país se encontraba debido a los políticos de izquierdas, la Unión Europea y la cantidad desproporcionada de negros e indios que ahora vivían en Inglaterra.

Durante un rato intenté hacerlos comprender que yo no era francés, pero luego desistí y puse todo mi esfuerzo en tratar de tomarme la pinta de cerveza y no rabar el desayuno y la birra en la moqueta del club delante de todo el mundo. Por fin, a las dos de la tarde era hora de irse a casa, cosa que celebré con alivio. Mientras esperábamos a Janet en el centro del pueblo, Danny se metió un momento en el supermercado local. —I'm just gonna get some cat's food —me dijo, lo cual me pareció bien. Al rato salió del súper con una bolsa de plástico en la que, efectivamente, había dos latas de comida para gatos y también una botella de vodka. Al parecer algunos no habían bebido lo suficiente por la mañana y le iban a seguir dando fuerte por la tarde.

Lo primero que hice cuando llegamos a casa fue subirme al baño a cagar. Al principio iba con la intención de vomitar, pero luego decidí que cagar sería más práctico y menos desagradable. Después de este ineludible momento por el que todos pasamos de vez en cuando, me sentí un poco mejor y me acosté un rato para echar la siesta. «Hay que joderse con los domingos por la mañana —pensé justo antes de quedarme dormido—, no son ni las dos y ya voy pedo otra vez».

Me desperté sobre las seis de la tarde y me pegué una buena ducha para intentar despejarme. Luego me bajé a la cocina a por un vaso de zumo de naranja o similar con el que pudiese tragarme una aspirina que contrarrestase el dolorcillo persistente y molesto en la parte derecha de mi cabeza. Danny estaba dormido en el sillón con la tele encendida todavía, la botella de vodka medio vacía encima de la mesa y un gato sentado en su regazo. Janet preparaba algo en la cocina mientras veía la tele también rodeada de gatos. En aquella casa había gatos por todas partes, creo que tenían once en total, aunque un par de ellos desaparecieron durante mi estancia allí, por circunstancias ajenas a mi persona.

No había quedado con nadie aquella tarde, pero todos los días nos reuníamos en el Friday's los españoles, y aquel domingo con la final del mundial en juego no iba a ser menos. El bar estuvo bastante animado durante todo el partido, pero con la victoria de los gabachos, los ingleses se quedaron algo mustios y se fueron marchando paulatinamente. Como además el lunes los currantes tienen que madrugar, el sitio se fue quedando bastante vacío, por lo que decidimos entre todos que en lugar de perder el tiempo allí nos iríamos al cementerio a hacer un pequeño botellón de kalimocho. Por suerte, el día había sido bastante caluroso y como no anochecía hasta las diez, conseguimos convencer a Mario y a las

tías para que se viniesen también. Todos pusimos un par de libras, lo que al cambio eran quinientas pesetas, y nos fuimos otro y yo a comprar el vino, la Coca Cola y unas cervezas, mientras el resto buscaba un buen banco para instalarse.

Compramos solo una botella de vino y tres litros de Coca Cola, aparte de algunas birras, porque el vino era, y es, terriblemente caro en un país eminentemente cervecero como Inglaterra. El vinacho más barato venía de Rumania y era una puta mierda, aunque no lo notaríamos mucho porque lo íbamos a mezclar dos partes a una con la Coca Cola. Regresamos al cementerio a través de calles totalmente desiertas, porque los británicos se toman en serio eso del descanso dominical, y nos encontramos al volver una doblemente grata sorpresa.

Por una parte, entremezclado con nuestro grupo de españolitos había varias de las chicas del pueblo a las que ya conocíamos. Esto era bueno porque significaba que se lo pasaban bien con nosotros y que las veríamos a menudo, aumentando así nuestro círculo de amistades femeninas. La otra sorpresa eran tres chavales ingleses que también estaban allí. Uno de ellos era el solitario que se había unido a nosotros la velada anterior, pero lo mejor era que los otros dos eran los energúmenos agresivos que habían encabezado el ataque contra nosotros la primera semana. Estos dos chavales por lo visto se jactaban de ser los más chungos del pueblo, siempre dentro de la categoría juvenil, y habían venido de nuevo buscando problemas. Sin embargo, esta vez dos cosas les habían apartado de cometer el mal. Por una parte, la turbadora visión de chicas extranjeras los apaciguó un tanto, pero sobre todo, la imponente presencia de nuestro colega Mariete el Ariete los convenció de no pasarse ni un pelo.

Yo me tomé su presencia no como una amenaza o una molestia, sino como una oportunidad de estrechar alguna alianza con los nativos que pudiese ser útil en el futuro. Por esto me acerqué a ellos e intenté hablarles en un lenguaje que pudiesen entender, a la vez que ganarme su respeto. Para esto lo primero que hice fue ofrecerles una birra a cada uno y empezar a hablar con ellos acerca de lo putas que eran las tías y preguntarles si conocían a alguna que se dejase follar también por el culo. Esta mezcla de alcohol y jerga machista fue todo un acierto, y al rato estábamos charlando amigablemente como si fuésemos viejos amigos. Los dos chavales deberían tener unos diecisiete y eran de los más fuertes del pueblo en esa franja de edad. Su ocupación principal era una curiosa mezcla entre fracaso escolar, búsqueda infructuosa de empleo y matonismo juvenil. Uno de ellos se llamaba Darren y se definía a sí mismo como un ser capaz de beber una pinta de cerveza (medio litro) en dos segundos, lo cual me mostró allí mismo, porque siempre llevaba consigo un vaso para las demostraciones. Al otro le bautizamos como el Rapao, y

de él solo puedo decir que disfrutaba pegándose con otras personas.

Como la cosa iba por buen camino, para rematar la jugada me los llevé un poco más apartados del grupo y me saqué la china de costo, cortando de ella un cacho, asegurándome de que vieran bien mi bardeo, para liarme un porro e invitarlos. Esto fue el golpe definitivo, porque para ellos un tío que les invita a birras, fuma costo y lleva navaja tenía que ser a la fuerza un tío legal.

Después de hacerme amiguete de los dos cabezas de chorlito, más por interés que por gusto, pude concentrarme en beber y en las inglesitas, a las que estuve persiguiendo mientras duró el botellón con mucho entusiasmo y un éxito relativo. Sobre las once de la noche ya se nos había acabado el alcohol y tanto los ingleses como las inglesitas se habían pirado ya. Como al día siguiente había que ir al cole, y como en aquel pueblo no había ya absolutamente nada que poder hacer a esas horas, decidimos comprarnos un fish&chips en el turco y pirarnos a casa.

La nueva semana empezó con tiempo lluvioso y nuevos desafíos. Por lo visto a Bill se le había ocurrido que todos los chavales haríamos un examen final oficial, algo parecido al First Certificate, pero con menos pedigrí. Esto estaba muy bien, porque significaba ir empezando a tener una prueba material del nivel de inglés conseguido, pero también que había que estudiar y prepararse, lo cual no me hacía mucha gracia.

Debido a esto las clases de la segunda semana recibieron un pequeño refuerzo de gramática y ya no fueron tan cachondeo como las de la primera semana. Además, empezamos a preparar el «lisenin», lo cual consistía en escuchar absurdas conversaciones grabadas en una cinta de casete para luego transcribirlas a unos formularios preparados para tal efecto. Así fueron las clases de la segunda semana, en la cual tampoco hicimos nada de especial relevancia durante la tarde, aparte de jugar al fútbol en el polideportivo y acosar a algún grupito de adolescentes que pasaba por las inmediaciones.

Por las noches seguíamos la rutina de quedar en el pub Friday's a las ocho para luego hacer botellón en el cementerio. Dependiendo de lo animado que estuviese el pub, Mario y las chicas se venían con nosotros, e incluso Bill se pasó alguna vez a ver que hacíamos. Afortunadamente, también pudimos contar con la presencia de nuestro grupo de amigas inglesas que aunque eran bastante jóvenes y más bien tirando a normalitas, al menos le daban algo de vidilla y color a nuestras reuniones nocturnas.

El lunes y el martes fueron días buenos, en los que lo pasamos bastante bien bebiendo kalimocho y tonteando con las chicas. Yo, personalmente, empecé a barajar la posibilidad de atacar a dos de ellas, las que más cancha me daban, aunque todavía no me había decidido por cuál. Había una morena que se llamaba Abbey que me caía bastante bien y que

además mostraba inequívocamente interés por mí. La otra, una rubia larguirucha que respondía al nombre de Kelly, estaba algo más buena y me gustaba más que Abbey, pero, sin embargo, no tenía tan claro el tener posibilidades de ligármela.

El miércoles había planeado hacer un acercamiento todavía mayor a ambas para sondear el terreno, pero desafortunadamente ese día las inglesas no se presentaron y tuvimos que hacer el botelloncete nosotros solos. Al rato de haber llegado aparecieron un grupo de unos seis chavales ingleses, a los que no habíamos visto nunca y que venían bastante borrachos. Nosotros intentamos ignorarlos y seguir a lo nuestro, pero no hubo manera. En cuanto escucharon voces en un idioma extranjero tuvieron que venir a ver lo que hacíamos y como no, a buscar bronca. Al principio Mario y yo hicimos un patético intento de confraternización, hablando con ellos y ofreciéndoles birra mientras el resto de españoles se refugiaba detrás de nosotros. Este esfuerzo fue vano porque desde un principio su actitud y lenguaje corporal mostraba que ellos no querían beber ni hacer amigos, sino pelear. Empezamos a retroceder lentamente mientras ellos avanzaban ya a por nosotros y justo cuando el cabecilla estaba lanzando el primer puñetazo a Mario se me ocurrió una idea que nos iba a salvar de mayores problemas. Rápidamente agarré a Henry y le dije:

—Al principio del cementerio, en un banco, están Darren y el Rapao. Diles que vengan, que hay camorra.

Justo al llegar al cementerio un rato antes me había fijado que ellos estaban allí, e incluso habíamos conversado brevemente. Henry se fue y cuando ya parecía inminente la ruptura de hostilidades, aparecieron nuestros dos colegas como un torbellino y empezaron a hostiar al cabecilla de los atacantes, con el que parece que tenían ya cuentas pendientes. Los otros cinco villanos se pararon en seco y ya no parecían tan osados sin el liderazgo de su jefe. Mario y yo les hicimos frente entonces, él con su impresionante fortaleza física y yo con mi navaja, pues para ocasiones como esta la había traído, y ellos decidieron no seguir adelante. Luego Darren se puso a hablar con ellos y les dijo:

—Uot u doin lads, these guys are our mates, don't fuking mess with them, awright! —lo que fue para ellos una orden de largarse con viento fresco.

Después del conato de pelea y de fumarnos un cigarrito para templar los nervios, intentamos continuar con lo que estábamos haciendo, es decir, beber kalimocho. Además, invitamos a Darren y al otro a unirse a nosotros, en parte por agradecimiento, en parte por miedo a ser atacados de nuevo. Yo le insinué a la Pili y las otras que fuesen amables con ellos y les comiesen la orejilla un poco, pues nos habían salvado de una buena. Más tarde, cuando acabamos el Kali nos los llevamos al Friday's y los invitamos a una pinta a cada uno para reafirmar nuestra gratitud con

ellos.

Como era de esperar, al día siguiente nadie tenía ganas de volver al cementerio y encontrarse con los mismos gilipollas del día anterior. Como era jueves decidimos quedarnos en el Friday's esperando que se animase un poquillo por la inminente llegada del fin de semana. La noche no estuvo mal, Matty y Mark se pasaron un rato y gracias a eso pudimos quedar con ellos para el viernes. También hablamos un poco con algunas chicas, y jugamos un par de partidas al billar, pero en general la noche no llegó a despegar del todo.

A las once nos cerraron el pub y nos fuimos al garito de los turcos para comer algo. Como aquel día había sido algo insulso, decidí recompensarme a mí mismo pillando algo sabroso para comer en lugar de las patatas fritas con sal y vinagre que me pedía todos los días. Miré la lista de precios y pensé comprar algo caro. Por lo visto, el plato estrella de los turcos era una especie de bocadillo de carne asada en pinchos con ensalada y salsa, que ellos llamaban Kebab. De estos había varios tipos: Donner Kebab, Sish Kebab, Tavuk Kebab, Adana Kebab y algunos más. Al final me pedí el Donner, que parecía el más representativo, y observé con curiosidad cómo el turco lo iba elaborando sobre la marcha. Primero cortó unas lonchas de una enorme pieza de carne ensartada en un pincho y las puso en un panecillo. Luego acabó de rellenar el panecillo con lechuga, cebolla y tomate y, por último, lo roció con una salsa roja y otra blanca antes de servírmelo. Cogí el Kebab con cuidado y me lo empecé a comer, primero con cautela, y luego con auténtica gula. «Qué rico está esto, es contundente como una hamburguesa, pero más exótico —mientras me ponía perdido de salsa debido a la inexperiencia, ¿llegarán algún día estos kebabs a España? — me pregunté a mí mismo—. No creo, este tipo de comida rara no triunfará nunca allí».

Por fin llegó el fin de semana y con él el viernes, día mágico en el cual tenía yo depositadas la mayoría de mis esperanzas de pasármelo bien y sobre todo de ligar. Como siempre todo empezaba en el Friday's donde quedábamos a las ocho. Continuando con la tónica del día anterior decidimos permanecer en el pub en lugar de tentar al destino merodeando por el cementerio. Por suerte, Bill envió a los más pequeños a casa sobre las nueve y algo, justo cuando el sitio ya se empezaba a llenar, por lo que no nos molestaron los porteros y pudimos quedarnos tranquilamente. Al rato también llegaron nuestros colegas Matty y Mark con un nutrido grupo de amigos suyos, entre los que había alguna piba también. Mario y yo no tardamos en acoplarnos a este grupo y hacer un intento de acercamiento a las chicas, con bastante poco éxito. Esto me dio que pensar y replantearme el mito de que siendo extranjero se liga más, por aquello del exotismo y de ser distinto. Es posible que esto sea cierto en ambientes ilustrados y cosmopolitas, pero en lugares pequeños y pueblerinos, las

tías tienden a mirarte más como un bicho raro, según mi impresión.

Seguimos bebiendo en el pub un rato más y después el paso siguiente fue irse con Matty y algunos de sus amigos a una discoteca. Esta se llamaba Cat's Wiskers y estaba bastante lejos, por lo que era necesario ir en taxi. Afortunadamente, pillamos uno rápido y lo compartimos con el propio Matty y una de sus amigas que estaba cañón y nos puso a todos locos durante el trayecto.

Llegamos al garito en diez minutos, nos pusimos en la cola y esperamos un rato hasta que llegase nuestro turno. Cuando por fin nos tocó entrar, vi como Mario pasaba el primero y le paraban en el hall unos tipos enormes. «¿Qué coño hacen?», le pregunté a Matty un segundo antes de darme cuenta de lo que ocurría. «Hostia puta, lo están cacheando; y yo con un bardeo encima». Ataque de pánico, me salí de la cola ante la mirada furibunda de los porteros, y le dije a mi colega—: Sorry, I've forgotten my wallet in the taxi —lo bastante alto para que me oyese los de la puerta. Luego me alejé un poco y escondí el bardeo debajo del seto de un jardín próximo, intentando memorizar el sitio exacto donde lo dejaba para recogerlo a la salida. Cuando volví ya se habían metido todos dentro, pero por suerte no tuve ningún problema y pude pasar a buscarlos, siempre después de haber abonado las diez libras que costaba la entrada.

Una vez dentro la misma historia de siempre en todos sitios. Muchos tíos borrachos que quieren ligar, y pocas tías medio borrachas que quieren pasárselo bien y se defienden como pueden de la marea de testosterona que las asedia. Como la mayoría de los tíos no consigue lo que quiere, ahogan sus frustraciones en alcohol, lo cual aumenta su euforia y falsa seguridad en sí mismos, y los hace volver a la carga con renovadas fuerzas. Al final de este baile macabro, los tíos acabamos siempre frustrados y borrachos como una cuba; y las tías, asqueadas del sexo masculino. El único que se beneficia es el empresario que hace una caja de la hostia a base de utilizar el deseo sexual de jóvenes atontaos en su propio beneficio.

A pesar de ser plenamente consciente del proceso del que estaba formando parte, las ganas de filosofar se me quitaron al beber la primera pinta de birra. Aunque fuese estúpido, decidí pasármelo bien y representar mi papel dentro de la comedia con arte y como mandan los cánones, es decir, emborrachándome como una bestia y arrimando cebolleta a la menor oportunidad. Sin embargo, oportunidades hubo las justas, más bien tirando a ninguna. Mucho baile descoordinado y alcohol a raudales, pero ni Mario ni yo conseguimos comernos un colín, aunque tampoco lo intentamos demasiado. Es curioso cómo el alcohol, que siempre al inicio de la noche es visto como un medio para desinhibirse y aumentar la propia sociabilidad, a medida que transcurre la fiesta se va convirtiendo más en un fin en sí mismo y se acaba bebiendo por beber. A las tres de la mañana, cuando ya se disponían a cerrar la disco,

empezamos a sospechar que nuestros nombres no figuraban en la lista de los triunfadores aquel día, así que decidimos dar la faena por concluida y pirarnos al keli.

Desgraciadamente, nos fue imposible encontrar un taxi libre, así que tuvimos que andar un par de kilómetros hasta llegar a Danetree. A mitad de la caminata nos quedamos flipados cuando vimos que empezaba a amanecer y como yo no llevaba reloj supuse que debería ser tardísimo. Esto me preocupó bastante, porque al día siguiente teníamos que estar a las nueve en el cole para nuestra excursión semanal y Bill no nos perdonaría que llegásemos tarde o no llegásemos. La excursión era sagrada y se podía ir de resaca, de empalmada o con un palo metido por el culo, pero había que ir.

Mario se rio un rato de mis quejidos y mis paranoias. Después me recordó que Inglaterra está dos mil kilómetros más al norte que Madrid, y que debido a esto las noches de verano tienen muy pocas horas de oscuridad.

—No te preocupes, solo son las cuatro y media.

—¿Sí? Cómo es posible si casi es de día.

—Joder, qué ignorante eres. Cuanto más al norte los días son más largos y las noches más cortas. Eso en verano; en invierno, al revés.

—Ah, pues sí que son cortas, sí.

—Pues imagínate en el Polo Norte, siempre de día o siempre de noche.

—¡Qué más da, si ahí no vive nadie más que los pingüinos!

—Solo era un ejemplo para que lo entendieses mejor.

—Creo que voy a rabar...

—¡Venga, no me jodas y camina, que al menos quiero dormir un par de horitas!

Cuando finalmente llegué a casa, miré el reloj con preocupación y vi que eran las cinco. Me quité las zapatillas y me tiré directamente en la cama vestido, para dormir las tres horas que tenía de reposo hasta las ocho.

Me levanté con un dolor de cabeza de la hostia y muy mal cuerpo. Eran la ocho y veinte, por lo que tenía que darme prisa si no quería llegar tarde a la excursión. Como ya estaba vestido y no tenía ninguna gana de comer, todo fue muy fácil; simplemente me fui al cuarto de baño donde meé, me lavé los dientes, la cara y me eché desodorante así sin ducharme ni nada. Eso era más que suficiente para la estúpida excursión de turno. Después

recogí el lunch que me había preparado Janet y lo metí en mi mochila, así que ya estaba listo para salir de casa. Esta vez el paseíllo hasta el cole se me hizo más largo porque estaba destrozado y cuando finalmente llegué, me alegré un montón de que el autocar ya estuviese allí porque me metí en él a dormir sin ni siquiera dar los buenos días a nadie. Me pasé el resto del día haciendo una única cosa: luchar contra la resaca.

Afortunadamente, la excursión de la semana era a un centro comercial enorme en Milton Keynes, en el cual los demás muchachos se dedicarían a gastarse los cuartos comprando regalos para la familia mientras yo vegetaría sentado en un banco. Dentro de lo malo debería agradecer que por lo menos allí no tuviera que pasarme el día andando si no quería y siempre habría un retrete a mi disposición para plantar un pino resacoso si era menester.

Durante el trayecto en bus intenté dormir, aunque aferrando con mi mano una bolsa de plástico por si acaso tenía que trallar. Una vez llegamos y dejamos bien claro el punto de reunión para la tarde yo me senté en un banco y les rogué a los demás chavales que pasasen a buscarme en un par de horas. Durante ese tiempo me compré un zumo de frutas para hidratarme y acompañar la aspirina que necesitaba, y también planté el antes mencionado pino en el baño. Cuando por fin me reencontré con los demás, ya me encontraba mucho mejor y pude seguir con la excursión casi con toda normalidad.

Gracias a Dios, a las seis de la tarde ya estábamos en Danetree de nuevo y me pude echar una pequeña siesta antes de la salir. De hecho, le pedí a Janet que no me hiciese nada de comida, inventándome la excusa de que iba a asistir a una cena por la noche, cuando en realidad lo único que quería era dormir tranquilo al menos un par de horas. Me levanté sobre las ocho y me duché para despejarme. Luego me vestí, cogí pasta y marché una vez más al encuentro de mis compañeros en el Friday's, pasando por la tienda de los turcos para comprarme algo de comida. Por el camino me había topado con varios grupos de adolescentes borrachos y camorristas, a los que había evitado dando algún rodeo o cambiando de camino, y esto había hecho que la idea que tenía de ir al cementerio con los chavales fuese rápidamente desechada. No sabía qué pasaba ese año, pero los mierdecillas locales, chavales de quince y dieciséis años, nos estaban dando muchos más problemas de lo que yo había esperado.

Después de acabarme el fish&chips que me había comprado, sentado en el banco que había cerca del Friday's, me metí dentro y me reuní con mis compañeros para iniciar una noche que sería bastante parecida a la anterior. Muchas cervezas en el pub y luego a la disco con Mario, Matty, las pibas y más gente. Allí, mucha tía buena; versiones tecno de canciones conocidas, incluida la canción mundialera del por entonces ídolo de masas Ricky Martin, y sobre todo más cerveza. Esto hizo que acabásemos la noche bastante perjudicados pero felices de no tener que

madrugar al día siguiente.

El domingo dormí hasta la una de la tarde y solo me levanté cuando Janet me avisó de que la comida estaba lista. De nuevo había preparado el tradicional desayuno británico, pero esta vez me sentó mucho mejor porque la resaca era mucho más leve y, además, no me vi obligado a regarlo con varios litros de cerveza. Danny a mi lado me contaba varias historietas inconexas sobre cuando sirvió en la marina mercante y mientras yo lo escuchaba, ambos mirábamos de reojo la tele. Cuando me acabé el desayuno me subí a mi habitación para holgazanear un poco, ordenar mi ropa y también para visionar alguno de los videos porno que me había traído de España. Desgraciadamente, por ahora eso sería lo más cerca que había estado del sexo desde que había llegado a Danetree. Esta situación tenía que cambiar costase lo que costase, pues en el momento en el que se fuesen los españoles de vuelta, mi vida social se vería dramáticamente reducida y con ello las posibilidades de conocer tías nuevas.

Pensando en lo que había fallado los días anteriores, resolví que había que trabajar más en el área del parque y menos en la disco. Ahora lo veía claro, en la discoteca todas las tías eran mayores o como mucho iguales a mí en edad. En cierta manera yo era muy niño para la inmensa mayoría de ellas. Una chica de veinticinco no se va a sentir atraída lo más mínimo por un chaval de dieciocho como yo, que además no tenía nada especial que ofrecer. Moreno de pelo aunque paliducho de piel, bajito en un país de altos, delgadito en un país de fuertotes y, además, sin un puto duro. Lo mejor que podía hacer era ser realista y poner todas mis esperanzas y esfuerzos en el grupo de edad que me correspondía naturalmente, es decir, las chavalas de quince a diecisiete.

Esto era una resolución que no podía haber tomado en mejor día. Durante toda la semana Bill nos había estado convenciendo para que ese domingo fuésemos a una fiesta light que había en el Leisure Centre local. Esta fiesta era como una discoteca en la que no se servía alcohol, no se permitía la entrada de mayores de diecisiete y cerraba a las diez de la noche. Podía entender las razones de Bill para querer que los pequeños fueran allí. En su inocencia él pensaba que en una fiesta sin alcohol, el grupo estaría más seguro y él podría retirarse temprano a casa a descansar un poco sin temer que ninguno de sus pupilos fuese apaleado por borrachos violentos.

Mario no iba a venir porque lo habían invitado Mark y los otros a asistir a un partido de fútbol en Coventry. Las chicas se quedaban todas a dormir en casa de una de ellas, por lo que tampoco iban a aparecer por allí. Esto me dejaba a mí con todos los chavales menores de edad en la disco light. Yo en principio tampoco quería ir, pero después de pensarlo un poco

comprendí que podía merecer la pena echar un vistazo.

Como la fiesta empezaba a las siete y duraba hasta las diez más o menos, a las seis quedamos todos en el centro y les compré unas birras para beber un poco de alcohol antes de entrar. En total éramos siete tíos. Aparte de mí estaban el Henry, el Javi, Dieguito, Fran, su primo Alberto y un chaval de León bastante pueblerino al que llamábamos Alfredu. Todos tenían dieciséis o diecisiete años, así que les dije que no tuviesen miedo de intentar ligar con todas las tías que pudiesen sin importar su edad. Para mí la cosa era diferente al ser ya mayor de edad, no porque me fuesen a denunciar ni nada, sino porque liarme con una tía de catorce sería totalmente patético y humillante.

Cuando acabamos las latas de cerveza nos metimos en el Leisure Centre, donde Bill ya estaba esperándonos. La disco era dentro de una especie de salón de conferencias grande, habilitado para la ocasión con luces discotequeras y una barra para servir refrescos. En las puertas del sitio montaban guardia dos bouncers enormes a los que Bill se acercó y se presentó como el director de un grupo de estudiantes extranjeros que deberían ser protegidos con especial cuidado. Los gorilas debieron pensar que Bill era un pez gordo, porque también lo habían visto hablar con el director del Leisure, así que le aseguraron que no tenía nada de lo que preocuparse. Estas palabras le sonaron a Bill como música celestial, porque estaba deseando irse a casa a relajarse un poco por primera vez desde que llegamos allí. —Chencho —me dijo—, a ti te dejo a cargo del grupo. Aquí dentro del Leisure estáis seguros, así que no salgáis por ahí. En la fiesta hay chavalas y seguro que lo pasáis muy bien. Cuando se acabe, que se vayan todos a casa.

—A la orden —le dije, y él se marchó más contento que unas castañuelas. Por desgracia, antes de irse Bill también le había dicho a los bouncers que yo era el monitor del grupo, que cualquier problema me lo consultasen a mí y también que era mayor de edad. Así cuando nos dispusimos a entrar, el bouncer me paró en la puerta y me dijo amable pero firmemente:

—Sir, you can't go in if you are over seventeen.

Por suerte, en el Leisure Centre también había un bar donde los padres que venían a recoger a los niños de natación o los que acaban de entrenar podían tomarse tranquilamente una cerveza. Allí me quedé yo solo con una pinta y fumándome un cigarrillo mientras los otros chicos entraban en la discoteca a divertirse. Al rato apareció el Javi y se sentó conmigo para contarme cómo iba todo, cuántas tías había dentro y cómo iba la cosa en general. Esto me dio una idea. Como Bill me había nombrado el jefe, decidí que sería como Al Capone cuando estaba encarcelado, es decir, manejaría todos los hilos de la fiesta desde mi exilio en el bar.

—Toma nota —le dije al Javi—. Estaría genial que de vez en cuando viniese uno de vosotros a informarme de todo lo que pasa dentro y los progresos que vais haciendo. Para esto podéis turnaros, aunque el siguiente que venga quiero que sea el Henry, con un informe exhaustivo de todas las tías que hay en la fiesta.

Al Javi le pareció bien y un rato después de que él se fuese vino el Henry a contarme cómo iba todo. Las buenas noticias eran que muchas de las tías que conocíamos del cementerio estaban allí; y las malas que muchos de los mierdecillas locales con los que habíamos tenido problemas, también.

Este sistema de informes periódicos funcionó bien durante la siguiente hora y como realmente una fiesta light no es muy divertida, casi todo el rato tuve alguno de los chavales hablando conmigo y contándome cómo iba todo. Después de ese tiempo decidí que había que empezar la fase dos de mi plan, por lo que le dije a Henry cuando le tocó venir:

—Henry, tú sabes quien es Kelly, la rubita, ¿no?

—Sí, la que está buena.

—¿Tú crees que podrías traértela aquí o decirle que suba?

—No sé, será chungo, pero lo intentaré.

Dicho y hecho, al rato de irse volvió con Kelly y otra amiga suya a mi cuartel general. Los tres se sentaron conmigo y empezamos a hablar de bastante buen rollo. Sorprendentemente, las chicas estaban muy simpáticas y hasta diría yo que algo achispadillas. «¿Cómo es posible si era un a fiesta light?». En fin, eso me venía mejor a mí. Durante los siguientes quince minutos todos mis esfuerzos se encauzaron a conseguir que el Henry se llevase a la amiga de Kelly por ahí para que yo me quedase solo con ella. Para esto el Henry estaba más que dispuesto, pero no así las chicas que no querían separarse, y que nos torearon durante un buen rato. Cuando la situación se hizo insostenible, ellas se largaron dejándonos a los dos allí tirados.

Pero no me desesperé y repetí la misma jugada, esta vez con otra chica que se llamaba Abbey. Ella vino sola y bastante más contenta que las otras dos. Al final, después de hablar un poquillo con ella y comprarle algo de beber, le pregunté si habían estado tomando alcohol en la fiesta. Ella me contó que algunos tíos habían llegado bastante borrachos y que incluso habían conseguido meter priva dentro.

Esto me preocupó bastante, porque significaba que los chavales podían tener problemas, pero decidí no desviarme del asunto que estaba tratando. «Vale, primero me como a Abbey y luego ya si eso bajaré a

ver», pensé mientras me iba acercando disimuladamente a ella. Durante un par de minutos más la situación evolucionó favorablemente. Para empezar ella no se había ido, lo cual siempre es una buena señal, y además parecía disfrutar estando allí conmigo. Se reía con mis gracias, se tocaba el pelo a veces, me miraba y sonreía. Me parece que en algún sitio había leído que las pupilas de las mujeres se dilatan un poco si les gusta lo que ven, así que me acerqué más para ver si apreciaba algún cambio. Bueno, a primera vista no había ninguna diferencia, pero todo lo demás iba bien. Marilyn una vez dijo que un hombre pagaría más de un dólar por saber lo que una mujer estaba pensando, o algo parecido. Yo en esos momentos críticos hubiese pagado mucho más para saber lo que Abbey estaba pensando. «¿Me lanzo? Todavía no. ¿Espero un poco más? ¿Qué hago?».

En ese momento llegó el Henry de nuevo, pero esta vez con muy mala cara. «No, por favor, ahora no, no me jodas que ya estoy a punto». Él me miró y antes de abrir la boca ya sabía más o menos lo que me iba a decir:

—¡Tienes que venir, les están dando!

Salimos a toda prisa del bar y entramos en la fiesta a toda hostia. Allí vimos que un grupo de chavales estaban amenazando y conteniendo a los españoles mientras otros tantos estaban pegando patadas a uno de los nuestros que estaba en el suelo. Rápidamente cargué contra el que parecía estar llevando la iniciativa y lo tiré al suelo de un empujón en el que puse todo mi peso. Los otros mierdecillas se revolvieron contra mí, y ya estaba pegándole una galleta a otro cuando de repente los bouncers aparecieron y nos separaron también a empujones. Por lo visto, dos de los chavales ingleses habían fingido montar bulla fuera para distraer a los gorilas mientras el resto se ensañaba con el pobre Fran, que ahora yacía en el suelo con un ojo morado.

La cosa no acabó allí porque el chaval al que yo había tirado al suelo, un individuo rubicundo y larguirucho que apenas tenía quince años, se empezó a pelear allí mismo con los porteros. No sé lo que habría tomado el chico, pero estaba totalmente fuera de sí, como si fuese un berserker de las sagas nórdicas. Los porteros, hombres enormes y cachas, tenían serios problemas para controlarlo y lo malo es que mientras tanto sus compis siguieron intentando agredirnos. Yo repartí algunas hostias como pude, pero eran muchos. Hubo un momento en que nos tuvimos que salir del salón corriendo mientras empujábamos y pegábamos a los agresores para abrirnos paso. «¡Defendeos, cojones!», les grité a los demás mientras montábamos un jaleo impresionante en el hall del Leisure Centre, entre monitores deportivos y padres que venían a recoger a sus hijos. Por suerte, alguien llamó a la Policía porque si no, nos hubiesen linchado allí mismo. Entonces los empleados del Leisure nos dijeron que entrásemos en el bar y cerraron las puertas a cal y canto con nosotros

dentro. Fuera dos patrullas de policía intentaban controlar a una jauría de veintitantos adolescentes ingleses que borrachos como cubas gritaban:

—Death to the foreign pigs!

Durante media hora estuvimos allí encerrados mientras la situación se calmaba. La Policía se llevó a los que parecían ser los cabecillas del ataque a comisaría; el tío larguirucho, que se llamaba Josuah, y un chaval mulato que se llamaba Jerome y al que nosotros apodábamos el Teleñeco por lo feo que era. Lo que más me preocupaba de todo esto es que ahora me había creado enemigos en el pueblo, los cuales seguirían por allí cuando los españoles se fuesen. A ambos chavales les conocíamos de vista, e incluso al Josuah le había dado un cigarro una vez. Al Jerome, todavía peor, lo conocía del año anterior. Antes solo había desconfianza, pero después de haber tirado a uno al suelo y haberle pegado un puño al otro esa noche, estaba claro que ahora iban a ir a por mí.

«Hay que joderse con lo agresiva que es la peña en este villorrio», pensé consternado mientras intentaba poner un poco de orden y calma entre los chavales. Por lo visto, la población de Danetree todavía tenía bastante sangre vikinga corriendo por sus venas, como bien habíamos tenido la ocasión de comprobar aquella noche. No es de extrañar, pues hasta el mismo nombre del pueblo, Danetree (el árbol danés o el árbol del danés), era de origen escandinavo. Para más evidencia, el escudo de la villa tenía dibujado un vikingo enarbolando un hacha de combate sobre un letrero que ponía:

«Dane tree sigillum».

«¿A quién se le ocurre venir a estudiar a un pueblo con un escudo así?», me preguntaba mientras me imaginaba a aquel vikingo, tatarabisabuelo de nuestros atacantes, avanzando sigilosamente con el hacha en la mano dispuesto a meter un truco al primer incauto que se pusiese en su camino. Más tarde me enteré de que sigillum en latín no significaba ☐sigilosamente☐no ☐sello☐pero aquella noche no iba a poder evitar soñar con vikingos sigilosos atacándonos sin cuartel.

Después de la pelea en el Leisure Centre, la vuelta a casa fue una odisea. A las once de la noche los empleados del mismo, que hasta entonces habían sido de lo más amable, empezaron a insinuar que tenían que cerrar el garito y, por tanto, teníamos que irnos. Fuera, en teoría, la Policía había dispersado a nuestros agresores, o por lo menos los estaba reteniendo para que no montasen más bulla.

Una posibilidad habría sido llamar a Bill para que viniese con el coche y nos llevase en un par de viajes a todos a casa. Eso si yo hubiese sido lo suficientemente previsor como para apuntarme el teléfono de la señora con la que se hospedaba. Como esto no era el caso, nuestra única opción

era aventurarnos en las oscuras y desiertas calles de Danetree, esperando no encontrarnos con la marabunta enfurecida que nos quería linchar.

A las once y media decidimos salir a probar suerte y abandonamos la seguridad del Leisure por la puerta trasera. Decidimos también que no nos separaríamos, sino que nos mantendríamos todos juntos hasta salir del centro y luego acompañaríamos a los más jóvenes a sus casas. Unos metros delante del grupo principal iba yo, como si fuese un explorador, con la finalidad de detectar a tiempo la presencia de posibles enemigos. En la retaguardia del grupo iba el Javi, también con el cometido de vigilar para que no nos sorprendiesen por detrás. En caso de que nos encontrasen, poco podíamos hacer media docena contra veintitantos, pero aun así no nos pillarían desprevenidos.

Por suerte, no encontramos a nadie, ni amigo ni enemigo, durante el camino a casa. Primero fuimos hasta el barrio donde vivían algunos, luego a otro barrio donde dejamos a otros y, finalmente, Alberto y yo nos volvimos al Southbrook, que era el área donde ambos vivíamos. Una vez en casa me fumé dos cigarros seguidos para calmar los nervios y me fui a dormir como buenamente pude.

El lunes por la mañana no pudimos evitar que Bill se fijase en el ojo morado de Fran, así que no tuvimos más remedio que contarle toda la verdad. El hombre se cabreó bastante y todos podíamos entender sus razones. Durante el curso su mayor preocupación todos los años era el evitar volver a España con algún alumno herido o magullado y tener que dar explicaciones a sus padres, y eso era justo lo que iba a ocurrir si el moratón tardaba mucho en curarse.

Afortunadamente, y también justamente, no nos echó las culpas a nosotros, sino que cogió a Fran y se lo llevó directamente a la comisaría de Policía a poner una denuncia. Su sorpresa fue mayúscula cuando allí le dijeron que el individuo que causó el moratón había denunciado al propio Fran y también a los porteros que lo redujeron. Por lo visto, en Inglaterra era algo muy grave pegar a un menor por mucho que este se mereciera dos hostias y por eso los bouncers estaban metidos en un lío. Fran por su parte no tenía por qué preocuparse, porque también era menor, y yo por la mía me alegré de que el Joshua este se hubiese olvidado de denunciarme a mí también. Con mi mayoría de edad y mis antecedentes en España hubiese sido un problema gordo el ser acusado de «peganiños». Por suerte, y gracias al alcohol y las drogas, una oportuna laguna en la memoria de nuestro joven amigo me evitó males mayores.

Ahora podía entender por qué habíamos tenido tantos problemas con los mierdecillas locales. No era de extrañar en un país donde los menores hacen lo que les viene en gana con total impunidad. La falta de disciplina y respeto a la autoridad en casa, la escuela y las calles habían ido creando una generación de pequeños monstruos sin respeto por nada, que

empezaban a ser conocidos como «Yobs», «Yobbos», «Hoodies» y multitud de otros apelativos.

¿Cómo describir a los Yobs que tantos disgustos me han dado durante mis estancias en Inglaterra? Más que una tribu urbana son una subcultura juvenil surgida de la cultura del alcohol y la violencia británica durante finales de los noventa. En la práctica, los Yobs son grupos de adolescentes blancos, provenientes de clases bajas y familias desestructuradas, que se dedican a beber alcohol y drogarse como bestias para luego divertirse destruyendo cosas, agrediendo a personas y llevando el caos al centro de las ciudades durante sus juergas nocturnas. Eso ya lo hay en España y en otros muchos sitios, pensará el profano y se equivocará por varias razones:

Para empezar, podemos decir que en Madrid la violencia y la embriaguez también suelen ocurrir, pero en mucha menor medida y de forma diferente. En la Inglaterra de los Yobs, la violencia es un fin en sí mismo y aparece siempre como parte indispensable de la juerga. Otra diferencia es que en Madrid la violencia siempre estaba dirigida hacia algo o alguien en concreto. Los fachas, los nazis, los rojos, los negros, la madera... Los Yobs, sin embargo, actúan de manera errática, indiscriminada y totalmente fuera de control. Lo mismo da agredir a otros Yobs que a sus propios amigos, un viandante, una anciana o quemar un coche. La violencia cambia de propósito y ya no es una manera de herir o dañar al ser o la cosa odiada, sino en una forma de divertir al que la practica.

No pretendo hacer un estudio sociológico, pero después de mucho pensar en el tema he llegado a la conclusión de que la cultura de los Yobs británicos es, aparte de la existencia de abundantes genes vikingos, consecuencia de la cultura de la madre soltera adolescente convenientemente mezclada con una nueva moda pedagógica consistente en no castigar a quien bien se lo merece.

La cultura de la madre soltera adolescente se da en Inglaterra cuando miles o cientos de miles de chicas jóvenes deciden voluntariamente traer hijos al mundo a pesar de no tener pareja. Ojo que no me refiero a que a una pobre chica la abandone un cabrón irresponsable, se divorcie o se quede viuda, sino que ella decide cuando apenas es una mujer, con diecisiete o dieciocho años, quedarse preñada de cualquiera y hacerse cargo de la criatura ella sola. ¿Por qué hacen esto? La razón está en los jugosos beneficios estatales que el Gobierno de este país les da a las madres solteras, desde una casa gratis hasta un sueldo mensual. Muchas jóvenes ven en estas ayudas una forma de vida alternativa a trabajar, seguir una carrera profesional y pagarse una hipoteca. La consecuencia es que chicas de apenas treinta y pocos se ven de repente como madres de adolescentes a los que nunca han dedicado demasiado esfuerzo en educar y que empiezan a ser incontrolables. Si manejar a un adolescente ya resulta difícil siendo dos, un padre y una madre hechos y derechos, para

una chica sola el trance resulta todavía más difícil. No quiero sonar ni machista ni tradicionalista, pero sé por experiencia personal que una madre y un padre juntos pueden hacer una fuerza muy efectiva para controlar al animal irracional y problemático en el que se convierten muchos adolescentes. Como ejemplo no hay más que verme a mí. Para acabar de joder la cosa, los chavales que en casa carecen de figura paterna y casi hasta de materna se ven inmersos en un sistema educativo donde está prohibido castigar y en una sociedad donde los menores de edad son intocables y pueden saltarse a la torera cualquier norma sin ningún tipo de consecuencias.

Todo esto ha de ser visto de manera agregada. Habrá casos individuales de hijos de familia desestructurada (pues eso es una madre soltera que tiene hijos solo para recibir un beneficio económico) que acaben siendo obispos de lo buenos que son, e hijos de familias estabilísimas que acaban como los tipos que conocí cuando estuve detenido. Visto desde un punto de vista estadístico, sin embargo, no es descabellado sugerir que los que provienen de familia desestructurada tienen más probabilidades a priori de ir por el mal camino.

Después de todo este razonamiento llego a la conclusión de que los Yobs no tienen la culpa de ser como son, pues son un producto de la sociedad, y lo que me resulta más aterrador, me doy cuenta de que yo, Chencho, también he sido un Yobbo. Un Yobbo, eso sí, con un padre que tenía mala leche, que no dudaba en abroncarme cuando hacía algo mal, con unos profes que me arreaban alguna que otra hostieja y en una sociedad en la que todavía había algo de respeto por los demás. Un Yob sí, pero vigilado de cerca y dirigido por el buen camino, arropado por un ambiente sano y sin problemas de dinero. Habría que haberme visto si no hubiese nacido en el seno de una familia de cuello blanco y clase media.

Siguiendo con la descripción de los Yobs, podemos decir que se les suele encontrar en los council states, barrios de viviendas baratas que el gobierno local arrienda a las familias pobres, generalmente madres solteras, para que allí puedan criar a su basura blanca o a veces mulata hasta que se convierten en Yobs y pasan a dedicarse a fracasar en los estudios, apuntarse en el paro, vivir del Estado e iniciar una vida delictiva, por este orden. Los Yobs no respetan nada e imitan con poca gracia la cultura hip hop americana, ataviándose con gorras de béisbol, capuchas, cadenas de oro y ropa deportiva en general.

Pues con la poca simpatía que sentía por estos putos Yobs me iba a tocar aguantarlos durante un par de meses más si decidía quedarme en Inglaterra. Por primera vez, empecé a plantearme la idea de que igual sería mejor volverme a España con el resto de la tropa y olvidarme de este país de adolescentes insufribles. ¿Cuál era la razón para quedarse si no se podía ni tan siquiera salir a tomar algo por la noche sin el temor de

ser apaleado gratuitamente?

Decidí que me lo pensaría durante toda la semana siguiente y tomaría una decisión según cómo evolucionase la situación. Mientras tanto, me tocaba centrarme en el examen de Inglés que llegaría al final del curso.

Otro desafío llegó por la tarde, cuando después de las clases y los deportes teníamos que decidir qué hacíamos esa noche. A muchos no les apetecía salir después de lo que había pasado el día anterior, y de hecho acordamos que durante un día o dos volveríamos a nuestra vieja táctica de evitar el centro y el cementerio hasta que se calmase la situación. De hecho, aquel lunes nos fuimos todos al Peppermill, nuestro remanso de paz, y pasamos la tarde bebiendo cervezas y mirando con aprensión a cualquier inglés que se acercase a menos de tres metros de nosotros.

Esta tónica se mantuvo durante toda la semana, si bien se fue diluyendo paulatinamente, sobre todo cuando nos enteramos que la mayoría de nuestros atacantes provenían de Stefen Hill y The Grange, dos barrios alejados, y que solo se dejaban caer por el centro muy de vez en cuando. A partir del miércoles volvimos otra vez por el Friday's y el cementerio, y comprobamos que más o menos todo estaba tranquilo. El punto negativo es que nuestros conocidos ingleses, tanto las chicas como Darren y el Rapao, se habían dispersado y no fuimos capaces de encontrarlos. El jueves volvió a suceder lo mismo, así que acabamos comprando un montón de cervezas y haciéndonos un botellón nosotros solos en el cementerio. Una vez más no vimos a nadie conocido, aunque tampoco fuimos molestados por ningún alborotador.

Todo esto me parecía bastante deprimente, porque me había intentado currar bastante el tema de conocer gente para no estar solo y ahora, a casi una semana de que los españoles se fuesen, todos los conocidos se habían volatilizado como por arte de magia. Mario y yo nos pasamos también por el Friday's un rato para ver si estaban Matty y Mark, pero nada, estos tampoco daban señales de vida desde la última vez que les vimos el finde pasado. De nuevo me empecé a preguntar si merecería la pena quedarse en este pueblo un par de meses más yo solo. Todo indicaba que no, que lo mejor sería volverse con el resto de los españoles, pero durante el fin de semana sucedió algo que me hizo cambiar de idea.

## **FARAH**

Aquel viernes veinticuatro de julio me levanté pensando que iba a ser probablemente mi último finde en Inglaterra. Lo había estado pensando toda la noche y había decidido que el lunes como muy tarde le

comunicaría a Bill mi intención de volverme con ellos a España para que me reservase un vuelo en el mismo avión. Siendo realista, no tenía ningún sentido quedarse en un pueblo donde los amigos eran pocos e impredecibles, los enemigos muchos y donde tampoco me había planteado cómo ocupar mi tiempo. Trabajar, eso había pensado cuando estaba en Madrid, pero ahora no me imaginaba de qué ni cómo conseguir un empleo. Por si fuera poco, el dinero que me quedaba era escaso, ni por asomo suficiente para pagar dos meses de alquiler a Janet.

Con esta idea en mente pasé las clases de la mañana y los deportes del medio día. Ahora el plan era divertirme ese último fin de semana a muerte, hacer bien el examen para el diploma de inglés y meterme en el avión el jueves siguiente con destino a Madrid. Por alguna extraña razón no le comuniqué mi decisión a Janet e incluso durante la cena le dije que todavía no había decidido nada. Después de papearme el roast beef que me sirvieron, me pegué una ducha. Cuando me estaba vistiendo recibí una llamada telefónica que cambiaría las cosas.

—Chenchou, Chenchou, there's a phone call for you!

«¿Qué, una llamada para mí? ¿Quién cojones será?». Cogí el teléfono y era el Dieguito.

—Chencho, tío, hay una chica aquí que está preguntando por ti.

—¿Una chica, quién, la Pili, la Vanesa?

—No, una chica desconocida que nos pregunta por ti. Dice que si vas a venir.

—Espera un momento. A ver, primero, ¿dónde coño estáis?

—Estamos en el centro, enfrente del Friday's. Yo estoy en una cabina y hay una chica que quiere conocerte. ¿Te acuerdas de la Hindú?

«¿La Hindú? Retrocedamos un día en el pasado», me dije a mí mismo. Podía recordar que había estado sentado en los bancos que hay enfrente del Friday's con todos los españoles. De repente pasó por delante de nosotros una chica muy morena, como india, pero india de la India, no de los comanches. Todos nos quedamos mirándola, porque estaba buena, aunque era un poco flaca. Debía de tener unos veinte años. Me acuerdo de que yo le dije algo y ella me ignoró, al igual que habían hecho todas las chicas antes que ella. Una de esos miles de tías buenas que pasa dos segundos por la vida de uno y luego se desvanece en el olvido. No le di más importancia y me centré en lo mío, que era reunir el dinero para ir a

comprar las cervezas al supermercado.

La casualidad quiso que cuando un cuarto de hora más tarde volvíamos de allí Alfredu y yo cargados con las bolsas, nos la volvimos a encontrar caminando por la calle. De nuevo le dije algo: «Do you wanna join in da party?», o algo igual de patético. De nuevo fui ignorado y esa fue toda la historia.

—A ver, Diego, ¿dices que la Hindú está allí y pregunta por mí?

—Sí.

—Vale. ¿Tú te crees que yo soy gilipollas y me lo creo? Mira, siento llegar tarde, pero es que tenía cosas que hacer. ¡Idos a gastar bromitas a vuestra puta madre!

—Que no, joder, que está aquí.

—Que se ponga. —Al momento oí una voz de chica que murmuraba algo en inglés y se reía.

—Diego, voy para allá. Dile que no se vaya. Ah, y como sea una coña os mato.

Colgué el teléfono y me empecé a vestir rápidamente con una mezcla de excitación y aprensión. «Una chica quiere conocerme, ¿por qué?», me preguntaba. «Lo más probable es que todo esto sea una broma, seguro que es una broma de estos cabrones», me repetía una y otra vez. Bueno, eso era bastante probable, pero no la única posibilidad. Por una parte, podía ocurrir que simplemente yo le hubiese gustado a una piba y quisiese conocerme. Contemplando esto tuve especial cuidado en escoger mi ropa, peinarme con gomina y lavarme los dientes para tener aliento fresco. Otra posibilidad era que, justo al contrario, mis piropos e insinuaciones la hubiesen ofendido. En este caso, igual se había propuesto volver para decirme cuatro cosas y humillarme delante de mis amigos. Quién sabe, igual era una de esas feministas de armas tomar que disfruta castrando hombres.

Bueno, eso tampoco tenía mucha lógica porque de ser así, ya me hubiese vapuleado ayer sin esperar a hoy. Peor aún, igual se había sentido insultada por mis babeos y se había traído con ella a su novio, hermano o marido, quien convenientemente oculto detrás de un seto aguardaba a mi llegada para hincharme a hostias. Eso tenía más sentido, teniendo en cuenta el carácter étnico de la moza que bien podía ser india, iraní o incluso árabe. El padre, los hermanos, los moros, quién sabe a qué barbudos y atezados jenízaros tendría que enfrentarme solo por el simple

hecho de haber dicho hola a una tía que pasaba por la calle.

Pues eso no iba a permitirlo o por lo menos no me cogerían desprevenido. En mi bolsillo derecho me metí mi navaja y en la otra mano decidí llevar una botella de cerveza vacía que también podría ser usada como arma. En cuanto viese algún tipo sospechoso las blandiría una en cada mano con gesto amenazador y según fuese o fuesen de fuertes optaría por luchar, huir o implorar clemencia.

Así, sin saber muy bien si iba a una cita o a las cruzadas, me lancé a la calle y caminé diez minutos hacia el centro mientras me ponía cada vez más nervioso. Otra idea que me vino a la cabeza es que la chica no estuviese interesada en mí, sino en mi acompañante, Alfreditu, el gañán leonés. Si eso era así y a mi llegada me los encontraba liándose delante de todo Dios, aprovecharía la navaja para hacerme el hara kiri y dejar este mundo antes que sufrir la humillación de ser derrotado por un pastor de cabras. Bueno, lo que tuviese que ocurrir lo vería en un minuto, pues ya doblaba la esquina y entraba en la calle principal, en la que estaba el Friday's.

Cuando me acerqué vi que efectivamente la chica hindú estaba esperando mi llegada en medio de la calle. En cuanto me vio, ella también se puso a caminar en mi dirección, por lo que por fin estuvimos frente a frente, a una distancia prudencial de los españoles, quienes nos miraban con mucha curiosidad. Como no sabía qué decir me limité a saludar al tiempo que comprobaba que ella estaba sola. Mis sospechas eran infundadas, pues no había ninguna presencia amenazadora alrededor. Luego me di cuenta de que estaba sujetando un casco de botella con mi mano izquierda y que eso no daría muy buena primera impresión. Como ya era tarde para tirarlo, lo disimulé lo mejor que pude y me dispuse a entablar conversación.

—Hello, how are you?

—I'm fine thanks. My name's Farah. Yours is Chench, right?

—Yes. My name's Chencho.

—...What's that bottle for?

—What? This bottle! No, nothing... I found it and I'm gonna put it in the recycling bin.

—Ok, for a minute I thought you were gonna hit someone with it.

—Of course not, just recycling.

Una vez que estábamos frente a frente la examiné de arriba abajo, aunque discretamente. Era alta, aproximadamente de mi misma estatura y muy delgada. Su piel era muy morena y su pelo completamente negro y muy liso. Sus ojos eran marrones y ligeramente rasgados. Me pareció muy bonita, aunque sus rasgos eran fuertes, por lo que me dio la impresión de que debía proceder del norte de la India o de Irán. Sin embargo, vestía ropa occidental, vaqueros y un jersey de color lila, pero sin mostrar nada de piel excepto la cabeza y las manos. Sentí curiosidad por su origen, así que decidí preguntárselo.

—Where are you from?

—Well, I was born here in England but my family is from Israel, I guess you mean that. And you're Spanish, yeah?

—Yes, I come From Madrid.

—You look French; I thought the Spanish were darker.

—And you look Indian; I thought that Jews were lighter.

Este último comentario no le hizo mucha gracia, así que decidí dejar el tema de las nacionalidades para más tarde y centrarme en lo verdaderamente importante que era conseguir que ella se viniese conmigo esa noche o por lo menos una cita para otro día.

—Are you doing anything tonight? Why don't you come with us?

—Sorry I can't, I have to go home in a minute.

—What about tomorrow night?

—No, I don't go out at night here in Danetree. It's boring.

—So, is there any time that I can see you again?

Joder, era ella la que me había llamado y ahora no quería quedar conmigo ningún día. «Qué cosa más rara. Creo que las tías disfrutan volviéndonos locos», pensé. Luego, mirando a su rostro oriental, de nuevo se me ocurrió que quizá una familia tradicional y estricta tendría algo que ver. De niño una de mis mejores amigas del cole había sido una chica marroquí, por lo que ya había tenido la oportunidad de aprender que en este mundo existen muchas diferencias culturales y que lo que a nosotros occidentales parece de lo más normal para otros puede ser inaceptable. Teniendo en cuenta esto, decidí ser paciente y después de un poco más de cháchara acordamos que nos veríamos el lunes por la mañana en mi descanso de las clases, pues según ella ese era el momento más apropiado. «Cosas más raras se han visto», pensé con resignación y seguí

hablando con ella para averiguar más cosas.

No me hizo mucha gracia descubrir que tenía cuatro hermanos mayores, que además vivían en el mismo pueblo. También le pregunté si tenía novio, más que nada para asegurarme. Ya me había pasado alguna vez haber salido un par de noches con alguna chica para más tarde descubrir que había un novio, exnovio o amigo especial haciéndome la competencia. Ella me dijo que había cortado con su novio anterior y que no lo quería ver más, respuesta con la que me di por satisfecho y que tomé como un no.

Mi nueva amiga por su parte me preguntó cuánto tiempo me iba a quedar en Danetree, supongo que para ver si yo era una buena inversión. No me pareció buena idea decirle que me iría a la semana siguiente, aunque tampoco sabía realmente lo que ella esperaba de mí. Por esto, le dije que me quedaría todo el verano hasta que empezase la universidad en octubre, respuesta que pareció ser de su agrado. Seguimos hablando un rato más hasta que me dijo que se tenía que ir. Me ofrecí a acompañarla un poco hacia su casa como buen caballero, pero ella me miró horrorizada y me dijo que sería mejor que no lo hiciese. No quise preguntar más, así que me despedí de mi nueva y misteriosa amiga dándole dos besos y recordándole que el lunes por la mañana nos veríamos en el cole.

Cuando la piba se fue, todos los españoles me preguntaron de qué iba toda esa historia, pero yo mismo les confesé que no lo sabía muy bien. Lo único que por ahora tenía claro es que ella me gustaba físicamente y que en nuestro primer encuentro había habido una química especial. Algo que no me hacía mucha gracia era el tener que esperar hasta el lunes para volver a verla otra vez, sobre todo porque no tenía mucho tiempo para llegar a conocerla un poco antes de tener que volver a España el jueves siguiente. Por una parte, esta Farah sería una buena razón para quedarse aquí un par de meses más, pero también podría ser arriesgado el planear el resto del verano en función de una chica a la que acababa de conocer y de la que no sabía absolutamente nada.

Aquella noche en el Friday's le pregunté a Bill con cuanta antelación le tenía que avisar para confirmarle si volvía a España el jueves con los demás o me quedaba. Entre cerveza y cerveza había madurado un plan que consistía en utilizar esos últimos días que me quedaban para dos propósitos. El primero era conocer a Farah mejor para decidir si merecía la pena quedarse por ella o no. El segundo sería intentar acostarme con ella para llevarme de las tierras inglesas el recuerdo imborrable de haber hecho el amor con una princesa judía. Bill me escuchó atentamente, pero me dijo que como muy tarde el lunes debía darle una respuesta para que él pudiese llamar a la aerolínea. Eso significaba que mi plan no valía un carajo, pues solo tenía el finde para decidir y ni tan siquiera iba a poder ver a Farah entonces.

Viendo la indecisión en mi joven rostro, Bill me aconsejó hacer lo siguiente. —Yo que tú —me dijo—, me pondría en la peor situación y reservaría el vuelo con el resto de nosotros el jueves. Hasta entonces tienes tiempo para conocer a la chica mejor y ver lo que más te conviene. Si la cosa va bien con ella y ves que follas mucho y bien, siempre puedes perder el vuelo y comprar otro para más tarde. Eso sí, te aconsejo que lo hables con la familia inglesa para ver si están de acuerdo.

Le agradecí mucho su consejo y decidí hacerlo así. Si todo iba mal, me alegraría de tener ese asiento a mi nombre. Si todo iba bien, el perder las quince mil pesetas del vuelo me daría más bien igual. Ya ahorraría dinero trabajando o se lo pediría a mis padres. Decidí no preocuparme más hasta el lunes del asunto de vuelo y pasármelo bien el fin de semana. Como el Friday's estaba muy animado, optamos por quedarnos allí hasta que cerrasen a las once. Matty y algunos otros conocidos nuestros se dejaron caer por allí también, así que lo pasamos muy bien. Yo incluso ligué con una chica escocesa, gorda y rubicunda, que me tiró los trastos a machete. Al final no pasó nada porque a mí ella no me gustaba y además no pude dejar de pensar durante toda la noche en mi próxima cita.

Al día siguiente nos tocaba nuestra típica excursión del sábado. Esta vez era nada más y nada menos que a Londres, por lo que el viernes nos retiramos pronto para no tener resaca y aprovechar la única visita turística que merecía realmente la pena de todo el curso. Por suerte, el sábado amaneció un día soleado y disfrutamos durante horas recorriendo el centro de la capital inglesa, viendo edificios victorianos, monumentos carismáticos y tías buenas por doquier. Yo ya había estado en Londres antes, pero la ciudad siempre me parecía espectacular. «Ojalá Farah hubiese podido venir, seguro que lo hubiese pasado muy bien con nosotros», me dije a mí mismo, a la vez que me preguntaba si no me estaría obsesionando mucho con una chica a la que apenas conocía de un día.

El sábado por la noche también salimos por Danetree, pero yo no estaba con muchas ganas de fiesta. Sobre todo estaba cansado después de patear Londres todo el día, pero además me encontraba algo raro. Por una parte estaba un poco cabreado por tener que esperar hasta el lunes para volver a ver a Farah, aunque también estaba algo nervioso ante la perspectiva de nuestra segunda cita. Lo que más deseaba en el mundo es que todo saliese bien el lunes y empezásemos a salir juntos, principalmente porque el tener una novia en Danetree haría mi estancia allí mucho más interesante y placentera. La noche del sábado y todo el domingo transcurrieron lentamente y sin que ocurriese nada digno de señalar aparte de mi nerviosismo creciente ante la importante cita del lunes.

Por fin llegó el gran día en el que vería a Farah por segunda vez. Aquella mañana me levanté muy temprano y me arreglé bastante más de lo que

solía hacerlo un lunes normal. Después me fui al colegio y me tragué dos horas de clases que se me hicieron eternas hasta que el reloj me indicó que ya eran las once, la hora acordada para nuestro segundo encuentro. Con muchos nervios me dirigí hacia el hall del colegio y me puse a esperar allí. Farah llegó un poco más tarde y después de saludarnos, nos quedamos allí un poco cortados, mirándonos como tontos sin saber qué decir.

Como había más gente en el hall y no estábamos cómodos, le propuse salir fuera para dar un paseíllo y poder hablar más tranquilamente. Dos segundos después de salir por la puerta del College, sin apenas haber dicho nada, nos empezamos a besar apasionadamente. Después de cinco minutos enrollándonos sin tregua decidimos seguir con el paseo que ni siquiera habíamos empezado. No llegamos muy lejos, porque a los diez metros nos paramos de nuevo para besarnos y ya no nos movimos más.

Durante todo el tiempo que nos estuvimos morreando conseguimos, sin embargo, intercambiar algunas frases que me sirvieron para conocerla un poco más. Lo primero de lo que me aseguré es de acordar una tercera cita, esa misma tarde. Esto era vital porque no sabía su teléfono ni donde vivía, ni tan siquiera cómo se apellidaba.

Ella intentó jugar la carta del sexo para impresionarme, y la verdad es que lo consiguió con creces. Mientras estábamos besándonos, me acarició la bragueta y me preguntó si había tenido relaciones sexuales antes. Yo le respondí que sí y a esto ella añadió que si me gustaría acostarme con ella. Emocionado le pregunté si ella vivía sola, pero me dijo que no, que no podíamos ir a su casa porque había otras personas, pero que si yo tenía un sitio podíamos ir allí.

«¡Vaya loba!», pensé; estas guiris no se andan con tonterías. Si les gusta un tío se acuestan con él sin importarles el qué dirán. En cierta manera, hasta me dio un poco de vértigo el pensar que también un tío podía ser usado, follado y tirado como un kleenex por una devoradora de hombres moderna e independiente. De repente me sentí algo inseguro ante una mujer como ella, que parecía tener mucha experiencia y poca vergüenza en temas sexuales, y me asustó el pensar que si no cumplía rápidamente con sus expectativas, su interés inicial por mí podría desaparecer.

Al cabo de media hora ella se fue, dejándome feliz aunque algo paranoico respecto al tema sexual. Durante todo el finde me había hecho a la idea de que ella sería una chica más bien tímida, pero ahora quedaba claro que quería tema serio cuanto antes. Esto debería hacerme feliz porque teóricamente los tíos machotes como yo siempre quieren follar inmediatamente, pero en cierta manera todo estaba yendo muy rápido.

Durante las siguientes clases estuve preguntando a los chavales de confianza si alguno tenía la casa sola para llevar allí a una piba. La

mayoría de las respuestas fueron negativas, hasta que el Henry me dijo que los miembros de la familia con la que él vivía nunca llegaban a casa antes de las seis de la tarde. Entonces le pedí que nos dejase ir a Farah y a mí un par de horas al medio día, y él me dijo que no había problema siempre que nos pirásemos de allí antes de las seis.

Bueno, pues ya tenía cita para aquella tarde y un keli. Ahora solo me faltaban los condones. Para esto pensé en ir hasta mi casa rápidamente para recogerlos, pero el Henry me dijo que él tenía algunos en su habitación, los cuales podía usar si quería. Luego me entregó las llaves, dándome instrucciones de dónde dejarlas cuando nos fuésemos y me deseó suerte.

A las dos de la tarde me volví a encontrar con Farah en el hall del colegio. Después de besarnos un poco le dije que tenía un sitio donde podíamos ir y tener un poco de intimidad. Ella pareció sorprendida ante la rapidez con la que había logrado encontrar un picadero, pero accedió a venir. Como la casa estaba bastante lejos, y yo bastante ansioso por llegar, tomamos un taxi que nos dejó allí en cinco minutos y nos cobró diez libras.

Una vez dentro de la casa acordamos subir a una de las habitaciones y nos tumbamos los dos juntos en la cama. Yo me había imaginado que a partir de entonces se iba a desatar un auténtico huracán de lujuria, pero después de unos pocos besos empecé a darme cuenta de que no íbamos a llegar muy lejos, principalmente por la negativa de ella a quitarse nada de ropa, pero también por el hecho de que yo tampoco sentía ningún deseo de presionarla para ello. Allí tumbados en la cama nos besamos, hablamos un montón e incluso ella se quedó un ratito dormida en mis brazos. Todas las insinuaciones explícitamente sexuales que me había hecho por la mañana habían quedado en agua de borrajas por la tarde. Ahora la tigresa ya no parecía tan fiera dormida apoyando su cabeza contra mi hombro. Más tarde, cuando ya nos conocimos un poco mejor, me confesó que aquella mañana había utilizado el tema del sexo para impresionarme y que en realidad tenía mucho miedo a acostarse con un chico. Ella nunca había estado en España ni conocía nada de las costumbres de los españoles. Lo único que sabía eran las historias acerca de sexo y borracheras que los ingleses contaban de las vacaciones en la costa, de las cuales dedujo que los españoles debían de ser unos perversos obsesionados con follar. Por esto no se le ocurrió mejor forma de actuar que insinuarse descaradamente, ofreciendo algo que en realidad no estaba dispuesta en absoluto a dar.

Sobre las cinco de la tarde, todavía tirados en la cama, empezamos a oír unos ruidos abajo y supusimos que habían llegado los dueños de la casa. Nos quedamos muy callados para no hacer ruido y también porque estábamos acojonados. A ver cómo le explicábamos al señor o la señora lo que hacían dos perfectos desconocidos durmiendo la siesta en el piso de arriba de su chabolo. Pasaron unos angustiosos minutos y no se volvió a

oír nada, así que abrí la puerta de la habitación lentamente y comprobé con alivio que no había nadie. Seguramente habrían sido unos vecinos los que habían abierto la puerta de otra casa. Aun así tomamos esto como un aviso y decidimos no quedarnos allí más. Como ya no teníamos ninguna prisa nos volvimos al centro andando y luego la acompañé un poco hasta su barrio.

Durante el camino de vuelta tuve oportunidad de acostumbrarme a algunas peculiaridades suyas que se convertirían en la tónica de nuestros encuentros. En un momento del camino cuando estábamos llegando a zonas más concurridas, Farah me dijo que caminase detrás de ella, a una distancia prudencial, y que actuase como si no la conociese. —My parents and especially my brothers —me dijo— wouldn't like to see me hanging around with a bloke. —Luego, cuando llegamos a las proximidades de lo que parecía ser su barrio, decidió que sería mejor despedirnos allí por precaución. Le pregunté que cuando volvería a verla y ella me respondió que al día siguiente, en el mismo sitio y a la misma hora.

Después de dejar a Farah me fui directamente a mi casa, que no estaba lejos de allí, mientras pensaba acerca de todo lo que me había pasado aquel lunes. En principio, estaba satisfecho por haber estado con ella, aunque algo desilusionado por no habernos acostado, en el sentido sexual de la palabra. Supuse que era mejor así de todas maneras, tomarse las cosas con calma y no forzar la situación cuando tenía casi todo un verano por delante.

Cuando llegué a casa Janet ya tenía la cena preparada, la cual devoré con ansia canina. Con toda la emoción de ver a Farah y las expectativas de follar con ella se me había olvidado comer a medio día. Después de repetir dos veces y tomarme un helado de postre, me fui un rato a mi habitación a descansar. Por la noche no me apetecía salir, solo quedarme en casa y pensar en Farah, pero decidí pasarme por el centro a dar señales de vida, porque los demás no me habían visto desde la una y quizá Bill estuviese preocupado. Aparecí por el Friday's sobre las ocho y di las explicaciones pertinentes cuando algunos me preguntaron cómo me había ido la tarde, aunque sin mucho detalle. A Bill le conté que había estado a puntito de acostarme con una chica y que confiaba en que cayese mañana o pasado. La finalidad de esto era tener una excusa para escaquearme de los deportes de la tarde e irme con Farah. Sabía que si había una buena razón para ello, Bill no se opondría a que dejase a un lado la rutina diaria y a mis compañeros. Por suerte, al día siguiente teníamos el examen de inglés, así que nos piramos rápido y pude retirarme a casa a descansar.

El examen de inglés no me salió mal del todo, aunque reconozco que si hubiese estado más centrado mentalmente en el tema me habría salido mejor. Mientras respondía a las preguntas, completaba el listening o redactaba mi composición, solo pensaba en que a las dos de la tarde iba a ver a Farah de nuevo. No me creía enamorado, sino que veía este ansia

por estar con ella como un deseo de aprovechar algo que durante mucho tiempo no había tenido. En la población femenina conocida por mí había advertido la existencia de dos subconjuntos. Uno era las chicas que me gustaban y otro, las chicas a las que yo gustaba o con las que creía tener alguna posibilidad. Durante muchos años la intersección entre estos dos conjuntos había sido cero, un puto conjunto vacío, pero ahora y después de mucho tiempo atrayendo solo a feas, gordas y locas, por fin parecía que la suerte empezaba a sonreírme.

Esta vez fui más precavido y decidí no olvidarme de comer, por lo que cuando acabé el examen me fui con otros dos compañeros a la cantina. Nada más acabar los sándwiches me metí en el hall del College y me senté a esperar impacientemente la llegada de Farah mientras hojeaba una revista que encontré por allí. Por fin ella apareció a las dos y media, y nada más verla se me quitaron las ganas de echarle una bronca por llegar media hora tarde. Durante treinta largos minutos el pánico ante la idea de que ella no se presentase había ido en aumento, hasta que la vi llegar corriendo a través de una cristalera de la entrada.

Después de saludarnos y besarnos tímidamente decidimos salir a pasear por las inmediaciones del College, que era una zona muy bonita, llena de árboles y prados verdes. Mientras paseábamos nos cogimos de la mano y comenzamos a hablar acerca de varios temas irrelevantes. Antes, mientras esperaba, se me había ocurrido que ella era una completa desconocida para mí, por lo que había estado pensando en una batería de preguntas estratégicas con las que sacar más información del tipo «qué son tus padres o qué quieres ser de mayor», pero ahora que estaba con ella todo me daba igual. Simplemente, me desentendí de esas chorradas y puse todas mis energías en intentar besarla y agarrarla todo el rato. Esto que a mí me parecía de lo más normal no era, sin embargo, lo mismo para ella. Por su lenguaje corporal y sus reacciones deduje que a ella no le gustaba demasiado el roce carnal. Por esto y porque además ella me dijo—: We don't have to be kissing all the time. —Claramente, para que no la agobiase. Para ella parecía ser suficiente cariño un beso al encontrarnos, otro al despedirnos y el hacer manitas de vez en cuando, siempre tras comprobar que las mías estaban limpias.

Aun así, las dos horas que estuvimos juntos se me pasaron volando. Cuando ella me dijo que no tenía más remedio que irse fue como pegarse un batacazo contra el suelo. —Ya te tienes que ir —le dije—, si no son ni las cuatro. —Ella me respondió que en su casa se cenaba pronto y que debía volver para que nadie sospechase nada. Ante estas desconcertantes palabras llenas de misterio y vaga amenaza poco pude objetar, salvo acompañarla un poco en la dirección de su keli, siempre con cuidado de no ser vistos por nadie. De nuevo nos despedimos cuando llegamos al punto en el que ella consideraba que ya estábamos demasiado cerca para seguir. Yo ya había empezado a llamar a ese punto concreto The Limit y tampoco puse mucho entusiasmo en averiguar qué peligros podía haber

detrás de él. El saber que ella tenía cuatro hermanos mayores en casa era disuasión suficiente para no adentrarme en la zona prohibida.

No me gustaba nada que Farah se tuviese que ir tan pronto, ya fuese por su propia voluntad o por causas ajenas, así que me volví yo también a casa, porque no tenía ninguna gana de ver al resto de los españoles jugando al ping pong o al baloncesto. Una vez allí me tumbé en la cama con un pequeño ataque de angustia cuando me di cuenta de que no habíamos quedado para el miércoles. Con la decepción de que ella se tenía que ir se me había olvidado preguntarle si quedaríamos al día siguiente en el mismo sitio y a la misma hora. Ahora no solo tenía que esperar veintidós interminables horas para estar con Farah de nuevo, sino que tampoco sabía con seguridad si ella se presentaría o no.

Me pasé el resto de la tarde tirado en la cama sin hacer nada, pensando en lo mucho que me gustaría poder pasar más tiempo con ella. En cierta manera, esta sensación de desasosiego y ansiedad me recordaba al tiempo que había estado encerrado en la comisaría de Moratalaz. Ahora, como entonces, estaba metido en una habitación maldiciendo para que el tiempo pasase más rápido, aunque por razones bien distintas. Por suerte, Janet me llamó para cenar y esto me distrajo un poco. La comida me gustó bastante, mash & banggers, y también la charleta con Danny resultó productiva. Como ya les había dicho que me iba a quedar un mes o dos más en Inglaterra, estuvimos ultimando todos los detalles. Desde cuánto les pagaría semanalmente como alquiler hasta dónde y cómo podría hacer para encontrar trabajo y ganarme un dinerillo con el que mantenerme.

La cena me animó y decidí que, al menos por ahora, no solo existía Farah en este mundo, puesto que todavía tenía a los españoles para salir un rato por la noche. A las ocho ya estaba reunido de nuevo con todos ellos tomándome una pinta y decidido a hacer el esfuerzo de estar alegre y gamberrete. Los demás se volvían a España dentro de dos días, así que quería que me recordasen por mi mitad más vital y no como un angustiado y obsesivo manojito de nervios. Para realizar este último esfuerzo contaba con la inestimable ayuda de mi amigo el alcohol, aunque ya no era lo mismo sin combinarlo con mi otro amigo «ganas de pillar cacho». Aun así la noche estuvo muy interesante. Durante estos últimos días mi reciente obsesión por Farah me había impedido ver que entre el grupo habían ocurrido algunos acercamientos curiosos. Como siempre solía ocurrir en este tipo de cursos, al final las pasiones se precipitan y los españoles se acaban liando entre ellos al ver que el tiempo se acaba. Concretamente, la Pili se lió con Alberto; la Vane, con su primo Fran (primo de Alberto, no de ella); y la María, con el Dieguito, aunque todos sabían que estos efímeros romances veraniegos durarían hasta que el avión aterrizase en Barajas. A mí esto me daba totalmente igual, así como las sospechas de que mi antaño aliado de juergas, Mariete el Ariete, hubiese pillado también. El tío en cuestión había estado muy callado y

algo distante esta última semana. Al principio del curso me había contado que su familia adoptiva era una mujer divorciada, o puede que madre soltera, y sus dos hijas pequeñas. Cuando más tarde vi a la mujer, un día que le acompañé a su keli, pude comprobar que ella era rubia, guapa y no tendría más de treinta y pocos. A partir de entonces empezaron los cachondeos entre Mario y yo, que si hoy me follo a la mujer, que si ella quiere, que si tiene ganas. Siempre que nos tomábamos unas cervezas de más la coña surgía espontáneamente hasta que un día ya no surgió más y se levantó un muro de silencio respecto al tema.

Yo, por supuesto, no volví a pensar en ello, puesto que a mí no me afectaba para nada, pero ese día se me ocurrió que igual había sucedido algo. Quién puede imaginarse lo dura y solitaria que es la vida de una madre soltera y trabajadora que además debe cuidar de dos niñas pequeñas. Un día esa madre decide sacarse un poco de pasta extra alquilando una habitación que le sobra en casa a un estudiante extranjero, pero en lugar de una chica o un mozalbete con acné, el estudiante resulta ser un tipo varonil, grandote y cachas como nuestro amigo Mariete. Quién sabe cuántos días, cuántos meses, si no años, lleva esta madre soltera sin echar un buen polvo a causa de su abnegada dedicación por sacar adelante a sus hijas. Sin embargo, ahora hay un macho cerca. Ya no tiene que buscarse una canguro o dejarle las niñas a mamá para ir de cacería, el macho duerme en la habitación de al lado y seguramente está tan cachondo como ella. Después de muchas dudas y rodeos, todo se precipita una noche que ella no puede más y se desliza en la habitación de Mario. Inicialmente solo quiere hablar, que alguien la escuche, pero se echa a llorar nada más empezar a soltar sus penas. Mario la abraza para consolarla y ya está el lío montado. Cuando se quieren dar cuenta están los dos desnudos en la cama comiéndose a besos y ya solo son capaces de frenar su pasión el tiempo imprescindible para sacar un condón del cajón del armario. Al día siguiente todo son remordimientos y charleta. Que si ha sido un error, que lo siento, culpa mía, no volverá a ocurrir y demás monsergas, pero el que ya ha pecado una vez lo tiene complicado para no volver a caer en los placeres de la carne. Yo nunca sabré si esto ocurrió o no, pero a veces lo que callan las personas es lo que más nos dice de ellas, y lo cierto es que el Mariete estuvo muy silencioso las dos últimas semanas. Pensar que mi amigo se volvía a España contento y habiendo follado como un campeón me hacía feliz por él y además me apartaba un poco la mente de Farah, mi nueva obsesión, que por otra parte falta me hacía.

La mañana del miércoles fue una mañana de resaca y despedidas. Resaca porque nos pasamos un poco bebiendo el día anterior y de despedidas porque era nuestro último día de clase en el Danetree Tertiary College. Como ya habíamos pasado el examen y realmente no teníamos ganas de hacer nada, ambos, profesores y alumnos, decidimos que lo mejor sería ver una película. Después de la peli y de comer me dirigí esperanzado al lugar donde había quedado con Farah los otros días. Allí esperé y esperé

durante casi una hora, hasta que al final me di por vencido y acepté que ella no iba a venir. Eso era una putada porque yo no sabía dónde vivía ella ni su teléfono, y ella no sabía que yo no iba a venir más al Collage porque las clases se habían acabado. «Bueno, tendré que seguir viniendo a las dos o buscarla por las calles —me dije a mí mismo tratando de consolarme—. Espero que no crea que he pasado de ella».

El resto de la tarde lo pasé jugando al fútbol con los demás chavales y agobiándome a ratos con la posibilidad de no ver a Farah nunca más. Por suerte, ella debió de haberme leído la mente, o por lo menos de pensar lo mismo, así que inesperada y afortunadamente se presentó en el Friday's a las ocho igual que el día en que nos conocimos. Esta vez no venía sola, sino con otra chica de su misma etnia con la que debía estar emparentada. Según llegó me indicó con gestos que no la besase o la tocase, por lo que deduje que la otra no debía ser persona de confianza.

Bajo la atenta supervisión de la nueva, mantuvimos Farah y yo una charla amistosa, pero sin grandes muestras de afecto, en la que sin embargo logramos fijar una nueva cita el viernes a medio día en el College. En un descuido de su amiga conseguí darle un beso furtivo, tocarle una teta y entregarle una pequeña hoja de papel en la que había escrito previamente mi dirección en Danetree y el número de teléfono. Esta idea se me había ocurrido aquella tarde durante mi infructuosa espera y su finalidad era que ella siempre pudiese contactar conmigo, aunque no hubiésemos acordado una cita. También le sugerí a Farah que se quedasen ella y su amiga un rato con nosotros, pero no hubo manera. De nuevo, me salió con el tema de unos padres muy estrictos que la esperaban para cenar. Parece increíble que al principio la tomase por una chica moderna, liberal y algo putón. Ahora se estaba revelando casi como todo lo contrario.

Bueno, en cierta manera fue mejor que se fuese, porque así pude centrarme en despedir a mis compis españoles en exclusiva. De nuevo nos tomamos unas cervezas en el Friday's y de nuevo las parejitas se pusieron sentimentales y se escondieron cada una en una esquina del pub para darse el lote. Mario parecía tristecillo pero a la par aliviado de irse por fin a España, donde le esperaban sus exámenes de primero de carrera y muchas horas de biblioteca. «En fin, por lo menos has follado como un rey, compañero», pensé mientras le decía:

—Bueno, Mario, este año no has pillado —solo para ver su reacción. Por un momento los ojos le hicieron chiribitas y creo que se sintió muy tentado a confesarme que se había estado follando a la mujer de su casa todas las noches varias veces, pero logró contenerse y en su lugar me dijo:

—Sí, una pena, pero así es la vida.

«Seguro que sí, cacho cabrón, solo esperemos que no le hayas encargado otro mocoso a la pobre mujer, que con dos niñas ya tiene bastante».

Y por fin llegó el jueves, día de la despedida para los españoles. Ese día no hicimos nada por la mañana, porque en teoría era tiempo reservado para despedirse de la familia de acogida. Por la tarde habían quedado todos a las cinco en el Tertiary College para ser recogidos por un autobús que los llevaría al aeropuerto. Aunque yo me iba a quedar en Inglaterra, decisión que había tomado estos últimos días y solo a causa de Farah, me pareció oportuno pasarme a despedir a los que habían sido mis compañeros de aventuras durante un mes. Allí, en el aparcamiento del cole, justo antes de subir al bus, las familias de acogida se agolpaban para despedir a los estudiantes, con diferentes grados de entusiasmo. A algunos se los comían literalmente a besos, mientras que a otros los despedían con frialdad británica y un velado «hasta nunca». Yo también me despedí de todos tratando de ponerle emoción al tema y repartí besos, abrazos y palmaditas en la espalda a diestro y siniestro. La última conversación la tuve con Bill, quien me dio algunos consejos y me deseó suerte en mi nueva aventura en solitario. Después el autobús se marchó y me di cuenta de que me había quedado solo.

Por primera vez desde que había llegado a Danetree me quedé en casa por la noche. Se me hizo bastante extraño no arreglarme después de cenar para irme al Friday's a tomar algo, pero no me sentía con fuerzas para hacerlo yo solo, así que pasé el rato viendo la tele en mi habitación y me acosté pronto. Al día siguiente tenía una cita con Farah y esto por el momento era suficiente excitación para mí. Por desgracia, esta cita me haría descubrir que Farah no era siempre la chica dulce y amable que por alguna razón yo había imaginado.

Esta vez quedamos en el centro del pueblo a mediodía. Como ya no había necesidad de ir al College, habíamos acordado quedar allí para no pegarnos el paseo de ir hasta las afueras. Ella llegó casi una hora tarde y de muy mal humor. Por más que la pregunté cuál era la razón de su mala hostia, fui incapaz de sacar nada en claro. No me pareció oportuno preguntarle si tenía la regla, pero había oído que las mujeres se ponían superalteradas en esos días debido a las hormonas. Yo intenté calmarla en la medida de lo posible, pero no tuve demasiado éxito. Mientras nos sentamos en un banco lo único que pude hacer fue escucharla mientras ella ponía verde a su familia, aunque por ninguna cuestión en particular. Me pareció entender que habían discutido y que estaba harta de ellos. Al rato cambió su familia por una mujer que acababa de pasar delante de nosotros como objeto de su ira. En un segundo la llamó puta, golfa y varios apelativos más con tal carga de odio que le pregunté si la conocía de algo. —No, I don't —me contestó—, she's just one of the slags that we have over here. Durante un rato más siguió ensañándose con otras personas, conocidas y desconocidas, hasta que cambió la mala hostia por el llanto y el autocompadecimiento. —Tengo muy mala suerte en la vida y

todo me sale mal —me dijo—. I'm Jinxed —que en español significa □estar gafado□Durante esta nueva fase de su rabieta también empezó a fustigar a nuestra recién nacida relación, de la que dijo que no valía la pena y que era mejor que fuésemos solo amigos. Todos mis intentos de calmarla o de razonar con ella simplemente no funcionaban, así que haciendo un esfuerzo supremo por no mandarla a la mierda me la llevé a dar un paseo por unos prados cercanos para ver si se calmaba.

El resto del tiempo que duró nuestra cita nos limitamos a caminar el uno al lado del otro sin hablar y sin dirigirnos a ningún lugar en concreto. Cuando por fin llegó la hora en la que ella debía de volver a su keli, casi hasta me sentí aliviado. «Vaya loca —pensé—. ¿Y por esta tipa me he quedado en este pueblucho de los cojones?».

Me volví a casa bastante decepcionado con ella y de muy mal humor. Yo solo quería pasar un rato agradable y ella lo había arruinado por completo. Por si no fuera poco, además había cortado conmigo, porque si no, a ver qué coño significaba eso de que solo quería que fuésemos amigos. Ahora sí que estaba solo del todo, sin amigos, sin piba, sin trabajo ni ocupación y con poco dinero. Ya casi me había hecho a la idea de que tenía novia y ahora había que volver a la soltería de nuevo, y además con muy malas perspectivas porque mi vida social en aquellos momentos era cero.

No exagero si digo que me pasé el resto del fin de semana en casa. Aparte de salir un rato el domingo a tomar una pinta con Danny, no hice nada de nada. Simplemente, no me resultaba cómodo salir por ahí yo solo como un perdedor patético y solitario. Quizá si mi carácter hubiese sido algo más extrovertido, y además estuviese en un lugar más acogedor que la fría y antipática Inglaterra, igual podía haber salido por ahí a merodear y tratar de conocer gente. Como tampoco fui previsor, olvidé que uno de mis objetivos debería haber sido estrechar mi amistad con algunos de los conocidos que tenía, conseguir sus teléfonos y saber por dónde paraban para acoplarme a ellos en tiempos de escasez. Con la entrada de Farah en mi vida me desentendí de todo esto creyendo que ya no lo necesitaba y ahora me encontraba más solo que la una.

Tanto viernes como sábado por la noche me lamenté de no haber prestado más atención a Matty y sus colegas. Seguramente ellos estarían encantados de acogerme como un borracho más en su grupo, pero ahora no tenía forma de localizarlos y no me iba a recorrer todos los pubs de Danetree buscándolos yo solo. Pasarme por el cementerio a ver a los otros conocidos, las chavalillas y demás chusma tampoco hubiese sido buena idea. Ahora estaba solo, ya no tenía gente conocida alrededor mío para apoyarme. Solo era vulnerable, inseguro y un paria social. Sinceramente, creo que si hubiese aparecido por allí me hubiesen tratado con desprecio, como si fuese un vagabundo, e incluso, igual hasta me

partían la cara.

Estos dos días de reclusión en la seguridad de mi habitación los empleé en pensar acerca de mi nueva situación y las maneras en que podría mejorarla un poco. Lo primero que hice fue convencerme a mí mismo de que realmente no estaba tan mal en comparación a cómo estaría en Madrid en agosto o en el pueblo. En ambos sitios tampoco tenía amigos con los que salir, así que la verdad es que no me perdía gran cosa por estar allí. Por lo menos, Danetree estaba en un país extranjero, con la parte de desafío y aventura que esto implica, y además el tiempo que estaba allí me servía para aprender inglés. Lo único que necesitaba era algo con lo que llenar mi tiempo y que a la vez me diese la posibilidad, al menos en teoría, de conocer gente. Para esto había solo una opción viable: conseguir un trabajo.

Otra idea, igual más deseable, hubiese sido hacer un curso de algo, pero poco de eso había en un pueblo pequeño, de clase obrera y council states. Siendo realista, el único curso que iba a tener oportunidad de hacer sería un turno de ocho horas en alguna de las fábricas o almacenes de las afueras. Para conseguir este deseado trabajo, algunas mentes preclaras me habían dicho que fuese fábrica por fábrica y almacén por almacén preguntando a los encargados. A mí esto me parecía demasiado cansado y poco efectivo, así que el lunes por la mañana salí de mi casa con la intención de apuntarme en todas las ETTs del pueblo para que ellos buscasen por mí. Danny estuvo especialmente pesado diciéndome que estas empresas de trabajo temporal eran muy malas porque cobraban comisión y yo no fui capaz de convencerlo de que a mí me daba igual que me pagasen cuatro perras de menos mientras me encontrasen algo rápido.

La primera agencia que visité se llamaba Premier y era como una especie de oficina a pie de calle. Una vez que entré dentro y toda la gente, empleados y desempleados, se me quedaron mirando, los nervios y la inseguridad aparecieron repentinamente. Yo no había estado nunca en una empresa de trabajo temporal, ni había trabajado nunca, por lo que no sabía cuál era el procedimiento a seguir en estos casos. Sobre todo en un país extraño donde además no dominaba el idioma.

Los empleados no parecía que me fuesen a ayudar demasiado, porque se limitaron a quedarse mirándome como si yo fuese un zombi o una aparición. Después de un incómodo rato allí de pie sin saber qué hacer, me armé de valor y me acerqué a una de las gordas apáticas que hacía las veces de secretaria y le dije:

—I'm looking for a job.

La tía se me quedó mirando como si estuviese flipada y al rato me indicó que me sentase en una silla y esperase como todo el mundo. Por lo visto,

al no conocer el protocolo de actuación en este tipo de sitios me había puesto bastante en ridículo. En estas empresas primero llegas, te sientas y esperas hasta que te llamen. Cuando lo hacen, les dices que te gustaría apuntarte y no «¡quiero un trabajo, zorra!», como acababa yo de hacer.

Cuando por fin se dignaron a hacerme caso, la cosa no fue mucho mejor. Con mi mejor inglés intenté hacerle comprender a la mujer que me entrevistó que quería apuntarme en la agencia para que me diesen un trabajo, pero la tía no parecía querer cooperar. Ella me puso toda clase de pegas y me pidió una serie de documentos que yo no tenía y que no sabía que necesitaba. Yo creía que con esto de la Unión Europea todo era coser y cantar, y que me iban a dar un trabajo así por las buenas, pero por lo visto la cosa no era tan sencilla.

Pensando que igual esa agencia en concreto era demasiado estricta, probé en un par de agencias más, esta vez sin hacer el ridículo tanto, pero con iguales resultados. Al final, la mañana había resultado un desastre en todo menos en una cosa. En uno de mis viajes entre agencia y agencia había conocido o, mejor dicho reconocido, a un compatriota.

El chaval en cuestión se llamaba David y era catalán. Durante la última semana de nuestro curso se había pasado un par de veces por nuestra clase aunque sin mucho entusiasmo. Gracias a esto yo le conocía de vista y sabía que era español, aunque tampoco había cruzado una palabra con él.

Es curioso cómo es el ser humano. Hace una semana, rodeado de mis compañeros y amigos, no le había hecho ni puto caso, pero ahora que estaba solo y desesperado me acerqué a él con entusiasmo.

—Hola, David. ¿Cómo estas? ¡Qué bien te veo! ¿Qué tal te va todo? ¿A qué te dedicas? —Y así, un montón de preguntas más, intentando ser todo lo simpático y afectuoso que mi carácter huraño me permitía.

Por suerte, David era muy buena persona y me recibió con cordialidad y los brazos abiertos.

—Molt bé, me alegro de que haya un espanyol aquí —me dijo medio en catalán medio en castellano y luego se ofreció a ayudarme en todo lo que necesitase. Yo no perdí la ocasión y rápidamente le conté las penas y sinsabores de mi primer día buscando trabajo.

—No te preocupes —me respondió él—, ahora mismo vamos a mi agencia y hablo yo con ellos para ver si te pueden meter donde trabajo yo.

Gracias a este encuentro fortuito, y también a la amabilidad de David, averigüé que para apuntarme en la agencia de trabajo temporal y aspirar a un curro solo necesitaba dos requisitos, una cuenta bancaria y un

número de la seguridad social británica. Lo primero era más sencillo, solo ir al banco, abrir una cuenta e ingresar una cantidad mínima de veinte libras. Lo segundo era más complicado, tenía que presentarme en el Job Centre local con toda la documentación pertinente y rellenar una solicitud. Después de esto había que esperar una notificación que llegaría por correo en la que me darían una cita en la delegación de la Seguridad Social más cercana a mi dirección. Allí tendría lugar una entrevista y si todo salía bien, me darían el número en unos días.

Por suerte, David no tenía que trabajar ese día, así que accedió a acompañarme al Job Centre a dar el primer paso en el largo proceso de encontrar trabajo. Allí su ayuda fue inestimable, ya que como había pasado por esto mismo hace poco, se sabía hasta el número de formulario que le teníamos que pedir a la funcionaria. Una vez acabado este trámite solo quedaba esperar a la notificación y como estaba muy agradecido lo invité a una birra en el Friday's, aunque él no bebía y se tomó en su lugar una Coca Cola light.

Al día siguiente conseguí liar a Janet para que me acompañase al banco a abrir la cuenta. David me había dicho que a veces a los extranjeros nos pedían una persona que nos avalase, así que yo pensé que nadie mejor que Janet. Una vez allí lo único que tuve que hacer fue rellenar un formulario con mis datos y entregarles un billete de veinte libras para que ellos abriesen una cuenta a mi nombre, aunque la tarjeta de débito me tardaría todavía algunos días.

Así, con todos estos preparativos y alguna que otra visita a la biblioteca pública para matar el tiempo, fueron pasando los días. No había vuelto a ver a Farah desde que corté con ella el viernes y tampoco pensé en ella demasiado. Olvidar y seguir adelante había sido mi filosofía durante toda la semana y por eso me quedé flipado cuando ella se presentó en mi casa el jueves siguiente a nuestra supuesta ruptura.

«¿Qué cojones haces aquí? ¿Qué coño quieres? O, ¿no era que habíamos roto?», fueron algunas de las preguntas que me vinieron a la mente cuando la vi llegar después de toda una semana sin dar señales de vida. Sin embargo, me armé de paciencia y cuando me dirigí a ella lo hice de manera más diplomática por varias razones:

Era una chica.

Estaba buena.

Había posibilidades de acostarse con ella.

Estaba más solo que la una y tener una novia me venía muy bien.

—Hello Farah, how are you?

—I'm OK thanks, and you?

—I haven't seen you for a long time.

—Sorry I've been so busy. Can you come out?

—Yeah sure, just give me a minute.

Como a Farah no le gustaban los animales ni el fuerte olor a ellos que había en mi casa, se quedó fuera esperando mientras yo me vestía. Cuando salí de casa me esperaba algo como que ella quería hablar conmigo seriamente para aclarar donde estábamos o si íbamos a tener una relación o no. Nada más lejos de la realidad. Farah tenía que hacer la compra porque así se lo había ordenado su madre y como no quería ir sola, decidió que yo podía acompañarla y ayudarla a traer los bultos. Por segunda vez estuve tentado a mandarla a freír monas, pero una vez más decidí ser prudente y ver qué era lo que ella me decía durante el camino. En la situación precaria en la que me encontraba no podía darme el lujo de perder a una amiga-novia así como así, pues la compañía femenina podía ser muy necesaria para un tipo como yo, al que por otra parte nunca le han sobrado las mujeres.

Mientras caminábamos hacia el supermercado le hablé un poco sobre la conversación que tuvimos la semana pasada acerca de nosotros y mis impresiones. Para mi sorpresa, ella no se acordaba gran cosa del tema ni le daba importancia. Simplemente, ese día estaba depre y el mundo le parecía una mierda, aunque no por ninguna razón en concreto. Me empezaba a dar cuenta de que Farah era una chica con alta tendencia al dramatismo y los berrinches efímeros, y me propuse no tomarme tan a pecho lo que ella me dijese en el futuro. Por lo visto, todo seguía igual. Éramos dos chicos que acababan de empezar a salir, que todavía se estaban conociendo y ella parecía ilusionada con el tema.

Así fuimos hablando todo el camino, e incluso ella misma me dijo que no la hiciese mucho caso cuando saliese a relucir su lado oscuro. Por supuesto, que seguía queriendo verme y ser mi novia si a mí me parecía bien.

Y a mí qué me iba a parecer. Ella estaba buena, yo tenía las hormonas de un dieciochoañero y además no conocía a casi nadie en el pueblo. No le iba a decir que no a la única fuente de satisfacción sexual y afectiva que tenía a mano.

Como venía pasando otras veces, nuestro encuentro fue más breve de lo que yo hubiese deseado. Después de pasar por el supermercado a comprar las provisiones demandadas por su madre, nos volvimos directamente a su casa y la dejé justo al llegar al límite. Como al día siguiente era viernes, le pregunté si quería hacer algo y como ella me

miró con cierto interés, rápidamente le conté que podíamos coger un bus y pasarnos todo el día en la cercana ciudad de Northampton de visita turística. A ella no le pareció mal la idea y me dijo que lo intentaría, por lo que acordamos quedar a las once en el centro.

A la mañana siguiente yo estaba ya a las once menos diez esperando en la estación de autobuses, vestido con mis mejores ropas y ansioso por verla de nuevo. Farah llegó un rato más tarde y juntos decidimos que cogeríamos el bus de las once y media a Northampton porque era el más directo.

Cuando el minibús llegó nos metimos dentro, pagando las tres libras que costaba el billete de ida y vuelta, y procurando sentarnos lo más lejos posible de un grupito de adolescentes ingleses que iban armando jaleillo. Me había hecho a la idea de que durante el trayecto de ida íbamos a estar cariñosos con el otro y hacer manitas, pero ella me cortó en seco cuando intenté hacer un acercamiento.

—You smell like dogs —me dijo—. Don't take it the wrong way, but it really stinks and I don't like it. Yo le expliqué que en mi casa había varios perros y gatos, y que no era mi culpa el oler así. Ella me contestó que lo entendía, pero que aun así no me acercase mucho.

Como el contacto físico había sido prohibido, me dediqué a hablar con ella en lugar de besarla y tocarla. Poco a poco fui aprendiendo más cosas sobre Farah y su personalidad un tanto peculiar. Lo primero que quedó patente es que ella era una fanática obsesionada de la limpieza. La suciedad y malos olores no le gustan a nadie, pero ella llevaba esto hasta un extremo casi imposible. No solo le desagradaba el olor a animales que había en mi ropa, sino que además no me dejaba tocarla si no me había lavado las manos previamente, sobre todo si había tocado antes comida o algún tipo de mobiliario urbano como un banco o un cajero. Para Farah el mundo entero era un lugar sucio y lleno de gérmenes que debía ser desinfectado antes de tocarlo. Para ello siempre llevaba una pequeña pastilla de jabón en el bolso, así como toallitas perfumadas y antisépticas. Como es natural, esto afectaba bastante a su vida y también empezó a afectar a la mía. Alguien así tiene dificultades al realizar algunas acciones que para otras personas son normales. No se puede sentar en el banco porque está sucio, no puede comer en un restaurante porque no se fía de los cubiertos, no osa tocar una barandilla porque es impura ni se sentará jamás en un retrete que no sea el de su casa. Tumbarse en el césped o ir a la piscina son cosas totalmente impensables. Mientras llegábamos a nuestro destino, me hizo gracia ver que ella ni siquiera se apoyaba en el respaldo del asiento. —It's dirty —me dijo sin poder reprimir una mueca de asco.

Otra de las cosas que descubrí acerca de ella ese día fue su gran afición por la moda. Desde que llegamos a Northampton hasta que nos fuimos,

nos pasamos el noventa por ciento del tiempo metidos tiendas de ropa de tipo Zara o similares. Dentro de estos establecimientos, hasta ahora desconocidos para mí, ella pareció entrar en una especie de trance que la obligaba a correr de un sitio a otro cogiendo trapos, mirando tallas y probándose cosas. Yo me limitaba a ir detrás, a veces haciendo de perchero y diciendo que sí a todo. A las dos horas de maratón ya estaba tan harto de ver ropa y tías monas que le sugerí que nos fuésemos a un parque a pasear. Ella me miró con incredulidad y me dijo:

—Are you crazy? I haven't had time to see anything.

A medio día intenté hacerle entender que necesitábamos ir a comer algo, pero como no me hacía caso tuve que sacarla a rastras de la tienda. «Solo cinco minutos más», me decía, pero el mismo truco no le iba a funcionar por cuarta vez.

A pesar de las excentricidades de Farah, se puede decir que lo pasamos bien aquel día de excursión en la gran ciudad. Después de haber saciado su mono de moda, y de comer en un fish&chips, ella estaba más cariñosa conmigo e incluso me permitió cogerla de la mano y tocarle el culo de vez en cuando. Para regresar cogimos el autobús de las cinco porque ella tenía que estar de vuelta en casa para las seis. Por suerte, ya se había acostumbrado al olor de mi ropa, por lo que esta vez el viaje de vuelta fue más agradable. Cuando llegamos a Danetree la acompañé hasta el límite y antes de despedirme de ella le rogué que nos viésemos el día siguiente. Ella no parecía muy convencida al principio y me dijo:

—Look, it's not that I don't wanna see you, but if I spend too much time with you my parents will know I'm with a boy. They're so strict and definitely they wouldn't like me going out with a guy.

—Why, haven't they been boyfriend and girlfriend when they were young?

—Well, actually no. They had an arranged marriage when they were eighteen. One week before they didn't even know each other.

—That's terrible! —le dije horrorizado.

—Its our culture and traditions. Our identity in this foreign land we live in.

—And you agree with that? —le pregunté conteniendo un pequeño ataque de pánico.

—No silly, If I did I wouldn't be with you, don't you think? I believe you should marry the person that you fall in love with, but I don't wanna

confront my parents. After all I live with them, don't I.

—And I guess that if they found out they would get really annoyed.

—Yes, not only a boyfriend, but also an English one.

—What the hell are you talking about? I am not English.

—Yes you are. For us all Europeans are English. «Gorah» is how we call you.

—So, having an 'English boyfriend' is the worst thing that you can do?

—Well, there are worser things you know, like losing your virginity or getting pregnant before marriage.

Después de este último toque de atención indirecto me quedé callado. Hasta ahora siempre había creído que yo era un extranjero que salía con una chica inglesa, y ahora resultaba que yo era el inglés y la chica era la extranjera. Vaya mundo de locos en el que vivimos.

En el fondo me imaginaba muchas de las cosas que Farah me había dicho, pero aun así su confirmación me había caído como un jarro de agua fría. Toda esta conversación, al igual que todas las demás, fue completamente en inglés, por lo que es posible que malinterpretase algo, pero en general la idea era que nuestra relación estaba prohibida, no tenía futuro y era peligrosa. Por miedo a la respuesta me quedé sin preguntarle si sus cuatro hermanos mayores pensaban igual que sus padres, aunque supuse que el honor familiar y la honra de su hermanita serían algo importante también para ellos.

A pesar de todo esto conseguí que Farah estuviese conmigo el sábado. Como yo no tenía ninguna manera de contactar con ella me quedé todo el día en casa esperando que viniese a recogerme. Yo le había prometido que no me presentaría en su casa ni la llamaría por teléfono, pero ella se había negado tajantemente a darme cualquier dato personal suyo. Después de dos semanas todavía no sabía su teléfono, dónde vivía o su apellido. Lo único que sabía es que ella era judía, que sus padres eran muy estrictos y que tenía cuatro hermanos fuertotes.

Farah apareció sobre las doce del medio día y nos fuimos a dar un paseo por el pueblo. Como casi todas las veces que estábamos juntos, lo único que hacíamos era caminar hacia ningún lugar en concreto y hablar de nuestras cosas. Yo a veces intentaba romper esta dinámica y besarla, pero ella se negaba tajantemente alegando que había gente delante. «Joder, es solo un beso, no un polvo», me quejaba yo, y entonces ella accedía a darme un pico después de muchas precauciones. Durante estos paseillos mi intención secreta era que nos tirásemos en algún césped

solitario a darnos el lote, pero pocas veces lo conseguí. Según ella, incluso la más mínima brizna de hierba en su ropa podría delatar a sus padres nuestra relación, y ante tal razonamiento poco podía hacer para convencerla.

Ese día, después de mucho pasear, la dejé en el límite a las tres de la tarde y me volví a casa a comer algo. Cuando estaba a punto de hincar el diente a un sándwich de salchichas y beicon que me había preparado, me sorprendió que llamaran al timbre. Como la puerta de casa daba a una de las ventanas de la cocina, me asomé a ver quién era. Fue una gran sorpresa encontra